DE LOS AUTORES DE LIBROS #1 DEL *NEW YORK TIMES* Y *USA TODAY*

Más de 63.000.000 ejemplares vendidos en la serie

EL RÉGIMEN

LA MALDAD AVANZA

ANTES DE QUE FUERAN DEJADOS ATRÁS

TIM LAHAYE

JERRY B. JENKINS

Comentarios acerca de *Dejados atrás*

"Esta es la serie cristiana de ficción de mayor éxito de todos los tiempos".

—Publishers Weekly

"Tim LaHaye y Jerry B. Jenkins . . . están haciendo por la ficción cristiana lo mismo que John Grisham hizo por las novelas de suspenso de las salas de juicio".

—TIME

"El estilo de los autores continúa siendo completamente cautivante y mantiene al lector 'pegado' al libro, preguntándose qué sucederá después. Además, deja al lector ansioso de continuar leyendo aún más".

—Christian Retailing

"Combina el estilo de suspenso de Tom Clancy con toques de romance, datos breves de alta tecnología y referencias bíblicas"

—The New York Times

"La asociación literaria más exitosa de todos los tiempos".

—Newsweek

"Extremadamente popular . . . altamente controversial".

—USA Today

"Una novela cristiana de suspenso, una ficción basada en las profecías, una historia de valores morales cargada de acción. Como quiera que se la llame, la serie *Dejados atrás* . . . ahora es conocida de una manera en la que sus creadores nunca hubieran podido predecir: 'éxito demoledor'".

—Entertainment Weekly

"Ellos [los libros de la serie *Dejados atrás*] pueden ser divertidos y encantadores, con trama de acción rápida, drama mundial, desenlaces de suspenso, y el que tiene que ser el villano prototípico: el mismísimo Satanás".

—abcnews.com

"No sólo un libro cualquiera de ficción. Jenkins . . . usó las técnicas de las novelas de suspenso que convirtieron el relato del fin del mundo en una historia emocionante, que le hace al lector quedarse despierto hasta altas horas de la noche, leyendo ávidamente cada página".

—Chicago Tribune

La serie
Cuenta regresiva del rapto

Antes de que fueran dejados atrás®
El surgimiento
El régimen
El rapto

La serie
Dejados atrás®

Dejados atrás®
El comando tribulación
Nicolás
Cosecha de almas
Apolión
Asesinos
El poseído
La marca
El sacrilegio
El remanente
Armagedón
El regreso glorioso

Para obtener la información más reciente acerca de cada producto, fechas de publicación y proyectos futuros, visite www.dejadosatras.com

EL RÉGIMEN



TIM LAHAYE
JERRY B. JENKINS

Tyndale House Publishers, Inc.
CAROL STREAM, ILLINOIS

Visite la emocionante página en la red informática de Tyndale: www.tyndale.com

Descubra lo más reciente acerca de la serie *Dejados atrás* en www.dejadosatras.com

TYNDALE es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Dejados atrás es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

La pluma del logotipo de Tyndale es una marca registrada de Tyndale House Publishers, Inc.

Diseño por Jessie McGrath

Traducido al español por Mireya E. Ponce de Clarke y Kevin J. Clarke

Edicíon por José Luis Riverón

Referencias bíblicas tomadas de *La Biblia de las Américas* y de *Dios Habla Hoy.*

Publicado en asociación con la agencia literaria de Alive Communications, Inc., 7680 Goddard Street, Suite 200, Colorado Springs, CO 80920.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

LaHaye, Tim F.
[Regime. Spanish]
El Régimen : la maldad avanza : antes de que fueran dejados atrás / Tim LaHaye & Jerry B. Jenkins.
p. cm.
ISBN-13: 978-1-4143-1014-5 (pbk.)
ISBN-10: 1-4143-1014-5 (pbk.)
1. Steele, Rayford (Fictitious character)—Fiction. 2. Rapture (Christian eschatology)—Fiction. I. Jenkins, Jerry B. II. Title.
PS3562.A315R4418 2006
813'.54—dc 22 2005046728

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

10 09 08 07 06
5 4 3 2 1

En memoria del

Dr. Arthur Peters,
fiel maestro de la Palabra profética,
quien está ahora experimentando la
bendita esperanza
que él mismo enseñó con tanta excelencia.

Gracias a
John Perrodin y a Kari Dunaway
por su trabajo de investigación
y a
David Allen
por su experto asesoramiento técnico.

Los personajes principales:

Nicolás Carpatia, veinticuatro años de edad; políglota; magnate de negocios de importación y exportación en Bucarest, Rumania.

Viviana Ivinisova (también conocida como Viv Ivins), espiritista rusa; luciferiana; «tía adoptiva» de Carpatia.

Ricardo Planchet, director regional de la Sociedad Luciferiana de Rumania.

Irene Steele, esposa de Raimundo Steele; nueva creyente en Cristo.

Raimundo Steele, treinta y tres años de edad; piloto de la aerolínea Pan-Continental.

Jonatán Stonagal, estadounidense, banquero y financiero internacional.

PRÓLOGO

Tomado de *El surgimiento*

Para cuando cumplió los veintiún años de edad, Nicolás Carpatia había casi terminado sus estudios de postgrado, y controlaba un imperio de exportación e importación, con la ayuda de Ricardo Planchet quien recibía un salario muy bajo. Carpatia salía en las portadas de todas las revistas de negocios europeas y aunque no había todavía salido en las portadas de las revistas *Time* o *Global Weekly*, no pasaría mucho tiempo antes de que esto sucediera.

Nicolás vivía en una mansión en las afueras de Bucarest, a corta distancia del lugar en el que sus padres biológicos fueron asesinados unos pocos años atrás. Viv Ivins disfrutaba viviendo en el piso alto y administrando todos los asuntos personales del joven. Ella supervisaba a sus sirvientes, sus choferes, sus jardineros y todo lo demás en la mansión. Es decir, Viv se preocupaba de cada detalle de todas las necesidades de él.

Nicolás estaba llevando a cabo dos proyectos. Su primer proyecto era el de contratar ilegal y secretamente a un grupo de promotores personales, cuya misión sería la de asegurarse que los competidores que no se pusieran de acuerdo con él desaparecieran de la misma manera en la que sus dos padres y su madre lo habían hecho. Su segundo proyecto era el de rodearse de personas con mucha astucia en el ámbito político.

Su próxima meta era la de llegar a ser parte del gobierno de su país. En primer lugar se haría elegir como representante para el parlamento rumano. Luego se postularía para la presidencia del país. Después sería el líder máximo de Europa y, por último, del mundo entero.

Desde luego que aún no se había creado el cargo de líder del mundo entero pero, en el momento propicio, este ya existiría. Él lo sabía con toda seguridad.

(Tres años más tarde.) El profundo sueño de Nicolás Carpatia fue interrumpido. Le pareció estar despierto, aunque tenía la sensación de aún estar soñando. No había escuchado ningún ruido, ni había visto luz alguna. Sus ojos, simplemente, se le habían abierto de súbito.

Puso su mano por debajo de sus pijamas de seda y se dio un pellizco, tal como solía hacerlo cada vez que un sueño le parecía demasiado real. Comprobó que estaba despierto, así de sencillo, estaba completamente alerta. Se sentó en medio de la oscuridad de su habitación y miró a través de la ventana.

¿Qué era eso? ¿Alguien o algo estaba sentado en el techo? No había manera de llegar hasta allí, a menos que se tuviera una escalera gigantesca. Si hubiera subido unos diez metros más, ese algo o alguien hubiera llegado hasta la altura en la que estaba ubicada la habitación de la tía Viv. Nicolás estuvo tentado a hacerle ir hasta allí. Pensó que si el intruso tenía algún motivo macabro, sería mejor que primero la encontrara a ella antes que a él. Así, él tendría tiempo para escapar.

No obstante, la extraña criatura no se movía. Aguantando la respiración, Nicolás salió lentamente de su cama; silenciosamente abrió uno de los cajones de su mesa de noche y sacó una gran pistola de mano Glock. Mientras él se acercaba con mucha cautela a la ventana, el intruso se volvió y lo miró. Nicolás se quedó paralizado, sabía que la criatura no le podía ver ya que su habitación estaba en completa oscuridad.

Levantó su pistola Glock hasta tenerla al nivel de sus ojos, las manos le temblaban, pero antes de que pudiera disparar,

el intruso levantó un dedo y sacudió la cabeza, como si le quisiera decir que eso no sería necesario.

«No he venido a lastimarte», le oyó decir Nicolás, aunque no era una voz audible. «Pon a un lado tu arma».

Nicolás puso su pistola de regreso en su mesa de noche y fijó su mirada. Su corazón volvió a latir lentamente, no obstante, no sabía qué hacer. ¿Debía abrir la ventana? ¿Acaso debía invitar a la criatura a pasar? En un instante fue transportado hasta afuera, aún vestido con sus pijamas. De pronto él y la criatura —un hombre— se encontraron de pie en medio de un desolado terreno baldío. Nicolás se puso tenso al escuchar los gruñidos, los aullidos y los gemidos de los animales. Se dio otro pellizco; esto estaba realmente sucediendo.

El hombre estaba vestido de pies a cabeza con una bata negra con capucha, sus pies y sus manos estaban cubiertos.

—Espera aquí —le dijo a Nicolás—. Regresaré por ti en cuarenta días.

—¡Aquí no podré sobrevivir! ¿Qué comeré?

—No comerás.

—¿Dónde viviré? ¡No hay un refugio!

—Cuarenta días.

—¡Espera! Mi gente . . .

—Tu gente será notificada —dijo la criatura antes de desaparecer.

Nicolás deseaba que el tiempo hubiera transcurrido tan rápidamente como lo había hecho cuando había sido trasladado desde su habitación hasta este lugar, pero eso no sucedió. Sentía pasar cada segundo, al igual que sentía el calor del día y el frío helado de la noche. Nicolás había crecido acostumbrado a disfrutar de toda clase de comodidades. Hubiera intentado regresar caminando hasta su mansión, pero no tenía idea en qué dirección ir. Todo lo que podía divisar era un completo vacío.

Después de que transcurrieron unos días, Nicolás pensó que estaba a punto de enloquecerse. Trató de marcar el paso del

tiempo cavando, con un palo, en el suelo un agujero por cada salida del sol. Su barba y su cabello crecieron; sus pijamas se convirtieron en harapos. Temió que se estuviera muriendo. Una y otra vez llamó a la criatura. Finalmente lo hizo de manera enloquecida, mediante gritos y durante horas: «¡Moriré de hambre!»

Nicolás perdió la cuenta del tiempo. No estaba seguro si se había saltado uno o dos días o si había añadido demasiadas marcas cuando no debía. Al fin del mes estaba en el suelo en posición fetal, sus huesos sobresaliéndole, sus dientes escamosos. Se mecía y lloraba, deseando morirse.

Más horas y días pasaron, mucho más allá de cuando él creyó que ya se había cumplido el plazo de los cuarenta días. En medio de su desesperación creyó que nunca sería rescatado. Dormía por largos períodos de tiempo, despertándose en su estado calamitoso, sucio, temblando y completamente resignado a su suerte. Se decía a sí mismo que había vivido una buena vida. A los veinticuatro años de edad ya era uno de los hombres más admirados y reverenciados del mundo. No merecía esto.

Por fin, el hombre de la bata volvió a aparecer. Nicolás trató de reunir fuerzas para atacar, para arengar, pero el espíritu otra vez levantó un dedo y sacudió la cabeza.

—¿Eres tú el escogido? —le preguntó la criatura.

Nicolás asintió, creyendo que aún lo era.

—Mira a tu alrededor. Pan.

—No son nada más que piedras —respondió Nicolás con voz áspera, mientras maldecía al hombre.

—Si eres quien dices que eres, ordena a estas piedras que se vuelvan pan.

—Te estás burlando de mí —replicó Nicolás.

El espíritu no se movió, ni habló.

—¡Está bien! —Nicolás gritó—. ¡Piedras, vuélvanse pan!

De inmediato, todas las piedras a su alrededor se tornaron doradas y de color café y se veían humeantes. Nicolás cayó de

rodillas y con ambas manos levantó una de ellas hasta su nariz. Se la puso rápidamente en la boca y comenzó a devorarla.

—¡Soy un dios! —exclamó con la boca llena.

—¿Eres dios? —preguntó el espíritu.

Súbitamente, Nicolás estuvo de pie en lo alto del templo de Jerusalén; aún tenía el pan caliente en su mano.

—Yo soy —respondió—. Yo soy el que soy.

—Si lo eres tírate desde lo alto y serás rescatado.

Temblando, exhausto, de pie, descalzo y con sus harapos de seda, Nicolás se sintió lleno de pan y lleno de orgullo por sí mismo. Sonrió y se tiró de la torre del templo. Cayendo rápidamente hacia la rocosa superficie, nunca perdió la fe en sí mismo y en la promesa del espíritu. A unos seis metros antes de estrellarse comenzó a flotar y cayó de pie como un gato.

De pronto, Nicolás y el espíritu estuvieron en la cima de la montaña. Descalzo sobre la nieve, en medio del viento helado, Nicolás sintió que sus pulmones batallaban por obtener suficiente oxígeno para mantenerlo vivo.

—Desde aquí puedes ver todos los reinos del mundo.

—Sí —dijo Nicolás—, los veo a todos.

—Todos serán tuyos si te arrodillas y me alabas como tu señor.

Nicolás se dejó caer de rodillas delante del espíritu.

—Mi señor y mi dios —respondió.

Cuando Nicolás abrió sus ojos, estaba de regreso en su cama. El hecho de que semejante experiencia hubiera sido real era evidente por el mal olor y la suciedad de su propio cuerpo y por los harapos que llevaba puestos. Salió tambaleándose de la cama y vio un papel bajo la puerta. Era una nota escrita con la nítida escritura de Viv Ivins:

Date un baño, cámbiate de ropa y ven abajo, amado. El peluquero, el manicurista, el masajista y el cocinero están aquí para servirte.

UNO

EL BENTLEY BLANCO se deslizaba silenciosamente bajo el toldo del pórtico de la propiedad más extensa de Rumania. Desde el vestíbulo de dos pisos, Nicolás Carpatia miraba a través de las cortinas como el conductor y el guardia de seguridad salían rápidamente del vehículo.

El conductor se puso de pie junto a su puerta, mientras que el guardia —a toda prisa— se ubicó junto a la puerta trasera opuesta, esperando a Carpatia. Nicolás sabía que los dos hombres llevaban unas Uzis compactas bajo sus uniformes.

El acercamiento del automóvil activó una alarma codificada dentro de la mansión, por lo cual una de las sirvientas se dirigió rápidamente hacia la puerta. No obstante, la joven se detuvo cuando vio a Nicolás mirando a través de la ventana.

—Yo me encargo, Gabriela —dijo él sin siquiera darse la vuelta y mirando en el reflejo del vidrio como ella le hacía una reverencia antes de retirarse.

Él mismo tenía que reconocer que no era su costumbre el estar esperando con tanta impaciencia hasta que lo vinieran a llevar. Por el contrario, sus empleados domésticos tenían que ir a buscarle en su oficina, en su biblioteca, o en cualquier lugar de la mansión en el que se encontrare, ya que todo giraba única y exclusivamente en torno a su horario.

Sin embargo, hoy día Nicolás estaba muy ansioso ya que había disfrutado de un día y de una noche enteros después de su extenuante experiencia —cuarenta días ayunando en un desolado desierto—, que debió haberle hecho perder por lo menos veinticinco libras de peso. De hecho, cuando por fin

se vio de vuelta en su propia cama, con sus pijamas de seda hechas pedazos, le pareció que pudo ver y palpar claramente cada una de sus costillas y cualquier protuberancia de sus huesos.

Nicolás había reunido a todos los miembros de su servicio doméstico así como también a los empleados de su negocio de importación y exportación y les había pedido que rápidamente le pusieran al día en todos los asuntos que le incumbían. Mientras tanto había también comenzado poco a poco, a lo largo del día, a servirse porciones pequeñas de comida. Se sorprendió mucho al ver que su cuerpo parecía llenarse y fortalecerse con una rapidez inusitada, como si nunca hubiera soportado semejante ayuno. Al terminar el día había sentido que ya había vuelto a la normalidad. Parecía como si la carne hubiera regresado a sus huesos.

Esta mañana, más que nunca, Nicolás se sintió como un hombre destinado para grandes cosas. Además de que su agudeza mental siempre había parecido estar muy por encima de lo normal, ahora creía que tenía una misión que cumplir. Se había humillado, había dedicado su vida a un ser aún más grande que él mismo, se había consagrado al máximo espíritu guía, el cual le había prometido —a cambio de su devoción— darle el mundo entero. ¡Semejante premio tan grandioso por un precio tan mínimo!

Sus consejeros humanos habían resultado ineptos, poco inteligentes y hasta débiles. Ricardo Planchet, a pesar de tener el doble de su edad, era fácil de intimidar. Por otro lado, su tía adoptiva, Viv Ivins, le prestaba una ayuda muy valiosa pero era demasiado ingenua y aduladora como para servirle seriamente como consejera, aunque se notaba que ella se esforzaba por serlo. Los demás empleados sabían que Viv hablaba en nombre de Nicolás y por lo tanto la respetaban, pero ellos no sabían que él le prestaba muy poco, o casi nada, de atención.

No había sido Planchet, ni tampoco Ivins, quien le había sugerido su plan de acción para este día, sino más bien su

propio espíritu guía. Nicolás estaba extasiado ante el privilegio de comunicarse directamente, obviando cualquier otra intervención humana, con el mundo de los espíritus. Ya que solamente habían transcurrido veinticuatro horas desde tal suceso, no había aún podido determinar si es que el ser con el cual se había comunicado a través de su oración había sido el mismo que le acompañó en el desierto. En realidad eso no tenía importancia; lo que sí importaba era que ahora él tenía acceso a una aparente fuente de recursos ilimitados. Todo lo que Nicolás deseaba saber era qué debía hacer, puesto que ya sabía lo que recibiría a cambio: nada menos que todos los reinos del mundo.

Raimundo Steele, capitán de aviones comerciales pesados de la Pan-Con Airlines, pensaba para sí mismo que lucía diferente. Mientras salía, pasada la medianoche, del centro de vuelo del aeropuerto O'Hare para ir de regreso a su casa en Mount Prospect, se preguntaba si los demás veían en su rostro cómo se sentía realmente. Una de las situaciones que últimamente lo abrumaban era la humillación de tener que regresar a Chicago como pasajero en otro avión de Pan-Con, en lugar de volver piloteando él mismo su avión. Esto se debía a la práctica común de poner a un piloto en cesantía temporal cada vez que un posible accidente tal como el suyo, el cual pudo haber tenido resultados trágicos, era investigado por la Pan-Con y por el Consejo Nacional de Seguridad.

Naturalmente lo que había afectado más a Raimundo fue haberse salvado, por un pelo, de una muerte segura. Le desagradaba sobremanera revivir una y otra vez las imágenes de tan espantosa experiencia, pero la gravedad de la misma la hacía muy difícil de olvidar. Solamente el pensar que tal accidente pudo haber ocurrido y en las consecuencias que tan horrible tragedia pudo haber traído, era suficiente como para enloquecerle. Como si esto fuera poco, había también tenido que repetir durante horas enteras los

detalles del incidente ante los oficiales de Los Ángeles International Airport.

Raimundo, en el instante en que había creído que iba a morir, había clamado y dicho a gritos una oración que ahora no podía ignorar. Había hecho promesas muy sinceras y ahora por lo menos tenía que mencionárselas a Irene.

Tenía que reconocer que su esposa, una mujer con mucha intuición y perspicacia, parecía conocerle aún mejor de lo que se conocía a sí mismo. Aunque tenían sus desacuerdos y discusiones, su relación como esposos era firme —a pesar de que él casi le había sido infiel durante una fiesta de Navidad de la oficina, a la cual ella no había podido asistir.

Ya que tal desliz se había dado hacía mucho tiempo atrás, y aunque nunca se lo había confesado a su esposa, Raimundo creía que ya no debía sentirse culpable por ello. No obstante, este último acontecimiento —lo que quiera que hubiera sido lo que le acababa de pasar— tenía que contárselo a Irene, la única persona en quien confiaba lo suficiente como para hacerlo.

Raimundo nunca había tomado seriamente a Dios, ni siquiera durante su niñez cuando sus padres le llevaban a la iglesia cada domingo. Lo consideraba más bien como algo rutinario. Así era precisamente como tomaba el asunto también ahora, puesto que no le importaba faltar a la iglesia debido a su trabajo. En ocasiones hasta se daba modos para hallar excusas para no ir, aunque no tuviera que trabajar. En cambio Irene parecía ser la más devota, la más interesada en la fe. Estaba firmemente decidida a llevar también a sus hijos y, aunque había aprendido a no acosar a Raimundo al respecto, tampoco podía disimular su disgusto cuando la hacía ir sin él.

Cuando Raimundo llegó a casa, Irene estaba esperándole en la puerta. Los niños ya estaban durmiendo.

—Échales una mirada, pero no los despiertes —dijo ella.

—Está bien, después necesitamos hablar —respondió él.

—Sí, ya me di cuenta. ¿Acaso es algo de lo que tenga que preocuparme?

—Irene le preguntó.

—No, es solo que quiero contarte algo.

—Buenos días, señor. ¿Cómo está esta mañana el hombre de negocios más exitoso de toda Europa? —preguntó el guardaespaldas a Nicolás mientras le abría la puerta del automóvil.

—Aburrido —contestó Nicolás.

Esa era su respuesta típica, pero hoy día hasta en sus propios oídos esta tuvo una resonancia diferente. Hoy no se sentía aburrido ni en lo más mínimo, solamente era que acostumbraba a decirlo, para indicar que aún no estaba del todo satisfecho con todos sus prodigiosos logros, que aún había mucho más por hacer, muchas más batallas que luchar y ganar.

Nicolás Carpatia no podía estar aburrido, sino más bien embargado por la intriga. Sabía, sin lugar a dudas, que tenía el mundo en sus manos.

La única razón por la cual no había pedido que el médico viniera a su propia casa era porque la clínica tenía todo el equipo necesario para la completa evaluación física que tantc ansiaba.

Por ahora el espíritu no le había revelado el momento propicio para establecer su dominio, algo que había estado esperando durante toda su vida. Nicolás había asumido que todo lo tendría que hacer solo, y posiblemente lo hubiera logrado, pero con todos los nuevos recursos con los que ahora contaba, nadie sería capaz de interponérsele en su camino.

Raimundo relató a Irene todo detalladamente: lo relacionado a su nuevo primer oficial, lo de la luz del aceite del motor, lo del registro de mantenimiento que mostraba restos metálicos, todo lo cual había parecido ser tan inofensivo como para haber tenido la plena seguridad de poder pilotear el avión a Los Ángeles.

No habían tenido ningún problema grave, aún cuando habían perdido uno de los motores. Aunque no era algo común, Raimundo antes ya había piloteado aviones comerciales pesados en semejantes condiciones. El problema había sido el clima —no habían tenido suficiente visibilidad hasta que salieron de entre las nubes bajas, después de que ya habían iniciado el proceso de aterrizaje— todo eso, combinado con el malentendido con el jet de US Air, el cual había estado preparando su despegue y había entendido erróneamente que estaba aprobado para tomar pista.

—Tuve que levantar el avión y dar una vuelta —continuó Raimundo en su relato a Irene—. Aún no puedo creer que no nos estrellamos con ese jet. Lo más probable hubiera sido que todos los ocupantes de las dos aeronaves hubiéramos muerto.

—Sabes, siempre oro por tu seguridad —respondió Irene, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, parece que esta vez dio resultado. Yo también oré.

Ella respiró como si estuviera a punto de decir algo, pero titubeó.

—Hice todo lo que pude en un caso como este —continuó Raimundo—. Sin embargo, estaba seguro de que íbamos a estrellarnos en contra de ese jet, por lo que de repente no me quedó más alternativa que, frente a mi nuevo oficial, clamar: «¡Dios, ayúdame!»

—Y Dios sí te ayudó, Raim.

—Debe haberlo hecho. ¿Crees que las promesas que le hice a Dios en silencio aún son válidas?

—¿Las promesas? ¿Qué le prometiste? —preguntó ella sonriendo.

—Que iría a la iglesia cada domingo y que oraría todos los días.

—Y tú que eres un hombre tan recto y que siempre cumple su palabra —replicó ella, abrazándole y riéndose—. Puedo ver que estás fatigado y tembloroso, pero yo también tengo algo que contarte. Tal vez esperaré hasta mañana, hasta que te sientas mejor.

—Más bien estoy un poco animado. Cuéntamelo ahora de una vez.

Las enfermeras, e inclusive algunos de los enfermeros, parecían no poder quitarle los ojos de encima a Nicolás Carpatia mientras este se dirigía hacia uno de los cuartos de la clínica. Él estaba acostumbrado a semejante atención. Muchos ya le habían dicho cuán bien parecido era y como proyectaba la imagen de todo un ídolo. Por el momento eso no le preocupaba, todo lo que le importaba era saber cómo había afectado su salud el ayuno de cuarenta días que había acabado de pasar en el desierto.

—¿Explíqueme, por favor, por qué es tan urgente este examen? —le preguntó el doctor mientras preparaba una prueba para determinar el grado de tensión.

—Me perdí cuando salí en una excursión y mi gente no pudo encontrarme durante cuarenta días.

—No supe nada de eso. Me imagino que algo así hubiera salido en las noticias.

—No hubiera querido dar semejante ventaja a mis competidores. Mis empleados no hubieran reportado mi muerte sino varios meses después de que hubiera ocurrido —respondió Nicolás con una sonrisa.

—¿Es propenso a inventar cuentos y hazañas, señor Carpatia?

—¿Yo? No. ¿Por qué?

—¿Qué comió mientras estaba perdido?

—Muy poco, casi nada.

—Perdón, ¿qué dijo?

—Casi nada.

—Por favor, trate de recordar. Tal vez comió animales pequeños, plantas, frutas silvestres, o algo por el estilo.

—Honestamente, le digo que no comí nada. Es más, ni siquiera recuerdo haber tomado agua —contestó Nicolás, sosteniendo ambas manos en alto.

—Un ser humano no puede vivir sin agua. Sin alimento tal vez, por cierto tiempo, pero no sin agua. Usted tiene que haber estado recibiendo su hidratación de algún modo.

—Es posible, pero como podrá imaginarse, después de unos días ya estuve delirando. De hecho, me sorprendió saber que estuve allí solo por cuarenta días; me pareció que pasaron meses.

—¿Le sorprendería saber que solo ha perdido tres libras desde que le vi por última vez el año pasado?

—Sí, eso sí que es una sorpresa.

—Y también es algo que no calza con su historia, señor.

—No puedo engañar a la ciencia, ¿verdad?

—No señor, eso no es posible. Y si no fuera porque han pasado literalmente veinticuatro horas desde que terminó su ayuno en el desierto, no lo estaría sometiendo a todas estas pruebas físicas. No obstante, su pulso en reposo es tan bajo como el de un corredor de maratón, y . . .

—He corrido maratones.

—No me va a decir que hizo ejercicios durante su dura experiencia.

—No, claro que no.

—Su respiración parece normal. También su presión sanguínea, al igual que su nivel de azúcar y todo lo demás.

—Entonces, prepáreme la máquina de ejercicios.

Irene estaba nerviosa. Tenía la esperanza de que Raimundo, debido a la experiencia tan horrible por la que acababa de pasar, fuera más sensible y receptivo a lo que le acababa de suceder a ella. Sin embargo, no quiso dar esto por sentado, así que comenzó su relato con mucho tino.

—Recuerdas que te he contado acerca de Jackie, la señora con la que me veo en el parque . . .

—Sí, la fanática religiosa que te llama Ire.

—Ella no es una fanática religiosa, Raim.

—Según lo que me has contado, sí parece serlo —respon-

dió él, encogiéndose de hombros—. Siempre está tratando de que vayas a la iglesia; siempre está hablando acerca de Jesús como su Salvador personal y de cosas por el estilo. Me recuerda a un fastidioso amigo que yo tenía cuando era niño.

—Entonces, olvídalo —replicó Irene, tirando los hombros hacia abajo.

—No lo tomes a mal, cariño. Solo estaba tratando de decirte que sí sé de quién me estás hablando.

—Pero si piensas que ella es una fanática, tal vez no te va a gustar lo que sucedió.

—No le dijiste que iremos a visitar su iglesia, ¿verdad? Espero que no sea eso.

—No. La verdad es, Raim, que ya casi me estaba colmando la paciencia. Llegué al punto en que yo ya no quería escucharla. Me dijo que su iglesia estaba llena de cristianos nacidos de nuevo, quienes solo trataban de ayudar a otros a llegar también al cielo.

—Ves, eso es justamente a lo que me refiero —dijo Raimundo poniéndose de pie—. Deberían preocuparse de llegar ellos mismos al cielo y deberían dejarnos a los demás en paz.

—No entiendes, ellos ya son nacidos de nuevo.

—¡Qué rayos significa eso!

—Que ellos ya están en camino al cielo. Jackie dice que su pastor toma sus enseñanzas directamente de la Biblia.

—Qué aburrido.

—Además, ella me preguntó si en nuestra iglesia nos enseñaban acerca de la salvación.

—¿Salvación? Bueno, desde luego. ¿Verdad, Irene? ¿Acaso no todas las iglesias lo hacen? Nos reunimos, cantamos, alabamos, ayudamos a otra gente, aprendemos cómo ser mejores personas y con eso somos parte del equipo de los buenos. Ya sé que no he tomado en serio a la iglesia, pero ahora que hice estas promesas a Dios, creo que ya no tendrás que preocuparte por mí y tampoco yo tendré que preocuparme por mí mismo.

—No le dije que iríamos a su iglesia —continuó Irene, sabiendo que la conversación no iba por buen camino.

—¿Entonces qué le dijiste?

—Bueno, Jackie dejó de ser tan insistente. Debe haberle sido obvio que el tema me molestaba, así que ya no lo volvió a mencionar.

—¡Qué alivio!

—Durante varios días me habló de todo, excepto de eso. Pero entonces, Raim, realmente comencé a desear que ella volviera a hablar del asunto.

—Estás bromeando, ¿verdad? ¿A pesar de toda la presión que te había estado poniendo?

—La verdad es, cariño, que nuestro pastor no toma sus enseñanzas de la Biblia y tampoco nos enseña acerca de la salvación. En nuestra iglesia simplemente asumen que todos ya sabemos de eso y jamás lo discutimos.

—Es por eso que me gusta nuestra iglesia.

—Bueno, por último, Jackie me dijo que no quería ofenderme y que solamente quería lo mejor para mí. Entonces me preguntó si yo aceptaría un folleto para que me lo llevara y lo leyera y pensara en su contenido.

—He visto tales folletos. Son bastante extraños.

—Pues este no lo era.

—¿Mm . . . ?

DOS

NICOLÁS SE SENTÍA FORTALECIDO gracias a la prueba para medir su nivel de tensión, cuyo resultado sorprendió mucho al doctor. Parecía que este tenía algo que decirle pero decidió esperar hasta después de haber recibido todos los resultados. Por el momento, llevó a su paciente al área de oftalmología.

Además de todos los exámenes de rutina, una joven ayudante supervisó el examen visual de Nicolás. La joven le acomodó el complicado aparato al nivel de los ojos y le pidió ver a través de los agujeros mientras ella proyectaba un gráfico sobre la pared. Este consistía de ocho líneas horizontales, cuyas letras iban paulatinamente disminuyendo de tamaño e iban en orden descendente.

—¿Cuál es la línea más pequeña que puede leer? —le preguntó ella.

Nicolás retiró el aparato de sus ojos y se volvió para mirar a la joven.

—A través de los agujeros —insistió ella—. En un momento le pondré lentes de diferente medida.

—No es necesario —contestó él y sin volver a mirar hacia la pared, recitó el contenido entero del gráfico de arriba hacia abajo, añadiendo luego: «No usar sin permiso. Todos los derechos reservados».

—¿Dónde leyó eso? —preguntó la joven.

—En la última línea.

—Esas letras son sumamente diminutas —replicó ella, acercándose a la pared y haciendo un esfuerzo para poder leerla—. Esto es un truco. Usted debe trabajar para la compañía que hace estos gráficos.

—Le aseguro que no pertenezco a tal compañía.

—Entonces, ¿cómo pudo leer eso?

—Es un don, señorita.

—No puedo creerlo. ¿Está seguro que nunca antes había visto este gráfico? —volvió a insistir ella, dándole una mirada cautelosa.

—Lo hubiera recordado.

—No me cabe la menor duda de que lo hubiera hecho. ¿Se da cuenta que además de ser capaz de memorizar, en pocos segundos, cincuenta y seis letras en perfecto orden, el que pueda también leerlas pone su nivel de visión en un grado como del doscientos por ciento? También, el hecho de que haya podido leer la última línea de los derechos reservados, le coloca en un grado de doscientos cincuenta. Eso significa que usted puede leer a seis metros de distancia lo que una persona normal puede leer solo a un metro y medio.

—¿De verdad? —Carpatia replicó, dando una de sus mejores sonrisas y pudiendo ver de inmediato su efecto.

Nicolás pudo darse cuenta que la joven y atractiva asistente parecía estar interesada en él. No obstante, su perspectiva en cuanto a las mujeres era algo interesante. Si bien él apreciaba la belleza y le atraían los cuerpos esbeltos, Nicolás no deseaba entablar una relación seria. La verdad era que las mujeres, aunque lo satisfacían físicamente, también lo aburrían. No cabía duda de su preferencia sexual, sin embargo, le parecía que en cualquier otro aspecto los hombres eran más fascinantes. A Nicolás le gustaba tratar de intimidarles, incursionar en sus mentes, catalogarlos y decidir si eran dignos de respeto o menosprecio, de deferencia o de condescendencia. Las mujeres, en cambio, eran para él como objetos de juego.

Aunque sabía que esta joven estaría dispuesta a acceder a sus deseos, Nicolás no tenía necesidad de buscar esa clase de placer. Desde hacía mucho tiempo estaba acostumbrado a poder escoger mujeres de cualquier clase socioeconómica o edad. Además, nunca las deseaba más de una sola vez.

Era ya la madrugada, Raimundo estaba sentado en el sofá frente a Irene, tenía la cabeza entre sus manos y pensaba que lo que acababa de oír era muy extraño. Él pensaba que en su caso se justificaba haber pedido ayuda del Altísimo, ya que había estado a punto de morir —además, todavía tenía la intención de cumplir sus promesas—, pero la historia de Irene era ridícula.

—¿Así que ahora tienes la salvación?

—No estoy segura cómo calificar mi experiencia, Raimundo. Lo que sé es que ya estoy convencida. Ese pequeño folleto y todas las cosas que Jackie me ha estado diciendo, aunque a veces me presionaba mucho, todo eso me obligó a leer nuestra Biblia. ¿Recuerdas que tenemos una, verdad?

—¿Alguien nos regaló una por nuestro matrimonio, no?

—¿Estás bromeando? —preguntó ella.

—No. Sé que tenemos una Biblia, ¿cómo la obtuvimos?

—No puedo creer que lo hayas olvidado.

—Bueno, dímelo de una vez por todas.

—Tú mismo la compraste por nuestro primer aniversario.

—¿En serio? ¿Yo mismo la compré?

—Sí, Raimundo, y leí mucho del Nuevo Testamento —dijo ella, asintiendo—. Admito que en ocasiones puede ser algo confuso, pero en cuanto a este tema es bastante claro.

—¿Este tema?

—El tema de la salvación.

—¿Tenemos que seguir hablando de esto? —insistió él, dándose cuenta que su pregunta la hirió.

—Es lo más importante que me ha sucedido en toda mi vida, Raimundo. Además, considerando la horrible experiencia que tú acabas de pasar, hubiera creído que . . .

—Yo solamente oré y Dios me ayudó, Irene, pero no estoy dispuesto a convertirme en un santurrón y ponerme a bailar en los pasillos de la iglesia. Lo siguiente que me pedirás hacer será que hable en lenguas, o que obtenga sanidad, o algo por el estilo.

—¿Cómo terminamos hablando de esto? —preguntó ella, sacudiendo la cabeza.

—Es solo que estás exagerando un tanto las cosas —replicó él—. Soy cristiano, creo en Dios, voy a poner más empeño en asistir a la iglesia cuando no esté trabajando y oraré más, ¿te parece bien?

—Bueno, es algo para comenzar —contestó ella, asistiendo y extendiéndole el folleto—. ¿Te importaría leerlo y pensar acerca de su contenido?

Raimundo lo ignoró deliberadamente.

—Tengo que decirte algo más, Raim. Necesitamos reconocer que somos pecadores y que no podemos llegar a Dios por nuestros propios medios. Tenemos que . . .

—Esto es precisamente lo que me temía. De ahora en adelante, nada de lo yo haga o diga será suficiente, ¿verdad? ¿Acaso tenemos que convertirnos en extremistas? ¿Quieres que nos tilden de fundamentalistas? Estas cosas causan guerras, Irene. Se dice que hasta los ataques terroristas se deben a este tipo de idiosincrasias.

—¿De qué estás hablando?

—¿Cuál es la diferencia entre un cristiano muy devoto y un devoto terrorista, quien cree que Dios o Alá o quienquiera que sea, le ha ordenado bombardear edificios o matar gente?

—¡Raim!

—¡Dime, ¿cuál es la diferencia?!

—¿Acaso has escuchado alguna vez de un ataque terrorista perpetrado por un cristiano verdadero, quien haya aseverado que lo hizo porque Dios se lo ordenó?

—¿Has escuchado de las Cruzadas?

—¿Las Cruzadas? Raimundo, reacciona, por favor. Eso es como comparar cristianos verdaderos con Hitler o con el Ku Klux Klan.

—Eso es precisamente lo que la gente pensará de ti, Irene.

—Estás cansado, será mejor que te vayas a dormir. Podemos seguir hablando de esto más tarde.

—Tienes razón, será mejor que me vaya a dormir, pero ¿es necesario que sigamos hablando de esto?

—Para mí es algo de suma importancia.

—Sí, así lo veo. Me gustaría que no lo tomaras tan en serio. ¿No podrías involucrarte en algo, en cualquier cosa, sin dejarte embargar tanto? Por ejemplo, ¿recuerdas la temporada en la que te dedicaste a vender esos recipientes de plástico de cocina?

—Sí, gané algo de dinero.

—Por supuesto que lo hiciste, eras la reina de los recipientes de plástico. ¿Acaso ahora te vas a convertir en una monja?

—Raimundo, ni siquiera somos católicos.

—Entonces, ¿te vas a convertir en una santa?

—Vete a dormir.

Al fin del día, el doctor se sentó frente a Nicolás y parecía estar estudiándole. Carpatia estaba ansioso por recibir toda clase de halagos debido a su excelentísima condición física y se impacientaba al ver que el doctor no comenzaba a elogiarlo de una vez por todas. Al fin y al cabo aún tenía muchos lugares que visitar y mucha gente que ver.

—Aquí sometemos a exámenes a toda clase de gente —afirmó el doctor—. Hombres y mujeres de toda edad, forma y tamaño. Aquí también examinamos a los atletas olímpicos. Debería ver los resultados que obtenemos de los corredores de maratones, velocistas y de los decatletas.

—¿Por qué debería yo ver tales resultados?

—Porque usted los sobrepasa a todos. No solo que nos tomó muchísimo tiempo elevar los latidos de su corazón hasta el nivel que necesitábamos para la prueba de tensión, sino que lo mantuvo el doble del tiempo que cualquier otro ser humano jamás lo haya hecho. Además, su tiempo de recuperación fue mínimo, lo que significa que su sistema cardiovascular es fuera de lo común. Usted tiene la fuerza de un

hombre dos veces más grande que usted. Por supuesto, me informaron también acerca de su agudeza visual. De paso, la joven asistente quiere saber si usted es soltero.

—No estoy interesado.

—¿Qué tal si mejor le digo que usted no está disponible?

—Me parece mejor.

—Señor Carpatia, ¿qué va a hacer con el cuerpo sobrehumano que posee?

—¿Qué sugiere que haga, doctor?

—Que se convierta en un atleta olímpico o profesional.

—Eso no representaría ningún reto para mí —respondió Nicolás, con cierto desdén—. Cuando estaba en la universidad corrí, sin haber tenido experiencia previa alguna, una carrera de mil quinientos metros que me hubiera merecido la medalla de bronce en las Olimpiadas.

—Eso es imposible.

—¿Acaso duda de mí?

—¿Después de ver sus resultados? Desde luego que no. Solo estoy tratando de decir que . . .

—He tenido toda clase de presiones para que me dedicara a participar en competencias de atletismo. Un entrenador me probó en varios eventos. Pasé el salto alto, el lanzamiento del disco, la carrera de obstáculos, el salto con garrocha.

—Entonces, ¿por qué no?

—Porque para mí no es un desafío.

—Entonces hágalo para la gloria de Rumania.

Nicolás se reclinó en su asiento. ¿Acaso el doctor estaba hablando en serio? Nunca se le había ocurrido hacer algo en beneficio de su país. Le parecía una noción un tanto extraña. Aunque él también se beneficiaría de la gran publicidad, la idea de compartir la gloria con una nación no le atraía para nada.

—¿Se ha hecho pruebas para determinar su coeficiente intelectual? —le preguntó el doctor.

—Sí, las he tomado todas —respondió Nicolás.

—¿Cómo le fue?

—No tuve ningún problema.

—¿Qué quiere decir?

—Que aparte del inconveniente de la tardanza en obtener los resultados, debido a que los examinadores tuvieron que analizar la imposibilidad de los mismos, me dio mucha satisfacción saber que al parecer había roto algunas marcas.

—¿Recuerda tal vez cuáles exámenes tomó?

—¿Qué si tal vez los recuerdo? —contestó Nicolás, sonriendo mientras alcanzaba una libreta del escritorio del doctor y sacaba un bolígrafo de su bolsillo—. No solo que los recuerdo pero, cuatro años después, todavía puedo volver a escribir todos y cada uno de ellos detalladamente. No desperdiciaré nuestro tiempo haciéndolo, pero sí le daré un ejemplo.

Nicolás escribió rápida y perfectamente tres preguntas consecutivas en el área de la percepción espacial, incluyendo cinco dibujos complicados. Al terminar escribió el nombre del examen, el nombre de la compañía que lo produjo y toda la información de los derechos del autor.

—Sé de su reputación como un hombre de negocios, señor Carpatia —dijo el doctor, asintiendo mientras leía lo que Nicolás acababa de escribir—, pero usted realmente tiene mucho más que ofrecer. Reconozco que, en calidad de su doctor, no me corresponde preguntárselo, así que le pido me perdone si abuso de su confianza, pero ¿tiene usted alguna meta noble, algún plan para beneficiar a la humanidad, para mejorar nuestro mundo?

—De hecho sí la tengo — aseveró Nicolás, planeo tomar el control del mundo entero.

—Además tiene buen sentido del humor —comentó el doctor, reclinándose y estallando en carcajadas—. Bueno, en ese caso espero verlo en la portada del *Semanario Global* uno de estos días.

A Nicolás no le pareció gracioso.

Para evitar más conversaciones incómodas con Irene, Raimundo se ocupó de cuidar a Cloe y a Raimundito. Le parecía

que ella estaba tranquila pero muy ansiosa de llegar a la iglesia. Con susto vio que además llevaba su Biblia bajo el brazo.

—Sabes que proyectan los versículos en la pared —le dijo él en el carro.

—Ya lo sé, pero Jackie dice que en su iglesia el mejor sonido es el de las páginas de la Biblia cuando la gente busca el pasaje anunciado.

—Gracias a Dios que no vamos a su iglesia.

—Eso es irreverente, Raimundo. Usar el nombre de Dios en . . .

—Hablaba en serio. Doy gracias a Dios que estamos yendo a nuestra iglesia, pero tú vas a ser la única que tenga una Biblia.

—¿Acaso debería estar avergonzada de llevar una Biblia a la iglesia?

—Solamente me parece que estás exagerando un poco.

Por lo general, Irene se preocupaba del que dirán, pero ahora no le importaba si tenía que llevar un rótulo anunciando que se acercaba el fin del mundo.

—Únicamente tenemos uno, a veces dos versículos durante todo un sermón —contestó ella—. De esta forma por lo menos podré estudiarlos dentro de su contexto.

—¿No es ese precisamente el trabajo del pastor, ponerlos en contexto?

Tal como lo había prometido durante su horrible experiencia, Raimundo trató de orar todos los días. Cuando se le olvidaba, trataba de hacerlo momentos antes de quedarse dormido al final del día. Daba gracias a Dios por protegerle y le pedía que cuidara a Irene y a sus hijos. También le pedía que le ayudara a ser un mejor hombre, aunque —modestia aparte— no estaba seguro cuán factible sería esto último, pues le parecía que ya estaba haciendo todo de la mejor manera posible; inclusive muchos de sus conocidos le consideraban un buen tipo.

Tenía el trabajo que siempre había deseado y tenía todo lo

que había soñado. Tenía una gran esposa, la misma que sería aún mejor una vez que superara la fase de fanatismo religioso por la cual estaba atravesando. También, como no podía ser de otra manera, Raimundo adoraba a sus hijos.

Además, estaba cumpliendo lo que le había prometido a Dios y por eso ahora se encontraba sentado en la iglesia. Esto no era nada nuevo, a no ser porque solo él e Irene sabían que trataría de que este sea el primero de muchos otros domingos en los que haría lo mismo.

TRES

A PESAR DEL DESDÉN que sentía hacia Ricardo Planchet, Nicolás no podía negar que el hombre era muy leal al Luciferianismo y que también contaba con conexiones en el mundo de los espíritus.

Secretamente, Nicolás anhelaba usurpar la influencia de Planchet en el mundo de los espíritus y estaba convencido que ese día pronto llegaría. Quizás ya había llegado. Aunque Carpatia pagaba a Ricardo un salario extremadamente mínimo, también le había incluido como miembro de su gabinete. Nicolás pensaba que algún día iba a poder deleitarse en alardear ante Ricardo por haberle sobrepasado en todo aspecto —especialmente en lo espiritual—, pero mientras tanto aprovecharía de todo lo que Planchet pudiera ofrecerle.

En una reunión con sus consejeros más cercanos, incluyendo a Planchet y a su «tía» Viv, en la amplia sala de conferencias de su casa, Nicolás les leyó su reporte médico y se sentó a disfrutar de todas sus sonrisas de admiración.

—Con toda humildad —aseveró Carpatia—, siento que estoy parado al pie de un precipicio, con una visión ilimitada delante de mí. He alcanzado el máximo de mis potenciales físicos y mentales y estoy listo para usarlos en beneficio de la humanidad.

Se sorprendió al ver que Viv levantó la mano. ¿Acaso no podía escuchar en silencio? La ignoró y prosiguió exponiendo sus planes, sus estrategias, sus ideas. Acto seguido, en la pantalla que tenía detrás de él les mostraría los detalles principales de un proyecto que había acabado de crear la

noche anterior y recalcaría el plazo para lograr sus próximas grandes conquistas.

Cuando estaba a punto de hacer tal presentación, Viv levantó otra vez la mano.

—¿Qué pasa? —dijo Nicolás, sin disimular su fastidio.

—Solamente quería decir que tu difunta madre y yo hablábamos y soñábamos acerca de todo esto. Desde que fuiste un niño pequeño era obvio que tú . . .

—Perdóname, tía Viv, pero tú mejor que nadie te darás cuenta de la poca influencia que mi difunta madre tuvo en mi desarrollo.

—No niego que tú eres lo que eres por tu propio esfuerzo, simplemente quise decir que . . .

—La influencia de mi madre sobre mi carácter y mis habilidades es aún menor que la tuya.

—¿Aún menor que la mía? ¿Qué quieres decir con . . .

—Si me permites continuar —interrumpió Nicolás y usando bosquejos y gráficos proyectados sobre la pantalla, explicó a su panel de expertos su plan para los próximos diez años—. Desde luego, recuerden que tal vez estoy subestimando mi propio atractivo ante las masas y, por lo tanto, este plan fácilmente podría ser llevado a cabo en menos tiempo.

Detalló un horario que le permitiría ser parte tanto de la academia del ejército como de la de la fuerza aérea, obteniendo una posición que le permitiera ser un estudiante a tiempo parcial y un profesor adjunto de negocios a la vez.

—¿Acaso existe semejante posición? —preguntó Planchet.

—No que yo sepa, ¿piensas que eso es un obstáculo? —Nicolás replicó.

—No, señor, pero ciertamente representa un reto —contestó Planchet.

—¡Qué bien! Entonces ese será precisamente tu trabajo. Asegúrate de que mi plan se pueda realizar. Si tengo que donar una o dos armas de guerra, que se haga.

—¿Podrías decirme cuál es tu real objetivo? —Ricardo preguntó—. Solo quiero estar seguro de que nos entendemos.

—¿Así que estás asumiendo que mi plan tiene otro objetivo?—Nicolás le preguntó, luego de echarle una mirada y de cerrar los ojos dando un suspiro.

—Desde luego.

—Entonces escucha y te darás cuenta.

Al regresar a casa después de haber ido a la iglesia con su familia, Raimundo ya había comenzado a perder las ganas de cumplir las promesas que le había hecho a Dios durante la crisis que había experimentado. Si se daba modos de levantarse para ir a la iglesia los domingos por la mañana estaría todo bien, pero tener que soportar a Irene con sus reacciones tan extremas frente a cada cosa, le parecía mucho más de lo que sería capaz de aguantar.

—Sin duda el reverendo Bohrer es una magnífica persona —dijo ella mientras estaba sentada a la mesa durante la cena—. ¿Pero de verdad escuchaste lo que dijo, Raimundo?

—Lo intenté, pero la «ráfaga» que producían las inmensas páginas de tu Biblia al voltearlas, no me dejaron oír todo lo que dijo.

—Muy gracioso, pero eso es exactamente a lo que me refiero. Sacó los versículos fuera de su contexto. ¿Sabes lo que es eso?

—Irene, yo también fui a la universidad.

—Usó solamente dos versículos, pero en lugar de decirnos su significado, basándose en un cuidadoso estudio de ellos, se dedicó a acomodarlos para hacerlos calzar dentro de su propio punto de vista, el cual no era tan profundo.

—Así que durante la cena vamos a dedicarnos a criticar al pastor.

—No tengo nada que esconder —respondió Irene—. De hecho, tal vez debiéramos invitarles a él y a su esposa a cenar el próximo domingo, para que yo pueda mencionarle mis inquietudes a este respecto.

—Preferiría ahogarme y ser descuartizado —protestó Raimundo, dejando caer la quijada del asombro.

—¿Acaso tú no quieres hablarle de este asunto?

—No, ni siquiera quiero pensar en ello. Cariño, a mí me pareció que su predica fue buena. Me levantó el ánimo.

—¿De veras?

—¡Sí!

—A ver, dime ¿cuál fue el punto principal de su predica?

—¿El punto principal?

—Sí, Raim. Debería serte fácil citarlo ya que dices que te levantó el ánimo.

—Resumiendo, dijo que debemos ser amables con todos y vivir en paz —replicó Raimundo, encogiéndose de hombros y sacudiendo la cabeza.

—¿Y eso te parece profundo?

—¿Acaso esperas que diga algo profundo todas las semanas?

—Raimundo, tú y yo hubiéramos podido dar un sermón así. ¿Te parece que es mucho pedir que nuestro pastor nos imparta enseñanzas bíblicas que no logramos entender por nuestra propia cuenta? Jackie dice que su pastor estudió en el seminario los lenguajes bíblicos originales. Dice que él trata de explicar a la congregación, sin mayores complicaciones, lo que los pasajes significan en el griego y en el hebreo.

—Me parece aburridísimo.

—Raimundo, no quiero que solamente me digan algo que me haga sentir bien. Quiero que me enseñen, que me desafíen. Quiero crecer en mi fe.

Raimundo se esforzó para no decir nada.

—¿Qué quieres decirme, Raimundo? ¿Qué estás pensando?

—Irene, no quiero profundizarme en estos asuntos —contestó él, luego de terminar un bocado más y de deslizar su silla de regreso—. ¿Acaso no puedes dejar estas discusiones para los profesionales, para los ministros, para los que trabajan en esto a tiempo completo? Nosotros vamos a la iglesia para alabar, para tener compañerismo y para que nos ayuden a volver a establecer prioridades. Yo no voy a ser un misio-

nero, ni un devoto, ni un evangelista. Espero que tampoco tú lo seas.

—Mientras estoy estudiando acerca de la guerra —dijo Nicolás—, quiero expandir mi negocio.

—¿Expandir? —preguntó Planchet, y aún Viv parecía estar sorprendida—. ¿Cuánto más puede crecer nuestro negocio . . . tu negocio?

—¡Mucho más! —Nicolás replicó—. Nunca debemos estar satisfechos con lo logrado. Este negocio debe crecer por lo menos un veinte por ciento cada año, o de lo contrario deberá ser considerado un fracaso.

—Pero hemos tenido ganancias, y las seguiremos teniendo aunque no tengamos un crecimiento estable por los próximos dos o tres años.

—«Aunque no tengamos un crecimiento estable» ¡Ricardo, eso es una contradicción! —Nicolás exclamó—. Además, ¿cómo puedes decir algo semejante con la inflación tal como está? Los mercados occidentales han vuelto a abrirse y la única manera de sacar provecho de eso es hacer un préstamo de cien millones y comenzar a comercializar.

—¿Cien millones? —repitió Viv.

—Tenemos que pensar en grande —continuó Nicolás—. Si no creyera que soy capaz de transformar esa cantidad en una ganancia de por lo menos el veinte por ciento, ni siquiera me atrevería a soñar en eso.

—El señor Stonagal ha sido de mucha ayuda, pero ¿cien millones? —contestó Planchet.

—No estoy proponiendo que recurramos a Stonagal para este propósito. Pondré una porción de la compañía como garantía y haremos este préstamo a través de un banco europeo.

Carpatia se dio cuenta de que todos los miembros de su equipo estaban escépticos, pero eso no le preocupaba, al contrario, eso le infundió ánimo. Se deleitaba sorprendiéndoles,

impresionándoles y convenciéndoles. Dentro de un año ellos estarían halagándole.

—Mis consejeros políticos me dicen que el camino más rápido hasta la Cámara de Diputados sería a través del Partido Social Demócrata. El Partido Mayor y el Partido Liberal son menos atractivos. Por otro lado, los Húngaros Demócratas están fuera de toda consideración. En cambio yo insistiría en postularme como independiente.

—Por regla general, los independientes no ganan —dijo Viv—. ¿Estás seguro que ese es el camino más rápido hacia la Adunarea Deputatilor?

—Me lanzaré como candidato pacifista.

Lo que acabó de decir tuvo el efecto deseado. Los miembros de su equipo se miraron entre sí, con los ceños fruncidos y luego se volvieron a mirarle a él.

—¿Candidato pacifista? —Planchet preguntó—. Entonces, ¿para qué quieres involucrarte en las academias del ejército y de la fuerza aérea?

—Para representar una dicotomía, un enigma; para verme forzado a dar explicaciones acerca del por qué de mis acciones. Mientras más confunda a la gente, más tiempo me dedicarán tanto la prensa como los demás medios de comunicación. Seré un experto en asuntos militares, quien ha decidido que la guerra es algo vano e inútil, que la esperanza del futuro es la paz. ¿Qué otra cosa podría ser más popular que eso?

—¿Te das cuenta de que tu mayor patrocinador está muy involucrado en asuntos de armamento?

—¿Acaso asumes que trabajo o sirvo al señor Stonagal? ¿Qué tengo que hacer para que abandones semejante noción?

—Acabas de hacerlo —aseveró Planchet.

—Jackie ha estado invitándome a unas reuniones semanales, a los estudios bíblicos —dijo Irene—. Tal vez eso me dará lo que necesito.

—Más bien me parece otro de sus intentos para hacerte que cambies de iglesia —respondió Raimundo.

—¡Ah! No creo que ese sea el verdadero motivo de Jackie —replicó ella.

—Pero yo sí lo creo —insistió Raimundo, mientras se ponía de pie y comenzaba a limpiar la mesa—. Pero si el asistir a pequeñas reuniones como esas te harán dejar de criticar a nuestra iglesia, adelante, asiste a tales estudios bíblicos. Solo quiero que desde ahora mismo quede bien en claro que yo no voy a cambiar de iglesia. A mí me gusta nuestra iglesia y, tal como te lo dije, seguiré asistiendo. No iré a ninguna otra iglesia y tampoco iré a ninguna reunión adicional durante la semana.

CUATRO

LOS EGRESOS ECONÓMICOS de Carpatian International Trading eran controlados por un hombre moreno y bajo de estatura, quien respondía al simple nombre de Ion. Mientras se dirigían al Banco Intercontinental de Bucarest, a Nicolás le pareció que Ion nunca antes había estado en el interior de un Bentley.

Ion llevaba puesto un traje que parecía no ser de su talla, el cual se lo había abotonado hasta arriba. Sobre su regazo llevaba un maletín y sobre este —apilados de manera no muy segura— llevaba los archivos que no le habían cabido dentro. Ion miraba hacia todos lados excepto a su jefe.

—¿Ion, estás seguro de que mi presencia es necesaria?

—Sí, señor —respondió el hombre—. Les sería muy fácil negarme el préstamo, pero el verle a usted personalmente les causará una muy buena impresión.

—¿Puedes probarles que mi negocio es una garantía más que suficiente?

—Desde luego. Es más, solamente tendremos que usar como garantía una parte de su negocio.

—¿Hablas inglés, Ion?

—No mucho, señor.

—Sabes que en inglés tu nombre se pronuncia «ay-on», lo cual también es un término atómico. Además, cuando los norteamericanos quieren que algo sea vigilado, usan la expresión «mantener un ojo en esto o aquello» lo cual se pronuncia de igual manera: «ay-on». Eso es precisamente lo que

harás hoy día, una vez que obtengamos el financiamiento, claro está.

—Me pusieron mi nombre en honor al dramaturgo rumano, Ionesco —respondió Ion, haciendo obvio el hecho de que no había logrado entender toda la explicación acerca del significado de su nombre en inglés. Sin más que añadir, se dedicó a echar un vistazo a los archivos que había terminado de preparar la noche anterior.

Cuando llegaron al banco Ion abrió la puerta y golpeó con ella al guardaespaldas que ya había estado tratando de abrirla. Una vez fuera del vehículo, Ion no supo si debía esperar a Nicolás o si simplemente debía entrar rápido al banco y buscar al ejecutivo con quien tenían la reunión.

Nicolás le dio alcance y pronto entendieron que la reunión sería con varios de los principales ejecutivos de dicha institución financiera. Después de los saludos y demás formalidades del caso, uno de ellos dijo:

—Señor Carpatia, obviamente tenemos la información de su prospecto, no obstante, ¿sería tan amable de explicarnos más detalladamente sus planes, a fin de que nuestra institución pueda tomar la decisión correcta en cuanto a otorgarle el préstamo de los cien millones de dólares?

Mientras miraban jugar a sus hijos, Jackie e Irene conversaban sentadas en el parque. A Irene le pareció que su amiga no podía contener su emoción.

—Irene, si has recibido a Cristo, debes asistir a una iglesia que crea y enseñe de la Biblia, para que puedas crecer en tu fe —dijo Jackie.

—Ya lo sé, tu iglesia me parece la indicada, pero Raimundo está firmemente opuesto a que vayamos allá. Estoy tentada a ir de todas maneras.

—Eso no me parece apropiado —aseveró Jackie—. No hay necesidad de enajenarlo. ¿Qué te parece si por lo menos asistes a uno de nuestros estudios bíblicos semanales?

—Raimundo dice que eso no le molestaría tanto, siempre y cuando yo deje de insistir en que asistamos a tu iglesia, pero sé que de todas maneras se pondrá molesto.

—¡Tengo una idea! —Jackie dijo—. Una vez por semana puedes traer a Raimundito a la hora de la siesta, entonces haré que Brianna tome también su siesta a la misma hora. Así te podré enseñar de la Biblia, usando una fórmula simple que nuestra iglesia utiliza para discipulado personal.

—¿Tendré que hacer tareas? —Irene le preguntó sonriendo.

—Claro que sí— respondió Jackie, haciendo el bosquejo de un plan que requeriría que Irene leyera por lo menos un capítulo del Nuevo Testamento cada día, anotando en un diario todo lo que iba aprendiendo. Además, indicaba que Irene tendría que leer diariamente uno de los libros más cortos del Nuevo Testamento, tal como 1ª Juan o Filipenses—. También tendrás que hacer una lista de diez personas acerca de las que tienes algún tipo de preocupación y orarás por ellas. Cada semana nos reuniremos y discutiremos todo lo que has aprendido.

A Irene le parecía que el plan de Jackie era perfecto, pero sabía muy bien que Raimundo no pensaría igual. Por tal motivo decidió que, por el momento, no le diría nada al respecto.

A Nicolás le dio mucho gusto tomar la palabra en la reunión con los ejecutivos principales del banco.

—Deseo aprovechar la globalización —dijo—. Deseo poder comprar y vender con solo aplastar un botón. Por esta razón, la nueva tecnología electrónica originada en los Estados Unidos me llama mucho la atención. Así que me propongo obtener el contrato para que me permitan traer a Europa la tecnología de comunicación celular oral. ¿Han escuchado algo respecto a esta nueva maravilla de la ciencia?

—¿La cual hace que se implanten sensores en los dientes de una persona? —respondió uno de los ejecutivos.

—Exactamente. De esa manera, la persona portadora de los sensores, puede recibir vibraciones y tonos directamente en su boca y oído interno, sin que nadie más pueda escucharlos. Esta tecnología es muy popular en todos los Estados Unidos y yo planeo abarcar el mercado para la misma aquí en Europa. Ion les puede mostrar, en cuestión de minutos, que mi compañía está valorada en una cantidad mucho mayor a la que estoy solicitándoles como préstamo.

El trámite con los representantes del banco fue bastante fácil. Ion, aunque estuvo un tanto nervioso, explicó todo muy bien. Los ejecutivos del banco estuvieron de acuerdo en que el plan de Nicolás tenía que llevarse a cabo a la brevedad posible, con tal motivo prepararon rápidamente los documentos, detallando el horario de pagos del préstamo. Carpatia salió de la institución bancaria con la garantía de que la primera quinta parte del monto que había solicitado, estaría en su cuenta de negocios al final del siguiente día.

Camilo Williams, un joven de veintiún años de edad, se encontraba descansando en la sala de espera del antiguo edificio Nassau de la Universidad Princeton en Nueva Jersey. Estaba hojeando despreocupadamente una revista del *Semanario Global*, esperando que llegara la joven con la que tenía la cita. Aunque la residencia estudiantil en la que ella vivía quedaba a unas cuantas cuadras hacia el sur y la de él quedaba hacia el norte, ella había insistido en que se encontraran en este edificio.

Camilo nunca desaprovechaba una oportunidad para leer un ejemplar del *Semanario Global*, ya que obtener una práctica en dicha revista antes de salir de Princeton, era su mayor meta. Si llegara a obtenerla con las revistas *Time* o *Newsweek* sería también algo bastante regio pero, para su manera de pensar, trabajar para la *SG* sería lo máximo.

Un corto artículo en la sección social le llamó mucho la atención. Contenía toda clase de halagos y alabanzas para un

piloto de la Aerolínea Pan-Continental, quien había evitado que su avión se estrellara en contra de otro de la US Air, salvando así las vidas de cientos de pasajeros y tripulantes de los dos aviones. Una vez que el Consejo Nacional de Seguridad de Transportación había concluido sus investigaciones, el capitán Raimundo Steele había pasado, de la noche a la mañana, de ser el primer sospechoso de no haber seguido los procedimientos reglamentarios a héroe del momento. Aparentemente, luego de haber tomado cuidado de un pequeño inconveniente, su avión había sido aprobado para despegar, el capitán había seguido el protocolo establecido para casos similares. No obstante, después de haber perdido uno de los motores y con una visibilidad extremadamente limitada, había llevado a cabo —de manera muy sabia y profesional— la dura tarea de controlar la aeronave de tal forma que, a duras penas, había evitado un accidente que pudo haber sido catastrófico.

Camilo echó un vistazo a su reloj y puso la revista de vuelta sobre la mesa. Se puso de pie y revisó en el espejo cómo estaba su cabello rubio y un poco largo. Pensó que, aunque extrañaba su ciudad natal de Tucson, valía la pena estar estudiando en esta universidad de renombrado prestigio, ya que esto le ayudaría a forjarse su anhelada carrera en el periodismo de primera línea. Si bien era cierto, Princeton era más conocida por sus excelentes programas de arquitectura, ingeniería y ciencias, pero a Camilo le venía perfectamente bien el enfoque en estudios de tipo individual y autodidacta y el énfasis en grupos pequeños de estudios dirigidos por tutores que esta institución ofrecía. Seguramente el estudio del periodismo que aquí realizaba le serviría de mucho para alcanzar el tipo de carrera profesional que tanto deseaba.

Camilo Williams no quería solamente leer acerca de toda clase de héroes. Tampoco le interesaba convertirse en uno de ellos, solo quería escribir acerca de dichos héroes y heroínas.

Raimundo no lograba entender lo que le estaba sucediendo. Después de tres domingos consecutivos en los que no había tenido que trabajar, y consecuentemente de haber podido asistir a la iglesia con Irene y sus hijos, se encontraba bastante incómodo e inquieto.

Le parecía que era demasiado joven como para estar atravesando por una de esas llamadas crisis de la media edad, sin embargo, todo parecía indicar que eso era precisamente lo que le estaba ocurriendo. Tenía la sensación de haber logrado ya todas las metas que se había propuesto en su vida y ahora solo le quedaba un vacío al pensar que quizás no había ya nada más por lo que tuviera que seguir luchando. Sabía que tenía una atractiva y vivaz esposa, una muy activa y linda hija rubia —quien se parecía mucho a él— y un pequeño hijo en quien había depositado muchos de sus sueños y esperanzas. Tenían también una hermosa casa y dos carros que quizás no debieron haber comprado.

Raimundo hasta había disfrutado de un breve período de fama. Su acto heroico en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles —aunque en el momento de sufrir semejante crisis, le pareció más bien un acto de desesperación— había hecho que las tres principales revistas semanales le elogiaran, que le invitaran a dos programas de noticias de televisión de Chicago y hasta que le entrevistaran en uno de los programas matutinos de televisión de nivel nacional. Además, él y su jefe, Earl Halliday, recibieron una citación para que fueran a Washington, para tener una audiencia nada más ni nada menos que con él mismísimo presidente de la Pan-Con, Leonardo Gustafson.

La verdad sea dicha, Raimundo había pensado que la secretaria de Earl estaba bromeando cuando le llamó para informarle acerca de dicha invitación. «Sí, Francisca, y ahora puedo ver burros volando», había dicho él, con un tono de sarcasmo e incredulidad.

No obstante, Francisca no había estado bromeando. Rai-

mundo disfrutó de su vuelo en primera clase, en compañía de Earl y también tuvo el privilegio de conocer personalmente al legendario Gustafson. Este era más bajo de estatura que Raimundo —al igual que la mayoría de hombres— e inclusive más delgado que el enjuto Earl pero, gracias a su pasada experiencia como militar, aún conservaba un aire que infundía gran respeto.

Raimundo siempre trataba de mantener un comportamiento un tanto típico de los Niños Exploradores —formal, cortés y de afanes moderados. Por esta razón, le extrañó que tanto a Gustafson como a Halliday no les importara tomarse un buen trago de whisky escocés en la oficina del primero —cuando apenas era la media tarde—, pero Raimundo no quiso ser descortés al rechazar la bebida que se le estaba ofreciendo.

—Como puedes imaginarte —dijo por fin el presidente de la aerolínea—, no puedo sentarme a hablar personalmente con cada piloto que hace lo que se supone que debe hacer, según el entrenamiento que se le ha dado.

—Sí, me lo imagino y precisamente por esa razón me estaba preguntando por qué estaré yo siendo el objeto tantas atenciones —respondió Raimundo.

—Bueno, eso es exactamente a lo que me refiero —continuó Gustafson—. Si hubieras disfrutado de toda la atención que has recibido, no te hubiera invitado a venir a mi oficina. ¿Me explico? Lo que quiero decir es que Pan-Con busca hombres y mujeres ejemplares, quienes nos enorgullezcan y sean dignos de ser portadores de nuestra insignia. Tu hazaña fue extraordinaria, aunque no fue única sí fue muy especial. Más aún, la manera en la que has sobrellevado todas las atenciones que has venido recibiendo, ha sido sumamente ejemplar. No has exagerado los detalles del asunto, por ejemplo, lo que dijiste en el programa de televisión *Hoy*, acerca de que cualquier piloto adiestrado hubiera hecho lo que tu hiciste, fue algo clave. Así que felicitaciones y gracias. También tengo que decirte que he puesto tu nombre en la

corta lista de pilotos de reemplazo para los aviones del presidente y vicepresidente del país, el Fuerza Aérea Uno y el Fuerza Aérea Dos.

—¿Cómo dijo, señor?

—Bueno, de vez en cuando, nos piden que les recomendemos buenos pilotos, si acaso surgiera la necesidad de encontrar otro piloto para el presidente o el vicepresidente. Una oportunidad como esa no es común ya que, por lo general, el puesto lo ocupa un piloto de la Fuerza Aérea. Además, hay algunos pilotos que están antes que tú en tal lista. Sin embargo, una recomendación personal lleva mucho peso. Hasta el aspecto físico del piloto, cómo este lleva su uniforme, cómo se comporta y cómo se desenvuelve con la prensa, son aspectos que influyen para obtener ese puesto. Nosotros debemos tener unos cien hombres con más experiencia que tú, pero tu breve roce con la fama te hizo muy notable, así que bien por ti.

Desde luego que Raimundo se sintió muy halagado. En realidad no esperaba llegar a ser el piloto reemplazo del Fuerza Aérea Uno, ya que tal función era honoraria y debido a que varios pilotos figuraban antes que él en dicha nómina. No obstante, la mera posibilidad de que algo así se pudiera realizar, le hizo pensar si el tratar de alcanzar semejante honor como su siguiente meta profesional sería algo realista. No se había fijado ninguna meta más allá de la que ya había alcanzado —pilotear un 747—, lo cual le daba la constante inquietud de que tal vez había realizado sus sueños demasiado pronto.

En el vuelo de regreso, después de que se había tomado un par de tragos en la oficina de Gustafson, Raimundo —sorprendiéndose a sí mismo— aceptó aún un par más de tragos, por lo que le pareció que esta vez Halliday le dio una mirada de asombro.

—Me alegro de que ahora solamente vayas como pasajero —comentó Earl.

—No te preocupes, ya me conoces —respondió Raimundo dando una carcajada.

—Eso mismo creía —insistió Earl.

—¿Qué pasa, Earl? ¿Acaso no tenemos un motivo para celebrar?

En realidad, Raimundo nunca acostumbraba a beber en exceso ni se embriagaba, ni siquiera en el campo de golf, donde podía tomar tragos de cerveza durante cuatro o cinco horas los sábados y aun los domingos, tan pronto podía escaparse de su casa luego de regresar de la iglesia.

Tal vez ese era su problema. Se sentía culpable por dejar a Irene sola con los niños durante la mayor parte de los fines de semana y, sin embargo, se decía a sí mismo y también a la misma Irene, que él se merecía su descanso ya que trabajaba mucho y debido a que su trabajo era bastante estresante.

Así que beberse demasiados tragos fuertes en una sola tarde era algo inusual para Raimundo, por lo que pronto se quedó profundamente dormido, aun durante la cena —la misma que normalmente era bastante buena en la sección de primera clase.

—Está bien —le dijo Halliday más tarde, cuando Raimundo despertó—, de todas maneras necesité tu mantequilla y tu postre.

—No acostumbro a dormir tan profundamente —contestó Raimundo—, por lo general, cualquier olor me despierta, especialmente el de una comida caliente frente a mi propia nariz.

Aunque todavía se sentía un tanto mareado, Raimundo pensó que ya había transcurrido el tiempo suficiente para sobreponerse y poder ahora manejar de vuelta a su casa. Recordó que este era el día en el que Irene tenía su reunión con Jackie. Si bien era cierto, las dos mujeres se veían casi a diario, pero hoy iban a reunirse oficialmente para tener su propia sesión de apoyo y de estudio. En realidad, a Raimundo le hubiera gustado mucho tener un amigo en quien contar, tal como Irene confiaba en Jackie. Así y todo, no quería tener que aguantar a su esposa contándole una y otra vez todo lo que había aprendido.

Últimamente había notado un brillo diferente en la mirada de Irene, el mismo que le inspiraba resentimiento y envidia. Raimundo se resignó y se preparó para escuchar el sin fin de historias que ella le tendría preparadas. Sin embargo, no estuvo preparado para lo que estaba a punto de escuchar.

—Jackie tenía algo que hacer hoy día, así que me dio una tarea práctica —dijo Irene durante la cena, haciendo entonces una pausa como si estuviera esperando que él le preguntara qué quería decir.

No obstante, Raimundo, no dio su brazo a torcer, pensando para sí que ya era suficiente el esfuerzo que hacía para ponerle atención sin dar a notar su aburrimiento.

—Hoy tuve que escoger uno o más de los nombres de mi lista de oración y tuve que hacer algo específico por esa persona o personas.

Raimundo pensó que seguramente le habría escogido a él mismo y se preguntó qué habría hecho por él.

—Escogí a tus padres.

—¿Mi papá y mi mamá?

—Sí Raim, ellos son tus padres, ¿verdad?

—Sí, ya sé, pero ¿qué hiciste por ellos?

—Fui a visitarlos.

—¿Fuiste a Belvidere?

—Cariño, ¿A dónde más iba a ir? Después de todo, ellos no van a ninguna otra parte.

—¿Manejaste toda esa distancia hasta Belvidere?

—No, volé en nuestro helicóptero. De paso, gracias por comprármelo.

—No seas tan insolente, Irene. En serio, ¿manejaste, sin mí, toda esa distancia hasta Belvedire, un día entre semana solo para ir a visitar a mis padres?

—Pensé que te agradaría.

—¿Agradarme? . . . No sé qué decir. Sinceramente no tengo palabras . . . No sabía que te preocupabas tanto por ellos.

—¿Sabes qué, Raimundo? Realmente nunca me preocupé tanto por ellos. Me caían bien por ser tus padres y nada más.

Además, como bien sabes, desde hacía mucho tiempo tu papá ha estado mentalmente casi ausente y tu mamá está en el mismo camino. Sin embargo, desde que comencé a orar por ellos, yo . . .

—¿Cómo oras por ellos? No hay esperanza de que se curen de la enfermedad de Alzheimer.

—Eso ya lo sé, no obstante, oro por sus almas. Oro para que tengan momentos de lucidez, durante los cuales alguien pueda conversar con ellos. Oro para que tengan más días buenos que malos, para que Dios les consuele, dándoles paz y seguridad y para que los empleados del asilo sean amables con ellos.

—Gracias, Irene, por haber hecho algo tan especial por mí, quiero decir, por mis padres —atinó apenas a decir Raimundo, con un nudo en la garganta y sintiéndose falto de palabras debido al profundo impacto que el relato de Irene le había causado.

Ella no había dicho que lo había hecho por él, sino por sus padres, por quienes había también estado orando. Pero en realidad, también había sido un gran gesto hacia Raimundo. Como si no hubiera sido ya suficiente que su esposa le hubiera despedido cuando se había ido al aeropuerto, que hubiera enviado a Cloé a la escuela, luego había envuelto a Raimundito y había manejado toda esa distancia para ir a visitar a sus padres. . . . Esa sí que era una actitud sumamente servicial . . .

CINCO

ESTE ERA EL DÍA esperado por Nicolás. Se había levantado temprano y luego de haber corrido unos ocho kilómetros, había levantado pesas y había continuado en la máquina de remar, durante una media hora más de fuertes ejercicios. Mientras tomó una ducha practicó lo que iba a decir y estaba muy ansioso por hablar por teléfono, pero tenía que esperar hasta la media tarde, cuando su objetivo en los Estados Unidos daría comienzo a su día laborable. Hasta que llegara ese momento, se dedicó a inspeccionar a sus empleados y a ponerse al día en todos los asuntos que le incumbían.

Cuando por fin llegó la hora indicada, se frotó las manos, se sentó con sus pies sobre su escritorio, repasó mentalmente todo lo que sabía acerca de la compañía y del producto que le interesaban, se colocó los auriculares y llamó al gerente ejecutivo de Tecnologías Corona en Nueva Orleans, Louisiana.

Nicolás habló fluidamente en francés y aún fue capaz de imitar el acento de la región, lo cual impresionó mucho a su interlocutor.

—¡Jaime! —Nicolás dijo, para comenzar—. ¿Cómo marcha todo en el puerto?

—Las cosas no podían ir mejor, señor Carpatia —respondió Jaime Corona—. Acabo de finiquitar la venta más grande que he hecho hasta el momento.

—Bueno, pero dentro de unos instantes, si logramos llegar a un acuerdo, harás una venta aún mayor. Así que este podría ser tu día de suerte.

—Mi amigo, este ya es mi día de suerte. Creo que le será

casi imposible superar un negocio de ciento uno millones de dólares.

—¿Ciento uno? —Nicolás repitió, sintiendo que la sangre se le helaba, mientras trataba de calmarse y de disimular su disgusto.

—¿En qué puedo ayudarle? —Corona añadió.

Desanimado, pero decidido a no darlo a notar, Nicolás explicó su plan para comprar suficientes materiales y derechos de implementación, a fin de ser el primero en acaparar el mercado rumano y luego el del resto de Europa, para así convertirse en el único distribuidor de la tecnología oral-celular de ese continente.

Corona respondió con un silencio harto incómodo.

—Mi oferta sobrepasa tu última venta, ¿verdad? —Nicolás inquirió, con cierta sospecha.

—No.

—¿En serio? Tu negocio debe marchar sobre ruedas, Jaime.

—Sobre una montaña rusa, yo diría más bien, Nicolás.

—¿Por qué?

—Porque no puedo venderle lo que me acaba de solicitar.

—Me estás bromeando —dijo Nicolás, poniéndose de pie.

—Ojalá estuviera bromeando, pero estoy hablando en serio.

—¿Por qué?

—Porque alguien ya compró esa tecnología para distribuirla en Europa.

—¿Quién?

—Ya sabe que no puedo divulgar tal información.

—Dímelo, Jaime, o nunca volveré a hacer negocios contigo.

—Nicolás, usted es un amigo y un muy buen cliente, pero no puedo romper las leyes de comercio divulgando tales datos.

—Bien sabes que muy pronto lo sabré.

—De eso no me cabe la menor duda y le deseo lo mejor.

—¿Qué más puedes ofrecerme, Jaime? —Nicolás insistió, comenzando a hablar en inglés.

—No entiendo.

—¿Tienes otro producto nuevo? Dame algo revolucionario, algo con lo que pueda derrotar a mi competidor.

—Pero acaba de decir que nunca volverá a hacer negocios conmigo.

—¿Quieres el dinero o no? Tengo cien millones para gastar y, como muestra de mi buena fe, añadiré dos millones más.

—Ese es precisamente el problema, Nicolás. Sería algo demasiado riesgoso. Lo que tengo, ni siquiera en sueños me atrevería a ofrecérselo a alguno de mis clientes. Aún está en su fase experimental.

—Has el intento.

—Pero solo estamos en la etapa formativa.

—Entonces, con mayor razón, podrás hacer buen uso de cien millones de dólares. Mejor dicho, ciento dos millones.

—Está en lo correcto, pero no me atrevo a tomar su dinero, Nicolás.

—Insisto. Por lo menos dime de qué se trata —Carpatia dijo, dando las vueltas alrededor de su oficina y mirando, a través de las paredes de vidrio, hacia las montañas que llevaban su nombre.

—Tecnología celular-solar.

—Adelante, explícame.

—Esta información es confidencial.

—Puedes confiar en mi, Jaime. Acabo de ser apaleado por uno de mis competidores, así que soy, lo que podrías llamar, un comprador con gran motivación.

—Yo diría que «inversionista» sería un mejor término. Si compra un producto, depende de usted que lo use con éxito, pero si invierte en esto, nos convertiremos en socios y ambos podríamos perderlo todo.

—Bien. Entendido. Ahora dime, ¿qué es la tecnología celular-solar?

—Es exactamente lo que su nombre indica. Lanzaríamos satélites privados y registrados, tan lejos como nos sea posible de la Tierra, para que los rayos solares los alcancen las veinticuatro horas del día, lo cual les permitiría alimentarse el

uno al otro de energía, señales e información y así proporcionarían también energía gratis a nuestros aparatos.

—Estoy dispuesto a invertir en ese proyecto.

—Nicolás, se está dejando llevar por sus emociones. Ni siquiera he hecho una propuesta oficial. Ni siquiera he consultado con mi gente principal. Ni siquiera he . . .

—Jaime, si dejas pasar esta oportunidad, invertiré mi dinero en otro lugar. Dime que sí aceptas mi propuesta.

—Está bien, está bien. Acepto su propuesta. Pronto le contactaré con los detalles. Comprende que en este proyecto no tenemos ninguna garantía, ¿verdad? No tenemos idea si dará resultado; tampoco sabemos si habrá un mercado para esto.

—Si funciona como dices que debe hacerlo, habrá un mercado. En caso no lo hubiera, yo mismo crearé uno.

Irene siempre había sido una ama de casa creativa y meticulosa, sin embargo, después de que ella le había mencionado lo mucho que se interesaba por el bienestar de sus padres, Raimundo también había comenzado a notar cada vez más cambios que lo dejaban muy impresionado. Como cualquier madre de niños pequeños, a menudo Irene estaba agotada y de mal humor y fácilmente solía levantarles la voz tanto a él como a sus hijos. No obstante, esto casi ya no sucedía.

Irene, obviamente no era perfecta, pero ahora sí se disculpaba rápidamente, trataba de restaurar sentimientos heridos y de aliviar cualquier tensión en la familia. Raimundo tenía que admitirlo, Irene decididamente se estaba convirtiendo en otra persona.

Esta situación provocó en Raimundo una reacción por demás extraña. Por un lado, se sentía atraído hacia ella de la misma manera que lo había hecho cuando recién se conocieron. Por otro lado, le daba miedo sentirse tan cercano a ella porque parecía que, con su manera de ser, ella reflejaba, como un espejo la condición real de su alma y a él no le gustaba el reflejo que veía.

A Raimundo siempre le había parecido que procurar lo mejor para uno mismo era un don y no algo narcisista o egoísta. Pensaba que los verdaderos hombres llamaban a esto: tener ambiciones y motivación. Creía que nadie daba nada a nadie; que uno tenía que luchar por lo que quería; que era necesario que cada cual tome su destino en sus propias manos y que sea el capitán de su propia alma. Así, creía que había logrado todo lo que se había propuesto, incluyendo tiempo para dedicárselo a sí mismo.

Por esta razón, cuando sus amigos quisieron jugar golf los domingos por la mañana, en lugar de los domingos por la tarde, le dijo a Irene que iba a hablar con la directiva de la iglesia para que consideraran la posibilidad de añadir, lo que sus amigos católicos llamaban «misa de los pescadores».

—Sería un culto cada sábado por la noche —dijo él—. Muchas iglesias lo tienen. Lo hacían por los pescadores que iban de pesca antes de la madrugada el domingo. Entonces, ¿por qué no hacerlo también por nosotros los jugadores de golf?

—No creo que lo aprueben —respondió Irene—. Ya sabes cuánto tiempo tomó que todos los comités den su aprobación para un nuevo alfombrado para el vestíbulo. Tomaría meses para que tu propuesta sea considerada y luego también se requeriría del voto de la congregación.

—Hasta tanto tendré que faltar a la iglesia unos cuantos domingos.

—¿En serio?

—No me mires así, Irene. No fue a ti a quien prometí que iría a la iglesia todos los domingos.

—No, pero sí se lo prometiste a Alguien y si yo estuviera en tu lugar, estaría más preocupada acerca de lo que Él pensaría de todo esto.

—Creo que Dios entiende. Además, Él ayuda a los que se ayudan a sí mismos.

—¿De verdad crees eso? ¿Sabes en que capítulo y versículo dice eso?

—Está por ahí en alguna parte.

—No, no lo está. Lo sé porque le dije lo mismo a Jackie y ella me dijo que, aunque parece tener sentido, eso no está en la Biblia. ¿Pero sabes una cosa, Raim? Con gusto te apoyaría para que vayas a la iglesia los sábados por la noche y hasta estaría feliz de verte que vas a jugar golf los domingos en la madrugada.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Raimundo, entrecerrando los ojos.

—A pesar de ser una iglesia pequeña, Nueva Esperanza tiene un culto los sábados por la noche.

—Olvídalo.

—Pensé que querías mi apoyo.

—Irene, no necesito tu apoyo.

—¿Mi permiso, entonces?

—Más me vale que no necesite eso tampoco —aseveró Raimundo, sin importarle si la hería—. No debiera preguntar a mi esposa si puedo hacer esto o aquello .

Ese pequeño altercado con su esposo hizo que Irene estuviera intranquila durante varias horas. Raimundo era capaz de causarle muchas frustraciones, pero ella temía que darle ojo por ojo y diente por diente no era la manera de hacerle reaccionar positivamente.

SEIS

NICOLÁS ESTABA OBSESIONADO por saber quién era su competidor ante Tecnologías Corona. Desde luego que sospechaba quién era, así que cuando Ricardo Planchet regresó con su reporte, acerca de su misión de conseguir que Nicolás ingresara a las academias militares en un rol mixto, Carpatia le cambió el tema.

—¿Querías un puesto como profesor adjunto y estudiante civil? —Planchet comenzó a decir—. Te va a interesar saber que . . .

—Ricardo, alguien está divulgando nuestra información confidencial y quiero saber quién es.

—¿Divulgando nuestra información confidencial, señor?

—Sí, desde Carpatian Trading o desde el Intercontinental.

—Dudo que el banco tome semejante riesgo, Nicolás. Por otro lado, tampoco creo posible que alguno de nuestros colaboradores te esté traicionando.

—Ricardo, esa clase de ingenuidad solo hará que esto vuelva a repetirse. Has que Ion venga a mi oficina. Quiero saber su opinión acerca de cada uno de los ejecutivos del banco con quienes nos reunimos el otro día.

—¿Ion?

—¡Sí, Ion!

—Pero pensé que él ya no trabajaba para nosotros.

—¿Qué ya no trabaja para nosotros? —Carpatia repitió, inclinando la cabeza—. ¿Sin que yo lo haya sabido? Imposible.

—De hecho, estoy seguro que ya no está con nosotros. Sé que ha tomado una posición similar con una firma en Moldova.

—¡Pero no puede ser! ¿Salió sin aviso previo? ¿Por qué no me lo dijeron?

—Solo asumí que si yo lo sabía, entonces tú también debías saberlo. ¿Acaso la oficina de personal no debería mantenerte al tanto?

—Obviamente no lo han hecho, Ricardo. ¿Cuándo se fue Ion?

—Hace apenas unos días.

—Espero que no haya recibido ninguna remuneración, ya que ni siquiera nos dio su renuncia con anticipación. ¡Esto es increíble! Ahora no me vayas a decir que se fue a trabajar para uno de nuestros rivales.

—Sí, en efecto así es, Nicolás. Siento mucho que no hayas sido informado. Yo mismo te lo hubiera dicho, si solo hubiera sabido que . . .

—¡Debiste habérmelo dicho!

— . . . no te habían notificado del asunto. De ahora en adelante me aseguraré que seas informado de todo lo que suceda.

—No me digas que se fue a trabajar para Tismaneanu. No me digas que Ion está trabajando para Emil.

—Muy bien, acertaste, Ion ahora trabaja precisamente para él.

—¡El dueño de Tecnologías Tismaneanu es un hombre corrupto y todos lo saben. Emil vive aquí solo para poder servir en la Adunarea Diputatilor, sin embargo, todos saben que en realidad vive en un apartamento en Galati, justo en este lado de la frontera, fuera de sus oficinas principales en Moldova! —exclamó Nicolás, poniéndose de pie y golpeando su escritorio con el puño.

Planchet permanecía sentado, afirmando solemnemente con la cabeza, lo cual solo hacía que Carpatia se enojara aún más. Si Ricardo sabía todo esto, ¿por qué no hizo algo al respecto? ¿Por qué no lo hacía Nicolás mismo?

—Bueno, me alegro de que viva aquí. ¿Sabes por qué, Ricardo?

—No, dímelo, Nicolás.

—Porque también yo vivo aquí.

Ricardo parecía no entender. Qué simplicidad mental para un hombre tan respetado en el ámbito espiritual.

—Tismaneanu pretende alcanzar un tercer término como diputado en el parlamento menor —prosiguió Nicolás—. ¿Qué tal le vendría ser derrotado por un nuevo candidato?

—No querrás decir que . . .

—¡Claro, eso mismo es lo que quiero decir! Espera un momento —dijo Nicolás, sentándose a su escritorio y llamando a Tecnologías Corona en los Estados Unidos—. Jaime, te habla Nicolás Carpatia, ya sé que es Tismaneanu quien obtuvo el contrato contigo para Europa.

—Nicolás, recuerde que esa información no la recibió de mí.

—No, tú no tienes nada que ver en eso —respondió Nicolás, dando una mirada a Planchet y levantando un puño—. Aún necesito saber si solo tienen el contrato para la tecnología oral-celular y que no saben nada acerca de la celular-solar.

—Correcto. No le he mencionado a nadie acerca de la segunda. Francamente, mi gente está muy emocionada de que usted confíe en nosotros.

—Jackie, ¿pueden las personas que sufren de demencia, o hasta de una caso agudo de Alzheimer, aceptar al Señor como su salvador personal? —Irene le preguntó, no solo por curiosidad, sino más bien porque estaba desesperada por saber la respuesta a tal inquietud.

—Posiblemente en un momento de lucidez. Obviamente, Dios tendría que obrar de varias maneras. Tendrían que estar lúcidos durante el tiempo suficiente para que entiendan lo que alguien les está diciendo y ese alguien tendría que estar ahí con ellos en el momento preciso. Además, el paciente, o los pacientes, deberían estar dispuestos a aceptar y creer lo que están escuchando.

—¿Te imaginas por lo que estoy orando, Jackie?

—Desde luego. ¿Qué tan grave está la señora Steele al momento?

—Ella es la menos grave. No cabe duda de que se trata de la enfermedad de Alzheimer, por ahora solo sufre de pérdida de la memoria a corto plazo y se confunde mucho. También ha comenzado a ponerse nerviosa e intranquila.

—¿Y cómo está el señor Steele?

—Él es un caso perdido. Su mente divaga la mayor parte del tiempo, pero en lugar de estar solamente confundido, como muchos de los pacientes en su misma situación, se enoja mucho. Es como si supiera que debería recordar las cosas, expresarse bien y todo lo demás, pero como no puede hacerlo se frustra mucho.

—Entonces, no tiene paz.

—No, ni en lo más mínimo.

Carpatia caminó con Planchet hasta un balcón sobre su pórtico. El viento soplaba a través de un cielo despejado y el sol iluminaba los picos de las montañas en el horizonte.

—Ricardo, nunca te pregunté cómo te deshiciste de mis padres.

—Fue muy prudente de tu parte no hacerlo. Ese fue uno de los peores trabajos que me ha tocado hacer, así que no quiero ni volver a pensar en eso.

—Te necesito otra vez, Ricardo.

—No, por favor. Emil Tismaneanu cuenta con un fuerte personal de seguridad, al igual que tú.

—Derrotaré a Emil políticamente, pero Ion tiene que escarmentar.

—¿Ion? No estás hablando en serio, ¿verdad?

—Hombre, piénsalo. Puedo tolerar la deslealtad solo hasta cierto grado. Acepto que alguien quiera seguir otro camino si ha encontrado un mejor trabajo y que no desee verme cara a cara. Eso prueba que es independiente y que piensa por sí mismo. Tal vez algún día yo hasta contrataría otra vez a

aquella persona. Sin embargo, si te pones a pensar en la gravedad de lo que Ion me ha hecho, . . . eres un *prostovan* con semejante *naivitate* que me obligas a dudar de tu inteligencia. Ion es un traidor, Ricardo. Si le dejo salirse con la suya, haciéndome perder un negocio de cien millones de dólares, mi reputación se irá por los suelos. Me verán como a un enclenque que se deja pisotear fácilmente.

—Pero si algo le sucede a Ion, tú serás el primer sospechoso.

—No sospecharon de mí por la muerte de mis padres.

—Entonces eras apenas un jovencito. Además, ese fue un trabajo muy costoso y, como te lo dije, no quiero ni recordar los detalles.

—Vamos a recordarlos, Ricardo. Lo que le va a suceder a Ion será tan bien planeado, que se verá claramente como un accidente. Nadie sospechará de mí. Tú te encargarás de que todo salga bien.

—Pero si todo sale tal como tú dices, ¿cómo, entonces, servirá eso para proteger tu reputación? Solo parecerá que un hombre quien, aparentemente te traicionó, sufrió un desafortunado accidente. Solo parecerá un coincidencia, a lo mucho lo verán como karma —comentó Ricardo, moviéndose hacia un lado y dirigiendo su mirada al vacío.

—Aquellos que tienen que saber lo sabrán, o por lo menos quedarán intrigados. A lo mejor con esto hasta logro hacer que Emil desista de presentar su candidatura como mi rival.

Aunque su suegra le hubiera dicho que en una vida anterior había sido contorsionista, Irene no hubiera podido quedarse más atónita. Luego de un par de incidentes —típicos— de olvidarse dónde se encontraba o de cómo regresar a su habitación, la anciana le preguntó a qué hora le servirían el almuerzo.

—Acabamos de regresar del comedor. ¿Recuerda que le gustó la ensalada? —Irene le respondió.

—¡Ah, sí! ¿Eso fue hoy día?

Habían almorzado solo hace diez minutos.

—¿Usted suele orar?

—Por supuesto que oro. Oro todos los días. Tú sabes que soy cristiana, ¿verdad?

Irene quiso decirle que eso más bien era lo que ella suponía, pero se abstuvo de hacerlo puesto que sabía que la condición de la señora era muy delicada.

—Estoy muy preocupada por mi esposo, creo que él no conoce al Señor.

—¿Usted cree que él no es cristiano? —Irene le preguntó.

—Creo que él no es creyente como lo soy yo. Creo que mi hijo tampoco lo es.

—¿Por qué dice eso?

—Porque para ser creyente hay que tener a Jesús en el corazón —respondió la señora, como si fuera una niña, sorprendiendo sobremanera a Irene.

—¿Cómo podemos tener a Jesús en el corazón?

—No en el sentido físico, obviamente —continuó la anciana—. Esa es solo una manera de decirlo.

—Ya veo.

—Lo leí en la Biblia. En nuestra iglesia nunca nos enseñaron acerca de eso. Nunca nos dijeron que todos somos pecadores y que estamos separados de Dios. Tampoco nos enseñaron que Jesús murió por nuestros pecados. Bueno, oí mucho de eso, pero más bien parecía referirse a todo el mundo. Por supuesto que Jesús murió por todo el mundo, pero hay que recibirlo individualmente. Tengo un versículo favorito.

—¿En serio?

—A ver, ¿cuál es el libro y el capítulo en el que se encuentra?

—No lo sé. ¿Puede decirme lo que dice ese versículo?

—¿No soy tu madre, verdad?

—Usted es mi suegra.

—Tú eres la esposa de Raimundo. Asistí a tu boda.

—Sí, así es.

—¿Cuándo van a darnos nietos?

Irene sacó las fotografías de sus hijos y le recordó acerca de Cloé y Raimundito.

—Claro que los recuerdo.

—¿Cuál es su versículo favorito?

—No puedo recordar su dirección.

Irene nunca había oído que ese término se usara para referirse al libro y al capítulo en el que se encontraba un versículo.

—Bueno, entonces dígame lo que dice.

—«Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios.» ¿Sabes una cosa? Yo sí creo en su nombre, Cloé.

—No soy Cloé, soy Irene.

—Yo sí creo en su nombre, Irene.

Irene apenas podía pronunciar palabra. ¡Qué maravilloso era lo que acababa de escuchar!

—Todos se detienen después de Romanos 3:23 —continuó la señora Steele, sorprendiendo nuevamente a Irene.

—Así que sí recuerda la «dirección» de su versículo.

—Se necesita leer el siguiente versículo también —dijo la anciana, asintiendo.

—¿Lo recuerda?

—Desde luego, recuerdo los dos versículos. «Por cuanto todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios.» Pero aquí viene la mejor parte: ____

—Eso es maravilloso.

—Sí, ya lo sé. Juan 1:12.

—¿Perdón?

—Esa es la dirección del primer versículo, Cloé.

—Irene.

—Irene.

SIETE

ION FALLECIÓ en la región rural de Moldova, cuando sus frenos no funcionaron y se estrelló, en contra de un camión que transportaba combustible y luego en contra de una carroza tirada por caballos.

Nicolás envió un elegante arreglo floral y asistió al funeral. Trató de consolar a la desconsolada viuda quien, claramente, no quería tener nada que ver con él. Sin embargo, atrajo un poco la atención de esta al susurrarle al oído que estaba estableciendo un fondo monetario para su único hijo, un jovencito de dieciséis años, para que sus estudios universitarios fueran totalmente pagados. La mujer le abrazó y, por sobre el hombro de ella, Nicolás miró directamente a Emil Tismaneanu.

Tismaneanu tenía más del doble de la edad de Carpatia y se vestía y comportaba como el exitoso hombre de negocios y político que realmente era. Nicolás pidió disculpas a la viuda y se dirigió hacia Tismaneanu para ofrecerle un apretón de manos, el cual resultó por demás incómodo.

—Gracias por avisarme antes de saquear mi personal —susurró Nicolás.

—¿Saquear tu personal? —Tismaneanu respondió quedamente y con una sonrisa—. No se trata de que te haya robado uno de tus consejeros. Yo no haría algo semejante sin tu conocimiento. Tan pronto como Ion estuvo disponible, asumí que sabías que él no estaba a gusto trabajando para ti.

—Casi nada se me pasa desapercibido —respondió Nicolás—. Pero te aseguro que, si algún día pretendo contratar a uno de tus empleados, yo mismo te lo haré saber.

—No te molestes. Ninguno de mis empleados desearía trabajar para ti.

—Tal vez sí, cuando yo sea diputado de Bucarest.

—¿Acaso este es un anuncio? —Emil preguntó, dando un paso hacia atrás y arqueando una ceja.

—Al parecer para ti lo es.

—Tu madre es una creyente nacida de nuevo, Raimundo —dijo Irene.

—Otra vez con lo mismo. No me digas que ella es otra como tú.

—Sí te lo digo. Ella es una creyente tal como lo soy yo.

—Así que soy minoría.

—Sí. Así que más te vale que te des por vencido y te unas a nuestro bando.

—Ni lo sueñes.

—Raim, solo estoy bromeando. No hagas de esto una competencia en la cual tienes que sentir que saldrías perdiendo si decides hacer lo correcto.

—Quieres decir que lo correcto es orar a Jesús y decirle que quiero ser como tú.

—Realmente no me gusta cuando eres sarcástico acerca de este asunto. Bien sabes cuán importante es para mí.

—Claro que lo sé y tú deberías saber cuán molesto es para mí.

—Pues no debería molestarte. Tu mamá realmente fue muy . . .

—¿Así que estabas hablando en serio acerca de mamá?

—Sí, ella fue muy clara y . . .

—Irene, mi madre está perdiendo la cabeza. Casi sufre de la enfermedad de Alzheimer. El cincuenta por ciento del tiempo no sabe quién es, ni dónde está. ¿Cómo puedes creer algo que ella te dice?

—Lo creo porque ella me citó versículos y, además, sabía sus «direcciones».

—¿Sus direcciones?

Irene le explicó.

—Ella está recordando al azar, cosas de su infancia —aseveró Raimundo—. Ella no sabe lo que dice, ni lo que cree, ni siquiera lo que recuerda. Su cerebro es como una máquina de discos: la palanca seleccionadora saca porciones de su memoria, las junta y a veces sale algo que parece tener sentido. Me sorprende que le des algo de credibilidad.

—Deberías escucharla.

—No es justo que me digas eso. Bien sabes cuán ocupado he estado.

—No estoy criticando lo poco que la visitas, Raim. Solo quiero decir que deberías oír lo que dice y luego formar tu criterio al respecto. Sabes que tienen horas de visita cada día de la semana, aun en tus días libres. Inclusive durante los sábados y domingos.

—Te refieres a los días cuando estoy jugando golf.

—A ella le encantaría verte.

—Gracias por hacerme sentir culpable.

—Bueno, si tienes algo de que sentirte culpable . . .

Raimundo salió súbitamente de la habitación.

Irene se enojó consigo misma. Tenía que haber un mejor modo para comunicarse con él.

Nicolás estaba intrigado y también confundido.

—La academia naval ya tiene un hombre en un puesto similar al que tú estás buscando —dijo Ricardo Planchet.

—¿La academia naval? Te dije el ejército y la fuerza aérea.

—Asumí que querías ingresar a las tres ramas.

—¿En serio, Ricardo? ¿Cuán importante es la marina para un país que casi no tiene costas?

—Lo suficiente como para tener una academia naval. Bueno, no tienes que ingresar allá, si no lo deseas. Solo te estaba diciendo que allí fue donde encontré la posición que me describiste.

—Me gustaría que las tres ramas consten en mi hoja de vida cuando me postule para diputado. ¿Así que la marina tiene a alguien en una posición que combina los roles de estudiante civil y de profesor?

—Sí, se podría decir eso —dijo Planchet sacando sus apuntes—. Es un hombre italiano, como de unos cuarenta y cinco años de edad, con preparación religiosa, enseña a los cadetes: diplomacia internacional, protocolo y diferencias religiosas entre los diferentes grupos sociales. Su nombre es Leonardo Fortunato.

—¿Fortunato? —Nicolás repitió—. ¿Quiere decir que es *norocos*, un hombre con suerte, o un oportunista?

—Todavía no lo he conocido —contestó Ricardo, encogiéndose de hombros.

—Pues ve a conocerlo. Indaga cómo es y si es que me sería de provecho conocerlo. Además, úsalo como ejemplo para conseguir que yo obtenga puestos similares en una, o en dos, o en las tres academias.

Irene se dio cuenta que era mucho más difícil tratar de comunicarse con el señor Steele. A veces parecía que él estaba mirando a través de ella y constantemente creía que era una desconocida.

—Mi hijo es piloto —dijo él por cuarta vez, respirando con dificultad por la nariz y echando una mirada alrededor de su habitación.

—Sí, ya lo sé. Sé también que usted está muy orgulloso de Raimundo. ¿Recuerda que yo soy esposa de su hijo?

—Señorita, necesito un vaso de agua, ahora mismo, por favor.

—Acabo de darle uno. Ahí lo tiene.

—Gracias —dijo el anciano, a la vez que daba un suspiro y sacudía la cabeza, dando a entender que se sentía avergonzado. Se sentó mirándola con enojo.

—¿Recuerda a sus nietos?

—Mi esposa murió —respondió él, encogiéndose de hombros y asintiendo, obviamente sin haber entendido lo que acababa de oír.

—No, su esposa está viva. Ella también vive aquí. Vendrá a visitarlo esta tarde.

—¿Tiene ella nietos?

—Desde luego, son los mismos nietos suyos —contestó Irene, mostrándole las fotos.

—Raimundo —dijo él, señalando a Raimundito.

—Raimundito —dijo ella.

—¿Va a ser piloto?

—Tal vez. Eso sería maravilloso, ¿verdad?

—Mi hijo es piloto.

OCHO

NICOLÁS NO NECESITABA SABER todo lo que fue necesario hacer, para conseguirle las posiciones que quería en las tres academias militares. Todo lo que le importaba era saber cuán favorable esta experiencia se iba a ver en su hoja de vida y cuánta credibilidad iba a ganar cuando cambiara su posición a la de pacifista.

Le pareció por demás extraño lo que Ricardo Planchet le había dicho en su reporte, acerca de que tendría que hacer donaciones para obtener cada una de las posiciones solicitadas. Nicolás no sabía que las instituciones gubernamentales aceptaran tales donaciones privadas. Por otro lado, Planchet también había hecho hincapié en que tales transacciones serían hechas en secreto y sin dejar evidencia alguna de las mismas. Aunque le costó unos pocos millones, a Nicolás le pareció que aún era un precio bajo para asegurarse su futuro.

—Tendrás libertad de asistir a cualquier clase que gustes, en cualquiera de las tres academias. Además, estás invitado a dar conferencias de negocios y de relaciones internacionales en el horario que más te convenga.

—Excelente trabajo, Ricardo —dijo Nicolás, sintiéndose repentinamente generoso y de un ánimo extraordinario.

La mirada de asombro de Planchet hizo que Nicolás se diera cuenta de que rara vez le expresaba a este, su agradecimiento por sus servicios.

—En serio, Ricardo, realmente aprecio lo que hiciste.

—Es un honor servirte —respondió Planchet, haciéndole una leve reverencia.

Carpatia fijó en Ricardo una mirada analítica, estableciendo así que el poder manipular las emociones de su antiguo mentor, con tan solo una frase de halago, era una forma más de establecer cuál de los dos era superior. Esto debió haber tocado a Planchet en lo más profundo de su ser, como si le hubiera cortado con una navaja, humillándole aún más que cuando era reprendido. Esta situación resultó aún peor que si le hubiera recordado, de manera directa, cuán drásticamente habían cambiado sus roles.

—Ahora bien, Ricardo, ¿qué hay acerca de ese hombre italiano que mencionaste?

—Investigué el historial de su vida —replicó Planchet, sacando un expediente de su portafolio—. Tiene un trasfondo impresionante.

—Adelante, dímelo.

—Es un tipo impresionante —continuó Planchet, pasando rápidamente su montón de hojas con apuntes—. Tiene un trasfondo muy variado. Comenzó su educación con una especialización en religión católica. Por alguna razón dejó la iglesia. Aparentemente ahora es devoto de la teosofía. También estuvo en el servicio militar, donde recibió un sinnúmero de condecoraciones, siempre por sus servicios a sus superiores. Al parecer es un experto en hacer que sus superiores se conviertan en hombres notables y de prestigio.

—Como sabes, Nicolás, el gobierno italiano es un modelo para el nuestro. Dos casas de parlamento bicameral: el Senado, *Senado della República,* y la Cámara de Diputados, *Camera dei Deputati.* Lo interesante aquí es que Fortunato fue elegido, primero para el Senado, donde sirvió cinco años. Luego, a pesar de su gran popularidad, escogió candidatizarse para una posición menor en la Cámara de Diputados, donde sirvió durante dos términos de cinco años cada uno.

—¿Por qué crees que haya hecho eso, Ricardo?

—Eso es difícil de saber. Tal vez lo haya hecho debido a su actitud servicial. Al parecer se deleita en hacer que otros se lleven la gloria.

—Me parece muy extraño.

—Bueno, después de eso, este tipo comenzó a trabajar por su cuenta. Ha viajado alrededor del mundo asesorando a jefes de estado; ha adiestrado a políticos; ha enseñado diplomacia, protocolo y, cuando le han permitido, ha enseñado algo que él llama «sensibilidades religiosas».

—Me encantaría conocerle, para que me asesore acerca de mi rol como profesor. Encárgate de eso, por favor, Ricardo.

Raimundo comenzó a desear no tener que regresar a su casa. El problema no eran sus hijos, aunque a veces molestaban un poco. Cloé, ya de doce años de edad, le asustaba por lo mucho que se parecía a él mismo. La niña no dejaba pasar nada por alto. Con frecuencia, Raimundo la escuchaba discutiendo con su madre de la misma manera que él solía hacerlo con la suya. Cloé era muy inteligente y elocuente, le encantaban las ciencias y no aceptaba conceptos abstractos con facilidad; así que si se trataba de algo que uno no podía probar, era mejor no discutir con ella.

Obviamente, Raimundo se daba cuenta de que la principal preocupación de Irene era el alma de Cloé. No obstante, a él le parecía que su esposa no tenía que preocuparse por eso y pensaba que más bien su hija era —en varios aspectos— mucho mejor que la mayor parte de niños de su misma edad. Había que admitir, claro está, que Cloé tenía que ser más amable con su hermanito de cuatro años de edad, quien naturalmente *adoraba* todo lo relacionado con la iglesia y su escuela dominical.

Ese era otro problema: ahora que Raimundito *tenía* que ir tanto al culto como a la escuela dominical, entonces, todos tenían que ir.

Raimundo y Cloé, en cambio rehusaban ir a la iglesia, discutían usando todos los argumentos que se les ocurrían. A veces hasta llegaban a la iglesia malhumorados y enojados y, sin embargo, se esforzaban por fingir sus mejores

sonrisas dominicales. Raimundo no había logrado hablar con los miembros de la directiva de la iglesia en cuanto a establecer un culto para los sábados por la noche, por lo que cada dos semanas había una pelea con Irene en cuanto a que si él iba a la iglesia y a la escuela dominical, o se iba a jugar golf.

Raimundo estaba cansado de siempre salir perdiendo, pero ya llegaría el día en que le haría frente a Irene. Ya no soportaba las bromas de sus tres compañeros de golf. No le agradaba que le acusaran de dejarse dominar por su esposa, ni nada por el estilo. En realidad, su promesa de ir a la iglesia se la había hecho a Dios y no a ella, así que no iba a dejar que siguiera obligándole a ir, como si fuera su mamá. Pensaba que bien podía alabar a Dios en medio de la naturaleza, al igual que lo hacía sentado en una banca fría de la iglesia —quizás podría hacerlo hasta de mejor manera. Además, era su vida e iba a hacer lo que le complaciera. Él no le decía a Irene lo que ella tenía que hacer y sería su fin si dejaba que ella le dijera a él qué hacer.

No había otra mujer en su vida y nunca había considerado el divorcio. Sin embargo, cuando se imaginaba la pelea con Irene, tenía que pensar en todas sus posibles consecuencias. ¿Cuáles serían sus opciones en caso llegaran a un serio impasse? ¿Estaría dispuesto a dejarla? Eso era algo que no quería hacer, pero tampoco deseaba vivir el resto de su vida de esta manera.

Por otro lado, aunque no había hecho nada al respecto, también había muchas otras mujeres en su alrededor. A Raimundo no se le pasaba desapercibida la manera como muchas de ellas le miraban, la forma como le sonreían, como le hablaban, como le admiraban. Algunos de sus colegas se habían aprovechado de casi todas las azafatas de sus tripulaciones. No le cabía la menor duda que él también podía hacer lo mismo si se lo proponía.

Sin embargo, ese no era su objetivo. Lo único que quería era un pequeño cambio en la distribución del poder y del

mando en su casa. No solo que quería hacer lo que quería cuando quería, sino que también sentía que —en su calidad de único proveedor del sustento para su familia— tenía todo el derecho de disfrutar de su tiempo libre, sin tener que avergonzarse por ello.

¿Cómo era posible que muchas otras cosas estuvieran yendo tan bien en su vida, mientras que su matrimonio se había estancado? Irene oraba todos los días por Raimundo, principalmente por su salvación. Últimamente había estado rogando que Dios le diera paciencia y entendimiento. Los dos se habían convertido en extraños entre sí. Se sentían incómodos, como si fueran dos seres ajenos girando en órbitas completamente separadas. Ni siquiera lograban ponerse de acuerdo en cuanto a cómo criar y disciplinar a sus hijos.

Irene era bastante estricta con Cloé y con Raimundito. Aunque Raimundito realmente no lo necesitaba. Cloé, en cambio parecía desafiarla verbalmente en todo momento. Irene tenía que explicar o defender cada cosa que hacía o decía, o de lo contrario su hija era capaz de hacerla sentir como si fuera la mujer más ignorante del planeta.

Raimundo, por su parte, estaba casi desconectado por completo de sus hijos. Cuando estaba en casa, quería que estuvieran callados. Solía pasar solamente unos breves instantes con ellos y, aunque parecía quererles mucho, por lo general se retiraba luego de una media hora más o menos.

Irene comenzó a reunir todo el coraje y el valor que podía y empezó —en preparación para una discusión— a hacer una lista de cosas que no marchaban bien en el hogar.

Leonardo Fortunato aceptó la invitación que Nicolás le hiciera —obviamente— a través de Ricardo Planchet para una cena a altas horas de la noche, en su mansión y en compañía de su tía Viv y de Ricardo. En esta ocasión, Nicolás

escogió el Bentley negro para que a las diez de la noche fueran a traer a su invitado hasta la puerta principal.

Acordaron que Ricardo y Viv esperarían en el salón y que tan pronto Fortunato hubiera llegado, llamarían a Nicolás. Así lo hicieron y hasta que Nicolás bajara de su estudio, llevando puesta una chaqueta seria y elegante, Ricardo ya les había presentado al señor Fortunato y a la señorita Ivins.

Fortunato, quien prefería que le llamaran León, era de tez oscura y de complexión gruesa. Llevaba puesto un traje, no muy caro, hecho a la medida y una corbata. Nicolás pensó que su invitado se parecía a un guardaespaldas de una mala película. Fortunato también lucía mayor de lo que debía, pero su cabello aún era negro y abundante. Sus ojos reflejaban un hastío del mundo y, a pesar de su trasfondo tan variado, Nicolás pudo también detectar algo de timidez en la expresión del hombre.

Fortunato le había traído como obsequio, una botella de vino fino italiano.

—Sin duda ya habrá escogido una para esta noche —le dijo a Nicolás al entregársela, por lo que insistió que la guardara para que la disfrutara en otra ocasión.

—La verdad es que he escogido más de una —respondió Nicolás agradeciéndole.

Los cuatro se sentaron en derredor de una mesa cuadrada y se prepararon para servirse una cena formal. Fortunato se disculpó de inmediato por no hablar rumano.

—Eso ha hecho que el enseñar aquí se me haga difícil, pero hago todo lo que está a mi alcance por hacer un buen trabajo

—Bueno, el caso es que yo tampoco hablo italiano —replicó Nicolás, así que hablemos en inglés y veamos cómo nos va, ¿les parece?

—¿Cuántos idiomas habla el señor Carpatia? —Fortunato le preguntó susurrando a Planchet mientras les servían la cena.

—Nueve.

—¡Nueve! ¡Ay, caramba!

—Y muchos de ellos —dijo Nicolás—, son lo suficiente-

mente parecidos al italiano que creo que pudiera hacer el intento por hablarlo.

—Está bien si hablamos en inglés —dijo Fortunato—. ¿Qué es esto que tenemos aquí?

—Ah, esto es solo un pequeño *delicatepe*, es decir algo de *fruct*.

—¿Una exquisitez de fruta?

—¡Ves, ya hablas italiano, inglés y rumano!

Pasaron un largo rato disfrutando de una comida compuesta por varios platos. Luego Nicolás pidió a Viv y a Ricardo que se retiraran y llevó al señor Fortunato a una antesala con mamparas, con vista hacia las montañas y cuya chimenea ardía en el fondo. Entonces, Nicolás hizo que le trajeran unos cigarros cubanos.

—Deme el gusto de escoger ese —dijo Nicolás, señalando el más grueso de la caja.

—Con mucho gusto —respondió Fortunato.

Nicolás escogió uno similar y, luego de cortarles las puntas, encendió los dos cigarros.

—Ahora ya puedo morirme —comentó Fortunato, riéndose entre dientes e inhalando el suyo lentamente, dando la impresión de estar saboreándolo antes de exhalar—. Gracias por una velada tan maravillosa. Tiene usted una mansión hermosa en la que todo es perfecto.

—¡Ah, pero la noche apenas ha comenzado! ¿No te parece?

Fortunato se encogió de hombros y sonrió, dando a entender que estaba dispuesto a proseguir de acuerdo a lo que Nicolás tuviera planeado.

—Me gustaría que habláramos por un buen rato, pero tampoco quiero abusar de tu amabilidad.

—Tengo todo el tiempo que requiera, señor —replicó León.

Una vez que Irene le dijo lo que tenía planeado hacer la próxima vez que él regresara de un viaje largo, Raimundo no

supo qué pensar, ni cuáles eran realmente las intenciones de su esposa. Ella había pedido a Jackie que cuidara a los niños y también había hecho reservaciones en un hotel cercano. Eso ya lo había hecho antes, pero con un motivo especial tal como su aniversario de bodas, el Día de San Valentín o el cumpleaños de Raimundo. Sin embargo, al parecer esta vez no había ninguna ocasión especial.

Mientras volaba, y aún en sus momentos de descanso, Raimundo trataba de adivinar por qué Irene estaría haciendo todo esto. Aunque últimamente su vida amorosa dejaba algo que desear, tampoco era todo un desastre. No obstante, se notaba que ella estaba cansada y siempre tenía mucho que hacer. Él, por su parte, no se veía feliz, era distante y, obviamente, había algo en su mente que le molestaba.

Tal vez era una prueba. Quizás ella le iba a preguntar si le era fiel, así que se sintió agradecido de haberlo sido. Ahora, lo menos que él necesitaba era algo más por lo que tuviera que admitir culpabilidad. Le parecía que ya aguantaba suficientes miradas y gestos acusadores y comentarios negativos por no estar cumpliendo su promesa de ir a la iglesia todos los domingos y también por la manera de llevar sus roles de padre e hijo.

Raimundo decidió que él también llevaría su lista de quejas. Pensó que tal vez no sería justo sorprenderla con semejante discusión, ya que al fin y al cabo, este cambio de rutina había sido idea de ella. Claramente había algo que la estaba molestando. Le gustaría mucho poder consolarla, pero tarde o temprano tendría que hablar del contenido de su lista.

El hecho de que Irene haya planeado que esto se llevara a cabo en un hotel, con algo de romance incluido, quería decir que no estaba tan disgustada. Él tampoco lo estaba, pero ya era hora de poner las cartas sobre la mesa. Dejaría bien en claro que sí le era fiel, pero que tenía también sus buenas razones para haber permitido que se diera semejante distanciamiento emocional entre los dos. La verdad era que ella había contribuido tanto como él para que se diera dicho pro-

blema, así que también tendría que aceptar su responsabilidad en el conflicto y tendría que hacer frente a esa realidad.

—Tendré tu maleta lista, cariño —le había dicho ella—. Cuando llegues ni siquiera tendrás que bajarte del carro, a menos que así lo desees. Estaré lista, así que podremos irnos directamente al hotel, ¿qué te parece?

—Me parece sospechoso —él había contestado.

—Me alegro de que lo hayas dicho con una sonrisa —había respondido ella—. Después de todo, no hay nada malo en que una mujer trate de seducir a su esposo, ¿verdad?

—Me quemaré los sesos, pues aún no logro entender de qué se trata —él había dicho.

NUEVE

NICOLÁS CARPATIA estaba realmente intrigado con los aspectos contradictorios de la personalidad de Leonardo Fortunato. Durante la cena había escuchado lo que este había dicho, pero no había puesto mucha atención a su apariencia física —Nicolás estaba siempre más preocupado en su propia apariencia que en la de los demás.

Sin embargo, en un esfuerzo por llegar a conocer mejor al hombre, ahora le estaba examinando con más cuidado. Probablemente, Fortunato era unos doce centímetros más bajo que Nicolás, su complexión gruesa y compacta le daba la apariencia de ser un hombre fuerte. Carpatia se fijó hasta en los detalles más pequeños tales como en el traje oscuro y conservador, nada costoso pero hecho a la medida; y en los puños de la camisa, de estilo francés, en los cuales lucía gemelos de diamante. Fortunato llevaba dos anillos en una mano y uno en la otra.

Su corbata, de un rojo iridiscente, parecía brillar intermitentemente, aún bajo la tenue luz de la antesala con mamparas. Cuando cruzó las piernas —con bastante esfuerzo—, Nicolás pudo verle sus calcetines, los mismos que combinaban con el traje y cuya raya roja casi combinaba también con la corbata. Nicolás concluyó que este era un hombre que tenía que ser cuidadoso para no terminar luciendo demasiado vistoso o extravagante.

Se sintió una suave brisa y Carpatia se acercó hacia el fuego. Fortunato hizo lo contrario. No solo que se alejó del fuego, sino que además le preguntó a su anfitrión si le molestaría si se quitaba la chaqueta.

—No, de ninguna manera —respondió Nicolás y con chasquido de los dedos llamó a alguien—. ¡Pedro! —dijo y enseguida apareció uno de sus sirvientes.

—¡Ah, si no le importa solo pondré mi chaqueta sobre una de las sillas —dijo Fortunato.

—Sí me importa —replicó Nicolás—. Pedro, por favor cuelga la chaqueta del señor Fortunato y por si acaso, también tráele un batín.

Pedro regresó de inmediato, trayendo consigo un batín color vino de fieltro y satén y lo colocó sobre un diván cerca de Fortunato.

León, separando sus pies y apoyando los codos sobre las rodillas, se inclinó hacia Carpatia. A pesar de la poca luz, Nicolás pudo notar que su invitado tenía manchas de sudor bajo las axilas, ¿acaso estaba nervioso o de verdad tenía calor? Fortunato hizo caso omiso del batín.

Los hombres conversaron durante varias horas y, más o menos alrededor de las tres de la mañana, Carpatia comenzó a sentir que un extraño vínculo se estaba dando entre los dos. Fortunato parecía saber mucho acerca de muchas cosas. De hecho, parecía saber todo acerca de todo. Nicolás pensó que si él mismo hubiera gozado de semejante riqueza de conocimientos y experiencias, habría sido —desde hacia mucho tiempo— uno de los hombres más reverenciados en el mundo entero.

—Tengo que hacerte unas cuantas preguntas, Fortunato y te ruego que no te ofendas.

—Por favor, dígamelas.

—¿Cómo es que has permanecido en el anonimato? ¿Por qué nunca antes he escuchado acerca ti?

Fortunato sonrió como si Carpatia acabara de darle uno de los cumplidos más preciados.

—Eso, mi querido amigo, ha sido hecho a propósito. Me gusta pensar que más bien soy un forjador de hombres notables e ilustres.

—¿Un forjador de hombres notables e ilustres? Entonces tú

derivas gran satisfacción al dar a otros las herramientas que necesitan para sobresalir.

—¡Exactamente! —Fortunato exclamó—. Yo mismo no lo entiendo, ni sé el por qué. Muchos me han preguntado por qué no soy un líder, por qué no busco la fama para mí mismo. No lo sé, pero le digo una cosa: mi vida es una misión. No puedo decirle que los cielos se me abrieron y que se me apareció una luz, o que escuché unas voces. Todo lo que sé es que cuando, gracias a mi labor «entre bastidores», alguien a quien yo he descubierto, y a quien admiro y en quien confío, alcanza la fama y la grandeza, siento una satisfacción indescriptible. En momentos como esos, cuando mi candidato es el ganador, o mi cliente obtiene el ascenso, me siento tan inmensamente satisfecho, como si yo mismo fuera el rey del mundo.

—¡Fascinante!

—Gracias, señor Carpatia, la verdad es que eso me fascina a mí mismo.

Nicolás pidió a Pedro que le trajera la caja de cigarros y escogió uno más pequeño y menos fuerte.

—¿Fortunato? —dijo, ofreciéndolos a su invitado.

Esta vez, Leonardo no los aceptó.

—Por favor, me dices si te estoy reteniendo por mucho tiempo —dijo Carpatia mientras encendía su cigarro.

—No, se preocupe, acostumbro a trasnochar. Además, ¿a quién no le gusta hablar de sí mismo?

—Tengo curiosidad de saber más acerca de tu trasfondo espiritual —continuó Nicolás con una risa—. El señor Planchet me dice que fuiste criado bajo los preceptos de la religión católica y que estudiaste para el sacerdocio.

—Bueno, me estaba especializando en religión en una universidad católica cerca del Vaticano, pero creo que en realidad no fui hecho para ser sacerdote. Me encanta la iglesia y todos sus atributos, pero no fui lo suficientemente humilde.

—¿Lo suficientemente humilde?

—Soy un hombre sincero, señor Carpatia, así que le diré la

verdad. Lo que más me atraía acerca de mi religión heredada fue su formalidad y su pompa y esplendor. Nunca me sentí cerca a Cristo, quien es el objeto mismo de la alabanza de la iglesia. Muchos de mis compañeros y colegas sí se sentían cerca de Cristo, por lo que les respetaba y aún les envidiaba. No obstante, yo sabía por qué yo no lo lograba.

—Querías ser el Papa.

—¡Algo por el estilo! —Fortunato dijo, levantando su cabeza y riéndose a carcajadas—. ¡Yo quería ser Jesús!

—¡Los dos haríamos una pareja perfecta, Fortunato, pues yo quiero ser dios! —Carpatia exclamó, y los dos se rieron juntos.

—¿Le gustaría ir a dar una caminata, señor Carpatia? Siento que, en mi calidad de invitado, estoy siendo un tanto grosero al hacerle tal sugerencia, pero de verdad me gustaría ponerme de pie y moverme.

—Seguro que sí, pero debemos acordar que vamos a olvidarnos de las formalidades. Me parece que llegaremos a ser amigos, así que de ahora en adelante llamémonos por nuestros nombres, ¿de acuerdo?

Fortunato extendió su mano y estrechó la de Carpatia, levantándose y haciendo que su anfitrión también se pusiera de pie.

—¿Te gustaría que Pedro te traiga tu chaqueta o prefieres usar el batín?

—Francamente, Nicolás, así estoy cómodo. Me encanta disfrutar de una suave brisa en mangas de camisa.

—Como gustes.

Raimundo Steele no era la clase de hombre que acostumbraba a despreciar un regalo. Irene había reservado la suite matrimonial en el hotel cercano más elegante. Los dos disfrutaron de una cena servida en su balcón y, un par de horas más tarde, descansaban sobre la cama, conversando en la oscuridad.

Él no podía quitarse de la cabeza la idea de que ella estaba

tramando algo, de que ella estaba usando todo lo que a él le gustaba, para prepararle para algo que él aún no sabía con certeza qué era —pero sí tenía una ligera sospecha de lo que podía ser. Cerca de la medianoche, Raimundo empezó a desear que Irene fuera de una vez directo al grano. Sin embargo, ella aún seguía hablando de los recuerdos y memorias de cuando los dos se habían conocido, cuando se habían enamorado, comprometido, de cuando se casaron, de la vez que se mudaron, de cuando tuvieron hijos.

Resultó agradable recordar con nostalgia los años pasados, que auque parecían tan cercanos, habían ya pasado tan rápidamente. Raimundo pudo darse cuenta de que Irene estaba acercándose al tema central de la velada, cuando habló con melancolía acerca de Cloé.

—Estoy preocupada por ella, Raim. Se parece tanto a ti . . . No fue mi intención que lo que acabé de decir pareciera algo negativo, pero ella tiene solo doce años de edad. Siempre abrigué la esperanza de que nuestros hijos fueran dóciles, más de lo que muchos niños lo son. La realidad es que ella ya no es nada dócil, ¿verdad?

—No, pero Raimundito sí lo es todavía —respondió Raimundo—, y eso me preocupa.

—Raim, él solo tiene cuatro años de edad.

—Es un niño muy tierno para tener cuatro años de edad.

—A los cuatro años de edad aún tiene que ser tierno. Además, no te preocupes, ningún hijo tuyo va a crecer siendo tierno.

A Raimundo le dio gusto lo que acabó de escuchar.

—Ya hablaremos de Raimundito —replicó ella—. Ahora necesitamos hablar de Cloé. Desde ya, ella es una escéptica, argumenta todo y no cree en nada.

—Quieres decir que no cree en lo que tú crees.

—Bien, también se trata de eso. Una niña de su edad no debería tener ningún problema en creer y amar a Jesús.

—A no ser que ella realmente no crea en Jesús —contestó Raimundo.

—¿Qué quieres decir?

—Bien, ya que estamos tratando el tema, ¿en serio quieres hablar de esto, verdad?

—Estoy ansiosa.

—Eso me temía.

—Raim, no tomes esa actitud.

—Está bien, solo sigamos hablando pero, ya que te tomaste todas estas molestias, seamos sinceros.

—¿Podemos también ser mutuamente cordiales?

—Lo intentaré. Sin embargo, Irene, esto me molesta tanto como a ti. Hemos estado evitando este tema durante varios meses y ya es hora de que pongamos todas las cartas sobre la mesa.

—Desahógate —dijo Irene cruzando las manos detrás de la cabeza y dando un suspiro.

—Me parece que tú realmente no quieres hablar del tema.

—Sí quiero que hablemos de esto, es solo que pienso que ya he oído todos tus argumentos al respecto.

—Bueno, entonces no hace falta que los repita.

—Raimundo, por favor, no reacciones así. No quise ofenderte, solo espero que me des el gusto de darme otras razones, eso es todo.

Él se dio la vuelta para poder mirarla, apoyándose sobre uno de sus codos.

—Cloé, al igual que yo, no tiene problemas con Dios, ni con la iglesia, ni con nada de eso. Simplemente, nosotros no somos tan adeptos como lo eres tú. Tú eres la persona más religiosa que conozco.

—No es . . .

—Irene, escúchame —continuó él, dando a notar en su voz cierto enojo, tanto así que no le importó ser brusco—. Si me vas a decir que no se trata de religión sino de Jesús, voy a explotar, ya lo sé, ¿entendido? Tú siempre dices que la religión es un esfuerzo del hombre por alcanzar a Dios, y que Jesús es el medio de Dios para llegar al hombre. Lo he oído tantas veces que ya se han convertido en palabras vacías para

mí. Perdóname, pero tú hablas como lo hacen los fanáticos religiosos. ¿Acaso no te das cuenta? Actúas como una monja, o como una santa, o como una seminarista o algo por el estilo. Según tú, todos tenemos que ser tan religiosos como tú o no somos salvos.

Esta vez había logrado que ella guardara silencio, y no sabía con seguridad si eso era algo malo. Ahora él podría continuar, y también esperaba poder ser más razonable.

—Piensa en el esposo que podrías haber tenido: un hombre que te maltrate, un mujeriego, un borracho. Uno que *nunca* va a la iglesia. Irene, yo voy a la iglesia. Quizás no con tanta frecuencia como tú crees que debería hacerlo, pero voy. Creo en Dios y hasta me agrada escuchar acerca de Jesús. Esas cosas no me molestan, pero no quiero convertirme en un fanático. No quiero que eso regule mi vida, ni que me haga sentirme incómodo entre mis amigos. Ellos tienen sus creencias y yo tengo las mías. Este es un país libre.

Raimundo quiso llenar la incómoda pausa silenciosa que se dio en este momento, por lo que estuvo tentado a mencionarle acerca de sus planes de ir o no ir a la iglesia y de sus intenciones de asistir con menos frecuencia, a fin de poder ir a jugar más partidos de golf, pero decidió que eso podía esperar. No quiso hacer que Irene se enojara, pues sabía con certeza que lo que acabó de decir era lo contrario de lo que ella había querido escuchar. De hecho, él sabía que había acabado de hacer realidad la peor de sus pesadillas pero, al fin y al cabo, ella había querido saber cuál era su punto de vista y él se lo había dicho.

—Estábamos hablando acerca de Cloé —respondió Irene quedamente.

—¿Cuál es el problema con Cloé?

—Ella te rinde culto. Tú eres su héroe y ella quiere ser como tú.

—Eso no es tan malo. Podía haber sido algo peor. ¿No te gustaría que algún día llegara a ser piloto y que tuviera mucho éxito como tal?

—No se trata de eso. Ella es una magnífica estudiante. En ese aspecto ella no tendrá ningún problema en elegir lo que le guste. Tú eres un hombre maduro y tienes el derecho de tomar tus propias decisiones en cuanto a tu fe, aunque yo no esté de acuerdo con lo que escojas o aunque me preocupe por las consecuencias. Ella solo tiene doce años, Raim, y ya cuestiona la existencia de Dios, diciendo que no hay manera que yo pueda saber si la Biblia es verdad o no. Cada semana se opone a ir a la iglesia y a la escuela dominical. Critica a su maestra de escuela dominical, se sienta encorvada, cruza los brazos y cierra los ojos durante los sermones.

—Cloé escucha los sermones.

—Sí, ya sé que los escucha porque luego los critica detalladamente.

—Irene, tú también lo haces.

—Rehúso a seguir con esta conversación —dijo ella, dándole la espalda.

—Por favor, no hagas eso. Por lo menos estamos dialogando. ¿De verdad quieres hacerme creer que tú piensas que no hay esperanza para mí?

—No, no quiero que pienses eso —replicó ella, volviéndose otra vez—. Lo que quiero es que animes a Cloé para que me obedezca más, para que trate de creer en la Biblia, para que mejore su actitud acerca de los domingos.

—No puedo hacer eso —contestó Raimundo sentándose y poniendo los pies a un costado de la cama.

—¡Oh, Raim!

—No puedo hacerlo, Irene. Tengo que ser honesto conmigo mismo y he de hacer lo que me parece mejor. No vas a intimidar a tu propia hija para que tome una decisión tan importante como esta. No puedes obligarla a que crea lo que tú crees. Ella tiene que tener sus propias creencias, basadas en sus propios estudios y conclusiones.

—Como las tuyas.

—¡Sí, como las mías! ¿Qué tienen de malo mis creencias?

—Tú no crees en nada, Raimundo. Asistes a la iglesia tal

como si asistieras al club. Si tomaras en serio tu relación con Dios, estudiarías la Biblia, irías a una iglesia que enseña y predica de la Biblia. Además, te asegurarías de criar a tus hijos de la misma manera. Yo tampoco quiero que Cloe tenga una fe heredada, por así decirlo, solo quiero que sea más dócil, más abierta a estas enseñanzas. Ella es demasiado joven para ser tan rebelde y para oponerse a todo.

—Ella no es una rebelde, Irene. Ella es una niña buena, una gran estudiante y nunca se mete en problemas. Hace rato te pedí que te imaginaras la clase de esposo que pudiste haber tenido, ahora te pido que te imagines la clase de hija que pudiste haber tenido.

—¿Así que según tú opinión, tengo que estar feliz con mi esposo y con mi hija, a pesar de su falta de una relación personal con Dios, solo porque pudieron haber sido algo peor? Bien, Raimundo, válgame la oportunidad, para decirte que estoy muy agradecida a Dios que no eres como Hitler. ¿No es maravilloso que no eres un asesino en serie? Eso sí que podría habernos causado problemas en nuestro matrimonio.

—Ahora es mi turno para no querer continuar con esta conversación —dijo él.

En ese momento, Irene salió de la cama, se puso su bata, encendió las luces y se sentó a mirar la televisión.

—¿Sabes una cosa? —dijo él—, eso que dijiste acerca de que voy a la iglesia como si fuera al club. . . .

—Mmm —replicó ella, sin volverse para mirarle.

—Esa es una de las razones por la que no quiero ir a otra iglesia.

Esta vez, ella se dio vuelta y le dirigió una mirada llena de pesar.

—¿Te has dado cuenta de que en nuestra iglesia hemos conocido a nuestro doctor, a nuestro dentista, a nuestro agente de seguros, aún al tipo que puso mi nombre para obtener la membresía en el club?

Irene volvió a mirar la televisión.

DIEZ

NICOLÁS CARPATIA y León Fortunato caminaron y hablaron hasta el amanecer, haciendo un alto para admirar la belleza de la salida del sol sobre las Montañas Carpatia en Rumania, Pedro y un guardaespaldas, discretamente, se mantenían a unos treinta metros detrás de ellos.

Los dos hablaron de sus vidas, de sus sueños, de sus esperanzas y de sus planes. Para Fortunato tenía que haber sido obvio —aunque Nicolás aún no se lo había dicho explícitamente—, que estaba siendo examinado con mucho cuidado, a fin de confiarle un rol para concretar los planes para el futuro de su anfitrión.

Conforme progresaba su diálogo, Nicolás era más específico y también le hacía más preguntas. Enseguida, Fortunato comenzó a hablar como si estuviera tratando de obtener un empleo, pero lo hacía de manera muy sutil. A Nicolás le pareció que los dos sabían lo que querían, pero ninguno se atrevía a ser demasiado directo.

Finalmente regresaron a la antesala, donde León se puso el batín y Pedro les trajo platos con frutas y tostadas.

—No me gusta jugar al gato y al ratón —dijo por fin Nicolás.

—Ya me di cuenta.

—León, tú eres el mejor forjador de hombres célebres y yo quiero ser una celebridad.

—Ya lo sé.

—¿Ya lo sabes?

—No te sorprenderá saber que hice mis investigaciones

antes de aceptar tu invitación. Tu éxito en los negocios ha sido algo de proporciones meteóricas. Tu capacidad intelectual ha sido muy admirada. Tu capacidad física ya es una leyenda. Aunque no lo hayas anunciado públicamente, se sabe que nunca estás satisfecho con tus logros. Se dice que siempre estás ansioso por expandir tus horizontes, tus negocios y tus influencias. No tardarás en incursionar en el campo de la política.

—Déjame hacerte una pregunta, León. ¿Cuán lejos llegarías para ayudar a un hombre a alcanzar sus sueños?

—¡Ah! La verdadera prueba —contestó León, empujando su plato hacia un lado, mientras se recostaba sobre el espaldar de su asiento y cruzaba los brazos.

—Solo tengo curiosidad.

—¡Ah! Es algo más que curiosidad y tú lo sabes. Es la esencia del asunto. Ya te dije que hice mis investigaciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que tengo una idea de cuán lejos llegarías *tú* a fin de lograr lo que te propones.

—¿En serio? ¿Cuán lejos?

—Permíteme que me desvíe un tanto y que te cuente por qué me expulsaron de la universidad católica.

A Carpatia le gustaba muchísimo escuchar historias así.

—Te dije que me encantaba la pompa y el esplendor. Nunca se me olvidó todo lo que involucraba el realizar el funeral de un papa y la elección de otro. ¡No hay nada más hermoso que las vestiduras rojas, rojas, rojas de los cardenales! Aún cuando era estudiante, siempre hacía mis negocios aparte y, por lo tanto, tenía más dinero que mis compañeros. Una vez se me metió en la cabeza la idea de tener unas vestiduras de cardenal y nada me iba a hacer desistir de este propósito. De prisa fui al almacén del Vaticano, solo que tuve que mentir para poder comprar lo que quería. Me dijeron que tenía que tener una autorización especial para comprar tales vestiduras, así que les mentí y les dije que era un regalo para mi obispo. Les dije que los dos éramos de la misma talla

y cuando dejaron de hacerme preguntas y comenzaron a tomarme las medidas, mi alegría fue indescriptible.

—Cuando las vestiduras estaban listas y me las puse ante el espejo de tres frentes, sentí que podía ir directamente al cielo. Tuve que contener mis emociones a fin de poder continuar con mi engaño e insistí en que mi obispo estaría tan emocionado como yo lo estaba. Quise llevarlas puestas de regreso a mi habitación, pero eso habría sido demasiado sospechoso. Me fue muy difícil esperar hasta regresar a mi habitación para poder ponérmelas otra vez.

—Me las ponía para ir a todos lados, como si se hubiera tratado de un disfraz. Fui la admiración de mis compañeros, aunque los estudiantes mayores me fruncían el ceño y se burlaban. Fui más listo que un profesor, a quien engañe diciéndole que había rentado el traje para ir a una fiesta de disfraces. No le hizo ninguna gracia, pero tampoco pudo decir que estaba quebrantando el reglamento. Lo cual no sucedió cuando llevé la vestidura puesta para ir a clases al día siguiente. A la *clase* para ser más exacto, puesto que cuando fui a mi segunda clase, las autoridades ya estaban esperándome. Me llevaron ante un consejo administrativo, donde me llamaron la atención, me regañaron y me ordenaron devolver de inmediato «el disfraz».

—Traté de decirles a los miembros del consejo que lo que realmente me motivaba a usar tan complicada vestidura era mi sincera admiración y respeto por ellos mismos, pero no me creyeron. Me dijeron que yo debía mi devoción a Cristo. ¿Sabes qué, Nicolás?, en ese momento me di cuenta que, aunque todo ese embrollo solo había sido por diversión, o mejor dicho por un deseo irresistible por llevar puestas tan bellas vestiduras, yo realmente no tenía devoción a Cristo. A pesar de que sabía que Él era el centro de la alabanza de la iglesia, que era el supuesto Salvador del mundo, el Hijo de Dios, yo simplemente no lo creía.

—¿Entonces qué pasó?

—Cuando, horas más tarde, me vieron caminando por la

universidad, aún usando tales vestiduras, me expulsaron de inmediato.

—¿Te excomulgaron?

—No, pero sí me amenazaron con hacerlo. No obstante, eso lo logré por mis propios medios.

—¿Por tus propios medios?

—Simplemente dejé de ser católico. No volví a la misa, dejé de orar, dejé el rosario, abandoné todo. He leído extensamente en cuanto a la teosofía y, aunque estaba decidido a no tener nada que ver con la religión por el resto de mi vida, los preceptos de esta disciplina me atrajeron muchísimo.

—¿Cuáles son, en síntesis, tales preceptos?

—La belleza de la teosofía, la misma que ni siquiera tiene doscientos años de antigüedad, es que básicamente acepta todo —respondió Fortunato, estirando las piernas y cruzándolas a la altura de los talones—. Tú puedes añadir tu propia religión a los preceptos existentes, con tal de que de ahí en adelante aceptes el hecho de que todas tus creencias ahora son el fruto de tus propios estudios intelectuales y no de la tradición, ni del dogma, ni de ciertas autoridades. Creemos que todas las religiones son parte del esfuerzo de los hombres por relacionarse los unos con los otros, por lo tanto todos pueden contribuir.

—Pero seguramente habrá algún tipo de creencias comunes, de otro modo la teosofía se convertiría en todo y nada.

—Estas no son creencias establecidas, sino más bien se trata de una manera de ver la vida —contestó Fortunato asintiendo—. Creemos en la reencarnación, en el karma, en mundos más allá de lo físico, en la conciencia de lo material, en la evolución física, espiritual y mental, en el libre albedrío, en la auto responsabilidad, en el altruismo, y en el perfeccionamiento de la naturaleza humana, de la sociedad y de la vida.

A Carpatia le pareció todo una tontería, pero no lo dijo.

—Unidad —añadió Nicolás.

—Unidad es una gran parte de la teosofía —replicó Fortunato asintiendo—. Nuestra segunda presidenta, la difunta

Annie Besant, escribió la Invocación Universal. ¿Te gustaría oírla?

—Desde luego.

“Ah Vida Escondida, vibrante en cada átomo;
Ah Luz Escondida, brillando en cada criatura;
Ah Amor Escondido, abrazando a todos en Unidad;
Que todos los que se sienten unidos a ti
Sepan que están, por lo tanto, unidos los unos a los otros.”

Carpatia ya no pudo contenerse y estalló en carcajadas. Fortunato sonrió solo con sus labios.

—No entiendo, ¿qué pudo haberte parecido tan divertido?

—No solo que es divertido, ¡es ridículo! ¿Acaso todo este embrollo de tonterías ha tenido un mínimo de impacto en el mundo?

—Tiene su impacto en todos sus creyentes.

—¿En serio? ¿Qué impacto ha tenido en ti, León?

—Me da algo para enseñar, un tema para hablar. Es algo inofensivo —contestó Fortunato, con una sonrisa real.

— E inconsecuente.

—A menos que, y esto es la belleza de esta disciplina, tú añadas tu propio sistema de creencias. Por ejemplo, entre los fundadores y líderes pioneros había mujeres quienes fueron religiosas, luego ateas y que luego se profundizaron en la teosofía.

—En cuanto a lo que a ti concierne, ¿tú añades un poco de tu catolicismo?

—No, como te dije, nunca realmente creí en el tema principal del catolicismo. Más bien, creo en el mundo de los espíritus.

Nicolás se erigió y se puso tenso. Estaba ansioso por volver a hablar acerca de cuán lejos llegaría Fortunato para ayudar a que su cliente lograra sus propósitos y parecía que ahora sí la conversación iba en buen camino.

Finalmente, Irene comenzó a tratar el tema que Raimundo había temido. Apagó el televisor, se puso de pie y le miró de frente.

—Cariño, la verdad es que esto no está funcionando —dijo ella—. No estamos de acuerdo en las áreas más importantes de la vida y algo tiene que cambiar.

De verdad, ¿estaría ella preparada a darle un ultimátum?

—¿Qué cambios propones, Irene? A ver déjame adivinar. Me empapo de Jesús, comienzo a ir a una iglesia fundamentalista, nunca permito que el golf interfiera con las actividades de la iglesia y aprovecho de mi influencia sobre Cloé para que ella también haga lo mismo.

—Eso sería un buen comienzo. No, mejor dicho, eso sería como estar en el cielo.

—¿Estás bromeando?

—No —replicó ella—. ¿Acaso tú estabas bromeando? Me pareció que entendiste la situación perfectamente.

—Irene, creo que estás tratando de tapar el sol con un dedo. Lo que te acabo de decir no va a suceder y te diré por qué: Cloé va a tomar su propia decisión con la influencia de nosotros dos. Yo no voy a ir a otra iglesia, ni voy a dejar de jugar golf. Tampoco voy a dejar que tú me digas lo que puedo o no puedo hacer, ni cuando lo puedo hacer. Si dejo de ir a la iglesia por seis meses, no quiere decir que no creo en Dios ni que no soy tan espiritual como tú. Además, si crees que esto te abre la posibilidad para que vayas a otra iglesia, te lo prohíbo.

—Ni hablar de ser un hombre del siglo XXI. ¿Me lo *prohíbes?*

—Ya me oíste. Es bastante vergonzoso que estés todo el tiempo hablando acerca de Dios, aún cuando tenemos invitados. Ya es suficiente. No puedo decirte qué debes creer, ni cuán en serio debes hacerlo, pero ahora ya sabes cuál es mi posición y no va a cambiar.

ONCE

LOS OJOS DE LEÓN FORTUNATO denotaban fatiga, pero cuando comenzaron a hablar del mundo de los espíritus, Nicolás se dio cuenta que su invitado se puso otra vez muy alerta. Al principio no creyó conveniente contarle al italiano toda su historia, así que le dijo lo suficiente como para que supiera que los dos estaban de acuerdo en el asunto. No obstante, Nicolás aún quería tratar el tema más a fondo, así que pensó que tal vez esta era su oportunidad.

—¿Tienes un espíritu guía? —Nicolás le preguntó—. ¿Tienes un contacto?

—Creo que sí —respondió León—. Él nunca me ha guiado equivocadamente. Cada sensación que recibo parece ser cierta, aún el hecho de que me haya traído hacia ti.

—¿Acaso hablaste de esta reunión con un ser del mundo de los espíritus?

—Consulto a los espíritus para todo.

—¿Y?

—Digamos que vine con una gran expectativa.

—Bien mi amigo, permíteme que te haga otra pregunta —continuó Nicolás—. ¿Hay algo que tu espíritu guía te pediría que hagas, que te haría sentir incómodo, que te haría dudar o que rehusarías hacer?

—¡No!

La respuesta de Fortunato fue tan terminante que Nicolás se estremeció.

—¿De verdad?

—Algunas cosas simplemente son cabales, así que uno sabe

con certeza qué hacer. Por ejemplo, tú supiste qué hacer en cuanto a tu rival —respondió León, haciendo un puño firme.

—¿Mi rival? —Nicolás le preguntó, sintiendo que la conversación se estaba tornando sobrecogedora.

—¿Piensas que no lograste llamar la atención del señor Tismaneanu?

—¿Qué dijiste?

—Pensé que no te gustaba jugar al gato y al ratón —replicó Fortunato—. ¿Acaso estás tratando de decirme que el trágico fin de tu ex empleado fue una coincidencia?

La mente de Carpatia estaba dando vueltas, tenía que considerar la posibilidad de que Planchet le hubiera dicho a Fortunato algo al respecto. Así que trató de descartar todas las posibles explicaciones, antes de dar credibilidad a la intuición de este hombre. Inclusive se sintió tentado a retirarse momentáneamente con pretexto de ir al baño, para llamar a Planchet por teléfono.

—No me han dicho nada al respecto —aseveró Fortunato—. En caso eso es lo que estás pensando.

—¿Nada en cuanto a qué?

—¡Ah, qué bien! Sigue negándolo, todo cuanto gustes. Nicolás, si vamos a trabajar juntos en el futuro, lo cual me encantaría, no te quedes ahí sentado y mirándome a los ojos mientras, con una cara inocente, tratas de engañarme diciéndome que tu contador fue a trabajar para tu rival y que, dentro de unos días, murió *accidentalmente.* ¿Piensas que Emil Tismaneanu cree eso?

—Espero que no —respondió Nicolás, sin poder disimular su sonrisa.

—Yo también espero que no —contestó Fortunato riéndose—. Estará pensando en eso durante toda su campaña para la casa baja del Senado, ¿no te parece?

—¿También sabes acerca de ese asunto?

—Bueno, realmente no has mantenido eso como un secreto. Puedo ayudarte a ganar, así que te voy a dar gratis mi primer consejo: pregona todo cuanto puedas tu experiencia

en las academias militares y luego preséntate como un candidato pacifista.

Esto era increíble. ¿Cómo era posible que pensaran de una manera tan similar? ¿Acaso los dos tenían el mismo espíritu guía?

Nicolás se puso de pie, sintiendo que por fin necesitaba ir a dormir.

—Usualmente soy más prudente con alguien a quien apenas estoy llegando a conocer —aseveró Carpatia—, pero tengo que preguntarte a quemarropa, ¿hasta dónde llegarías para asegurar mi victoria ante Emil Tismaneanu?

—¿Hasta dónde quisieras que llegue?

—Tan lejos como sea necesario.

—¿Digamos que tan lejos como llegaste con Ion?

—¿Qué tal si eso es lo que te pido hacer? —Nicolás le preguntó, mirándole fijamente.

—Te ruego que me disculpes, pero tengo que retirarme —respondió Fortunato desperezándose—, pero antes permíteme que te conteste. Mi respuesta a tus peticiones, ante cualquier clase de peticiones, dependerá de cuán convencido esté yo de tu fiabilidad como mi cliente y de tus propósitos.

Raimundo parecía estar realmente dormido, ya que él nunca había podido fingirlo de una manera convincente.

Irene salió de la cama en su habitación del hotel y se sentó cerca de la ventana, mirando fijamente hacia el alumbrado público. Así que, de ahora en adelante, las cosas iban a marchar de este modo. Bueno, por lo menos, había habido cierta definición del asunto, lo cual le dio una sensación de alivio. Ahora, ella podía dejar de romperse la cabeza, esperando que la situación mejore. Por otro lado, aún sentía un profundo enojo consigo misma por haber fallado una vez más.

Irene estaba ansiosa por hablar con Jackie. ¿Cómo tenía que proceder ante todo esto? La parte de la Biblia que habla acerca de que el esposo tiene que ser el líder espiritual y la

cabeza del hogar, era malinterpretada aún cuando los dos cónyuges eran creyentes. Ella sabía bien eso, pero ¿qué se debía hacer cuando el hombre no era un verdadero creyente? ¿Ella aún le debía obediencia?

Irene sabía que ella nunca podría hacer nada que estuviera en contra de la voluntad de Dios, aunque Raimundo se lo ordenara. Sin embargo, él no era esa clase de hombre. Él no la intimidaba, no la acosaba, ni la amenazaba. Raimundo simplemente le había dicho como iban a marchar las cosas, ante lo cual ella podía actuar como bien le pareciera, pero teniendo en mente que él, en realidad, no deseaba que ella fuera a Nueva Esperanza.

Bien, si él iba a hacer lo que él quería los domingos, Irene iba a insistir en que Cloé fuera con ella a la iglesia y a la escuela dominical cada semana, hasta que se fuera a la universidad. Además, si ellos iban a pagar por sus estudios universitarios, también tendrían el derecho de exigir que ella continúe obedeciendo sus reglas cuando estuviera en la universidad —Irene sabía que eso era casi imposible—, pero se preocuparía por eso más adelante.

Así que, debido a los partidos de golf, Irene iba a pasar mucho más tiempo sin ver a Raimundo. ¿Qué clase de matrimonio iban a tener de ahora en adelante? Su esposo creía que ella se había convertido en una fanática religiosa. ¿Cuán halagador podía ser eso? Él continuamente estaba rodeado de jóvenes y hermosas azafatas, pero ella no iba arriesgarse a perderlo, cueste lo que cueste.

Tal vez era hora de que analizara su propio comportamiento. ¿Había alguna manera en la que ella podía continuar siendo fiel a Cristo, sin causar que su esposo se distanciara? ¿Qué sucedería si ella aceptaba lo que él había decidido y le seguía la corriente? ¿Cómo reaccionaría si ella le ayudara a preparar su equipo de golf, su ropa, le mantuviera al tanto del pronóstico del clima y le recordara de torneos venideros de golf? Eso le dejaría anonadado.

En ese momento, escuchó que él se daba la vuelta. Rai-

mundo trató de tocarla, pero se dio cuenta que ella no estaba en la cama.

—¿Irene? —indagó él.

—Aquí estoy —contestó ella—. Te amo, Raimundo.

—¿De verdad?

—Eres un viejo testarudo, pero te amo.

—Bueno, gracias. Tú eres una evangelista bíblica toca-puertas y también te amo.

—¿En serio, Raim?

—En serio. Me encanta estar casado contigo y quiero seguir casado contigo. Te he sido fiel y planeo seguir siéndolo.

—Eso es sumamente importante para mí.

—Estoy hablando en serio, Irene. Ahora, regresa a la cama.

Ella regresó y los dos permanecieron recostados en la oscuridad, Irene se quedó mirando fijamente hacia el cielo raso.

—¿Qué te parece si aprendo a jugar golf? —preguntó ella.

—¿Qué dijiste?

—¿Cuánto tiempo me tomaría aprender a jugar bien?

—Yo he estado jugando durante toda mi vida y aún no juego del todo bien.

—Sabes bien a lo que me refiero. ¿Cuánto tiempo me tomaría si tomo lecciones? ¿Cuánto tiempo necesitaría hasta que deje de hacer el ridículo y tú me dejes jugar en equipos mixtos?

—¿Equipos mixtos? No me imaginé que tú supieras lo que eso significaba. La cosa es que podría tomarte toda la vida y no creo que tengas las ganas suficientes. Aprecio tus intenciones, pero no lo estarías haciendo por beneficio propio. Lo estarías haciendo por mí y eso no daría resultado.

Irene dio un suspiro y pensó para sí: *No pueden acusarme de no haberlo intentado.*

DOCE

EN LA ACADEMIA NAVAL, Nicolás Carpatia causó sensación como estudiante y como profesor adjunto. Al principio esto fue un motivo de preocupación para los altos oficiales, pero pronto fue ganándoselos hasta convertirse también en uno de sus favoritos.

Un almirante le llamó la atención y le advirtió que tuviera cuidado en cuanto a ser demasiado amigable con los cadetes.

—Es cierto que aquí usted también es un estudiante, sin embargo, tiene casi la misma edad de todos estos jóvenes hombres y mujeres, que sería muy posible que le vieran como a un héroe, o como a un ídolo. Así que mantenga su conducta de autoridad y madurez.

—Lo entiendo almirante — respondió Nicolás—. Quiero ser un buen ejemplo para toda esta gente. Quiero que vean todas las posibilidades que tienen ante ellos, tanto dentro del servicio a su país, como cuando vuelvan a la vida civil.

—Usted comprende, señor Carpatia, que es nuestro anhelo que los estudiantes que se gradúan de esta institución escojan la Fuerza Naval Rumana como la carrera para el resto de sus vidas. Así que le pido que trate de no tentarles mucho con la idea de regresar a la vida civil.

—Lo intentaré —contestó Nicolás con una sonrisa—. No obstante, ellos leen las noticias y saben bien quien soy.

—Sí, y le ven llegar cada día con su chofer en uno de sus muchos Bentleys. ¿Cuántos Bentleys tiene y de qué colores los tiene?

—¡Ah! No muchos.

—He visto por lo menos tres. ¿Cuántos tiene?

—Simplemente los veo como vehículos, señor. Como equipo, como una conveniencia.

—Mi vida debería ser así de conveniente.

—Posiblemente yo debiera hablarle a *usted* acerca de regresar a la vida civil y de trabajar en el sector privado.

—No me tiente.

Nicolás estableció un salario monstruoso para León Fortunato y, además, le asignó una oficina. Pronto fue evidente que tanto Ricardo Planchet como Viv Ivins, estaban escépticos y tenían sus reservaciones en cuanto a Fortunato. Sin embargo, Nicolás atribuyó todo eso a los celos, así que tuvo cuidado de no poner a León a cargo de ningún empleado. León era enteramente un consejero de confianza, pero no se podía negar que Nicolás no hacía nada sin primero consultarle.

Irene Steele tenía que hacer frente a la situación. Su dolor y resentimiento hacia Raimundo por su decisión de hacer lo que él quisiera, afectó la manera en que ella percibía a sus padres. Esto la hacía sentirse insignificante, insensata y frívola, así que se lo confesó a Jackie. Su amiga, sabiamente, no reaccionó de inmediato aunque a Irene le pareció ver algo de decepción en su expresión.

—¿Te he decepcionado terriblemente, verdad? —preguntó Irene.

—Eres un ser humano, Irene —respondió Jackie, sonriendo pero mirando hacia otro lado—. Acabas de recordarme de la manera que yo misma soy. Tengo que admitir que durante un buen tiempo pensé que no podía ser cierto que fueras tan eficaz en todo lo que haces. Te esfuerzas mucho en todo, eres tan dedicada. A pesar de tener que lidiar con un esposo tan complicado, aún sigues creciendo y madurando. Sí, lo correcto en esta situación es amar a estas personas con el amor de Cristo, sin importar quienes son, ni que tipo de parentesco tengan contigo.

—Soy una terrible persona, ¿verdad?

—Necesitas hacer lo correcto, eso es todo.

—Pero tengo que tener sentimientos genuinos.

—Dios los tiene. Él ama a los Steele.

—Por lo tanto, yo también debiera amarles.

—Tú les amas y lo sabes. Lo has probado muchas veces y de muchas maneras.

—Quizás lo he hecho solo para dar a Raimundo una buena impresión. Sé que lo *ha impresionado*. De hecho, a veces ha estado conmovido conque yo haya tomado el tiempo y haya hecho el esfuerzo para ir a visitar a sus padres.

—No hay nada de malo con eso. Tú bien sabes que ese no puede ser tu motivo. Bien es acto de amor sincero, o es otra cosa.

—La manera como me siento en este momento me hace pensar si alguna vez tuve el motivo correcto —dijo Irene.

—¿Acaso estás planeando abandonarles ahora, solo para vengarte de Raimundo? ¿Verdad que no es así?

—Necesito orar acerca de esta situación —contestó Irene, sabiendo que en realidad sí había considerado lo que su amiga acabó de decir.

—No, tú no necesitas orar al respecto.

—¿Qué dijiste?

—Que esto no es algo acerca de lo que necesites orar, puesto que ya sabes la respuesta. Dios quiere que hagas lo correcto, sin importar tu dolor y tus sentimientos personales y tú lo sabes. Si hay algo por lo que tengas que orar, es pidiendo perdón por haberte olvidado temporalmente de los Steele y haberte enfocado solo en ti.

—Tú si que sabes ir directo al grano.

—Solo estoy aquí para ayudarte —replicó Jackie con una sonrisa.

—¿Estás dispuesta a cuidar a Raimundito durante el resto del día, o solo dices de labios para afuera que estás aquí para ayudarme?

—Lo haré con mucho gusto.

Nicolás debería haber sabido que serían malas noticias cuando se hicieron, con tanta anticipación, los preparativos para que recibiera una llamada de Jaime Corona desde Louisiana. Carpatia había estado celebrando —aunque su magnanimidad había hecho de esto algo inevitable— no solo el que se le haya otorgado similares puestos de profesor adjunto, tanto en la academia del ejército como en la de la fuerza aérea, sino también toda la publicidad que esto le había conseguido en los periódicos locales y en las revistas.

Nicolás había estado muy ocupado y bastante animado con todo lo bueno que le había estado sucediendo. Había estado aprendiendo mucho con los consejos de León, preparando todo para presentar su candidatura para la casa baja del parlamento. Su oponente sería nada menos que su mayor rival en el mundo de los negocios, Emil Tismaneanu.

Carpatia tomó la llamada en su propia oficina.

—Esta es la llamada más difícil que jamás me ha tocado hacer —comenzó diciendo Corona.

—Dime de qué se trata, Jaime.

—Decidimos duplicar su inversión, dólar por dólar.

—Ya lo sé.

—Así que lo que nosotros ganamos, usted gana y lo que perdemos, usted también pierde.

—Eso también lo sabía.

—Hoy, usted y nosotros hemos perdido la mitad de nuestra inversión.

—¿No estarás tratando de decir que . . . ?

—Cincuenta millones, cada uno, Nicolás. Lo siento mucho.

—¿Lo sientes mucho? ¿Qué pasó?

—Nos asociamos con una compañía privada de propulsión y lanzamos simultáneamente dos satélites. No están seguros cuál fue la falla, pero algo no funcionó bien y los dos satélites se desviaron de su curso, nunca estuvieron en órbita y se estrellaron en el mar.

—¿Qué hay acerca del seguro . . . ?

—Cubrió solo un porcentaje. De hecho, la pérdida fue más de cincuenta millones.

—Jaime, seguramente no creíste que este dinero era mío y que yo podía disponer libremente de semejante cantidad.

—Me lo imaginaba, lo siento mucho.

—Estoy endeudado con un acreedor por toda esa cantidad. Ahora quiero que me devuelvas enseguida los otros cincuenta millones, y . . .

—¡Nicolás! Tiene que saber que eso es imposible. Los documentos son muy claros y establecen vínculos muy determinantes. Nuestra única salvación, para evitar una pérdida total, es hacer lo posible para que el proyecto funcione. Estamos comenzando de nuevo; usaremos sus cincuenta millones restantes y nuestros cincuenta millones para hacer nuestro último intento.

—No puedo, ni estoy dispuesto a quedarme endeudado por un préstamo de cien millones de dólares, Jaime. Trabaja con ahínco.

—Espero que no tenga que demandarnos, Nicolás. Traté de advertirle acerca de todos los riesgos. Inclusive traté de disuadirlo de todo esto, pero aquí estábamos tan entusiasmados como usted, aún confío en que . . .

—¿Demandarte? Jaime, ¡te destruiré! ¿Con quién crees que estás hablando?

—Creí que hablaba con un amigo.

—La amistad queda en el olvido cuando lo que está en juego son cien millones de dólares. ¿Creíste que iba a aceptar, de brazos cruzados, lo que acabas de decirme? No te atrevas a tocar la otra mitad de mi inversión, a menos que quieras recibir una citación judicial hoy mismo. De una manera u otra, mis abogados se pondrán en contacto contigo, pero te advierto que no uses el resto de mi dinero.

—Nicolás, sea razonable. Mis asesores me dicen que su inversión está en nuestras manos y que podemos seguir adelante, lo cual planeamos hacer.

Nicolás colgó el teléfono y llamó de inmediato a León.

El hombre vino y se sentó tranquilamente a tomar notas, dejando que Nicolás se desahogara. Carpatia iba de un lado a otro de su oficina, mirando hacia las montañas.

—Siéntate, siéntate —le dijo Fortunato cuando, por fin, obtuvo su atención al levantar la mano—. Aún tienes opciones. No son opciones legales, ya que en ese sentido el señor Corona esta en lo cierto. Puedes retrasarles, pero ellos podrían también demandarte y ganar por pérdidas causadas al retrasarles cuando intentaban salvar todo esto.

—¿Entonces, qué opciones tengo?

—Una muy grande.

—Adelante, dímelo, León.

—Stonagal.

—¡Ah, no! Eso nunca. Primeramente tendría que explicarle por qué acudí a otra institución financiera para obtener el préstamo.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Solo para actuar con algo de independencia?

—Claro que sí.

—Algo digno de reconocerse, pero un poco tonto de todas maneras. No me mires de esa manera, Nicolás. No quise ofenderte. Es que solo tienes que admitir, por experiencia, que hubiera sido mejor estar debiéndole todo ese dinero a Jonatán Stonagal antes que al Banco Intercontinental. Él tiene sus artimañas para recuperar su dinero, pero el banco tiene solo a la ley; y en este caso la ley está de lado de Corona.

—Ni siquiera puedo imaginarme tener que involucrar a Stonagal en todo esto. Quiero que el banco use sus recursos y, por mi parte, quiero arruinar a Corona y a Tismaneanu —aseveró Carpatia, dejándose caer sobre una silla.

—No, eso no te conviene.

—¿No me conviene? —repitió Nicolás, con una mirada de sorpresa.

—Arruinar a Tismaneanu eso sí lo harás, porque él usó a uno de los tuyos para sacarte ventaja. En cambio, me parece que Corona ha venido actuando con las mejores intenciones.

Desde luego que perder los cincuenta millones de uno de sus inversionistas es un craso error, pero el tratar de arruinarles solo te perjudicaría a ti mismo. Ayúdales, dales lo que necesitan. Quizás podrías conseguirles más dinero, posiblemente proveniente de Stonagal. Además, si confías en la tecnología de ellos, tal vez hasta te harían mucho más rico de lo puedes imaginarte.

—¡No quiero ser tan dependiente de Stonagal! ¡No quiero depender de nadie!

—No dependerás de él. Él puede percibirlo así, si es que quiere, puesto que le gusta tener a la gente en la palma de su mano. En cambio tú no reaccionas bien al estar en esas condiciones, y tampoco deberías hacerlo. Síguele la corriente, a fin de lograr lo que quieres. Cuando sea el momento adecuado saldas tus cuentas con él y le das la espalda.

—Al momento, eso no parece ser posible. ¿Cómo voy a deshacerme de una deuda de cien millones de dólares?

—Cincuenta.

—¡Ah! Eso lo hace más fácil.

—Ese es mi futuro rey —dijo Fortunato—. Dime, Nicolás, ¿realmente no sabías que Stonagal es dueño de la mayor parte del Banco Intercontinental?

—¡Ah! ¡No, el no puede serlo! Sus negocios son de conocimiento público.

—Al parecer no todos, ya que uno de los principales hombres de negocios de Europa ignora uno de ellos.

—¿El Intercontinental? ¿Así que todo este tiempo he estado usando su dinero? ¿Estás hablando en serio?

León asintió.

—¿Crees que él tenga conocimiento de mi préstamo?

—¿Si creo que Jonatán Stonagal sabe quién ha obtenido un préstamo de cien millones de dólares de uno de sus bancos? Claro que sí —replicó Fortunato, dándole una mirada de incredulidad.

—¿Crees que tiene la más mínima idea que yo no sabía que él estaba involucrado en todo esto?

—Bien, *esa* sí que es una muy buena pregunta. Te conviene convencerlo de que, desde un comienzo, sabías muy bien que él estaba involucrado.

Irene tenía que admitir que desde que había aceptado a Cristo como su salvador personal, no había experimentado una simple y llana respuesta a una de sus oraciones. Eso cambió hoy día, cuando entró al centro en el cual se encontraban internados sus suegros. Tan pronto como dio un paso detrás del umbral, sintió que la embargaba un inmenso amor por el señor y la señora Steele, lo cual la hizo olvidar —aunque sea temporalmente— la forma como el hijo de ellos la estaba tratando.

Se sintió aún peor por haber albergado la mera posibilidad, en su afán por vengarse de Raimundo, de usar a sus suegros como armas de combate. ¿Adónde se había ido su plan altruista, su plan que la hizo sorprender a su esposo al *animarle* a jugar golf?

Cuando Irene llegó, la señora Steele estaba tomando una siesta, así que fue a visitar a su suegro. Se sorprendió al no encontrarlo frustrado, ni agitado. Por lo general, él anciano estaba atado a su cama, o encerrado bajo llave en su habitación, o tenía a los ayudantes siguiéndole sus pasos mientras deambulaba por el edificio. Sin embargo, hoy estaba recostado sobre su cama, mirando a través de la ventana.

—Hola, papá —dijo Irene quedamente, para no asustarle. No obstante la sorprendida fue ella.

—Irene, que amable de tu parte el venir a visitarme —dijo el señor Steele mientras se volteaba y le daba una sonrisa.

—¿Me recuerda?

—Claro que sí. ¿Cómo están Raim y los bebés?

—Todos están bien, pero nuestros hijos ya no son bebés.

—Ya lo sé. Cloé debe tener ya unos doce años de edad.

—Muy bien.

—¿Cuán mala es mi memoria, cuando me falla?

Esa sí que era una buena pregunta. ¿Cuán honesta debería ser? Él merecía saber la verdad.

—Bastante mala, papi. Le extraño cuando no está mentalmente presente.

—¿Eso ocurre con mucha frecuencia?

—Sí. Además está a menudo frustrado y agitado —respondió ella asintiendo.

—De eso sí me doy cuenta —contestó él—. Irene, esto es bastante frustrante y muy vergonzoso. Es algo sobrecogedor. Estoy más o menos al tanto de lo que sucede a mi alrededor, pero no puedo hacer que mi mente reaccione.

—¿Cuán a menudo está lúcido, papá?

—Me temo que no muy seguido, ni tampoco por mucho tiempo —contestó él inclinado la cabeza—. Me preocupa que cada vez será la última. A veces me despierto en medio de la noche y recuerdo todo con mucha claridad. Comienzo a recordar los nombres y las edades de todos y me esfuerzo por no olvidar nada. Luego me quedo dormido y entonces despierto todo confundido otra vez.

—Con razón que está agitado y frustrado.

—Esa no es la única razón.

—¿No la es?

—A veces me pregunto si desperdicié mi vida —replicó él sacudiendo la cabeza.

—¿Desperdició su vida? ¿Cómo puede pensar eso? Usted fue un buen esposo, un buen padre y un buen hombre de negocios. Usted creó empleos, bienes y servicios. Además crió a un hijo, quien ahora tiene mucho éxito en la vida.

—Sí, . . . pero hay algo, no sé . . . —continuó el señor Steele, mirando al vacío—. Siento que falta algo.

—Entiendo cómo se siente —dijo Irene—. Durante mucho tiempo yo también sentí que algo hacía falta en *mi* vida. Me preguntaba si había algo más.

—A veces me pasa eso —contestó él, volviéndose hacia ella y asintiendo.

Irene sintió que debía darse prisa. Pensó que solo tenía

unos breves instantes y, aunque no quería ofuscarle, se preguntó cuándo tendría otra oportunidad como esta.

—Papá, yo regresé a Dios. Así fue como pude encontrar paz, satisfacción y contentamiento. ¿Le parece que usted está bien con Dios?

—No lo sé —contestó el anciano, volviendo su mirada hacia abajo—. Ves, ahora ya me has confundido.

—¡No! No quise hacer eso. Solo estamos conversando. Usted dijo que parecía que algo hacía falta en su vida y yo le estoy diciendo lo que hice cuando sentí lo mismo. Eso es todo, pero podemos hablar del tema en otra ocasión si usted prefiere.

—Quiero hablar de eso ahora mismo, pero . . .

—¿Pero qué?

—Yo estoy . . . Yo estoy . . . No puedo, ah . . . —dijo el señor Steele sacudiendo la cabeza mientras su respiración se aceleraba.

—Está bien, papá. Ahora podemos tomar un descanso.

—¿Ves lo que sucede? —preguntó él, apretando los labios y dándole una mirada suplicante—. Las palabras son difíciles. Yo . . . Yo tengo un hijo, ¿verdad? Y mi esposa, ¿está bien mi esposa? ¿Ves? Ni siquiera puedo recordar su nombre. ¿Está ella aquí?

—Ella está tomando una siesta. Vendrá a visitarle más tarde.

—¿Y quién eres tú?

Irene estaba abatida y no pudo disimularlo.

—Soy Irene, su nuera. Estoy casada con su hijo, Raimundo. Él y yo tenemos dos hijos. Cloé tiene doce años y Raimundito tiene cuatro años. ¿Quiere ver unas fotos?

—No —respondió ásperamente el anciano, retorciendo la cara y con labios temblorosos—. No, gracias. Esto es lo que sucede —insistió luego de decir algo obsceno.

Irene se puso de pie y suavemente le tocó el brazo, pero el señor Steele se sacudió, le volvió la espalda y siguió moviendo la cabeza.

—Lo siento, papá —comentó ella—. No quise causarle problemas. Solo quise decirle que Dios le ama y que Él quiere ser todo lo que usted necesita. Dios le cuida y no quiere que sienta ese vacío.

El señor Steele ya no se movía y su brazo cayó a un lado y su mano quedó ondeando sobre la cama que estaba junto a él. Irene caminó de puntillas a su alrededor, trató de detectar cualquier reacción en sus ojos, cualquier signo de vida . . . pero se había quedado dormido.

TRECE

CAMILO WILLIAMs era un joven un tanto solitario. Tenía unos amigos en la universidad de Princeton, en especial un estudiante extranjero de finanzas, Desi Burton, del País de Gales, a quien había entrevistado para un artículo del periódico de la universidad. Pero, Camilo había optado, tan pronto como pudo reunir el dinero necesario, por mudarse a su propia habitación privada y para cuando estaba a punto de terminar sus estudios, se había convertido en un hombre con una sola meta: obtener una práctica —y eventualmente un trabajo— en el *Semanario Global.*

Aunque disfrutaba de sus citas, huía de cualquier novia o amiga que se preocupara de verdad por él. Sus amigas le acusaban de tener miedo de comprometerse en una relación seria. Tal vez era cierto, pero él no estaba de acuerdo. El caso era que estaba obsesionado por lograr su meta. En Princeton había muy pocos estudiantes de un trasfondo tan humilde como el suyo y si no hubiera sido por sus magníficas calificaciones en la preparatoria, por sus premios de periodismo en la secundaria y por sus innumerables actividades extracurriculares, lo más probable era que no hubiera logrado ingresar a una universidad tan prestigiosa. Había participado en toda actividad que pudo encontrar, excepto en el coro, puesto que no poseía ni la más mínima habilidad musical.

Una vez que ingresó a Princeton, Camilo se propuso no solamente terminar su carrera, sino también dejar su propio legado. Claro que también tuvo que trabajar, pero en su afán de matar dos pájaros de un solo tiro, tomó un empleo como

corresponsal local de uno de los periódicos vecinos. Pronto se destacó también allí, tanto que hasta le ofrecieron un trabajo a tiempo completo. Camilo no quería ofender a su jefe así que con mucho tino rechazaba tal oferta, aludiendo que primero tenía que terminar sus estudios.

La verdad era que sus metas estaban mucho más allá del periódico local.

—Si me gradúo de Princeton y no tengo otras ofertas de trabajo, me sentiré como un colosal fracaso —Camilo le comentó a su amigo Desi Burton.

—No te preocupes —replicó Desi—, creo que de algún modo tendrás éxito.

Camilo Williams se afanó por cumplir bien cada pequeño trabajo y reportaje que le asignaban. Comenzó reportando, nada más ni nada menos que deportes de escuelas secundarias y reuniones de consejos administrativos escolares. Los empleados de tiempo completo le guardaban resentimiento por toda la atención que recibía por parte de los editores, cuando sus cortas historias parecían resplandecer de importancia. Hacía caso omiso de la norma tradicional, como la conocida pirámide invertida de: quién, qué, cuándo, dónde, por qué y cómo. En cambio, solía ir directo al grano en el primer párrafo.

Los reporteros más antiguos comenzaban a relatar una historia acerca de un equipo de basketball de escuela secundaria, diciendo algo parecido a lo siguiente: «Los Jaguares de Arlington continúan con su serie de victorias, después de haber ganado a los Halcones de Wheeling por un marcador de 64 a 60, tras una anotación de veinte puntos del defensa . . .»

En cambio, los jefes de Camilo hacían circular sus redacciones de historias similares para que todos las leyeran, especialmente cuando escribía algo así: «La anotación de cuatro puntos de Jaime Spencer, apenas un minuto antes de iniciar el tercer cuarto del partido, fue decididamente el punto decisivo en el juego de basketball de anoche entre . . .»

—¿Lo ven? —decía el canoso editor deportivo al resto de sus reporteros—. Vayan directo al grano desde un principio. Estas otras historias están ya demasiado trilladas y las he leído un millar de veces.

Camilo añadía emoción a sus artículos, citando declaraciones no solo de los entrenadores y de los jugadores, sino también de los espectadores y aún de los árbitros. Hasta sus reportajes de las que pudieron haber sido unas aburridas y muertas reuniones de consejos administrativos escolares, resonaban con drama —aunque hubiera tenido que «adornarlas» un poco:

> La mosca, posada sobre mi rodilla, que se frotaba vigorosamente las patas, fue el suceso más emocionante durante la reunión de anoche del consejo administrativo del Distrito 211, hasta que Fred Kinsella, uno de los miembros del consejo, se dirigió a la mujer que presidía la reunión con un insulto referente a su género femenino. Semejante cosa despertó a los demás miembros del consejo, a mí y a la mosca. El asunto que lo provocó fue . . .

No obstante, la historia que impulsó la carrera de Camilo Williams fue uno de esos eventos que se dan en el momento menos pensado. De todos modos, Camilo no pudo disfrutar de tal éxito ya que el evento que lo hizo posible fue más bien trágico, casi más allá de lo que las palabras pueden describir.

Camilo estaba descansando en la oficina de los editores, charlando con un par de fotógrafos, cuando uno de ellos fue asignado al lugar en el que había sucedido un horrible accidente.

—¿Te gustaría venir, Camilo? —le preguntó el fotógrafo mientras se colocaba las cámaras y tomaba su abrigo.

Camilo vio su reloj y aceptó puesto que su partido comenzaba una hora más tarde y el sitio del accidente estaba de paso. Siguió al fotógrafo hasta un destartalado barrio subur-

bano. Los dos lograron abrirse paso entre los vehículos oficiales de emergencia, hasta llegar al lugar donde la ambulancia estaba esperando con las luces apagadas. Un hombre, al salir hacia su trabajo nocturno en una fábrica había puesto su carro en marcha reversa, atropellando y matando a su propio hijo pequeño.

De inmediato, Camilo comenzó a entrevistar a los primeros policías que habían llegado a la escena de la tragedia. Le informaron que la víctima y su padre estaban en la cocina. Todos estaban dejándoles solos por unos instantes antes de llevar el cadáver a la morgue.

Camilo hizo una seña al fotógrafo y los dos se escabulleron hasta la cocina. Las cortinas estaban cerradas y la habitación estaba a oscuras, excepto por una luz encendida sobre la mesa en la cual estaba el cuerpecito del pequeño, envuelto de pies a cabeza con una sucia sábana blanca. El padre estaba sentado ante su hijito, de espaldas a Camilo y al fotógrafo. El hombre tenía su frente apoyada sobre la mesa mientras sus hombros temblaban. Obviamente, no se había dando cuenta que los dos habían entrado.

Camilo echó una mirada al fotógrafo, quien levantó su cámara, apuntándola hacia la escena tan conmovedora. Justo en ese instante, el padre levantó lentamente sus manos y puso una de ellas sobre la cabeza cubierta de su hijo y la otra sobre los talones de este. Camilo pensó que esta era la escena precisa para una fotografía perfecta.

Aquella foto relataría la historia entera. La habitación estaba desaseada; la luz sobre la mesa enfatizaba la escena compuesta por el niño muerto y por su sufrido padre, quien cargado de culpa le tocaba suavemente, bendiciendo al hijo que había matado. Camilo esperó una y otra vez que sonara el botón de la cámara, esperando que tal ruido no interrumpiera el culto silencioso del hombre.

El fotógrafo permaneció de pie, sin moverse, por unos momentos que parecieron más bien largas horas. Mientras tanto, Camilo permaneció absorto, pensando en todo el tino

que tendría que tener al hacer una o dos preguntas a aquel infeliz padre, después de que se llevaran a su hijo. Era una tarea bastante difícil, una obligación terrible, pero era su trabajo.

Finalmente, Camilo se volteó y se dio cuenta que el fotógrafo aún permanecía congelado en su posición. En ese mismo instante este bajó su cámara y con los labios apretados se escabulló por detrás de Camilo hasta salir de aquella cocina. No había tomado la fotografía.

Camilo le siguió hasta afuera. Sabía que podía perder su trabajo, pero no había nada que preguntar a aquel padre. En lugar de hacerlo, Camilo fue detrás del fotógrafo y regresó a la oficina donde le entrevistó. Su corto artículo titulado: *La Mejor Fotografía que Jamás Tomé*, fue escogido por corresponsales y por periódicos del todo el país, ganó nueve premios periodísticos y fue uno de los finalistas para el prestigioso premio Pulitzer.

Un mes más tarde, Camilo estaba de pie frente a la ventana de su habitación en la residencia estudiantil, admirando una espectacular tormenta eléctrica que amenazaba con inundar el edificio. Tales fenómenos naturales eran una de las cosas que más disfrutaba. Pronto tendría que cruzar los predios universitarios para ir a la oficina del periódico estudiantil y no le importaba si seguía la lloviendo. De hecho, estar bajo semejante tormenta con tan solo un paraguas y su impermeable era algo que le encantaba.

Mientras recogía sus cosas antes de salir, recibió una llamada de su hermano Jeff desde Tucson. Jeff era el hogareño de la familia, el común y corriente, el más sensible, el que no se dedicó a perseguir sueños fuera de su alcance en la costa este del país. Jeff estaba casado y tenía dos hijos pequeños.

—Hola Jeff —dijo Camilo, tratando de ignorar las tensiones entre ellos a fin mantener la armonía y los vínculos familiares—. ¿Cómo están Sharon y mi sobrina y mi sobrino?

—Ah, ya sabes ellos están bien. Sharon todavía sigue tratando de convertirme en creyente.

Camilo se rió. Le había causado sorpresa, al igual que a muchos otros, cuando su hermano se casó con una mujer muy devota de ir a la iglesia y de los asuntos de la fe. Jeff y Camilo habían asistido a la iglesia y a la escuela dominical durante toda su infancia, pero tan pronto como crecieron habían dejado de hacerlo. Ese era un asunto en el que los dos estaban de acuerdo, puesto que habían visto algo contradictorio entre lo que les enseñaban en la iglesia y la manera como la familia se comportaba en la casa. Sus padres eran honestos y lo suficientemente agradables, pero al parecer reservaban las enseñanzas de la iglesia solo para los domingos, ya que ni siquiera se hablaba de ellas durante la semana.

Los padres de Camilo seguían asistiendo fielmente, pero estaban resentidos al ver que, al parecer, su iglesia no era aceptable para su nuera. Sharon siguió asistiendo a la iglesia a la que había asistido durante su juventud, también llevaba consigo a sus hijos. Jeff iba solamente en ocasiones especiales por lo que, a pesar de todo lo maravillosa que ella era, todos sabían que lo consideraba un caso perdido.

—Jeff, tengo que salir, ¿qué pasa?

—Se trata de mamá.

—¿Qué pasa con mamá?

—Parece que tiene cáncer, Camilo.

—¿Cáncer? Pero yo ni siquiera sabía que estaba enferma.

—Ella no estaba enferma. Fue algo repentino y también muy grave. Ahora prácticamente estoy a cargo del negocio, para que papá pueda estar con ella la mayor parte del tiempo. Según el diagnóstico, solo le quedan unos pocos meses de vida.

—¡Unos pocos meses!

—Sería mejor que planees venir durante los días festivos, Camilo. Probablemente será la última vez que la verás.

—Ah, no puede ser.

—No puede ser, ¿qué?

—Que no tengo ni un centavo. Tal vez tú o papá podrían prestarme . . .

—Las cosas tampoco van bien aquí, Camilo. Yo mismo estoy manejando, cada semana, uno de los camiones hasta Oklahoma. Irónicamente, los precios de la gasolina nos están arruinando.

Eso sí que era irónico puesto que su negocio era la transportación de crudo y gasolina. Llevaban el crudo desde Tejas y Oklahoma hasta la refinería de Arizona. Muchos en Arizona guardaban resentimiento por tener que importar crudo de otros estados del país.

—Haré todo lo posible, Jeff, pero no sé como me las voy a arreglar para ir hasta allá.

—Se trata de tu propia madre, Camilo.

—Ya te dije que haré todo lo posible.

—Más vale que la llames.

—Jeff, no soy un idiota.

CATORCE

PASÓ OTRO MES y cuatro visitas más a los señores Steele antes de que Irene tuviera otra oportunidad de ver lúcido al padre de Raimundo. Ya había comenzado a pensar que su suegro jamás volvería a reconocerla, puesto que cada vez que lo había visto había estado confundido o muy frustrado, inclusive aquel domingo por la tarde cuando —por fin— había avergonzado tanto a Raimundo que lo había hecho ir con ella a visitar a sus padres.

Irene se sorprendió de que Raimundo no había puesto mayor resistencia. Obviamente aún estaba muy conmovido con el hecho de que ella tomase tiempo para ir cada semana. Además, había sido ya mucho tiempo desde que él había ido a visitarles.

—Papá ni siquiera se da cuenta si estoy ahí o no —había dicho Raimundo—. Además, mamá solo habla de lograr que él también sea salvo.

—Bueno, eso es lo que yo también deseo con todo mi corazón —Irene respondió.

—Sí, ya sé que *también deseas eso con todo tu corazón* —replicó él, imitando la voz de ella.

Irene se esforzó para no responderle groseramente.

Una vez que llegaron al centro, la madre de Raimundo se comportó de manera ofensiva con su hijo.

—Qué bien —dijo la anciana—, me alegro que hayas tenido un tiempito, dentro de tu horario tan ocupado, para venir a visitar a la mujer que te crió.

—Parece que hoy tu memoria está bien, mamá —dijo él.

—Es difícil olvidar a un hijo que se olvida de su madre.

—No me he olvidado de ti, mamá. Nunca podría hacer eso. Mejor no discutamos, ya estoy aquí, ¿verdad?

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo te quedarás? ¿Por cuánto tiempo más servirá esta visita para aliviar tu conciencia? Probablemente pasará otro mes antes de que te vuelva a ver.

—Últimamente he estado volando bastante y muy lejos. Pensé que estarías orgullosa de eso.

—¿Orgullosa de un hijo que no tiene tiempo de visitar a su madre? ¿Cómo está la situación con tu propia familia? Tampoco tienes tiempo para ellos, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Estoy segura de que ese no es el caso. Seguramente estás ocupado haciendo lo que tú quieres aún cuando estás en tu casa.

Raimundo echó una mirada a Irene. Eso la hizo sentirse culpable, como si hubiera dicho algo a espaldas de él, pero ella sacudió la cabeza.

—¿Por qué no vas tú a ver a papá? —Raimundo dijo a su esposa—. Yo mejor me quedo aquí por un rato.

—Sí, más te vale que lo hagas —dijo su madre—. Estás en deuda conmigo.

—Ya sé que te debo mucho, mamá.

—Ahora estás siendo condescendiente conmigo.

—Nunca puedo decir lo correcto.

Esta vez uno de los ayudantes se acercó a Irene en el pasillo.

—¿Usted viene a ver al señor Steele?

—Sí, ¿está él bien?

—Ha estado preguntando por usted.

—¿Por mí personalmente?

—Sí señora, ha estado diciendo su nombre.

Irene se dio prisa. Encontró al señor Steele buscándola con una mirada muy seria.

—Hola, papá —dijo ella, poniendo una silla junto a la cama. Él le tomó la mano entre las suyas y la hizo acercarse.

—Irene —comentó el anciano—, creo que ya sé por qué me he estado sintiendo tan vacío,

—¿Por qué?

—Durante mucho tiempo pensé que era debido a que mi hijo se negaba a hacerse cargo de mi negocio.

—Él quería seguir su propia carrera, papá.

—Ya lo sé. Ahora él es un piloto, lo cual está muy bien. No muchos pueden serlo, pero la manera en que rechazó mi oferta fue muy descortés. No sé qué hice para que me odiara tanto.

—¡Papá, él no le odia! Él realmente le ama.

—Bueno, tal vez así sea. Está bien, creo que ya me sobrepuse a eso. Ahora estoy orgulloso de él, así que ya debo haberme sobrepuesto a todo eso, ¿no te parece?

—Así parece.

—Por lo tanto, tuve que pensar en qué otra cosa me hacía sentir tan vacío y concluí que creo que tú tienes la razón. Pienso que nunca estuve bien con Dios.

—¿Bien con Dios?

—Nunca entendí que yo podía tener una relación personal con Dios. Iba a la iglesia solamente porque así me criaron. En realidad nada de eso tuvo un significado real para mí. Ahora creo que hay algo más allá de la tradición. Es decir, si Dios es real, tiene que haber algo más allá de todo esto.

—Él le ama.

—Ya lo sé. Tú me lo dijiste y siempre lo recuerdo. Cada vez que no puedo concentrarme, lo que acabas de decir resuena en mi mente y no logro entenderlo. Jesús murió por los pecados del mundo, entonces ¿yo también soy pecador? Dios sabe que no he sido perfecto, pero nunca antes me he sentido como un pecador. Tal vez ahora sí me siento como tal.

—¿En serio?

—Bueno, sí. Debo también ser un pecador. Todos deben serlo, de otro modo, ¿por qué murió Jesús? Eso es lo que me perturbó tanto. No logro entenderlo. Siempre percibí a Dios como un concepto, como un sistema de creencias, como algo

que se hace los domingos. Sin embargo, si es cierto que Dios me ama, entonces yo también tengo que amarlo. Irene, yo no amo a Dios.

—¿Por qué no, papá?

—No lo sé. Creo que debo hacerlo. Seguro que sí, si después de todo su Hijo murió por mis pecados, eso es la prueba de lo mucho que me ama.

—Ni yo misma podría haberlo explicado de mejor forma. Papá, usted debería orar.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué dijo cuando oró?

—Solo pedí perdón y le pedí que, debido a mi falta de entendimiento, me explicara todo esto de alguna mejor manera.

—¿Qué fue lo que le pidió que le explicara?

—Lo que todo esto significa. Quién es Él y que si en realidad me ama, qué plan tiene para mí.

—¿Qué le ha contestado Dios?

—Te envió a ti.

—Entonces, escúcheme. ¿Me está escuchando, papá?

—Sí, te escucho.

—Dígale a Dios que usted sabe que es un pecador, que necesita su perdón y que necesitó que Jesús muriera por sus pecados. Recíbalo en su corazón y tendrá la seguridad que irá al cielo.

—Quiero ir al cielo.

—Claro que sí.

Raimundo entró.

—Hijo —dijo el señor Steele.

—Hola, papá —contestó Raimundo, tomando el lugar de Irene.

—Irene ha estado contándome acerca de Dios y de Jesús.

—Estoy seguro de que lo ha estado haciendo. Solamente trata de descansar y no te alteres.

—No estoy alterado.

—Me parece que sí lo estás, así que relájate. ¿Necesitas tomar una siesta?

—Tendré mucho tiempo para dormir cuando esté muerto. Dormiré en el cielo. El dormir será estar en el cielo.

—Seguramente así será. Escúchame, papá, mi trabajo va bien. Estoy volando rutas más largas y conociendo muchos lugares. Me gustaría que pudieras venir conmigo alguna vez.

—No me hagas reír. Nunca me invitaste cuando aún estaba saludable y ahora que ya no puedo ir se te hace fácil invitarme.

—A ti no te puedo engañar, ¿verdad, mi viejo?

—Nunca me has engañado; nunca lo harás. Así que eres piloto. Mi hijo es piloto.

—Yo soy tu hijo, papá —dijo Raimundo, echando una mirada a Irene.

—Ya lo sé. Claro que lo sé. ¿Quién no sabe eso?

Dentro de un minuto, el señor Steele se había quedado dormido otra vez.

En el camino de regreso a casa, Raimundo estaba serio y callado.

—Los estás usando para tratar de convencerme a mí —aseveró él por fin.

—Yo no haría eso, Raim.

—¿Crees que soy tan tonto como para creer que mi madre me dijo todo eso, sin haber tenido ningún incentivo de tu parte?

—Te juro, Raimundo, yo no le dije ni una sola palabra al respecto.

—¿Por qué tienes que acosar a mi padre con tu religión, cuando se está deteriorando tan rápidamente? Estuvo lúcido solo por unos pocos minutos; de verdad hubiéramos podido conversar con él. Hubiéramos podido hacerle recordar algo, mostrarle fotografías de los niños, ponerle al tanto de lo que está sucediendo, pero no, tú tenías que seguir torturándole con tus versículos bíblicos.

—No le mencioné ningún versículo bíblico. Además, fue él quien tocó el tema primero.

—Piensas que te lo voy a creer.

Irene solo podía orar para que el anciano haya entendido lo que le había dicho antes de que perdiera la memoria otra vez.

—Mamá, estoy haciendo todo lo posible para poder ir a visitarte en Navidad —dijo Camilo Williams.

—Ah, Camilo, no te preocupes demasiado. Ya sé que estás muy ocupado y que no tienes suficiente dinero. Tal vez puedas venir durante la primavera.

Él no supo qué decir, ¿acaso su mamá no sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida?

—Voy a vencer a esta enfermedad, Camilo —aseveró ella, adivinando lo que su hijo estaba pensando—. Estoy bien, ni siquiera siento dolor alguno todavía. Dicen que el dolor viene con el tratamiento, el mismo que es aún peor que la misma enfermedad.

—Quiero estar ahí contigo para ayudarte, mamá. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—En serio, cariño, solo concéntrate en lo que estás haciendo. Podemos hablar por teléfono. Tu padre está cuidándome, Jeff está haciéndose cargo del negocio y, como ya sabes, Sharon está orando por mí.

—Sí, eso ya lo sé.

—A estas alturas acepto toda la ayuda que me den. Los nietos quieren saber si voy a quedar calva. Están fascinados pensando en eso.

—Estoy seguro que así es.

—Claro que yo también lo estoy. Estoy escogiendo pelucas.

—Escoge una rubia, mamá.

—Eso es lo mismo que estaba pensando.

La noche que recibió una llamada del *Boston Global*, Camilo estaba en la oficina del periódico estudiantil. Luego de los consabidos saludos y felicitaciones por los premios que había recibido, la mujer le preguntó si estaba planeando quedarse

durante las vacaciones de Navidad. Camilo le explicó que anhelaba ir a visitar a su madre.

—Siento oír eso, por dos razones —dijo la mujer—. En primer lugar, por la enfermedad de tu mamá. Esperamos que todo salga bien con ella.

—Gracias.

—En segundo lugar, el *Boston Global* está premiando a los nuevos periodistas que se están destacando y nos gustaría mucho que vinieras como nuestro invitado a nuestro banquete. Podrás conocer a los directivos, recibirás una placa recordatoria, cosas así por el estilo. Te pagaríamos tus boletos de avión y te proporcionaríamos el hospedaje por una noche. Es una oportunidad especial ya que solo hemos invitado como a unos doce.

—Desde luego que me encantaría poder ir —contestó Camilo—. ¿Puedo confirmar mi asistencia más tarde?

—Claro que sí, pero no te tardes mucho, pues si no puedes venir invitaremos a otra persona.

—Permítame hacerle una pregunta, sin querer ser impertinente —dijo él—. ¿Si voy manejando, me reembolsarían el valor de los boletos de avión?

—Estarías viniendo de Nueva Jersey, lo cual quiere decir que tendrías que manejar menos de cuatrocientos kilómetros. Claro que podemos hacer eso.

—Qué bien, entonces añadiré ese dinero a mis pocos ahorros, para ver si puedo ir a visitar a mi madre en Tucson. Cuenten conmigo.

—¿Estás seguro? ¿No necesitas pensar un poco al respecto?

—No. Es un honor que no me lo perdería por nada del mundo.

QUINCE

NO FUE NINGUNA SORPRESA el hecho de que Nicolás Carpatia haya aprendido rápidamente el arte de la política. Nunca antes había sido candidato para ninguna posición, pero pronto se convirtió en el favorito para derrotar al experimentado Emil Tismaneanu en las elecciones para parlamento bajo. Carpatia —obviamente por medio de Fortunato y Planchet— contrató a la mejor firma de relaciones públicas de Bucarest y conformó un equipo de jóvenes idealistas, quienes pronto estuvieron convencidos de que Nicolás era la solución para todos los problemas de Rumania.

Carpatia venció fácilmente a Tismaneanu en un par de debates organizados por la Universidad de Rumania, después de lo cual León Fortunato insistió que ya era hora de «ajustar los tornillos».

—¿Qué quieres decir, León? —Nicolás le preguntó, una noche cuando estaban sentados en la mansión junto a Planchet y Viv Ivins.

—Tanto fue el apoyo que recibiste y tanta la oposición que él obtuvo, que rehusará debatir contigo otra vez. Así que ahora ante todo el público, vas a insistir en tener otro debate. Él no podrá hacerlo ya que eso significaría su suicidio político. Le tendrás acorralado. Rehusará pero tendrá que disimularlo, lo que le obligará a darte alguna respuesta tonta. Entonces, tú te aprovecharás de eso para sacarle aún más ventaja.

Los tres hombres asintieron, pero Viv permaneció seria y callada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Carpatia—. ¿No te gusta el plan propuesto?

—Estoy de acuerdo en que es una magnífica estrategia —contestó ella—, pero me preocupa el hecho de que Tismaneanu pueda recurrir a medidas extremas. Él pudiera diseminar alguna falsa acusación o, lo que sería peor aún, alguna verdad que pudiera perjudicarte.

—No tengo nada que esconder, Viv —aseveró Nicolás—. ¿A qué pudiera él aludir que tenga yo que avergonzarme?

—Puedo mencionar tres cosas.

—No nos tengas en suspenso.

—Mujeres, Ion y Corona.

Los hombres se miraron entre sí.

—No dudo que Tismaneanu sea capaz de hacerlo —dijo Fortunato asintiendo.

—¡Qué pasa! —continuó Nicolás—. En cuanto a las mujeres, soy muy discreto. Si menciona lo de Ion, quedará como un tipo muy desesperado. Tismaneanu no tiene ninguna evidencia y, de inmediato, yo le amenazaría con demandarle por difamación. Quedaría terriblemente mal, especialmente cuando demos a conocer el fondo económico que he establecido para el hijo de Ion.

—¿Está eso ya establecido y en marcha? —preguntó León.

Nicolás miró a Planchet, el mismo que palideció.

—Lo estará —dijo Ricardo.

—¿Por qué no está listo todavía? —Nicolás insistió.

—La esposa de Ion no parecía entusiasmada y tú no se lo mencionaste a nadie más —replicó Planchet encogiéndose de hombros.

—¡Ricardo! —Nicolás exclamó, poniéndose de pie—. ¿Qué tal si ella va a los medios de comunicación y les dice que le prometí algo y que nunca cumplí?

—Ella no haría eso. Es solo una viuda . . .

—¡Qué te pasa! ¡Ella es una mujer que está sufriendo y una madre llena de rabia! Además, creo que sospecha de mí. Encárgate de ese asunto mañana a primera hora y asegúrate, muy sutilmente, de que los medios de comunicación se enteren de ello. Si logramos que la noticia se dé a conocer, apa-

rentemente de otra fuente que no seamos nosotros, Emil no podrá usar la muerte de Ion en mi contra. Bien, Viv, ¿ahora que podría él decir acerca de Corona? El fracaso de los satélites es culpa de él, no mía.

—Tú invertiste en algo que fue un fiasco. Además, tú mismo has dicho que tienes el cincuenta por ciento de probabilidades de quedar endeudado en un inmenso préstamo.

—Claro, como es de esperarse, Tismaneanu está enterado de todo eso —dijo Nicolás volviendo a tomar asiento.

—Obviamente.

—Tenemos que evitar, a toda costa, que él use eso en mi contra, pero ¿cómo lo haremos?

—Aprovecha de nuestra relación con el señor Stonagal —opinó Ricardo—. Has que él pague el préstamo, has que la deuda desaparezca con un aparente acuerdo entre ustedes dos. Entonces si Tismaneanu alega que estás endeudadísimo, a pesar de todo tu derrochador estilo de vida . . . perdón, pero podría alegar eso. Tú probarías, de algún modo, que eres completamente solvente y Stonagal lo corroboraría.

Nicolás dejó caer la cabeza hacia atrás, su cara apuntaba hacia el cielo raso y tenía los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo.

—Dime algo, Ricardo —dijo, en un tono diferente debido a la posición de su cuello—. ¿Tú sabías que Stonagal es dueño de la mayor parte del Intercontinental?

—Claro que sí. El señor Stonagal y yo nos conocemos desde hacia mucho . . .

—Sí, ya sé que se conocen desde hacia mucho tiempo. Él es ángel que mantiene tu organización, ¿verdad?

—Sí, es uno de los tantos.

—El principal, ¿verdad?

—Sí.

—De hecho, al tenerle a él no necesitas de ninguno de los otros, ¿correcto?

—Así es.

—Stonagal también es el dueño del laboratorio que

proveyó el esperma de mis mercenarios padres, que fue implantado en mi madre, de lo cual yo soy el resultado —dijo Nicolás bajando la cabeza y mirando fijamente a Planchet.

—¿Quién te dijo eso?

—Dime que no es cierto.

—Es cierto, pero más te vale que no le digas al señor Stonagal que lo sabes. Si llegara a sospechar, en lo más mínimo, que obtuviste esa información de mí . . .

—Ricardo, no necesitas preocuparte acerca del señor Stonagal. Debes preocuparte de mí.

—Eso no es justo, Nicolás. ¿Quién te ha sido más fiel que yo?

—¿Ocultándome la verdad acerca de mi origen? ¿Esa es tu definición de lealtad? ¿No informarme de que Stonagal era el dueño de los cien millones de dólares que obtuve como préstamo? ¿Ricardo, por qué me ocultaste semejante cosa?

—¡Pensé que sí lo sabías!

—Mentira, tú no pensaste que yo ya lo sabía. ¿Sabes también que Stonagal es el promotor del gran movimiento que pretende reducir a tres las denominaciones monetarias que se usan en el mundo entero?

—Bueno, no . . . bueno, yo . . .

—Probablemente tú sabes todos los detalles.

—Bueno, Nicolás, eso ha salido en las noticias. De hecho, nadie cree que . . .

—Ah, eso sucederá. Además, estamos en camino a establecer una sola denominación monetaria mundial. Puede que tome algo de tiempo, pero si Stonagal se sale con la suya, toda Europa se unirá a Rusia para deshacerse del euro y para adoptar el marco. Asia, África y el Medio Oriente únicamente comercializarán usando el yen. Norte y Sur América y Australia usarán el dólar.

—Sí, creo que ese es el plan —declaró Ricardo luciendo muy afligido—, pero aún no se ha tomado ninguna decisión y . . .

—Solo es cuestión de tiempo, Ricardo. La pregunta es, con la clase de comunicación que tienes con Stonagal, ¿por qué

no me informas de estas cosas? ¿Por qué tengo que enterarme por otros medios?

—Lo siento. Yo no sabía que tú querías o necesitabas . . .

—¿Qué no necesitaba que se me mantenga al tanto de los asuntos financieros internacionales? ¿Estás loco? ¿Acaso no tienes ni idea de lo que estoy tratando de lograr?

—Bueno, como te dije, te pido que me disculpes. De hoy en adelante yo . . .

—¿En serio crees que continuarás trabajando para mí, Ricardo?

—Espero que sí. Yo . . .

—Yo tuviera que estar loco.

—Bien, Nicolás, debes saber que el señor Stonagal y yo mantenemos estrechos vínculos y . . .

—¿Crees que el hecho de que yo le deba cien millones de dólares y porque tú le conocías desde antes de que yo naciera, cuentas con una protección infalible?

—¡No! ¡Yo no dije eso! Quiero enfatizar que tengo fe en ti. Soy fiel a ti. Tal vez he cometido uno o dos errores, pero no lo he hecho con malas intenciones. Solo tengo que saber qué necesitas que yo haga y haré todo lo posible por . . .

—¿Te gustaría una oportunidad para comprobar cuán leal me eres?

—Desde luego que sí. Haré cualquier cosa . . .

—Bien, ya veremos si es cierto.

—Dame una oportunidad más, Nicolás. Ya verás . . .

—¿Estarías dispuesto a reunirte privadamente con Emil Tismaneanu?

—Sería un honor.

—¿Estarías dispuesto a hablar en mi nombre?

—Sería un doble honor.

—Pienso que no deberías decir eso hasta que sepas qué quiero que le digas.

—Señor, a pesar de todo, estoy intrigado. ¿Cómo te enteraste de todas estas cosas sin que yo te informara? ¿Acaso el señor Stonagal . . .

—¿Me ha revelado sus secretos? De ninguna manera, pero ya llegará el día en que desee haberlo hecho.

La primera vez que Irene parecía estar animándolo a ir a su juego de golf del domingo por la mañana, Raimundo estuvo muy confundido, y no supo cómo reaccionar. Se dio cuenta que la noche anterior ella se levantó y con mucho cuidado estuvo sacando algo del armario y de la planta baja, pero eso no tenía nada de raro. A menudo ella no podía conciliar el sueño. Sin embargo, él se sorprendió mucho cuando al amanecer descubrió que Irene le había dejado lista su ropa para ir a jugar, había puesto su equipo de golf junto a su carro y hasta le había dejado preparada una bolsa con algunas golosinas, con una botella congelada de agua y con una nota romántica.

En la nota también le deseaba que tuviera un buen juego y decía que ella y los niños, luego de haber ido a la iglesia, quisieran almorzar con él en el comedor del club. Raimundo se sintió culpable al considerar que tal idea no era muy buena, ya que compartir unos momentos de compañerismo con sus amigos al ir a comer algo y a tomarse una cerveza con ellos era parte de la diversión pero, después de todo lo que su esposa había acabado de hacer, no podía rechazar su sugerencia.

¿Debería separarse de sus amigos, diciéndoles que tenía otros planes para el almuerzo? Realmente no quería que sus hijos vinieran al comedor del club, especialmente a la hora del almuerzo. Por unos instantes, Raimundo pensó en dejar una nota para Irene, diciéndole que la encontraría a ella y a los niños en algún lugar de comida rápida.

Sin embargo, pensó que no valía la pena herirla. Por esta vez le seguiría la corriente. Tal vez hasta podría dejar que sus amigos comieran con ellos. De ese modo, seguramente, Irene se daría cuenta de cuán incomoda era la situación y ya no volvería a hacer semejante sugerencia.

DIECISÉIS

IRENE SE ENCONTRABA SENTADA en la iglesia cuando, de pronto, su teléfono celular vibró. Echó una mirada al identificador de llamadas y vio que la llamaban del centro de salud en Belvidere. Salió y fue al vestíbulo desde donde devolvió la llamada. Se trataba de su suegro, quien se encontraba en condición crítica.

—¿Pero qué pasó? —preguntó ella—. Acabamos de verlo.

—Señora, esta clase de cosa es muy común. Con frecuencia, los pacientes que adolecen de Alzheimer, sufren de daños internos que no se hacen evidentes hasta hacerles una serie de pruebas al azar. Estos pacientes no entienden, o no reconocen, el dolor y, a menudo, se quejan de problemas que no tienen e ignoran lo que verdaderamente les aqueja. El señor Steele sufre de una seria falla renal y ya ha sido transferido al hospital. Tal vez pronto le clasifiquen como un caso grave. No hemos podido localizar a su esposo.

—Yo le avisaré e iremos para allá tan pronto como nos sea posible.

Irene llamó a Jackie, quien le dijo que vendría directamente de Nueva Esperanza para recoger a Cloé y a Raimundito y llevárselos consigo. Irene informó de lo que sucedía a los maestros de los niños e inmediatamente fue a su carro, a la vez que marcaba el número de Raimundo. Enseguida escuchó el contestador automático, lo que le hizo recordar que en el club estaba prohibido usar los teléfonos celulares. Dejó un mensaje y luego llamó al club. Ellos acordaron localizar a Raimundo.

Al llegar al estacionamiento del centro de salud, Irene vio una carroza estacionada en la vereda. Oró para que no fuera para su suegro y trató de consolarse recordando que en este sito había un sinnúmero de pacientes desahuciados y ancianos. No obstante, le preocupó el hecho de que nunca antes había visto ahí a una carroza.

Mientras corría hacia el hospital, fue interceptada por la trabajadora social a cargo del caso de sus suegros.

—Lo lamento, Irene —dijo la mujer—, su suegro falleció.

—¿Falleció? No puede ser —replicó Irene, apoyándose sobre la pared para no perder el equilibrio—. Tan repentinamente.

—He hecho los arreglos necesarios para que hable con el médico. Además, uno de los asistentes también quiere hablar con usted.

—¿Dónde está mi suegra?

—En su habitación, le dimos un calmante. Ya puede imaginarse cómo reaccionó.

—Tengo que verla.

—Lo último que supe fue que estaba durmiendo.

El doctor, básicamente, dijo a Irene lo mismo que le habían dicho cuando recibió la primera llamada.

—Ya que el señor Steele no estaba confinado a su cama, no teníamos ninguna razón para monitorear su eliminación de orina. Nunca se quejó hasta esta mañana pero, al parecer, no había podido eliminar desde hace varios días. Lucía muy mal y cuando diagnosticamos el problema ya estaba sufriendo de mucho dolor. Le trajimos acá, pero uno de sus riñones ya había dejado de funcionar y, obviamente, no logramos salvarlo.

Irene quiso estar en la entrada para cuando Raimundo llegara, pero tuvieron que recordarle que uno de los asistentes también quería hablar con ella. El hombre era un joven asiático de complexión robusta, con el típico uniforme azul claro. Ella le pidió que hablaran sentados en unas sillas cerca de la puerta.

Él se presentó, diciendo que su nombre era Erap y que venía de las Filipinas. Irene pudo ver que, entre los nudillos del dedo índice y del dedo medio, Erap tenía un diminuto tatú de un pez.

—Soy cristiano —dijo él.

—Yo también —replicó Irene.

—Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella—. No recuerdo haberle conocido antes.

—Mi prima trabaja en la sección supervisada del centro —contestó Erap—. Ella me dijo que tal vez usted también era cristiana, pero lo sé por el señor Steele.

—¿Qué está diciendo? ¿Acaso mi suegro le dijo que soy cristiana?

—No con esas mismas palabras.

—Dígame lo que mi suegro le dijo, Erap.

—Me di cuenta de que su suegro estaba muriendo, de hecho yo fui quien dio la alarma. En los breves instantes antes de que trajeran la camilla, le pregunté si estaba consciente y si podía escucharme. Casi no podía hablar, pero asintió. Le dije que necesitaba estar a cuentas con Dios y aceptar a Cristo como su salvador personal.

—Le pregunté si sabía que era un pecador y que estaba separado de Dios. También asintió. Le pregunté si creía que Jesús murió en la cruz por sus pecados. Asintió otra vez. Le pregunté si deseaba orar y aceptar a Jesús en su corazón. Me contestó: «Ya lo hice». Le pregunté, «¿ya lo hizo?». Me contestó: «Sí, cuando mi nuera me dijo cómo hacerlo».

—Señora Steele, estuve con él hasta que hicieron el último intento por salvarle y esas fueron sus últimas palabras. Pensé que usted hubiera querido saberlo.

Camilo Williams dijo a su madre que iría a visitarla durante las vacaciones de Navidad.

—Con el dinero de los boletos que el *Global* me dio y con

un pequeño préstamo de Desi, mi amigo galés, creo que tendré lo suficiente.

—No te preocupes, Camilo. No hay prisa.

Cuánto hubiera deseado, a pesar de la desaprobación de Jeff, poder creer lo que su mamá acababa de decir. Su hermano había insistido:

—Mamá no te va a decir cuán grave está, Camilo. Además, papá no puede decírtelo teniéndola junto a él. Ella luce muy mal, casi no come, no puede moverse bien. Tampoco quiere ir al hospital, aunque allí es donde ella debiera estar.

—Esa es decisión de ella, ¿no te parece, Jeff?

—Claro que lo es. Lo que estoy tratando de decirte es que está deteriorándose rápidamente.

—Pero la noté bien cuando hablamos por teléfono.

—¿Estás diciendo que soy un mentiroso?

—¿Qué pasa, Jeff? Ya no estamos en la escuela. Solo quise decir que la noté muy animada. Estaba orgullosa del premio que acabo de recibir y quiere que le traiga fotografías y recortes de este evento.

—Entonces, ¿cuándo vienes?

—Si puedo reunir un poco más de dinero, compraré un boleto para volar el día que regreso de Boston a Princeton.

—¿Cuánto más necesitas?

—Unos doscientos dólares. Si hago la reservación esta semana, puedo comprar uno de esos boletos baratos no reembolsables.

—Hoy mismo te enviaré un cheque.

—Jeff, no puedo pedirte que hagas eso. Yo . . .

—No me lo pediste. ¿Qué pasa, Camilo? Esto no es por ti, ni para ti. Se trata de mamá. Por si acaso, creo que deberías estar aquí mañana mismo. ¿Cuánto más vamos a tener que esperar? ¿Diez días más?

—Doce.

—No me digas semejante barbaridad.

—Te veré dentro de doce días, Jeff. Gracias.

—Has lo que te dé la gana.

Irene no sabía con certeza de qué forma había afectado a Raimundo la muerte de su padre. Obviamente estaba muy sacudido por la rapidez con la que todo había sucedido, pero a ella le parecía que él había reaccionado de inmediato, encargándose de todos los detalles necesarios. Se aseguró de que su madre estuviera recibiendo la atención que requería y que el funeral fuera digno de la memoria de su padre.

Desafortunadamente, el funeral se llevó a cabo en la iglesia que sus padres habían frecuentado durante toda su vida, la Iglesia Central.

—Te juro —Irene dijo a Raimundo mientras se preparaban para ir a la iglesia—, que si no mencionan nada acerca de la fe de tu padre durante los discursos en su memoria, yo lo voy a hacer.

—No.

—¿No? ¿Qué estás diciendo?

—No vayas a avergonzarme, ni tampoco vayas a avergonzar al pastor.

—¿Te avergonzarías de que la gente supiera que tu padre fue un verdadero creyente?

—Un creyente de último minuto sería lo correcto. Irene, después de todas tus intimidaciones y de las insistencia de ese joven filipino, ¿qué otra opción le quedaba a un anciano desorientado y moribundo? En fin, en su iglesia ya lo conocían como un creyente de toda la vida.

—Eso no sería honrar la memoria de tu padre —insistió Irene, a pesar de que no quería discutir por esto, pero ya no podía contenerse.

—Irene, solo prométeme que no harás nada extraño.

—¿Considerarías extraño el que yo diga la verdad?

—Será una humillación.

—No te humillaré, Raimundo —replicó ella, apretando los labios y sacudiendo la cabeza, a la vez que sentía rabia por sentirse tan débil.

—Me gustaría que tu madre estuviera aquí. A ella no podrías impedirle que diga la verdad.

—Depende de lo que consideres «la verdad» —continuó él—. La gente más bien pensaría que se trata de un paciente de Alzheimer que está desvariando.

—Sin embargo, yo la entendería muy bien y tú también debieras hacerlo.

—¿Sabes lo que pienso, Irene? La verdad es que mi papá siempre fue cristiano. En realidad su interés en la religión no se suscitó solo un poco antes de morir.

De camino al funeral, Raimundo fue interceptado por la maestra de escuela dominical de su niñez.

—Lo siento mucho, querido. Tu padre fue un gran hombre —le dijo la mujer entre sollozos y dándole un abrazo.

—Sí, mi padre fue un gran hombre, señora Knuth. Gracias.

Irene no pudo dejar de llorar durante todo el funeral, el mismo que resultó peor de lo que había esperado. Aunque leyeron todas los versículos bíblicos acerca de la muerte y del nuevo nacimiento, nada se dijo acerca de la salvación ni de la vida eterna. Se rindió un homenaje al señor Steele, pero tampoco se hizo mención de su arrepentimiento y de su fe en Cristo como su salvador personal.

De regreso a casa, Irene seguía llorando. Dando, para sí, gracias de que al fin el clima había cambiado y que Raimundo no podría ir a jugar golf otra vez hasta la primavera. Él la sorprendió al ponerle una mano sobre su rodilla mientras manejaba.

—Realmente aprecio todo el tiempo que invertiste al ir a visitar a mis padres —dijo él.

Tenía la voz temblorosa y estaba al borde de las lágrimas, de un modo que ella no lo había visto desde hacía mucho tiempo.

—Eso no se ha acabado —respondió ella—. Obviamente, seguiré visitando a tu mamá.

—Pero dicen que ella está casi tan grave como lo estaba

mentalmente mi papá. Dicen que es incoherente y que rehusó venir al funeral, a menos que papá viniera con ella.

—Pues, con mayor razón.

DIECISIETE

—¿ÉL ES SU PAREJA?

—Perdón, ¿qué dijo? —preguntó Camilo.

—¿Cómo le gustaría que clasifiquemos al señor Burton?

—Él es un compañero de la universidad.

—¿Quiere decir entonces que ustedes no son una pareja?

—Mm, no. ¿Deberíamos haber traído solamente a nuestra pareja?

—No, solo era una pregunta. Entonces lo clasificaremos como «amigo», ¿qué le parece?

—Muy bien.

Camilo estaba feliz de haber podido traer consigo a su amigo al evento del *Boston Global*. Al parecer los demás habían traído a sus familiares o a sus parejas.

—Hay otra razón por la que le hice tal pregunta —explicó la mujer—. El editor ejecutivo del *Global* y algunos de sus asociados quisieran hablar con usted, por unos momentos en la oficina después del banquete. ¿Estaría disponible para eso?

—Claro que sí, me encantaría.

—Su amigo no podrá estar presente, a menos que *sí* fuera su pareja.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No lo sé.

—Quiero decir, ¿cree usted que hablarán de algo de lo que yo debería informar a mis seres queridos?

—No tengo idea.

—Está bien.

—Entonces, ¿él pasará a la oficina con usted?

—No. No. Él esperará afuera. Eso no será ningún problema.
—El *Global* está ubicado cerca del lugar del banquete; no creo que su reunión tome mucho tiempo.

Irene podía darse cuenta que Raimundo se sentía atrapado. Debido a que el clima ya no era propicio para ir a jugar golf, él ya no tenía ninguna excusa para no ir a la iglesia los domingos. Aún tenía que volar algunos domingos, pero no todas las semanas. Además, cuando él estaba en casa no tenía mucho que hacer.

—¿Sabes una cosa, Raim? —le dijo Irene—. Estoy segura de que te gustaría visitar Nueva Esperanza y después ya no te será tan difícil seguir yendo.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Ni siquiera has estado allí.

—Según lo que Jackie me cuenta, puedo imaginármelo. Hasta me parece que ya conozco al pastor, el reverendo Billings, aunque nunca le he visto. Además, hay un asistente del pastor, Bruce Barnes, quien es muy querido por todos. Se ve que en esa iglesia suceden muchas cosas buenas.

—No comiences otra vez, Irene.

Irene realmente no había querido molestarlo. Sus motivos, de verdad, eran sinceros. Cuánto anhelaba poder hallar la manera correcta para poder comunicarse bien con el hombre que amaba y por el que tanto se preocupaba.

—Solo estoy diciendo —continuó ella—, que quizás sería bueno ir a visitar Nueva Esperanza. Me encantaría ir y también llevar a los niños, especialmente cuando tú no estás.

—Si vas allá, te perderé para siempre —dijo él sacudiendo la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Que me parece que todo eso es una secta. Por ejemplo, sabes los nombres de los líderes sin siquiera haber estado ahí. Quedémonos en nuestra iglesia y trataré de asistir cuando pueda.

—Déjalo ir, Nicolás —dijo León Fortunato, sentado frente a Carpatia en la oficina de la mansión de este último—. Me parece que su plan es bueno.

—¿Te parece?

—Sí. No tienes nada que temer por parte de Jonatán Stonagal. Claro que, al momento, él te tiene en sus manos porque le debes una inmensa suma de dinero, pero eso cambiará. Tú tienes más potencial en tu pulgar de lo que él tiene en todo su cuerpo. Además, él ya no es un hombre joven.

—No obstante, León, mi estrategia no es la de pelear en contra de él. Mi plan es el de ganármelo.

—Entonces deja que Ricardo acepte su invitación para representar tus intereses. ¿Acaso te preocupa que Planchet vaya hasta el territorio de Stonagal?

—Claro que sí. ¿Has visto los artículos de las revistas acerca de la oficina de Jonatán en Manhattan, verdad?

—He estado personalmente en esas oficinas. Es cierto que a uno le dejan boquiabierto. Planchet se quedará anonadado, pero no creo que los dos se alíen para trabajar en contra de ti. En síntesis, Stonagal piensa que, bajo la dirección del mundo de los espíritus, fue él quien te creó.

—Tal vez tiene razón.

—Tal vez, pero algún día, al igual que todos los demás, él también estará a tu servicio.

—Me gustó lo que acabaste de decir.

—Qué bueno porque es hora de que pulamos un poco tu imagen —dijo León poniéndose de pie y acercándose hacia la ventana.

—¿Qué tiene de malo mi imagen?

—En gran parte, nada. Estás en la etapa más difícil de la campaña electoral y eres el favorito. Sin embargo, he visto a algunos candidatos ser derrotados durante los últimos días de campaña solo por una frase mal empleada o, a veces, hasta por una sola palabra. En cuanto a ti, se trata de pulir tu tono.

—Explícate, León.

—Considera la siguiente pregunta: ¿Quién fue la persona más influyente de todos los tiempos? —Fortunato le preguntó regresando a su silla.

—Jesús.

—Excelente. Como sabes, Jesús con sus enseñanzas ha impactado al mundo de un modo que nadie lo ha hecho. Aún nuestro propio calendario está basado en su nacimiento. ¿Cuál fue la característica principal que definía su carácter?

A Nicolás le gustaba esta clase de retos.

—El hecho de que, según Él, podía hacer milagros, pero yo no creo en eso.

—Es cierto que eso era algo por lo que se hizo conocido —replicó Fortunato inclinando la cabeza—, pero estoy hablando de una característica personal que obviamente poseía.

—Su divinidad.

—Hmm . . . —murmuró Fortunato por un buen rato.

—¿Tampoco?

—Otros también han alegado poseer lo mismo.

—Desde luego que no creo en ninguno de ellos, León.

—Desde luego y, aunque los seguidores de Jesús creen que Él fue el único ser humano divino, esa no es una característica de su carácter.

—Está bien, me rindo, estoy listo para aprender de tu sabiduría sabelotodo. ¿Cuál es la característica personal de Jesús que quieres que yo imite?

—A pesar de todo lo que dijo e hizo y a pesar de todo por lo que aún es conocido y recordado, dos milenios después de su muerte, la característica más importante del carácter de Jesús fue su humildad.

—Te soy sincero, León. Creo que tengo una perspectiva muy realista de mí mismo. Me conozco bien y sé como los demás me perciben. Francamente, no tengo nada por lo que deba ser humilde, ni tampoco poseo ni un gramo de humildad en todo mi ser.

—Tú eres auto analítico —respondió Fortunato, al parecer, estudiándole.

—La humildad es para los debiluchos. Yo sé quién soy y de lo que soy capaz de hacer y estoy decidido a hacerlo.

—Me parece bien, pero ¿dirías que Jesús fue un «debilucho»? Me parece que las sublimes pinturas de Él, que lo presentan como un ser angelical y hasta algo afeminado, nos dan la impresión equivocada. Jesús fue un hombre del sufrido Medio Oriente del primer siglo. Él fue un carpintero, un verdadero hombre. Fue un revolucionario, un predicador de paradojas, un enemigo del sistema establecido.

—Está bien que no creas todo lo que se dice acerca de Él; yo tampoco lo creo, pero su historia es fascinante y poderosa. Si de verdad vino desde el trono de los cielos, para convertirse en un mero mortal, entonces realizó el acto de humildad más grande de la historia. Él tampoco tenía razón alguna por la cual ser humilde. Sus seguidores creen que es divino y perfecto, dispuesto a sacrificarse a sí mismo hasta la muerte misma. Eso es lo que hace que su humildad sea tan atractiva y tan magnética. Convendría que, a fin de enaltecer aún más tu imagen, emularas algo de esa humildad.

—¡Piénsalo bien, León! —Carpatia dijo riéndose. Mientras más reía, más chistosa le parecía la sugerencia que acababa de escuchar, así que se reía aún más—. ¿Qué podría ser más atroz que una *falsa* humildad? Creo que soy único entre toda la humanidad. Poseo una combinación de dones, talentos, conocimientos y confianza en mí mismo que me colocan muy por sobre cualquier hombre que jamás haya vivido sobre la faz de la tierra, incluyendo a Jesús. ¿Aún así quieres que combine todo eso con humildad? ¿Por qué debo ser yo humilde?

Camilo Williams manejaba con mucho cuidado su viejo Volvo, en dirección norte a lo largo de la costa este hacia Boston. Iba conduciendo bajo una ligera lluvia que se convirtió en aguanieve y luego en una hermosa nevada.

—¿Te interesaría manejar un poco, Desi? —le preguntó al galés.

—Ni lo sueñes. En un dos por tres estaría yendo por el lado equivocado de la autopista. Tú sigue manejando y yo sigo de co-piloto. ¿Estás seguro que las llantas resistirán?

—Desi, las llantas no me preocupan, sino los medidores de la temperatura y del aceite. El uno está elevado y el otro está bajo.

—Bueno, la solución es simple, Camilo.

Se detuvieron para comprar aceite, anticongelante, líquido limpiaparabrisas y un cepillo con rasqueta. Unos ciento sesenta kilómetros más adelante se detuvieron una vez más para comprar otra vez las mismas cosas, incluyendo la rasqueta, la cual se había roto después de usarla un par de veces. Camilo estaba tenso por el mucho esfuerzo que hacía para poder ver a través de la creciente nevada y por mantener la velocidad adecuada ante semejante condición tan resbalosa de la autopista.

Una vez más trató de convencer a Desi para que condujera por un rato, pero su amigo estaba ocupado haciendo una bola de nieve y lanzándola, al estilo del críquet, con un largo y curvado movimiento de la mano izquierda. Camilo apenas logró evadir el misil y, riéndose, se lanzó hacia el interior del carro.

Esta era otra de la clase de tormentas que tanto le gustaban a Camilo. Aunque no le interesaba quedarse atascado, ni llegar retrasado, esta era una aventura que nunca olvidaría.

Camilo sintió un gran alivio cuando, por fin, llegaron al estacionamiento cubierto del hotel y del sitio del banquete. Una vez que estuvieron instalados en su habitación y vestidos para el evento, con dos horas de anticipación, Camilo llamó a su madre.

Ella quería saber cada detalle, pero se la oía bastante decaída.

—¿Estás bien, mamá?

—Hoy estoy un poco cansada. Estaré bien. Estoy muy entusiasmada porque te veré dentro de unos pocos días.

—Yo también. Te veré dentro de dos días exactamente.

Desi acaba de regresar de echar un vistazo al salón del banquete y, al parecer, han tomado cuidado hasta del más mínimo detalle. Hay muchas luces, colores y música. No pude alquilar un esmoquin, así que tuve que pedirle a Desi que me prestara el suyo. Me queda un poco estrecho y un poco largo, pero dudo que a alguien le importe o que alguien se dé cuenta.

—¿Desi no necesita también usar su esmoquin? —preguntó la señora Williams.

—No, él es muy informal, como todo buen galés debería serlo. Además, él solo es mi pareja.

—¡Ah, Camilo!

—Bueno, eso es lo que ellos piensan.

—¿Quiénes son «ellos»?

—Los altos ejecutivos del *Global*. De hecho, hasta me preguntaron si era mi pareja.

—¡Ah, no te creo! No creas que puedes engañar a tu pobre madre, solo porque estudias en una universidad tan prestigiosa. Soy más lista de lo que crees.

—Tienes razón, mamá. Solo te estaba bromeando.

El banquete resultó ser una ceremonia mucho más pomposa de lo que Camilo se había imaginado. Copias de los artículos de los periodistas homenajeados habían sido colocadas en coloridos folletos para ser distribuidas entre los asistentes. Artistas profesionales leyeron en voz alta, todas y cada una de las redacciones. Pudo haberlo soñado o imaginado, pero a Camilo le pareció que la suya recibió la mejor acogida y los mayores aplausos. Desi estuvo de acuerdo. Los premiados fueron elogiados individualmente y recibieron placas conmemorativas de semejante evento.

El conferencista invitado era un autor de novelas de terror, quien había iniciado su carrera trabajando en los periódicos, por lo que nunca perdió su afecto por el periodismo. Agasajó a la audiencia con historias que gustaron a todos, tanto así que, al término de la velada, Camilo se estaba preguntando si

el trabajar para un semanario debería ser su meta central. Era cierto que el periodismo noticioso aún seguía siendo considerado el lado inferior en el negocio de la publicación, pero si uno podía conseguir un empleo en un importante periódico urbano, bueno, eso también resultaría emocionante.

Al finalizar la ceremonia, la editora ejecutiva del Global fue directamente hacia Camilo.

—Ya sé que es tarde y que deseas retirarte —dijo ella—, pero al señor Rowland le gustaría hablar un momento contigo. Además, deberías considerar la posibilidad de pasar la noche en el hotel hasta que la tormenta cese.

Un recorrido breve por la calle confirmó que la mujer había tenido razón. Todo estaba cubierto por una capa de nieve de varios centímetros de espesor, pero Camilo no podía darse el lujo de pasar la noche ahí, pues debía regresar a Nueva Jersey a tiempo para alcanzar su vuelo de la mañana siguiente.

Le dio las llaves a Desi y le preguntó si podía sacar el carro hasta la calle y estacionarlo frente al edificio del *Global.*

—Tenlo caliente, descongelado y listo para el viaje y te compensaré bien.

—Sí, estoy seguro de que sabrás compensarme muy bien —dijo Desi, aceptando el billete de un dólar que Camilo le dio—. Nunca vi una propina como esta, ni siquiera en la Bolsa de Valores de Londres.

DIECIOCHO

RAIMUNDO NO SE CONSIDERABA un mujeriego. A excepción de su indiscreción durante aquella fiesta de Navidad, hace varios años, nunca le había sido infiel a Irene. Aunque la verdad era que tenía que admitir que si ella hubiera hecho lo que él hizo en esa ocasión —salvo por unos cuantos detalles—, lo había considerado adulterio.

Su conciencia le había pesado tanto desde aquella vez, que de allí en adelante había sido prudente y recatado en ese aspecto. Sin embargo, Raimundo no era ningún ciego, se daba cuenta claramente cuando las mujeres se sentían atraídas hacia él. No obstante, después de haberse repudiado tanto a sí mismo por sus acciones durante aquella fiesta navideña, había aprendido a ser muy eficaz en pretender que no entendía los acechos de tales mujeres, ignorándolos por completo.

Ahora ya no estaba tan seguro si quería continuar del mismo modo. Patty Durán era apenas una adolescente cuando fue nombrada azafata en la Pan-Con y cualquier hombre heterosexual con un buen par de ojos podía darse cuenta que ella lo tenía todo. De pies a cabeza, de lado a lado, con su cabello, su cara y su personalidad, ella pronto se convirtió en la azafata favorita de los pasajeros y en el sueño de cada miembro de la tripulación.

A veces, Patty podía ser un poco boba, pero Raimundo estaba convencido de que ella solo pretendía serlo, como medio de manipulación. Lo interesante era que, a menos que estuviera siendo regañada —lo cual sucedía rara vez, ya que parecía gustarle tanto su trabajo que lo hacía con mucho esmero—, ella nunca se comportaba de ese modo con él.

Simplemente parecía que ella lo admiraba y, aunque pensaba que quizás estaba siendo un tanto ingenuo, le parecía que tal admiración era genuina y que no se trataban de halagos artificiales solo porque él era el capitán.

Raimundo fue capaz de quitarse de la mente cualquier intención poco honorable que se le ocurría, recordándose a sí mismo cuán joven Patty era. Se notaba que ella de verdad anhelaba llegar a ser una azafata titular, pero tendrían que pasar unos cuantos años antes de que lo lograra. Otros miembros de la tripulación, en especial otras azafatas, al comienzo no parecieron tener una buena impresión de ella —Raimundo pensó que era porque le tenían celos—, no obstante, ella pronto se ganó también a esas personas. Aparentemente, sus supervisoras trataban de pillarla hasta en la más mínima falta, pero ella realizaba su trabajo tan bien, que les era muy difícil llamarle la atención.

A Raimundo le gustaba pensar en ella y le daba muchísimo gusto cada vez que veía su nombre en la lista de su tripulación.

Una noche él estaba dirigiéndose hacia el estacionamiento del aeropuerto O'Hare, cuando escuchó el ruido de unos tacones acercándosele rápidamente por detrás.

—Usted vive en Mount Prospect, ¿verdad, capitán?

—Sí, ¿por qué me lo preguntas, Patty? —respondió él dándose la vuelta, pero sin detenerse.

—Yo vivo cerca de usted, en Des Plaines. Acabo de recibir una llamada de mi compañera de apartamento, no puede venir a recogerme y realmente no me gusta tomar el transporte público durante la noche. ¿Sería posible que me diera un aventón?

—Claro que sí.

Patty parecía estar nerviosa mientras iba conversando en el trayecto hacia Des Plaines. Raimundo llamó a Irene e hizo todo lo que pudo por mantener su mirada en la autopista, pues nunca había estado tan cerca de una mujer tan hermosa.

—Cariño, voy a llegar unos minutos más tarde —le dijo a

su esposa—. Estoy llevando hasta Des Plaines a una de mis compañeras de trabajo que me pidió un aventón.

Cuando llegaron al edificio en el que Patty vivía, Raimundo comenzó a salir del carro.

—No es necesario —dijo ella, tomándole la mano entre las suyas —. Solo le pido que por favor espere unos instantes hasta que yo haya entrado, para asegurarnos que no me asalte un fantasma. Capitán, le agradezco muchísimo, usted es un encanto.

Dentro de unos pocos minutos, Raimundo llegó a casa.

—Así que ¿quién era la azafata que necesitó un aventón? —Irene le preguntó.

—Aquella adolescente de la que te he hablado. La que tiene ese nombre poco común.

—¿Patty, la boba? —Irene dijo.

—Esa misma.

—¿Se le olvidaron las llaves dentro del carro?

—No me sorprendería.

Raimundo no esperaba que en el futuro sucediera nada especial entre él y Patty Durán, pero le gustaba mucho recordar la imagen de ella sentada tan cerca.

Dizzy Rowland, el director ejecutivo del *Boston Global*, dio la bienvenida a Camilo a su amplia oficina y le presentó a tres de sus principales ejecutivos, dos hombres y una mujer. Camilo no pudo retener sus nombres, pero pensó que parecían los individuos indicados para los trabajos que realizaban. Vestidos elegantemente para el banquete y muy tranquilos en presencia del jefe máximo, aquellas personas emanaban un aire de seguridad en sí mismos y de amabilidad. Todos elogiaron el trabajo de Camilo.

Rowland le dirigió hacia una silla en la mesa de conferencias, a un lado de su escritorio; los cinco tomaron asiento, cuatro de ellos frente a Camilo. Por fin, se sintió incómodo con el esmoquin prestado que no le quedaba bien y estuvo tentado a darles una explicación al respecto.

—Solo voy a tomar unos pocos minutos de tu tiempo —dijo el señor Rowland—. En primer lugar, felicitaciones por ser nominado para el premio Pulitzer, también por este premio que acabas de recibir y, por supuesto, por tu trabajo estudiantil. Mis espías en Princeton me han informado que eres un estudiante muy destacado.

—No siempre obtengo las máximas calificaciones —respondió Camilo—, pero siento que tengo la obligación de hacer el mejor trabajo que pueda.

—Eso es digno de admiración. ¿Puedo preguntarte cuál es tu meta profesional?

—El *Semanario Global* —respondió Camilo.

—¡Ah! —Rowland exclamó—. Ni siquiera tuviste que pensarlo dos veces.

Rowland se reclinó un poco en su silla y mientras sonreía parecía estar estudiándolo.

Camilo dirigió su mirada a los otros, quienes parecían estar perplejos. ¿Acaso su meta tan alta le hizo parecer un ingenuo soñador? Bueno, el hombre le hizo la pregunta.

—Estás sentado en compañía de cuatro periodistas profesionales —aseveró Rowland—. No me sorprendería si alguno de estos curiosos reporteros tiene una pregunta para ti.

Todos hablaron al unísono, pero al fin la mujer tomó la palabra.

—Solo por mera curiosidad —dijo ella—, ¿no tuviste la sensación de que deberías restringirte un poco, antes de mencionarle tu sueño de trabajar en una revista semanal al ejecutivo de un periódico?

—Creo que no —respondió Camilo, extendiendo su labio inferior un poco hacia adelante—. ¿Tenía que haber experimentado esa sensación? ¿Acaso, el habérselo dicho me hace parecer impertinente, inaceptable o grosero?

—Fue una respuesta digna de admiración —continuó Rowland mientras los otros se reían—. Muchos otros se hubieran preocupado por parecer un poco más diplomáticos.

—Lo siento —dijo Camilo—. No fue mi intención ser ofensivo.

—¿Ofensivo? —repitió la mujer—. Pienso que fue reconfortante. Quizás un poco ingenuo, pero fue alentador de todas maneras.

—¿Ingenuo?

—Permíteme que te lo explique de otra manera —replicó la mujer—. Muchos de nuestros colegas, aún los que están a nuestro nivel, aplican a las revistas semanales por lo menos una vez al año, tratando de escapar de la rutina diaria . . .

— . . . para caer en la rutina semanal —interrumpió uno de los hombres y todos se rieron otra vez.

—La competencia para conseguir trabajo en el *Semanario Global*, *Time*, *Newsweek* y *U.S. News* es agotadora y encarnizada. Tu meta profesional no es única, ni tampoco sorprendente, solo un tanto sublime.

Camilo no supo qué decir. Las universidades de mucho prestigio —en particular Princeton— también habían sido para él una meta más allá de lo imaginable. No estaba dispuesto a dejar que su sueño muriera solo porque parecía inalcanzable. Quería vivir una vida singular e inigualable.

—Camilo, ¿te preguntaste por qué quise hablar contigo? —Rowland le preguntó.

—Sí, claro.

—¿Pensaste que solo quería saludarte y felicitarte personalmente?

—No se me ocurrió nada en particular.

—Eso también me parece reconfortante —aseveró Rowland—. Te confieso que tengo un motivo encubierto. Queremos contratarte.

Camilo se preguntó por qué no se le había ocurrido algo casi obvio. ¿Por qué tal proposición le había tomado por sorpresa? Simplemente no se la había imaginado.

—En caso estés pensando que hacemos esta oferta de trabajo a todos los homenajeados —dijo la mujer—, ese no es el caso. Del grupo de este año, tú eres el único.

—Bueno —respondió Camilo, sintiéndose de pronto incapaz de expresar coherentemente sus ideas—. ¡Mm! Gracias. Tenía la esperanza de conseguir una práctica estudiantil.

—Camilo, no estamos hablando de una práctica —dijo Rowland—. Durante el resto del año escolar seguirás trabajando para el periódico estudiantil y continuarás haciendo reportajes para el periódico local, pero también estarás disponible para uno que otro trabajo nuestro, en caso se suscite alguna noticia regional en tu área.

—Lo haré con mucho gusto.

—No obstante, tan pronto te gradúes, tal vez una o dos semanas más tarde después de que te organices, esperamos que te mudes para acá a fin de comenzar a trabajar como uno de nuestros reporteros a tiempo completo.

—¿A tiempo completo?

—Camilo, eres un joven con mucho talento. Creemos que tienes lo que se requiere para ser un buen periodista y reportero. Aquí tendrás la oportunidad para descubrir si estamos en lo correcto. Recibirás trabajo rutinario, nada espectacular, y tendrás un plazo diario. Esta clase de trabajo hace que los profesionales se distingan de los aficionados.

—Además —añadió la mujer— que se diferencien los que son dignos de trabajar para el *Semanario Global* de los que no lo son.

Tomando una solitaria caminata antes del amanecer, con sus guardaespaldas siguiéndole a una distancia prudente, Nicolás se permitió analizar el consejo que León Fortunato le había dado. Siendo un ávido aficionado de los deportes, siempre le había gustado ver a los fanfarrones, especialmente a los que eran capaces de hacer lo que pregonaban. Estaba de acuerdo con el adagio que decía, «No eres un fanfarrón si puedes hacer lo que dices».

La imponente presencia de los más destacados atletas jóvenes era una inspiración para Nicolás y quería tener la misma

presencia como político y líder. Sin embargo, si León estaba en lo cierto, el pueblo pronto se cansaría de la autopromoción de un tipo engreído. ¿Dónde se podía encontrar ejemplos de humildad y cómo se aprendía tal arte? Una cosa era segura: si Nicolás iba a tratar de ser humilde, sería más que un arte; sería toda una actuación teatral.

Sin saber realmente cómo se sentía, Camilo salió hasta la calle cubierta de nieve, frente al edificio del *Global*. A la vez que estaba disgustado consigo mismo por haber concebido el sublime ideal de conseguir aún una práctica estudiantil en el *Semanario Global*, estaba también emocionadísimo por haber obtenido la oferta de trabajo con el *Boston Global*. Tenía muchas ansías por contárselo a su amigo Desi, a su familia y, especialmente, a su madre.

Afuera, encontró a su Volvo con el motor encendido y aunque grandes copos de nieve caían sobre este, también se derretían con rapidez. Camilo abrió la puerta para saludar a Desi, pero este no estaba adentro. No podía haberse ido muy lejos. No sería capaz de dejar un carro con el motor encendido, sin los seguros puestos y en una calle tan transitada.

Camilo se puso de pie y se volteó para buscar a su amigo, justo en ese instante recibió en el pecho el impacto de una inmensa bola de nieve que le estalló sobre la cara y el cabello. Tambaleándose, Desi venía cruzando la calle. Venía riéndose a carcajadas, tan ruidosamente, que Camilo temió que se desmayara.

Camilo se arrodilló, recogió un poco de nieve y a toda velocidad hizo una bola y, antes de que Desi pudiera evadirla, se la lanzó.

Desi se agachó, pero la bola de nieve le explotó sobre la cabeza.

—¡Tregua! —gritó Camilo—. ¡Tenemos que irnos y tengo buenas noticias!

Se quitaron la nieve de encima y se subieron al carro.

Camilo nunca había logrado entender por qué le gustaban tanto las tormentas, ni por qué disfrutaba conduciendo en medio de ellas. Esta pudiera ser una experiencia temeraria, pero pensó que sería mejor conducir y tratar avanzar hasta donde les fuera posible en medio de esta nevada.

¿Qué podría ser mejor que estar dentro de un carro abrigado, con un tanque de combustible lleno y con un buen amigo? Atravesar la ciudad y entrar a la autopista I-90, solo les tomó unos pocos minutos. El tráfico era lento, pero los camiones quitanieve parecían estar haciendo un buen trabajo al ir despejando las carreteras.

En la primera estación de peaje, el empleado les preguntó hasta dónde iban.

—Nueva Jersey.

—Buena suerte. ¿Tienen cadenas?

—¿Cree que las vamos a necesitar?

—Es muy posible, conforme vayan más hacia el sur. No traten de ser héroes, conduciendo bajo una tormenta como esta.

Un par de horas más tarde, pasada la medianoche, Camilo estaba pasando a la autopista I-84. Al comienzo parecía que el tráfico ahí era más liviano, así que tuvo la esperanza de recuperar un poco del tiempo perdido. Durante todo el camino, Desi había estado hablando acerca de sus teorías de conspiración. En los momentos que podía ponerle atención, Camilo pensaba que su amigo decía cosas muy interesantes.

—No sabía que de las Islas Británicas salían tipos con teorías conspiradoras —comentó Camilo—. Creí que todos esos fanáticos de Illuminati, de Bilderberger y de la Comisión Trilateral provenían del continente.

—¿No crees en todo eso, verdad? —Desi le preguntó—. Si hubieras trabajado para Josué Todd-Cothran en la Bolsa de Valores, no estarías diciendo semejantes barbaridades.

—En serio, Desi, ¿de veras crees en todo eso?

—No sé qué creer, pero me parece muy lógico. Jonatán Stonagal es un miembro secreto de muchas organizaciones y

cuando se oyen rumores acerca de que él y Todd-Cothran y muchos otros tipos de su misma clase están reuniéndose, entonces se puede esperar una serie de grandes decisiones financieras que afectarán al mundo entero.

—Me alegro de no estar estudiando Economía.

—No trates de engañarte a ti mismo, Camilo. Todos tenemos que ver en la economía. Todo tiene que ver con la economía. Pensé que un periodista debía saberlo. Si quieres encontrar el medio para llevar a cabo un cambio, la raíz de un problema, la raíz de cualquier cosa, todo lo que tienes que hacer es estudiar el asunto monetario.

DIECINUEVE

NICOLÁS ECHÓ UNA MIRADA detrás de sí y vio que sus guardaespaldas estaban charlando entre ellos. No le importó, puesto que se sentía seguro dentro de su inmensa propiedad. Tampoco quería que estuvieran vigilando cada movimiento que hacía.

Quería orar y eso era un asunto privado. Aunque sentía algo de reverencia hacia su espíritu guía, quienquiera que este fuera, no necesitaba arrodillarse ni inclinar la cabeza. Una vez que se había dignado a admitir que dependía de la sabiduría de su guía y luego de que se había atrevido a preguntar con quién estaba comunicándose, recibió como respuesta un molestoso e incómodo silencio, por lo cual pensó que esa quizás no fue la pregunta correcta, o que tal vez no era el momento propicio para hacer semejantes averiguaciones.

Al momento, realmente no le importaba mucho saber la identidad del espíritu con el que se estaba comunicando. Todo lo que quería saber era si el consejo que León Fortunato le había dado era digno de ser tomado en cuenta.

Nicolás echó otro vistazo detrás de sí y pensó que estaba bastante lejos de sus guardaespaldas como para que estos se dieran cuenta de lo que estaba haciendo. Caminó lentamente hacia el sol saliente, murmurando: «Mi señor y mi maestro, dime como debo comportarme para que el pueblo sea atraído hacia mí y me dé lo que quiero».

Se detuvo para oír, sabiendo que no iba a poder escuchar nada audible. Estaba abriéndose espiritualmente para recibir impresiones y mensajes procedentes de más allá del reino de

los mortales. La cara de Nicolás enrojeció cuando creyó que su alma estaba recibiendo una respuesta que decía: «Deja que otros te alaben. Ofréceles tus dones, pero no hagas evidente ningún esfuerzo propio por sobresalir».

Estaba ya amaneciendo cuando Camilo, por fin, llegó a la autopista I-91 en dirección sur. Normalmente se hubiera demorado menos de media hora en llegar hasta la I-95 también en dirección sur y en recorrer los ciento setenta y seis kilómetros que le faltaban hasta llegar a Nueva Jersey, pero el viaje resultó lento y peligroso. Se encontró con varios carros que se habían salido de la autopista, algunos de los cuales hasta se habían volcado. De vez en cuando podía manejar detrás de uno de los camiones quitanieve —siempre y cuando lo hiciera lentamente y a una distancia prudente. Camilo trataba de entender cómo Desi era capaz de dormir en un momento como este y también se decía a sí mismo que no debía ponerse tan tenso, que debía relajar los hombros, pestañear y respirar.

Cada vez que Camilo sentía que su carro comenzaba a resbalarse de un lado a otro, quitaba el pie del acelerador. Estuvo yendo por la I-91 durante dos horas más, hasta que por fin divisó la I-95, lo que le hizo pensar que ya estaba a la mitad del trayecto. Se le hacía difícil creer que aún tenía que conducir por unas cuantas horas más.

Luego de haber despertado repentinamente —antes del amanecer— en su apartamento en lo alto de un rascacielos en Manhattan, Jonatán Stonagal se sentó en su cama. Algo le daba vueltas en la mente: Carpatia, su esperanza para el futuro. Según Ricardo Planchet, Nicolás no solamente era todo, sino mucho más, de lo que habían esperado. El problema era que ahora el joven ya había comenzado a darse cuenta con claridad de todo su potencial.

Stonagal presionó un botón de su mesa de noche y dentro

de unos breves segundos uno de sus empleados tocó suavemente a la puerta y la abrió apenas unos pocos centímetros.

—¿Necesita algo, señor?

—¿Qué hora es en Bucarest? —Stonagal le preguntó.

El empleado entró y usó la luz del pasillo para iluminar su reloj.

—Cerca del mediodía, señor.

—Llama a Federica.

—Aquí son solo alrededor de las cuatro de la mañana, señor.

—Benito, ya sé qué hora es aquí.

Un par de minutos después, Benito le informó al multimillonario que su secretaria estaba en el teléfono.

—¿Estás despierta, Federica? —Stonagal le preguntó.

—Bueno, lo estoy ahora —replicó ella—. ¿Hay alguna emergencia?

—Quiero saber cuando viene Planchet.

—¿Necesita saberlo ahora mismo?

—Sí.

—Permítame que le llame de vuelta dentro de unos momentos.

Stonagal colgó el auricular sin siquiera decir «adiós», ni «gracias» y sin disculparse por haberla hecho despertar. Nunca se había disculpado ante uno de rango inferior y no lo iba a hacer ahora. Además, pagaba a Federica un salario más que suficiente como para que estuviera disponible durante las veinticuatro horas del día, sin dejar que eso le molestara. Tampoco la llamaba con frecuencia fuera de horas de oficina, así que ella no debería fastidiarse cuando lo hacía.

—El señor Planchet puede venir esta tarde; ya tiene el permiso del señor Carpatia. Ahora le gustaría hablar con usted brevemente —reportó Federica cuando llamó de vuelta, unos minutos más tarde.

—¿Para qué necesita el permiso de Carpatia?

—No se lo pregunté, señor. ¿Puede el señor Planchet llamarlo ahora?

—¡Claro que no! Pregúntale si sabe qué hora es aquí. Dile

que hablaré con él cuando llegue y mantenme al tanto de los detalles.

Camilo se dio cuenta que ya había comenzado a pestañear con mayor pesadez y frecuencia de lo normal, así que abrió su ventana un poco y se cacheteó él mismo. Bajo estas condiciones, la única manera de conducir era con los cinco sentidos bien alertas.

—¿Qué rayos pasa? —Desi preguntó mientras despertaba—. Estoy congelándome.

—Si intentas manejar un poco, cerraré la ventana para que estés más abrigado —contestó Camilo.

—En ese caso mejor pretende que no dije nada. Sigue conduciendo. ¿Cómo están los medidores?

A Camilo ni siquiera se le había ocurrido echarles un vistazo. Tenía suficiente combustible para llegar hasta Princeton, pero se asustó al ver que uno de los medidores indicaba una temperatura muy alta y que el otro mostraba que casi no tenían aceite.

—¡Ay, no! —exclamó Camilo.

—¿Cuánto falta para que lleguemos a la siguiente estación de servicio? —Desi le preguntó.

—Tal vez una media hora.

—Eso no es bueno. —Desi se dio vuelta sobre su asiento y trató de mirar a través de la ventana trasera—. El carro ya está quemando aceite, el motor se atascará muy pronto.

—¿Debo detenerme?

—No sé —replicó Desi, sacudiendo la cabeza—. Estamos en un tramo desolado y los trabajadores de emergencia no nos considerarán una prioridad. Creo que mejor debemos tratar de llegar, a como dé lugar, hasta la siguiente estación de servicio.

Los periódicos diarios de Rumania estaban llenos de la historia acerca de la generosidad de Nicolás Carpatia, al haber

establecido un fondo económico para la educación del hijo adolescente de su ex contador, fallecido recientemente. Los reportes periodísticos hacían hincapié en el hecho de que el difunto había acabado de renunciar de su puesto en la compañía de Carpatia, para ir a trabajar para el mayor rival político de este, Emil Tismaneanu.

El momento en que la historia apareció en los noticieros de televisión, Tismaneanu fue interrogado, sin tregua, acerca del por qué esta debiera ser la responsabilidad de Carpatia.

—En honor a la verdad —respondió Tismaneanu—, Ion apenas había comenzado a trabajar para mí, por lo tanto creo que el señor Carpatia le debía más gratitud que yo.

Nicolás estuvo tentado a atacar a su oponente y a retarlo para que estableciera un fondo educativo similar, pero luego de haber consultado al respecto al sabio de Fortunato y pensando en el mensaje que creyó haber recibido de su espíritu guía, cambió de idea.

—El señor Tismaneanu tiene muchos problemas por ahora —declaró Nicolás ante los medios de comunicación—. Parece que está quedándose atrás en este proceso electoral Además, existen un sinnúmero de asuntos en los que estamos en total desacuerdo. Así que no deseo añadirle una carga más. Estoy feliz de cubrir la totalidad del fondo educacional por mi cuenta, sin tener que darle a mi oponente una razón más por la cual preocuparse.

—Bastante inteligente de tu parte —aseveró Fortunato cuando llamó—. Solo espera hasta ver los resultados de las encuestas de mañana. Ya verás cómo le sacarás aún mayor ventaja. Además, me encargaré de retarle, por parte tuya, para otro debate. Si acepta será su fin y si no lo hace también.

Todo los mecanismos del Volvo dejaron de funcionar al mismo tiempo. Hasta ahora, Camilo había estado orgulloso de mantenerlo aún en circulación, pero de pronto todas las luces del panel de instrumentos se habían encendido, las

luces del tablero se habían apagado, las de los faros se habían disminuido y el carro se había apagado. Ya que el control de la dirección no servía, todo lo que pudo hacer fue empujar el auto en contra de un banco de nieve.

—No tenemos nada con que calentarnos —dijo Desi—, y no estoy dispuesto a acurrucarme contigo.

Camilo buscó entre su equipaje, sacó una camiseta sucia y la ató en la parte superior de la antena del carro. Él y Desi se quedaron dentro hasta que vieron acercarse unas luces de otro carro. Entonces salieron de un salto y agitaron los brazos pidiendo auxilio. Al parecer los primeros vehículos que pasaron no los vieron, o simplemente los ignoraron.

Cuarenta minutos después de que el Volvo se le dañara y cuando empezó a sentir que el frío ya le llegaba hasta los huesos, Camilo saltó peligrosamente cerca de un camión quitanieve, el cual les enterró a él y a su carro bajo una montaña de aguanieve helada. Al parecer, el conductor les vio a último minuto, puesto que de inmediato disminuyó la velocidad, salió a un lado del camino y con mucho cuidado dio marcha atrás hasta donde ellos estaban.

—Perdón por haberle enterrado —dijo el hombre—. ¿Cuál es el problema?

—Sin aceite y recalentado —respondió Camilo.

—¡Adelante, súbanse!

Camilo y Desi recogieron sus cosas, preguntándose cómo iba a poder ayudarles el conductor del camión quitanieves.

—¿Tiene contacto de radio con una compañía de grúas o algo por el estilo?

—Sí, pero todos están ocupados. Puedo llevarles hasta la siguiente salida, como a una hora al sur de aquí, allí pueden aventurarse a buscar un hotel. No van a conseguir ningún tipo de ayuda para su carro hasta después de un par de días por lo menos.

VEINTE

JONATÁN STONAGAL no era la clase de hombre que acostumbraba a deferir ante nadie, ni siquiera ante sus conocidos, socios, ni amigos. Así que ni siquiera se puso de pie cuando Ricardo Planchet, luciendo todo sudoroso y desarreglado —debido su largo vuelo y a su recorrido en taxi a través de las calles cubiertas de nieve de la ciudad de Nueva York—, por fin fue escoltado hasta su oficina al final de la tarde.

En su intento por darle la mano a Stonagal, Planchet se inclinó sobre el escritorio de este, desordenando —sin querer— algunas de las cosas que estaban sobre el mismo. Stonagal solo le estrechó levemente la mano, mientras que con la otra trataba de organizar lo que Planchet había desarreglado.

—Gracias por invitarme. Tuve un largo vuelo y el tráfico estaba muy pesado.

Stonagal le señaló una silla que estaba a un lado para que se sentara y Planchet lo hizo, acomodando su abrigo y su maletín sobre su regazo.

—¿Dónde puedo poner esto? —Planchet le preguntó, disculpándose y mientras sostenía su abrigo en alto.

Stonagal frunció el ceño y apretó el botón del intercomunicador.

—Federica, ven y toma el abrigo de este hombre. ¡¿Qué te pasa, por qué no lo hiciste?!

—Mil disculpas, señor Planchet —dijo ella al entrar apresuradamente.

Tan pronto como ella salió, Stonagal fue directo al grano.

—Dime como va todo en la mansión Carpatia. ¿Cómo está la señorita Ivinisova?

—Bueno, ahora ella solo usa el nombre de Viv Ivins, y . . .

—¿Por qué?

—Creo que para disimular su origen ruso.

—Otra vez, ¿por qué?

—No lo sé. Nicolás ha contratado a León Fortunato como su consejero de confianza y le ha dado una oficina en la mansión.

—Qué bien, qué bien. A veces, Fortunato puede ser un adulador, pero será de mucha ayuda.

—Los negocios andaban bien hasta que nos metimos en el lío con el Intercontinental.

—Yo diría que fue más que un lío —dijo Stonagal—. ¿Recuperaré mis cien millones de dólares?

—No soy la persona indicada para hacer comentario alguno al respecto —aseveró Planchet—. Corona todavía tiene esperanzas, pero aquel fracaso también les afectó mucho. Este sería el peor momento para que Carpatia tuviera problemas en pagar un préstamo de tal magnitud. Su rival político podía usar esa situación para derrotarlo, pero si en caso no lo hiciera, entonces parece que Nicolás tiene la victoria asegurada.

—Tiene que mantenerse como el favorito en las elecciones. Asegúrale que yo pagaré ese préstamo. Obviamente que aún quiero recuperar mi dinero, pero por el momento me encargaré personalmente de asegurar que tal deuda no le afecte. Nicolás podrá negar cualquier acusación de Tismaneanu al respecto. Estoy muy ansioso de que lleguen las elecciones. ¿Cuándo se llevarán a cabo?

—La primera semana de marzo.

—Será fantástico poder deshacernos del idiota de Emil.

—Y será maravilloso colocar a nuestro hombre en su lugar.

—«Nuestro hombre en su lugar» —repitió Stonagal con una sonrisa—. Ricardo, este es solo un pequeño paso entre todos los pasos agigantados que están por venir. ¿Te parece

que ya ha pasado un cuarto de siglo desde que emprendimos este cometido?

—El tiempo ha volado, señor Stonagal. Ha sido un privilegio.

—Cuéntame algo acerca de nuestro joven. ¿En qué clase de hombre se ha convertido? ¿Nos hará sentirnos orgullosos una vez que sea posesionado?

Desi, desde luego, no tenía nada que perder, nada de qué preocuparse, ni prisa alguna por regresar a Princeton, así que Camilo no podía recriminarle el que durmiera profundamente en medio de toda la peligrosa odisea por la que estaban pasando.

Una pequeña posada familiar les permitió dormir en los sofás de la sala de espera, hasta que hubo una habitación disponible al amanecer, cuando un equipo de trabajadores de emergencia salió. Camilo pasó la mayor parte de su tiempo caminando de un lugar a otro, llamando a todas partes, tratando de encontrar —sin éxito— la manera de llegar a tiempo al aeropuerto para alcanzar a tomar su vuelo a Tucson.

Cuando se dio cuenta que sería imposible lograrlo, intentó conciliar el sueño y trató de no pensar en lo difícil que se le iba a hacer el tener que llamar a su familia para decirles que no iría a visitarles. Por fin logró dormir —sin interrupciones— durante unas pocas horas, hasta que los fuertes rayos de sol le despertaron por completo. Aunque la nevada había cesado, el sol solamente había logrado derretir un poco de la nieve y del hielo, de modo que otra vez las carreteras tuvieron que ser cerradas cuando la temperatura bajó hasta un punto extremo. Inclusive los camiones quitanieve estaban teniendo problemas al intentar limpiar las calles y las autopistas.

Camilo y Desi estaban atrapados.

—Camilo, tu madre va a estar tremendamente decepcionada —le dijo su padre por teléfono.

—Bueno, papá, yo también estoy muy decepcionado, pero hice todo lo que pude.

—Tal vez debiste haber venido acá en lugar de ir a Boston.

—Claro que en retrospección, esa hubiera sido la mejor decisión, pero mamá quiso que yo fuera allá. Además, no hubiera obtenido un trabajo tan excepcional.

Camilo le contó a su padre lo que había sucedido en el *Boston Global*, pero solo obtuvo una respuesta poco entusiasta, así que mejor pidió hablar con su mamá.

—Al momento ella no puede hablar contigo, Camilo. Está sintiéndose bastante mal.

—¿Qué quieres decir?

—Que duerme irregularmente, que no puede comer y que es incoherente. El doctor piensa que debemos llevarla al hospital, pero cada vez que intentamos hacerlo, ella se opone rotundamente . . .

—¿Está empeorando?

—¿Qué dijiste? ¿Acaso aún no lo entiendes, hijo? Claro que está empeorando. Eso es lo que el cáncer hace; termina matándote.

—Bueno, eso ya lo sabía. Lo que quise decir es que si piensas que es algo inminente, o si . . .

—No sé lo que *inminente* signifique, pero creo que sería mejor que vengas lo antes posible.

—Papá, no tengo ni un centavo. Mi boleto no era reembolsable. Mi carro probablemente ya no servirá y ni siquiera sé cómo voy a regresar a la universidad.

—Bueno, Camilo, más vale que se te ocurra algo porque tu madre quiere verte.

Nicolás tuvo que admitir que Fortunato había estado en lo correcto en cuanto a Tismaneanu y al reto para un nuevo debate. Las excusas que este había dado para no aceptarlo habían afectado terriblemente su imagen política.

—De nada sirve desperdiciar el tiempo con estos debates —dijo Tismaneanu—. Me gustaría pensar que el señor Carpatia tiene mejores cosas que hacer antes que gastar sus energías criticando todo lo que he tratado de hacer por la gente de Rumania. Por ejemplo, pudiera dedicarse a sacar a su vasto imperio del tremendo lío que le ha provocado la cuantiosa deuda que tiene. En caso de que vaya a la bancarrota, debido a la insensata inversión que hizo en un supuesto proyecto tecnológico estadounidense, el pueblo será quien tendrá que saldar semejante deuda. Me parece que más le convendría usar su valioso tiempo tratando de evitar semejante fiasco.

La gente de Nicolás respondió de inmediato, retando a su rival para que compruebe que Carpatian Trading debía siquiera un centavo.

Tismaneanu cayó en la trampa, anunciando que una investigación pública de los archivos del Banco Intercontinental le daría la razón.

Dentro de una hora, reportes de prensa circulaban por todo Bucarest, aseverando que el Intercontinental había confirmado que “no solo que Nicolás Carpatia y Carpatian International Trading no deben nada en absoluto a nuestra institución financiera, sino que además contamos con gran parte de sus inversiones».

Tal declaración significó, prácticamente, el fin de la candidatura de Tismaneanu. No le sería posible recuperarse de semejante bochorno y, sin ningún problema, Nicolás Carpatia ganaría las elecciones.

Abatido, Camilo permanecía sentado en la habitación de Desi Burton, mientras su amigo usaba la calculadora para sumar todos los gastos incurridos por remolcar y reparar su carro.

—Aquí está el alentador total —declaró Desi, sosteniendo el papel con los resultados en la misma nariz de Camilo.

—¡Ay! Ni siquiera sé cómo voy a llegar a Tucson durante las vacaciones de primavera.

—¿Por qué no pides un adelanto al *Global*?

Aunque no acostumbraba a pedir favores, le pareció que tal sugerencia era aceptable. Llamar al *Global* le iba a resultar difícil, pero después de la reprimenda que había recibido por parte de su hermano, estaba más dispuesto a aceptar el consejo de Desi.

Esa noche, cuando estaba solo en su habitación, había recibido una llamada de su hermano Jeff:

—¿Qué te pasa, es que acaso no puedes entender la gravedad de la situación? —le preguntó Jeff.

—Claro que lo entiendo, pero ¿qué quieres que haga?

—¡Que vengas para acá! ¿Cuán difícil es eso de entender? ¿No comprendes que esta es una prioridad?

—¿Tienes una varita mágica, Jeff? ¡Estoy endeudadísimo!

—Mendiga, pide un préstamo, roba, has algo. Mamá está muriéndose. Ya está en la unidad de cuidado intensivo y quiere verte.

—Gracias por hacerme sentir culpable.

—Camilo, pensé que debías saber cuán grave es su condición. Ya sabes que tú eres el favorito de mamá y . . .

—No sigas con eso, Jeff. ¿Qué te pasa?

—No me molesta el hecho de que seas su favorito. Solo me gustaría que hicieras algo para merecerlo. Todo lo que he hecho es quedarme aquí para poder ayudar en todo lo posible a la familia y al negocio, y ¿qué he conseguido con todo eso? Que no sepan apreciar lo que hago. En cambio tú estás por allá, haciendo lo que siempre quisiste, haciendo realidad tu sueño y llenándote de gozo al recibir ese tal premio. No obstante, ¿a quién quiere mamá ver?

—Jeff, eso me hace sentir muy mal. Estoy seguro de que aprecia todo lo que has hecho, es solo que ella . . .

—No lo entiendes, Camilo. Después de todo este tiempo aún no logras comprender la situación. No me importa que ella te prefiera, yo solo hago lo que me parece correcto. El asunto es que si mamá quiere verte antes de morir, quiero que te vea antes de morir. Así que tienes que venir, ¿entendiste?

—Haré todo lo posible.

La mañana siguiente, con las manos temblorosas, Camilo llamó a Dizzy Rowland.

—¡Qué bueno que me llames, Camilo! ¿Nos tienes alguna noticia?

—Me gustaría que así fuera, pero no la tengo.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte?

—Bueno, tenía la esperanza de que usted tuviera una noticia para mí.

—Tú eres el primero a quien contactaríamos si alguna noticia digna de salir en el *Globa*l se suscitase en tu área, pero creo que de todas maneras, tú te enterarías antes que nosotros si sucediera algo así.

—¿Qué le parece una historia de carácter humanitario?

—Eso estaría muy bien. Esa es la clase de historias en las que te especializas, por lo tanto esperamos que seas tú quien las encuentre. No hay muchas noticias procedentes de Princeton y Boston que nuestros lectores puedan considerar únicas o extraordinarias, así que una historia dramática, humanitaria o conmovedora nos vendría muy bien. ¿Tienes algo así en mente?

—¿Qué le parece una historia acerca de un joven estudiante, quien no puede ir a ver a su moribunda madre porque no tiene dinero y su carro no funciona?

—Eso pudiera dar resultado —dijo Rowland luego de guardar silencio por un momento—. Desde luego, recuerda que debes redactarla con mucho cuidado para que no sea una historia demasiado emotiva, sino más bien balanceada y realista. Tal vez puedes mencionar cómo el joven, gracias a la ayuda de sus amigos, por fin puede hacer el viaje o algo por el estilo.

—¿Puedo enviarle una breve recapitulación?

—Claro que sí. La echaré un vistazo.

—Mm . . . aquí viene la pregunta difícil.

—Dime cuál es.

—¿Sería posible que me diera un adelanto?

—¿Por una recapitulación? Pero ¿qué tal si no la aceptamos?

—Entonces quedaría en deuda con usted.

—¿Necesitas dinero, Camilo?

—Mm . . . Sí.

—Bueno, aunque no acostumbramos a hacer esta clase de cosas, tal vez podré hacer una excepción solo por esta vez. Especialmente si se trata de hacer una buena obra. Sin embargo, ten presente que no somos una institución bancaria.

—Ya lo sé, pero sucede que yo soy el joven de la historia.

—Camilo, ¿por qué no me lo dijiste desde un comienzo? —Rowland dijo luego de dar un fuerte y largo suspiro—. Dime cuánto dinero necesitas y a dónde debo enviártelo. Además, no es necesario que escribas la historia, a menos que pienses que tendrá acogida.

VEINTIUNO

ESPIRITUALMENTE, estoy muriéndome de hambre —aseveró Irene.

Ella y Jackie se sentaron en el parque, observando a Raimundito y a Brianna quienes estaban jugando en las estructuras de trepar.

—Irene, ya puedes imaginarte cómo me hace sentir lo que acabas de decir. Lo lamento mucho.

—¡Ah! No me malinterpretes, Jackie. Lo que aprendo de ti cada semana es fabuloso. Estoy aprendiendo mucho y también espero que esté creciendo en mi fe. No obstante, eso no me es suficiente. Diariamente trato de leer, estudiar y orar, pero desearía poder involucrarme en una iglesia en la que sea de utilidad y en la que pueda recibir una verdadera enseñanza bíblica cada domingo.

—En Nueva Esperanza siempre serás bienvenida, Irene.

—Ya lo sé. Ya llegará el día en el que pueda decirle a Raimundo, sin titubeo alguno, que voy a asistir a tu iglesia. Por ahora, todo en nuestro matrimonio marcha de la manera que él quiere. No hay un balance justo en la forma en la que tomamos las decisiones. Raimundo es un buen trabajador y un buen padre, los niños le adoran y le respetan. Si solo me tuviera un poquito de consideración, con mucho gusto haría lo que él quisiera. Sin embargo, estoy casi segura de que no ha entendido lo que quiere decir eso de ser la cabeza del hogar.

—¡Ah jah! —exclamó Jackie—. A menudo, ni siquiera los hombres cristianos logran entender eso. Dooley y yo también

tuvimos problemas al respecto cuando recién nos casamos. Él creció en una iglesia en la que le enseñaron que el hombre, como la cabeza del hogar, tenía que tomar todas las decisiones. Por eso, íbamos a donde él quería ir, comíamos lo que él quería comer . . . cuando él quería comer. Cada vez que teníamos un desacuerdo, él siempre salía ganando. Sentía que yo había fracasado, le guardaba mucho resentimiento y hasta creí que ya no lo amaba.

—Ahora ustedes son una buena pareja . . . a menos que solo estén pretendiendo serlo.

—No, ahora todo está bien. Él realmente es un hombre diferente.

—¿Cómo sucedió eso?

—Recibió buenas enseñanzas bíblicas. El pastor Billings es un hombre lleno de sabiduría y ha estado casado por muchos años con su esposa, quien simplemente aún está enamoradísima de él y viceversa.

—¿Cómo lo ha logrado?

—Mm . . . Debe practicar lo que predica.

—¿Qué *dice* él acerca de eso de que el hombre es la cabeza del hogar?

Jackie llamó a Brianna, le limpió la nariz y le mandó otra vez a jugar.

—Se asegura de que los esposos entiendan que la responsabilidad espiritual que tienen es una responsabilidad muy seria por la cual tendrán que rendir cuentas. Les dice que algún día tendrán que responder por el bienestar espiritual de sus esposas. Además, rechaza por completo la idea de que porque hayan sido dados autoridad espiritual, tienen el derecho de salirse con la suya todo el tiempo. Dice que ese rol solo debe ser aplicado cuando los cónyuges tienen un impasse en cuanto a un asunto importante. De otro modo, él dice, que debemos someternos mutuamente, poniendo al otro por sobre nuestros propios intereses.

La mejor parte fue cuando enseñó que la manera en la que el esposo trata a su esposa es similar a hacer una inversión.

Mientras más invierta, más ganancia obtendrá. Si la trata bien, si la ama y la respeta, eventualmente cosechará lo mismo. Dice que debe consultar con ella, que debe aceptar sus consejos y que debe amarla como Cristo amó a la iglesia. Dice que pensar que el liderazgo espiritual equivale a hacer todo de la manera que él quiere, está muy lejos de su verdadero significado de estar dispuesto a morir por su esposa. Te digo, Irene, que Dooley cambió totalmente después de que aprendió todo eso. Obviamente, nuestro matrimonio también cambió.

Irene tuvo que mirar hacia otro lado para esconder sus lágrimas. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había sentido que Raimundo la apreciaba? ¿Qué pasaría si ella seguía ese ejemplo de «hacer una inversión» en la manera de tratar a la esposa . . . e invertía en Raimundo, con la esperanza de obtener los resultados que tanto anhelaba? ¿Cómo la iba él a apreciar si ella no le demostraba que lo apreciaba?

—Buenas noticias, Jeff —dijo Camilo. Le contó a su hermano acerca del adelanto que había conseguido del *Global* y de cómo ahora si le sería posible ir a casa durante las vacaciones de primavera—. Por favor, cuéntale esto a mamá. Si en caso está en condiciones de hablar, avísame y la llamaré. ¿Te parece bien? . . . ¿Jeff? ¿Me escuchas? ¿Aló?

—Sí, te escucho.

—¿Escuchaste lo que acabo de decir?

—Sí, lo escuché.

—Entonces dime algo.

—¿Sabes una cosa, Camilo? En momentos como este no te envidio ni en lo más mínimo. Todos me tienen lástima porque soy el mayor y porque tú eres el que tiene éxito.

—Jeff.

—Tú eres el importante porque estudias en una universidad de mucho prestigio, porque te fuiste en busca de fama y fortuna y yo solo soy el tonto que trabaja manejando un camión.

—Jeff, déjate de tonterías. ¿Qué provocación has recibido esta vez?

—¡Que todavía no entiendes la gravedad de la situación! No sé de que otro modo te lo puedo explicar, Camilo. ¿A pesar de ser muy inteligente, no eres tan listo, verdad? Si ya tienes el dinero para venir, ¿por qué no estás en el avión, de camino para acá? Te recogeré del aeropuerto.

—Jeff, al momento no puedo ir. Con el problema de mi carro, la tormenta de nieve y todo lo demás, perdí mi oportunidad para ir durante las vacaciones de Navidad. Estoy ocupadísimo con mis clases, proyectos, el periódico estudiantil, mi trabajo y con toda clase de . . .

—¿Quieres ver a tu madre antes de que muera?

—Claro que sí . . .

—Créeme, hasta lleguen tus vacaciones de primavera, mamá ya estará enterrada por un par de meses por lo menos.

—¿En serio?

—¡¿Aló?!

—¿Entonces es algo inminente?

—Camilo, puede suceder en cualquier momento. Ya no quiero tener que decírtelo otra vez. Lo único que la mantiene con vida es su ilusión de que vendrás en cualquier instante.

—Está bien, escucha, mañana por la tarde tengo un examen y a la mañana siguiente tengo que entregar un proyecto muy importante. Tomaré un vuelo esa misma noche. No puedo quedarme mucho tiempo, pero . . .

—Ni siquiera has llegado y ya estás pensando en irte.

Camilo se miró al espejo, pasándose la mano por el cabello y también se imaginó cómo Jeff lo estaba percibiendo. No le gustó ninguna de las dos visiones.

—Mm . . . Tienes razón —dijo Camilo—. Discúlpame. Nos vemos pronto.

La familia Steele estaba cenando junta, una de las pocas veces que esto sucedía en el transcurso de un mes.

Cloé tenía cierto brillo en sus ojos verdes y, con las dos manos, puso sus rubios cabellos detrás de sus orejas.

—¿Están listos para mi sorpresa? —preguntó ella.

—¿Tienes una sorpresa? —dijo Irene levantado la mirada.

—No, solo lo dije por diversión.

Cloé estaba sonriendo, pero Irene estaba otra vez muy sorprendida debido a la rapidez con la que su hija, de solo doce años de edad, reaccionaba con su mordaz ingenio. A menudo cuando la niña era así de sarcástica, estaba hablando en serio.

—¿De qué se trata, Cloé? —Raimundo le preguntó.

Cloé levantó su plato y de debajo de este sacó su libreta de calificaciones, dándosela primero a su papá, lo que hirió a Irene.

—¡Ah! —dijo él quedamente—. Es maravilloso, pero en realidad no es una sorpresa.

—La será para mamá, ya que ella piensa que estoy en camino al infierno.

—¿Qué? Yo nunca he dicho eso.

—Pero eso es lo que crees. Sé que lo crees.

Cloé seguía sonriendo, lo que resultaba bastante desconcertante.

—Todas son excelentes —dijo Irene, luego de que Raimundo le diera la libreta de calificaciones—. Además, hay todas estas felicitaciones por parte de tus maestros: «Excelente conducta». «Gran participación». «Cualidades de liderazgo». «Un placer tenerla en clase». Esto es maravilloso, cariño. Felicitaciones. Muy bien hecho.

—Gracias. ¿Cómo lo vamos a celebrar?

—No sé —contestó Irene—. ¿Qué tal si mañana por la noche hacemos tu postre favorito?

—¡Postre! —Raimundito gritó, con la boca llena.

—¿Qué te pasa, mamá? —Cloé replicó—. Ya no tengo cinco años. Todo un semestre de arduo trabajo y de calificaciones perfectas, deben merecer algo más que tus galletas de chocolate, aunque son las mejores.

—¡Galletas! —Raimundito gritó—. ¡Las mejores!

—¿Qué sugieres, Cloé? —Raimundo le preguntó.

—¿Recuerdas lo que mamá nos pide cada año, cando le preguntamos qué quiere por su cumpleaños? «Nada más que obediencia y un poco de respeto» —respondió Cloé riéndose entre dientes.

—Eso es exactamente lo que suelo decir —comentó Irene riéndose—. ¿Verdad?

—Yo quiero algo similar —dijo Cloé, asintiendo.

—¿Obediencia?

—¡Ah, no! Ni siquiera me atrevería a soñar en algo semejante, pero sí me gustaría un poco de respeto.

—Te respeto, Cloé —dijo Irene—. Te amo y lo sabes.

—Ya sé que me amas, mamá. No obstante, el respeto es otra cosa.

¿Cómo fue que esta tierna niña creció tan pronto? ¿Cómo se volvió tan elocuente, tan fría? Irene estaba preocupada por la dirección en la que esta conversación estaba yendo y por las repercusiones que tendría en Raimundito. Por ahora, él parecía estar ignorándola, a menos que alguien mencionara algo acerca de galletas.

—Teniendo en cuenta que los niños pequeños también tienen orejas —continuó Irene—, ¿qué necesito hacer para probar que sí te respeto?

—Mamá, siempre dices que «los niños pequeños también tienen orejas». ¿Qué quieres decir con eso?

—Cloé, es solo una expresión para darte a entender que debes tener cuidado con todo lo que dices en la presencia de los pequeños, quienes todo lo oyen.

—Como gustes.

—Entonces, ¿qué es lo que realmente estás pidiendo?

—Solo pienso que ya tengo edad suficiente como para tomar algunas decisiones por mi propia cuenta.

—Bueno, tus calificaciones son una prueba de que puedes ser responsable y que puedes actuar con madurez. Sin embargo, no estoy de acuerdo con eso de que tengas edad suficiente para tomar decisiones que corresponden a los adultos. Yo aún soy tu madre y tú sigues siendo una niña.

—Lo sé bien.

—¿Qué te pasa, Irene? —Raimundo le preguntó—. Ni siquiera sabes lo que quiere.

—No, pero apuesto a que tú sí lo sabes —replicó Irene, esperando haberse equivocado, pero por la mirada que él y Cloé le dieron, se dio cuenta de que estaba en lo correcto. Los dos habían estado hablando a espaldas suyas. Seguramente, Raimundo había enseñado a Cloé cómo manipularla con una buena libreta de calificaciones.

—Está bien —dijo Irene—. Dímelo de una vez. ¿Cuál es el precio de una buena libreta de calificaciones?

—Respeto —repitió Cloé—. Ya te lo dije.

—Déjate de rodeos. ¿Qué quieres? ¿Cuáles decisiones crees que debes tomar por tu cuenta?

—Lo que hago con mis domingos.

Irene trató de morderse la lengua. Quería explotar; quería acusar a Raimundo de haber conspirado; quería gritar que la escuela dominical y la iglesia no eran algo opcional. Orando para sí misma, pidiendo sabiduría y dominio propio, Irene se esforzó por tomar otro bocado. ¿Por qué resultaba tan difícil el querer ser como Jesús? Mejor dicho, ¿por qué era eso, hasta aquí, prácticamente imposible?

—Al parecer, pedir algo de respeto es pedir demasiado, ¿verdad? —comentó Cloé.

—Ten cuidado con lo que dice, jovencita —le advirtió Irene.

—¡Por lo menos no me obligues a ir a la escuela dominical! ¡Asistiré a la iglesia contigo, pero no me obligues a ir a escuchar todas esas historias tontas junto a todos esos niños estúpidos!

Claro que la verdad era que a Irene le parecía que los sermones del doctor Bohrer eran igual de pésimos. El problema no radicaba en las clases o en los cultos; el problema era la iglesia. Bueno, ya que Raimundo y Cloé estaban conspirando juntos, tratando de salirse con la suya, Irene sintió que también tenía el pleno derecho de proponer sus ideas.

—Muy bien —dijo ella—. Haré un trato contigo. Vendrás conmigo a otra iglesia, a una que creo nos va a gustar mucho a las dos. Asiste durante un mes, sin quejarte, a su escuela dominical y a los cultos y luego dejaré que decidas si quieres seguir yendo.

—No, no —interrumpió Raimundo—. No obligarás a mi hija a ir a esa iglesia de santurrones.

—¡Raim! Ella también es mi hija. Además, esa no es una iglesia de santu . . .

—¡Papá! Me parece un trato justo. Cumpliré con mi parte. Me imagino que será igual que nuestra iglesia, pero puedo asistir por unas cuantas semanas . . . si es que de verdad luego voy a poder decidir si quiero continuar yendo o no.

—Esa idea no me gusta —replicó Raimundo—, puesto que eso significa que yo también tendré que ir a esa iglesia.

De eso se trata . . . murmuró Irene para sí.

VEINTIDÓS

NICOLÁS SE SORPRENDIÓ de lo mucho que estaba disfrutando la etapa más difícil de la campaña electoral. Siempre había preferido su privacidad por lo que, solo de pensar, que al terminar los días laborables tenía que ir a las estaciones de buses o de tren, o la entrada de alguna fábrica —solo para saludar a la gente—, al comienzo le causó repulsión.

Le gustaba cuando la gente se le acercaba y podía dar —o decidía no dar— audiencias. Sin embargo, León insistía en que un candidato no podía ganarse al pueblo sin convencerle de que era uno de ellos.

—Pero no soy parte del pueblo —aseveró Nicolás.

—Por supuesto que no lo eres. De hecho la gente también lo sabe. Por eso es que es muy importante que les compruebes que estás dispuesto a rebajarte a su nivel. Pero debes ser convincente, Nicolás. No debes regresar a la limosina tan pronto como estés libre. No debes compartir un *gustare* con ellos y dejar que una media hora más tarde te vean en un restaurante de lujo. Mírales a los ojos, escúchales con atención, dales afectuosos apretones de mano, sé sincero.

—Mejor dicho, pretende ser sincero.

—Claro que sí.

—¿Quieres decir que no vamos a usar mis carros para ir a eso sitios?

—Nos conviene usar el mío —contestó León—. Es grande y espacioso y tal vez es más apropiado.

El carro de Fortunato era un todo-terreno negro, que no atrajo la atención. Nicolás comenzó por posicionarse frente

al portón de una fábrica metalúrgica. Mientras los hombres y mujeres salían, todo sudorosos, sucios y obviamente fatigados, Nicolás permanecía de pie junto a un gran letrero y extendía su mano a todo el que pasaba.

—Buenas tardes. Me llamo Nicolás Carpatia y soy candidato para el Parlamento.

Muchos lo ignoraban, lo cual era algo a lo que no estaba acostumbrado, así que le llenó de rabia. No obstante, mantuvo su fingida sonrisa y no se dio por vencido.

—Sé quién es usted. Lo veo en la televisión —le decían muchos de los trabajadores, especialmente las mujeres.

Más de la mitad de ellos le desearon buena suerte y le dijeron que votarían por él. Otros le dijeron que eran seguidores de Tismaneanu pero, irónicamente, estaban muy gustosos de darle la mano.

—¿Ha trabajado por lo menos un día en toda su vida? —le preguntó un hombre, mirándole fijamente a los ojos—. Unos cuantos oyeron tal pregunta y se amontonaron a su alrededor. Eso provocó que otros también se acercaran, queriendo saber qué estaba sucediendo. Cuando supieron cuál había sido la pregunta, muchos más se acercaron.

Aunque Nicolás se ofendió con semejante interrogación, le dio muchísimo gusto el que una multitud se hubiera congregado; le fascinaba hablar ante una gran concurrencia. Además, esta era su oportunidad para poner en práctica su nueva humildad postiza.

—Gracias por haberme hecho la pregunta —contestó él—. Es una inquietud muy justa y me complace darles una respuesta satisfactoria. Les sorprenderá saber que fui criado por mi madre soltera y que tuve que hacer mi parte de las tareas en nuestra casa en la finca. Sí, crecí en el campo y he limpiado una buena cantidad de establos. Siempre fui un buen estudiante, dotado con una habilidad para los negocios, así que tomé el riesgo de invertir mi propio dinero para crear mi propia compañía.

—Tengo que admitir que mi trabajo no es físicamente tan

agotador con el de ustedes, lo que hace que admire su labor. No obstante, yo trabajo muchas horas diarias y proveo empleos, salarios y beneficios para mucha gente. Quiero ver un cambio y una reforma en mi patria, estoy seguro de que ustedes anhelan lo mismo. Espero poder contar con sus votos.

Nicolás se alejó en medio de un caluroso aplauso y de una buena acogida. Le gustaba dirigirse a las multitudes. Quería hacerlo otra vez. Su próxima parada fue una estación ferroviaria, en la que la gente parecía tener aún más prisa. Sin embargo, le fue igual de bien. Saludó a quienes se detenían —algunos lo ignoraban, otros no; muchos lo reconocían, unos pocos no sabían quién era. Entonces, alguien le hacía una buena pregunta, la gente se congregaba y Nicolás daba su discurso.

—León, necesitamos hacer que estas presentaciones sean más eficaces —dijo Nicolás una vez que se encontraba en el carro e iban de vuelta a la mansión—. Dar la mano a los que se acercan es algo bueno y dará buena impresión cuando sea publicado en los periódicos y en las noticias. No obstante, lo más importante se da cuando me hacen una pregunta difícil y me dan la oportunidad de defenderme.

—¿Qué sugieres, Nicolás?

—Que tengamos preparadas tales preguntas tan pronto como llegue. De esa manera evitaremos desperdiciar tanto tiempo, y no tendré que soportar la incomodidad de tener que saludarles individualmente. Así nos concentraremos, de inmediato, en tratar de convencerles de que mi plan es la solución.

—Me parece genial —aseveró León—. Naciste para esto.

Camilo Williams estaba esperando abordar para volar a Tucson, cuando recibió una llamada de su hermano Jeff.

—¿Cuándo tomarás tu vuelo de regreso? —Jeff le preguntó.

—Pasado mañana.

—¿Tienes tiempo para cambiar tu vuelo de regreso antes de abordar?

—Si es necesario. ¿Por qué?

—El funeral es pasado mañana. Tendrás que quedarte por lo menos un día más después de eso.

—¡Jeff! ¿Estás diciendo que . . .

—Hace una hora. No quiero hacerte sentir culpable, Camilo, pero ella preguntó por ti hasta el último momento.

—No era necesario que me lo dijeras —dijo Camilo luego de decir una obscenidad.

—Sí, sí era necesario. Tenías que haber estado aquí.

—¡Está bien, ya lo sé! Ya estoy en camino.

—Con un día de retraso y . . .

—Jeff, ya no me lo digas, ¿entiendes?

El vuelo fue tranquilo pero pareció más largo de lo normal. Camilo no tuvo apetito y, aunque había cumplido con todas sus obligaciones antes de salir, no pudo conciliar el sueño. Obviamente, durante todo el viaje estuvo pensando en su mamá.

Desde hacía mucho tiempo, los dos llevaban una relación un tanto extraña. Cuando él era adolescente se dio cuenta que su mamá creía todo lo que le decía, lo que dio inicio a la interminable cadena de decirle lo que ella necesitaba, o quería oír. Su mamá había confiado en él, lo admiraba, creía en él y, sin ningún escrúpulo, él se había aprovechado de eso.

Camilo no había sido un mal hijo, solo un joven común y corriente. Había sido amiguero y fiestero, pero principalmente había sido un buen estudiante y un periodista con una curiosidad insaciable. El haber decidido, a una temprana edad, la carrera profesional quería seguir, le había hecho parecer más maduro que sus compañeros, en especial ante sus maestros, autoridades y ante toda clase de adultos.

También había trabajado para su padre, gracias a lo cual supo con toda seguridad que no quería permanecer, por el

resto de su vida, en el negocio de la transportación de crudo y de combustible. Obviamente, esa —y muchas otras diferencias— causaron una separación entre él y su hermano.

Camilo hubiera deseado poder evitar la confrontación que le esperaba cuando viera a Jeff. Pensaba que había cometido un error y nada más. No había podido creer que su mamá estaba a punto de morir, especialmente porque nunca la había visto tan enferma. Desde hacía algún tiempo, ella había tenido algo de sobrepeso y su apariencia ya había comenzado a reflejar el paso de los años. A pesar de ello, había sido robusta, llena de energía y muy trabajadora. Siempre había sido optimista. Camilo no podía ni imaginársela en el hospital.

Ahora que ella ya había fallecido, por supuesto que se sentía culpable. Sin embargo, siendo tan pragmático como lo era, Camilo no iba a permitirse pensar que él había contribuido a su muerte, porque no lo había hecho. Tal vez, cuando esté con sus familiares, tendría que hacerles creer que también se sentía culpable por eso, solo para evitar que lo regañen aún más. Además de sentirse muy mal por no haberla acompañado en sus últimos días, no sabía que más hubiera podido hacer por ella.

Cuando le recogió del aeropuerto, Jeff ni siquiera le dio la mano, menos aún un abrazo.

—¿Cómo está papá? —Camilo le preguntó mientras llevaban su equipaje al carro.

—Aunque él sabía que era algo inminente, aún se le está haciendo bastante difícil. Le hará mucho bien estar rodeado de familiares y amigos.

Camilo pensó que eso era todo lo que su hermano iba a decirle a manera de bienvenida. Sintió un gran alivio al ver que Sharon y sus sobrinos estaban esperando en el carro. Su cuñada le saludó afectuosamente y le dio sus condolencias. Mientras conducía, Jeff estaba aún más serio y distante. Camilo trató de entablar una conversación, pero cada vez

que lo hacía solo recibía palabras monosílabas como respuestas.

—¿Por qué no me dices lo que realmente quieres decirme de una vez por todas? —le dijo Camilo dándose la vuelta para verlo cara a cara.

—Tal vez lo haré de una vez —dijo Jeff luego de continuar mirando hacia la carretera por unos momentos—. Pensé que nunca me lo ibas a preguntar. Estoy muy enojado contigo, Camilo, tan enojado como nunca antes lo he estado. Siempre has sido diferente, preocupándote solo por ti, sin importante los demás, pero esto ya fue demasiado. Papá y yo tratamos de mil maneras de hacerte entender que tenías que venir antes de que fuera demasiado tarde, ¿y qué sucedió? Llegaste demasiado tarde.

—Lo lamento mucho, Jeff, no sé qué más decir.

—Lo lamentas mucho. Eso es fácil de decir ahora y mamá ya no puede oírte.

—Está bien, ¿entonces vas a seguir enojado conmigo?

Jeff sacudió la cabeza.

—No te quedes callado si aún tienes más que decirme. No quiero tener que escuchar esto durante toda mi estadía aquí —dijo Camilo.

—Ah, claro que haré lo que sea más conveniente para ti, Camilo, solo dímelo y lo haré.

Camilo tenía ganas de irse a los puños con su hermano, sabiendo muy bien que probablemente Jeff también quería hacer lo mismo. Tal vez esa era la manera de reconciliarse. Quizás deberían hacerlo durante el funeral, frente a todos sus familiares.

Desde el asiento trasero, Sharon le puso la mano en el hombro y Camilo quedó muy sorprendido al ver el efecto que esto tuvo en él. Ella no dijo ni una palabra, pero él sintió que ella le estaba haciendo llegar sus condolencias, su perdón, una advertencia para que no perdiera la calma y cosas por el estilo. Camilo estaba ansioso por hablar con su cuñada en el transcurso de los próximos días.

Irene se sintió extremadamente decepcionada cuando Raimundo intercambió su horario con alguien, a fin de tener que volar el domingo. Estaba convencida de que él hacía todo lo posible para lograr hacer tales cambios, pero ni siquiera eso la desanimaría ni haría desistir de llevar a Cloé y a Raimundito a Nueva Esperanza.

No le había dicho a Jackie que iría, así que la expresión en el rostro de su amiga cuando la vio fue indescriptible. De inmediato, Jackie la presentó al pastor Vernon Billings, un hombre de casi unos sesenta años de edad, atildado y muy sociable. A Irene le llamó la atención cuán amable y abierto él era con toda la gente. Nueva Esperanza era, desde luego, más pequeña que su iglesia, pero de todas maneras ella no estaba acostumbrada a ver que el pastor principal socializara de esta manera con la congregación.

Irene se sintió mal porque Raimundito parecía estar asustado con la nueva iglesia y con la gente, pero era un niño valiente y no lloró. Ella le prometió que la iba a pasar bien y que si se portaba bien ella, Cloé y él irían a comer pollo después de salir de la iglesia.

Cloé tenía una actitud de total desgano y fastidio, pero se esforzó por ser amable con Jackie. Irene le preguntó si quería que le ayudara a encontrar el salón de su clase de escuela dominical.

—Bueno, no sé, mamá. ¿Piensas que nunca podré encontrarlo en todo este gigantesco edificio? ¿Quisieras llevarme de la mano para presentarme a mi maestra? —replicó Cloé sarcásticamente.

—Está bien, vete entonces.

—¿No vas a ponerme en la solapa un membrete con mi nombre?

—¡Vete ya!

Todo lo que Irene quería era tener una experiencia más genuina y personal con Dios; una experiencia que reflejara mejor su nueva relación con Él. Había decidido no dejar que

lo que descubriera en Nueva Esperanza le hiciera desanimarse de su iglesia, pero no lo pudo evitar.

La primera cosa que notó, después de la cordialidad del pastor, fue que muchísimas personas le dieron la bienvenida, le preguntaron su nombre y le dijeron que se alegraban de que estuviera visitándoles. Pensó que fue interesante el hecho de que nadie le preguntó por su esposo ni por su familia. Tal vez habían aprendido a evitar situaciones incómodas con viudas, o con gente divorciada y preferían llegar a conocer poco a poco a los nuevos asistentes.

El culto fue mucho más informal que cualquier otro en el que ella había estado. En esta iglesia cantaban himnos similares a los que ella estaba acostumbrada a cantar, pero aquí parecían más significativos y animados. Pensó, aunque no estaba tan segura, que a Raimundo le gustaría esta iglesia. Quizás él pensaría que esta era una iglesia demasiado expresiva.

La oración pastoral también fue diferente e informal. No fue escrita ni leída. Lo que realmente conmovió a Irene fue el sermón, el mismo que estuvo libre de homilías, de sublimes declaraciones y de actuaciones rígidas. El pastor Billings solo indicaba a la congregación el pasaje bíblico acerca del cual iba a predicar y, por todo el santuario, se podía escuchar el ruido que las delgadísimas páginas hacían al ser volteadas.

Irene localizó inmediatamente 1ª Juan 2:12-14:

> «Hijitos, les escribo a ustedes porque Dios, haciendo honor a su nombre, les ha perdonado sus pecados. Padres, les escribo a ustedes porque han conocido al que ya existía desde el principio. Jóvenes, les escribo a ustedes porque han vencido al maligno. Les he escrito a ustedes, hijitos, porque han conocido al Padre. Les he escrito a ustedes, padres, porque han conocido al que ya existía desde el principio. Les he escrito también a ustedes, jóvenes, porque son fuertes y han aceptado la palabra de Dios en su corazón, y porque han vencido al maligno.»

Este si que era un pasaje confuso. Irene se preguntó por qué no lo habría escuchado antes, durante todos los años que llevaba asistiendo a su iglesia. Probablemente porque era un pasaje complicado y requería de muchas explicaciones. No era uno de esos pasajes majestuosos, sublimes y hermosos que tienen un sonoro impacto desde el primer momento en que se los lee.

Irene estaba ansiosa por escuchar lo que el pastor Billings iba a decir acerca de esta porción de las Sagradas Escrituras.

VEINTITRÉS

EL DÍA ANTERIOR AL FUNERAL, Camilo tuvo que hacer frente a sus familiares, quienes habían venido procedentes del suroeste del país. Uno por uno y en grupos, sus parientes iban llegando hasta la casa donde había transcurrido su infancia.

Nunca se había sentido tan fuera de lugar. Camilo no sabía si era producto de su activa imaginación, o si en realidad podía leer los pensamientos de cada uno de los presentes, a través de sus expresiones, de los tonos de sus voces y posturas de sus cuerpos.

Una de sus tías parecía haber asumido que él estaba tan agradecido de estar de regreso en casa y lejos de la extraña y exótica costa este del país, que pensó que hasta llegaría a considerar la posibilidad de transferirse a la Universidad de Arizona.

—¿Ahí ofrecen un programa de redacción, verdad?

—¿Una carrera en periodismo? Ah, estoy seguro que sí, pero estoy a tan solo unos meses de graduarme de Princeton y entonces . . .

—Sí, ya escuché acerca de tu nuevo trabajo en ese periódico tan importante. El *Sol de Boston* o algo así.

—El *Boston Global.*

—Mm, ¿te has preguntado si esos Brahmanes de Boston han escuchado alguna vez algo acerca de Tucson?

—Créeme que sí. Además, yo trato de representarnos bien.

Otros eran un tanto exagerados en la forma en que le daban sus condolencias, así que Camilo pensó que ellos creían que él debía sentirse terriblemente culpable por no

haber podido ver a su madre antes de que falleciera. Una prima mayor hasta le dijo que debía perdonarse a sí mismo.

—Sé que hubieras venido si hubieras podido hacerlo —le dijo ella.

Sin embargo, otros le criticaban y juzgaban abiertamente. Un tío le hizo un sinnúmero de preguntas, tratando de averiguar por qué había llegado demasiado tarde.

—¿No pudiste haber pedido prestado algo de dinero, obtener una tarifa de emergencia, pedir a un amigo que te trajera hasta acá, o algo por el estilo?

—Hice todo lo que pude, pero de todas maneras no pude llegar a tiempo.

—¿Sabías cuán grave estaba?

—Papá y Jeff trataron de hacérmelo entender, pero tal vez yo no quise admitirlo.

—Bueno, debiste haber estado aquí.

—¿Estuvo *usted* aquí? —Camilo le preguntó—. ¿Vino a verla?

—Bueno . . . yo . . . no, no, pero sabíamos que sucedería en cualquier momento. De todos modos, Camilo, ella era tu madre.

Sí, eso mismo creí que quería decirme . . .pensó Camilo para sí.

Camilo estuvo muy impresionado con el comportamiento de su padre, pero también estaba preocupado por él. Sus padres no habían tenido el mejor de los matrimonios, pero se habían llevado bien y habían pasado casi treinta años juntos. Había visto fotografías de ellos cuando aún eran novios; los dos lucían muy jóvenes y delgados y, obviamente, los dos se habían esforzado por lucir de la mejor manera posible. En algunas fotografías se los veía muy enamorados, algo que no podía recordar haberlo visto en persona. No habían sido afectuosos ni física ni verbalmente, pero sí habían sido amables entre sí.

Camilo estaba seguro de que, por un tiempo, su papá se sentiría perdido y desesperado sin ella. No obstante, al

momento, su padre estaba haciendo cabalmente su papel de anfitrión, agradeciendo a cada uno de los asistentes por haber venido y diciendo siempre lo pertinente. Decía que se estaba bien, que era cierto que era algo muy difícil, pero que ya había sabido que iba a suceder. Tenía la sensación de estar emocionalmente un tanto entumecido, había llorado mucho en privado y estaba seguro de que aún lo seguiría haciendo. Por ahora solo quería recordarla de la manera que había sido antes de que el cáncer la venciera.

Lo que más le impresionó a Camilo, sin embargo, fue la actitud de Sharon, la esposa de su hermano. Jeff estaba silencioso y ensimismado —por lo que todos habían tratado de dejarle solo—, en cambio, Sharon le había dejado cuidando a los niños, para mantenerlo ocupado. A Camilo le pareció que su cuñada no quería que Jeff estuviera solo lamentándose y diciendo cosas hirientes y sembrando dudas acerca del comportamiento de su hermano menor.

Se veía claramente que Jeff iba a sacar el máximo de provecho de la aparente indolencia de Camilo. Quizás debido a que la atención siempre se había concentrado en Camilo, tal vez Jeff vio esta como su oportunidad para cambiar esa situación. Jeff era un tipo comprensivo, el hombre estable y de familia.

Ya que el funeral estaba planeado para la mañana siguiente, los invitados y parientes comenzaron a salir temprano de la casa, para dirigirse a sus respectivos hoteles. Jeff llevó a los niños a casa para hacerles dormir, mientras que Sharon se quedó para ayudar a su suegro a limpiar.

Camilo trató de hacer que su padre se sentara a descansar, pero él insistió en mantenerse ocupado. Entre los tres terminaron de limpiar la casa en mucho menos tiempo de lo que se habían imaginado.

Cuando, por fin, su papá se dejó convencer para ir a dormir temprano, Sharon comenzó a prepararse para regresar a su casa. Aunque ya tenía su abrigo consigo y se había dirigido hacia la puerta, se detuvo y se sentó en la sala, mirando a Camilo.

—¿Cómo te sientes realmente, Camilo?

—Estoy bien. Debí haber llegado a tiempo, pero ya nada puedo hacer al respecto.

—Ya se le olvidará a Jeff todo esto —dijo Sharon—. Pienso que está enojado por otra cosa. Aquí hay otros problemas, pero al parecer tú eres el blanco perfecto.

—Siempre lo he sido —replicó él burlonamente—. ¿Por qué iba a ser diferente ahora?

—Camilo, él te quiere de verdad.

Camilo le hizo una señal, indicándole que eso no podía ser verdad.

—En serio, Jeff te quiere. No lo dice a menudo. Claro que está celoso y ahora, además, está actuando como un santurrón, pero a una esposa no se la puede engañar. Habla mucho acerca de ti. Se preocupa por ti.

—¿En serio?

—Sí, en serio. ¿Sabes como lo sé? Por lo que les dice a otros acerca de ti. Una persona no puede hablarle ni cinco minutos sin que mencione tu nombre y todo lo que estás haciendo.

—Eso me sorprende.

—No te sorprendas. Tú sabes que él siempre quiso también salir de Tucson. Es solo que sintió que su obligación era quedarse, especialmente después de que tú te fuiste.

—Así que también eso es mi culpa.

—No quise decir eso. Tal vez después que tu papá fallezca, Jeff podrá vender el negocio y hacer lo que él quiera, en cualquier lugar que le guste.

—¿Qué quisiera hacer y a dónde le gustaría ir?

—¿No lo sabes?

—Sharon, él no me cuenta sus cosas. Nunca lo ha hecho, ni siquiera cuando éramos niños.

—Estoy segura de que sí sabes que le fascinan los caballos y la vida en el rancho.

—Sí. De niño, sus cosas favoritas eran: pasar tiempo en el rancho, arrear el ganado, lacear e ir a los rodeos. ¿Acaso quieres decir que le gustaría ser un ranchero?

—Sí, probablemente en Tejas —replicó Sharon asintiendo.

—Bueno, que bien por él. Lo que quiera que le haga feliz.

—Eso es lo que yo digo —continuó ella—. Los niños le hacen feliz, creo. No estoy segura si yo le hago feliz.

Como siempre, Camilo tuvo curiosidad pero dudó si debía o no profundizar en el tema. De hecho, le pareció mejor no hacerlo. No obstante, Sharon se acomodó en el sillón como si quisiera continuar con la conversación. Hasta parecía que ella estaba esperando que Camilo continuara con la charla que habían iniciado.

—Así que mañana nos espera un largo día, ¿verdad? —dijo él—. Supongo que también tendrás mucho trabajo que hacer durante el funeral. Es maravilloso que hayas podido ayudarnos aquí. Parece que fueras una propia hija y no una nuera.

—Escucha, Camilo —dijo Sharon sonriendo pero sin poder disimular la fatiga en sus ojos—, cuando me casé, sabía que tenía que ser así. Les guste o no, ahora soy parte de la familia.

—Ah, no me malinterpretes. Me gusta que seas parte de nuestra familia.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—Bueno, eso es muy amable de tu parte, pero creo que no muchos piensan igual.

¿Qué quiso decir? A Camilo le sorprendió mucho darse cuenta que si hubiera estado hablando con alguna otra persona, con alguien que no fuera un pariente, él hubiera estado ansioso por saber cada detalle, por obtener una respuesta para cada pregunta, por llegar al fondo de las vicisitudes de cada relación. Sin embargo, le pareció que Sharon era una pariente muy cercana y no quería saber por qué se sentía rechazada por el resto de la familia, ni por qué ella pensaba que ya no hacía feliz a Jeff.

Estaba a punto de enterarse que las dos áreas de inseguridad de su cuñada estaban basadas sobre el mismo temor.

—La gente se aleja de mí, debido a mi fe —aseveró ella.

—¿De veras? —Camilo contestó, aunque ya lo había sabido, pero no se le ocurrió nada más que decir.

—Creo que tomo mi fe demasiado en serio —continuó ella asintiendo—. Al menos eso es lo que ellos creen. A mí me parece que si todos creemos en Dios y vamos a la iglesia, la fe debería ser la cosa más importante en nuestras vidas. ¿No te parece? ¿Qué piensas, Camilo?

—Creo que cada persona tiene sus propios intereses —replicó Camilo encogiéndose de hombros—. Algunos se adentran en la religión más que otros.

—Camilo, no estoy hablando de una religión. Estoy hablando de Jesús.

¿Y aún así Sharon se preguntaba por qué la gente la rechazaba? ¿Cuántas personas iban por todos lados, hablando de Jesús? Hablar de Dios era otra cosa; aún Cristo era un tema más teórico, pero ¿qué podía uno pensar acerca de alguien que hablaba de Jesús como si tuviera una estrecha amistad con semejante personaje de la Biblia? Camilo no quiso decirlo, pero la aseveración que Sharon había acabado de hacer era un tanto osada y hasta atrevida. Pensó que el valor que ella tenía para hablar tan directamente era digno de admiración, pero no debía sorprenderla que eso hiciera que algunos —incluyéndose a él mismo— se sintieran incómodos.

—Mm . . . —Fue todo lo que él pudo murmurar con una sonrisa.

—¿Qué piensas acerca de lo que te dije, Camilo? ¿Cómo está tu fe?

Bueno, ya que ella estaba siendo tan directa, él también tendría que ser honesto.

—Admito que probablemente está igual a la de Jeff —respondió Camilo—. Los dos dejamos de asistir a la iglesia, tan pronto como tuvimos edad suficiente como para convencer a nuestros padres de que ya no nos obligaran a hacerlo. Ellos estuvieron muy decepcionados, pero no hicieron mayor problema del asunto. Les tuve más respecto por tener esa actitud. Ellos continuaron asistiendo y nos invitaban a ir cuando

había algún evento especial. A veces íbamos, pero tengo que decirte, Sharon, que si la iglesia en la que crecimos representa todo lo que Dios es, entonces Él es muy aburrido, aburridísimo.

—Bueno, ciertamente, puedo decirte que esa iglesia *no* representa todo lo que Dios es y ese es el problema. Por lo menos Jeff y tú fueron honestos e hicieron lo correcto al dejar de asistir. El error que cometieron, discúlpame por ser tan directa, es pensar que todas las iglesias son iguales. Así que una vez que abandonaron esa iglesia, las abandonaron todas. ¿Estoy en lo correcto o acaso estás asistiendo a alguna otra iglesia allá en Nueva Jersey?

—Estoy muy ocupado con mi trabajo, con mis estudios y con . . . —contestó él, sacudiendo la cabeza.

—El asunto no es que estás muy ocupado —dijo ella mirándole directamente hacia los ojos—. Camilo, acabas de admitirlo, te decepcionaste de esa iglesia o de lo contrario aún seguirías yendo a otra.

—La verdad duele —replicó él.

—Sí, pero duele menos que mentirte a ti mismo.

Sharon estaba siendo muy amable al decir que el suyo era un pecado de negligencia y no el de haberle mentido a ella, lo cual era lo que había hecho. A veces Sharon podía ser muy ofensiva, pero era porque ella no tenía miedo de la verdad.

—Soy culpable de lo que acabas de decir —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Tengo que irme —dijo ella, poniéndose de pie—. Pero antes, ¿puedo darte mi «discurso»?

—¿Tu «discurso»?

—Sí, el de mi «trabajo de ventas». Ya que toda la familia me tiene como la devota lunática, más vale que le saque provecho a la situación. Bueno aquí viene, Camilo: te quiero y me preocupo por tu bienestar, como si fueras mi propio hermano. La iglesia de tu infancia fue una lamentable representación de lo que es Dios y de lo que es Jesús. Dios te ama. Él envió a Jesús a morir por tus pecados. Quiere que tú vengas a

Él; quiere hacerte su hijo y que interactúes con Él en una iglesia que realmente sepa quien es Él. Piénsalo, pero no tienes que darme a mí la respuesta, eso lo sé bien. Sin embargo, si no quieres pensar acerca de lo que acabo de decirte, por lo menos ya sabes porque la familia me ve de la manera que lo hacen y ahora ya tienes tu propia anécdota para contársela a mis espaldas.

—Sharon —dijo él, poniéndose de pie y dándole un abrazo—, yo nunca haría eso. Te agradezco mucho que seas tan sincera, tan honesta y que te preocupes tanto por mí.

VEINTICUATRO

EL PASTOR VERNON BILLINGS no había sido nada dramático ni ostentoso. Él simplemente tenía una actitud muy natural y realista. Sabía muy bien como mantener la atención de su audiencia y también sabía como poner el énfasis en el sermón y no en él mismo. De hecho, parecía que había logrado mantener también la atención de Cloé —tarea nada fácil. Irene estaba ansiosa por saber lo que su hija pensaba de su primera clase de escuela dominical en esta nueva iglesia.

El mensaje del pastor Billings fue bastante claro e informativo. Él hacía que las Escrituras fueran tan claras que Irene tuvo la sensación de haber bebido agua fresca. Además, el pasaje bíblico no había sido nada fácil de explicar; por lo menos eso era lo que ella pensó.

La parte central de su mensaje había sido el hecho de que el apóstol Juan estaba refiriéndose a dos familias: la familia de Dios y la familia de Satanás. Los cristianos habían sido perdonados y, por lo tanto, habían sido sacados de la familia de Satanás y ahora formaban parte de la familia de Dios. Los cristianos no debían amar a Satanás ni a su familia, ni al mundo que esta bajo su control.

¿Qué significaba la referencia que Juan hacía en su epístola acerca de «hijitos, padres, y jóvenes»? El pastor explicó que la palabra griega traducida como «hijitos» en el versículo 12 era diferente a la palabra traducida de igual manera en el versículo 13. Dijo que la primera palabra se refería a hijos de cualquier edad, mientras que la segunda se

refería, literalmente, a «niños pequeños». De acuerdo al pastor, Juan repitió su mensaje a fin de hacer hincapié en el hecho de que el creyente pertenece a la familia de Dios.

En lo referente a los términos: «hijitos, padres, y jóvenes», el pastor Billings explicó que estos significaban la varias etapas de la madurez espiritual. ¡Irene realmente podía identificarse con este mensaje! Ella anhelaba tanto crecer y madurar en su fe, pero le parecía que esta se había estancado. Cuánto le gustaría continuar asistiendo a Nueva Esperanza.

Las personas verdaderamente espirituales —los «padres»—, dijo el pastor, eran espiritualmente maduras porque habían llegado a conocer a Dios en toda su plenitud. Se refirió a Filipenses 3:10: «Lo que quiero es conocer a Cristo, sentir en mí el poder de su resurrección, tomar parte en sus sufrimientos y llegar a ser como él en su muerte».

El pastor Billings explicó, además, que la segunda etapa de la madurez espiritual —los «jóvenes»— estaba conformada por aquellos que tal vez conocían a Dios por el poder de su resurrección y por compartir sus sufrimientos, pero que no conocían una doctrina sana. Estas personas habían leído y recibido la enseñanza y contaban con un arsenal para hacerle frente al demonio y a sus acechanzas.

Irene pensaba que ella se encontraba en esta etapa, o por lo menos estaba casi llegando a esta etapa gracias a la ayuda de Jackie. Sin embargo, al momento ya no estaba segura de esto.

Finalmente, el pastor explicó que la primera etapa de madurez espiritual del creyente —los «hijitos»— estaba compuesta por aquellos que solo tenían un conocimiento rudimentario de Dios, por lo que eran los que más crecimiento requerían. Irene sintió que el resto de su familia ni siquiera estaba cerca de esta etapa y que, por lo tanto, eran vulnerables a las mentiras y a los engaños con los que el enemigo trataba de atrapar a la gente.

El corazón y la mente de Irene estaban tan llenos cuando ella y Jackie fueron a recoger a sus hijos que, en un principio, no supo qué decir.

—¿Te gustó el mensaje? —Jackie le preguntó casualmente.

—¿Si me gustó el mensaje? —Irene repitió—. Jackie, como creyente, yo debiera ser más madura. Estoy aprendiendo mucho de ti y de la Biblia y de las oraciones, pero eso no es evidente en mi vida.

—Creo que sí lo es.

—En serio, Jackie. Quiero ser más natural cuando estoy contigo pero, obviamente, trato de actuar de la mejor manera posible. Tengo que poner mi fe en práctica con Raimundo. Mi anhelo es poder llegar a él con este mensaje, pero todo lo que digo y hago hace que se aleje más. No puedo culparle, ya que parece que no puedo hacerlo adecuadamente. Más bien hago lo contrario de lo que quiero hacer. Le amo y me preocupo por él. Quiero traerle a Cristo, pero si yo soy el ejemplo de Jesús para él, soy un fracaso.

Jackie no discutió acerca de este punto. Sin decir una palabra, la mirada comprensiva de Jackie le comunicó muchísimo. Irene sabía que ella estaba en lo correcto, que tenía que analizar su propia vida y que tenía que hacer un cambio radical en su manera de comunicarse con Raimundo.

Durante el funeral de su madre, Camilo tuvo lo que solo podía describir como una «experiencia sobrenatural». El funeral fue formal, siguiendo el programa al pie de la letra y lleno de tantas trivialidades y de sermones vacíos, que llegó a imaginársela lavándose las manos de toda esta ceremonia.

Ella hubiera preferido que la gente fuera honesta y que dijeran la verdad acerca de ella. Cuando los discursos en su memoria comenzaron y viejos amigos y parientes se acercaron al micrófono, las cosas mejoraron un poco. Los asistentes rieron y lloraron y contaron anécdotas acerca de la verdadera señora Williams.

Camilo había decidido no participar, pero casi cambió de opinión, especialmente después de que Jeff habló.

Su hermano fue excepcionalmente elocuente y sincero al

contar historias acerca de sus interacciones con su madre —las cuales Camilo nunca había escuchado antes.

Lo más extraño fue que Sharon permaneció sentada, llorando durante toda la ceremonia, incapaz de contenerse y sin siquiera levantar la mirada. Camilo se imaginó lo que la estaba mortificando tanto. Sí, su cuñada se había llevado muy bien con su madre, pero todos sabían también que las dos habían sido muy honestas entre sí. Eso era algo que Camilo podía aseverar acerca del carácter de su mamá: enfrentaba honestidad con honestidad.

Por mucho que su madre hubiera aceptado y quisiera a su única nuera, no había disimulado el hecho de que le decepcionaba la manera en la que Sharon tomaba la religión. Sharon era demasiado crítica, demasiado sentenciosa y muy exigente. La madre de Camilo siempre había dicho que la religión de una persona era tan privada como sus inclinaciones políticas y que era una impertinencia entrometerse en cualquiera de los dos asuntos.

Tal argumento no había sido suficiente para detener a Sharon. Ella había invitado a sus suegros a que vinieran a su iglesia y ellos habían ido más de una vez —especialmente por los programas de los nietos. Sin embargo, Sharon no se había contentado con eso, más tarde les había interrogado, les había preguntado si la iglesia de ellos creía en lo mismo que la suya creía. ¿Podía una persona ser nacida de nuevo en la iglesia de ellos? ¿Qué pensaban acerca de la invitación que había hecho el pastor para que «entreguen sus vidas al Señor»?

Al principio, Jeff había estado desconcertado y le había contado a Camilo un sinnúmero de historias de cómo el padre de ellos hacía lo imposible por evitar cualquier compromiso o confrontación. Él había contestado todas las preguntas con un: «Sí, eso fue muy bonito. Muy impresionante.

No así la madre de Camilo. Ella había sido honesta hasta los huesos, como su padre solía decir. «Eso no me pareció bien», habría dicho ella. «Implica que no soy una buena per-

sona, o que no soy una cristiana a menos que haya sido salva de la manera que el predicador dice».

«¿Piensas que estuvo dirigiéndose a ti, mamá?», había dicho Sharon.

«Él estuvo hablando a todos los que no pertenecemos a tu iglesia, haciéndonos sentir aún más que no pertenecemos a la familia de la fe. Fue muy grosero. Nos traen para tomar fotografías de nuestros queridos nietitos y luego nos dan en la cabeza con la Biblia, dándonos a entender que no estamos haciendo lo correcto como ustedes.»

Sharon no se había dado por vencida. Había tocado el tema una y otra vez, hasta que su suegra le había dicho que ya no quería oír nada más acerca del asunto. «Ya lo entiendo, ya lo entiendo. ¿Acaso no es esta mi propia decisión?»

Jeff contaba que su esposa había admitido que sí lo era, pero que de su suegra también tenía que mencionar a alguien lo de su nueva fe.

«Está bien, te lo diré, Sharon», la madre de ellos había respondido, «creo que todo esto está bien para ti, pero me arriesgaré y me quedaré de la manera que estoy más cómoda». La relación de las dos mujeres casi se había terminado cuando Sharon había dicho a su suegra que tenía que asegurarse de que no estuviera cómoda ahora, pero que más tarde estuviera quemándose en el infierno. Habían dejado de hablar durante casi seis meses.

Sin embargo, cuando la madre de Camilo estaba luchando en contra del cáncer, ¿quién había sido la primera persona a la que ella había querido ver? ¿Quién fue la que pasó horas enteras junto a su cama, ayudándola en cada una —Jeff enfatizó «cada una»— de sus necesidades? Sharon, desde luego. Las dos habían llegado a ser inseparables, tanto así que solo la muerte las pudo apartar, pero no hubo ningún indicio de que la señora Williams había llegado a aceptar a Cristo.

Tal vez por eso Sharon estaba ahora tan mortificada. Extrañaba a su amiga, pero también temía que estuviera en el infierno. La agonía de Sharon continuó hasta llegar al

cementerio, e inclusive durante la siguiente recepción que tuvieron en la casa. Sharon cumplió su tarea como anfitriona, sirviendo y atendiendo a sus invitados, pero las lágrimas le corrían por las mejillas y su rostro estaba enrojecido. Mientras más abrazos y palabras de consuelo recibía, parecía sufrir aún con mayor intensidad.

El enigma era el padre de Camilo. Parecía que el hombre ya no tenía energía. Esa tarde en la casa, se le veía tan cansado, que todos los presentes le insistían que fuera a tomar una siesta. Él se negaba. No era su costumbre abandonar su casa llena de invitados, no importaba cuáles fueran las circunstancias. No obstante, cerca del fin del atardecer, se sentó, obviamente esforzándose por mantener sus ojos abiertos mientras docenas de personas se le acercaban para expresarle, una vez más, sus condolencias y para despedirse.

Camilo también se sentía confundido. Estaba inundado con las memorias de su infancia y de la manera como se había llevado con su madre. En esa época la había admirado muchísimo, ella había sido el centro aún de sus juegos infantiles en los cuales solía pretender que la salvaba del enemigo, que la rescataba de un edificio en llamas, que la salvaba de morir atropellada por el tren.

Sin embargo, estaba conciente de que, de alguna manera, había suprimido los recuerdos de su adolescencia, cuando solía engañarla. ¿Había sabido ella todo el tiempo acerca de sus engaños? Parecía que no. Aparentemente su amor y devoción por él no le permitían ver las faltas de su hijo. Eso hizo que Camilo se sintiera deshonesto por lo que, por un lado, le hubiera gustado haber podido confesarle todo, para reírse juntos y así sentir que había sido perdonado.

¿Por qué eran los preadolescentes tan impredecibles? Irene estaba segura de que de regreso a casa, Cloé le daría un millón de quejas acerca de la nueva iglesia y comenzaría a advertirle que, aunque estaba haciendo un esfuerzo durante

este período de prueba, las resultados no iban a ser los que su madre esperaba.

Raimundito estaba callado y estaba quedándose dormido; también Cloé guardaba silencio. Algo aún peor que discutir con una hija poco razonable, era tener que sacarle con tirabuzón sus opiniones, una sílaba a la vez. Irene se negó a hacerlo.

Cloé comenzó a hacer comentarios que despertaron la curiosidad de Irene por saber más detalles. Sin embargo, Irene sabía que no debía acceder al juego de su hija pues sabía que, justo cuando pensara que se la había ganado, Cloé la decepcionaría tomando una decisión unilateral.

Cloé estaba sentada en el asiento del pasajero y estaba siendo amable pero no tomaba la iniciativa para iniciar la conversación. Varias veces, Irene le dirigió la mirada, resistiendo la tentación de preguntarle qué pensaba acerca de la nueva iglesia.

—Por lo menos estos niños son más sinceros que los de nuestra iglesia —comentó Cloé cuando Irene estaba a punto de llegar a la ventanilla para comprar el pollo.

—¿Más sinceros?

—Bueno, son un poco más extraños, un tanto diferentes, pero parecen . . . no sé . . . ser más genuinos acerca de su fe. ¿Me explico?

—Realmente no.

—Tal vez están solo pretendiendo, de la manera que todos lo hacemos en la iglesia, pero . . .

—No todos pretendemos, Cloé.

—Estaba hablando acerca de los niños, mamá. A excepción de dos de nosotros, los demás ya hemos hasta dejado de pretender, pero aquí los niños parecen saber mucho acerca de la lección y de todo lo demás de la Biblia. Además, cuando la maestra oró en voz alta, pidió a los niños que oremos también, si es que queríamos.

—¿Oraste?

—¿Estás bromeando? No haría eso ni con gente que

conozco, peor con un grupo de desconocidos, pero algunos de ellos sí lo hicieron. Me pareció que oran mucho.

—¿Eso te sorprendió?

—Creo que sí, pero no estoy segura si quiero ser como ellos. De todas maneras, por lo que pude ver, pienso que no estaban pretendiendo.

—¿De que trató la lección?

—De lo mismo que trató el sermón, lo que me pareció una idea muy interesante. No sé si entendí todo, pero esta muy bien que lo hagan de ese modo, ¿no te parece? Es como si lo hubieran planeado así. ¿Planean las cosas en nuestra iglesia?

Irene se contuvo para no decir algo negativo acerca de su iglesia. En el momento en que parecía que su hija estaba a punto de admitir que la nueva iglesia era mejor de lo que había esperado, Cloé le pidió a su madre que le recordara por cuánto tiempo habían acordado asistir a esta y si acaso no era también parte de dicho acuerdo, que su papá fuera con ellos.

—No soy la mamá de tu padre —respondió Irene—. Te estoy pidiendo que trates de acoplarte de la mejor manera a esta nueva iglesia, pero si no lo haces te pediré, de todas maneras, que sigas asistiendo aunque no quieras.

—¡Lo sabía! —Cloé exclamó, despertando a Raimundito justo a tiempo para que oliera el pollo y pidiera un poco—. Tú no vas a respetar mi decisión en lo más mínimo.

—Cloé, la verdad es que tengo miedo. Quiero que sepas que te amo y que te respeto y también que quiero lo mejor para ti. Nunca me lo perdonaría si dejo que me intimides y logres que no te haga ir a la iglesia y a la escuela dominical cada domingo. ¿Qué clase de madre sería entonces?

—La clase de madre que trata a su hija como a un ser humano y no como a una de sus posesiones.

—Eso no es justo.

—No me digas qué es justo o no, mamá. Tú estás siendo muy injusta. Cumpliré mi parte del trato, pero tú también tienes que cumplir la tuya. Se suponía que esta iba a ser mi decisión.

—Tenía la esperanza que ibas a tomar una decisión que yo pudiera apoyar.

—Así que es mi decisión, mientras escoja lo que tú quieres.

—Tú haces que yo parezca muy inflexible, Cloé.

—¿Acaso no es cierto?

—Por favor, resérvate ese juicio por unas cuantas semanas.

—Eso no será fácil, mamá.

—Ya lo sé, pero hazlo por mí.

—Todo lo que hago es por ti, desearía que alguna vez tú hicieras algo por mí.

Algún día, Irene sabía, Cloé tendría un hijo o hija y —tal vez— entonces entendería mejor la situación y se arrepentiría de haber dicho lo que acababa de decir. Mientras tanto, Irene haría todo lo que estaba a su alcance por el bien de su amada hija. Oraría por ella con todo su ser, con la esperanza de que Dios cambie su manera de pensar y, eventualmente, también su corazón.

VEINTICINCO

—NICOLÁS, ESTOY PREOCUPADA por el asunto de las mujeres —dijo Viv Ivins—. Y no soy la única que lo está.

—¿El asunto de las mujeres? —Nicolás replicó, cruzando las manos y reclinándose en la silla de su escritorio—. Ya te dije que son solo distracciones. No estoy interesado seriamente en ninguna de ellas.

—A eso mismo es a lo que me refiero, querido. No me importa lo que hagas para divertirte, pero tienes que ser discreto. Las elecciones se aproximan. Además, otros también están preocupados por este asunto.

—¡Ah, esa es otra cosa! —Nicolás dijo, enderezando su silla— ¡No me digas que otros, y no solo tú, se preocupan por mis asuntos! Si alguien tiene algo que decir acerca de mí, tiene que decírmelo de frente. ¿A quién más te refieres?

—No sé si yo debiera hablar por parte de . . .

—¡Tía Viv! *Tú* fuiste quien tocó el tema. *Tú* dijiste que no eras la única que estaba preocupada. ¿Dime quienes más lo están?

—Ellos se preocupan por tu bienestar, Nicolás. No deberían estar en problemas por preocuparse por ti y por tu futuro.

—Les agradezco eso, Viv, ¿pero qué clase de preocupación y lealtad me tienen, si te hablan a ti, y quién sabe a quien más, acerca de mis . . . ?

—No tengo pruebas de eso.

—¿Entonces de qué se trata? ¿Qué andan diciendo? ¿Y quiénes son para que yo pueda aclararles las cosas para que dejen de preocuparse?

Viv bajó su mirada hacia sus zapatos y Nicolás se dio cuenta de que le divulgaría la información, si solo esperaba un poco.

—Tristan —contestó ella quedamente.

—¿Mi chofer del turno de la noche? ¡No me digas que me estás hablando en serio! Hazlo venir a mi oficina.

—Nicolás, obviamente, ahora él está durmiendo. Puedo pedirle que venga a trabajar unos pocos minutos más temprano esta noche. Por favor, tienes que recordar que él es uno de tus más leales servidores y tiene una gran admiración por . . .

—Pronto tendrá la oportunidad de probármelo y también de darme una explicación del por qué de sus comentarios.

Irene comprendió claramente que, una vez más, Raimundo y Cloé habían conspirado juntos en su contra. Por supuesto que no lo admitirían y ella tampoco tenía una prueba irrefutable de esto, pero de pronto Cloé decidió que —a pesar de las cosas buenas, interesantes o únicas que encontraba en Nueva Esperanza—, y dado que Irene insistía en que siguiera yendo, ella continuaría asistiendo a su propia iglesia.

—Esa es la iglesia a la que yo también iré —aseveró Raimundo, lo que hizo que Irene se diera cuenta de que estaba atrapada.

¿Qué era lo que parecía incomodar tanto a Raimundo acerca de Nueva Esperanza? Lo que estaba diciendo en realidad era que la respaldaría en su insistencia acerca de que Cloé siga yendo a la iglesia por unos cuantos años más —aunque fuera en contra de su voluntad— y que inclusive él mismo iría con más frecuencia, con tal de que siguieran asistiendo a su «propia iglesia».

—Nos gustaría que vinieras con nosotros —añadió Raimundo.

¡Ah, *nos* gustaría, claro que *nos* gustaría! Pensó Irene para sí. No quería ser muy regañona, así que si se contenía un

poco antes de responder, a lo mejor lograba ser un poco más cortés. Sin embargo, pensó que el comentario de Raimundo era una sutil provocación. Bueno, no estaba dispuesta a causar una división en su familia debido a un desacuerdo en cuanto a cuál iglesia asistirían, no importaba cuán desesperada estuviera por ir a Nueva Esperanza. Aunque fuera difícil de creerlo, ella sí había conseguido algo de lo que se había propuesto: Raimundo asistiría con mayor frecuencia y Cloé iría, aunque sea a regañadientes, cada domingo —por lo menos por un tiempo— siempre y cuando fueran a esa iglesia que no les pedía ningún compromiso y que se asemejaba más a un club social. Bien, ahora Irene tendría que seguir acudiendo a Jackie para recibir las enseñanzas que le ayudarían a continuar creciendo espiritualmente. Se comprometería a leer la Biblia y a orar diariamente, pero esta vez lo haría con mucho más fervor. Si el caso era que no iba a poder recibir directamente las enseñanzas del pastor Vernon Billings, tendría que conformarse con obtenerlas por medio de su amiga.

¿Qué iba a pasar con Raimundito? Pronto tendría edad suficiente para entender que también él necesitaba a Jesús. Sería tarea suya —pensó que así tenía que ser, de todas formas— la de guiarle en el camino de la fe. De hecho, él no iba a ser guiado hacia una experiencia real con Cristo, en una iglesia que nunca enfatizaba tal cosa.

Una cosa era segura: Irene lucharía hasta el fin para que su hija continúe asistiendo a la iglesia, pero cuando Cloé dejara de ir por completo—Irene no tenía idea cuánto tiempo tomaría para que eso suceda—, entonces sería su momento propicio para cambiar de iglesia. Irene no estaba dispuesta a marchitarse ni a morir en la viña, cuando sabía bien que debía ir a una iglesia como Nueva Esperanza.

Camilo Williams estaba teniendo mucha dificultad en concentrarse durante su última temporada de estudios en

Princeton. Sabía que aún podía llegar a graduarse con muy buenas calificaciones y con muchos halagos, pero su interés en las actividades de la universidad, en el periódico estudiantil, en sus tareas y en todo lo demás estaba disminuyendo. El trabajo en el *Global* le estaba esperando y estaba ansioso por comenzar.

La noticia acerca de su nuevo empleo había corrido rápidamente entre sus conocidos y de pronto se convirtió en el afamado periodista de la universidad. Su propia historia personal acerca de su asistencia al funeral de su madre y de cómo se había sentido al no poder llegar a verla antes de que falleciera, fue el artículo que el *Global* utilizó para presentar al nuevo reportero que pronto estaría trabajando para ellos.

Camilo no se había dado cuenta que era un escritor tan emotivo puesto que en realidad no trataba de usar, a propósito, cierto tono solo para manipular los sentimientos de sus lectores. Aún el mismo Dizzy Rowland le dijo que estaba muy impresionado con el estilo tan simple y directo que Camilo usaba para relatar una historia de impacto universal.

—Tú no fabricaste los sentimientos, Camilo, tú los extrajiste del lector.

—Sabe, señor —Camilo replicó—, cuando escribo casi ni pienso en provocar cierta reacción.

—¿En qué piensas entonces?

Camilo sacudió la cabeza y entrecerró los ojos, tratando de pensar en la mejor forma de explicar los sentimientos y emociones que su arte involucraba. A pesar de que su trabajo era la comunicación a través de las palabras, ahora se encontraba falto de ellas y no sabía cómo expresar sus propios pensamientos.

—Creo que tengo que admitir que la curiosidad me consume —continuó Camilo—. Tengo tantas preguntas y asumo que los lectores también las tienen. Ya que soy su agente, hago las preguntas que ellos harían y trato de informarme de cada detalle que ellos quisieran conocer, inclusive averiguo

acerca de las cosas que los lectores ni siquiera han pensado todavía. Cuando me concentro en la redacción de un artículo, me esfuerzo mucho por incluir cada detalle relevante y dejo fuera lo que no lo es.

—¿No piensas en que tienes que evitar el uso de expresiones idiomáticas y el sentimentalismo forzado?

—Creo que eso lo hago sin pensar —contestó Camilo, sacudiendo la cabeza.

—Eres intuitivo.

—Así lo espero.

—Ese es un don, Camilo.

Además, el *Global* mandó a Camilo a entrevistar a un individuo nativo de Boston, quien había aceptado la dirección de una de las facultades de Princeton. Una vez más, Camilo logró convertir este artículo en algo mucho más significativo que una mera noticia. También, estuvo a cargo de cubrir la historia de una familia de Massachussets, cuyos tres hijos adoptivos asiáticos se habían graduado de universidades de muchísimo prestigio, se habían casado, habían emprendido negocios exitosos y se habían mudado a Nueva Jersey.

Todo lo que Camilo anhelaba era terminar sus estudios e irse a Boston para poder dedicarse de lleno a su nuevo trabajo.

Tristan le caía bien a Nicolás y lo había hecho casi desde el primer día que lo contrató, hace casi dos años atrás. El joven era callado y muy trabajador y cuando hablaba solía elogiar a su jefe. Carpatia se conocía a sí mismo y sabía que no se dejaba impresionar con adulaciones, pero concluyó que a cualquier persona le gusta ser respetada.

Decidió ver a Tristan en la sala de recibo y no en la oficina, la cual podría intimidarlo. Nicolás quería persuadir a Tristan para que le diera tanta información como le fuera posible, pero cuando el joven chofer entró, vistiendo su uniforme negro y llevando en la mano su gorra, lucía pálido y receloso.

—Siéntate ahí, por favor —le dijo Nicolás, señalándole una

butaca frente al diván en el que él estaba sentado—. La señorita Ivins me dice que hay algo que te preocupa y que te gustaría contármelo.

—Ah, sí, señor. Hice mal en decírselo a ella en lugar de acudir directamente a usted.

—Bajo toda circunstancia, ten por seguro que prefiero lo último.

—Sí, señor. Además, le aseguro que esto no se lo he dicho a nadie más.

—No es necesario que seas *speriat*. Estaría más preocupado, y no me importaría que estuvieras nervioso, si estuvieras regando rumores acerca de mí entre los demás empleados y especialmente entre gente de afuera.

—Ah no, claro que no.

—Así que, ¿qué te preocupa, Tristan?

—¿No se lo ha dicho la señorita Ivins?

—De hecho, sí me lo dijo. Probablemente sabes que ella también está preocupada por lo mismo. Sin embargo, quiero que tú mismo me lo cuentes, en tus propias palabras.

—Ante todo, me doy cuenta de que este asunto no es de mi incumbencia —dijo Tristan, manipulando su gorra con las dos manos.

—¿Yo no soy de tu incumbencia, Tristan? ¡Eso es *ridicol*, absurdo! No solo que soy de tu incumbencia, sino que *quiero* ser de tu incumbencia. ¿Cuántas veces les he dicho a todos mis empleados que, a fin de tener éxito, todos deben preocuparse hasta cierto grado por mí y por la compañía?

—Muchas veces, sí, lo entiendo —respondió Tristan asintiendo.

—Entonces, dime de una vez de qué se trata.

—No veo mal que tenga muchas invitadas.

—Te refieres a las mujeres que vienen a visitarme casi cada noche.

—Sí. Me gustaría que vinieran a visitarme a mí.

—Estoy seguro de que tienes poco de que preocuparte al respecto, Tristan.

—Bueno, digamos que mi casa no es tan visitada como la suya.

—Es por mera recreación, mi amigo. Nadie tiene la obligación de visitarme.

—Ah, eso lo entiendo y creo que la mayoría de la gente no tendría ningún problema con eso. No obstante, hay una razón por la cual me envía a recoger y llevar de regreso a estas mujeres siempre después del oscurecer.

—Desde luego, es por discreción.

—Lo cual quiere decir que debo mantenerlo como algo confidencial y cuidar de que nadie, en particular sus enemigos, se entere de eso.

—Desde luego.

—Eso es lo que me preocupa, señor Carpatia. No puedo ni imaginarme lo que el señor Tismaneanu haría con semejante información.

—Algo que he tenido muy en cuenta y por lo cual he confiado en ti para que lleves a cabo esta tarea. ¿Sospechas que él o su gente pudieran estar enterados del asunto?

—De hecho, sí.

Nicolás no había esperado tal respuesta. Se inclinó hacia delante, pidiendo —con su mirada fija— más información.

—Conozco a un hombre que trabaja para Tismaneanu —continuó Tristan—. Bueno, mejor dicho, conozco a alguien que lo conoce. Es amigo de un amigo.

—Sí, ¿y qué hace este hombre para Emil?

—No lo sé, pero sí sé que es un tipo sin educación. Es algo así como un *delincvent*, así que . . .

—¿Qué hace un delincuente trabajando para Tismaneanu?

— . . . dudo que esté en una posición de confianza o de autoridad. Probablemente trabaja en los jardines. Tal vez su jefe preguntó si alguno de sus empleados conocía a alguno de los que trabajamos para usted.

—Tal vez. Entonces, este hombre te contactó a ti.

—Sí, y me hizo una extraña pregunta y me pidió que hiciera algo también raro. Me preguntó si quería ganarme un

poco de dinero extra, dinero inocente, como él lo llamó. Le aseguré que usted me pagaba muy bien y que no estaba buscando más trabajo. Él dijo que no se trataba de hacer más trabajo. Dijo que lo único que tenía que hacer era, cuando trajera a sus invitadas a altas horas de la noche y las llevara de regreso antes del amanecer, detenerme bajo la luz en el redondel y no bajo el pórtico cubierto en la entrada.

Dijo que nadie se daría cuenta y, que por hacer eso, yo ganaría unos cuantos cientos en efectivo durante menos de una semana. Claro que eso no hubiera sido ningún trabajo extra para mí. Solamente hubiera tenido que escoltar a sus invitadas unos siete u ocho metros más.

—Él quiere que la luz las ilumine, ¿verdad? —Nicolás comentó, mientras daba una mirada hacia el cielo raso y luego cerraba los ojos.

—Aparentemente. Dígame que soy un *prost*, pero yo no lo entiendo.

—Nunca te llamaría estúpido, Tristan. Estoy seguro de que puedes adivinar sus motivos.

—Pero he mirado esa parte de la entrada desde cada ángulo y no puedo ver dónde alguien pudiera instalar una cámara.

—Con la tecnología moderna, Tristan, se podría hacerlo desde muy lejos. La clave es tener la iluminación necesaria. La alternativa, desde luego, es seguirte hasta el sitio en el que recoges y al que llevas de regreso a estas invitadas, en el que quizás la iluminación es aún mejor.

—Pero lo que Tismaneanu realmente quiere son fotografías de ellas entrando aquí, a su residencia. ¿Piensa que esté planeando arruinarlo, vendiendo esas fotografías a los periódicos?

—Eso tal vez sería algo demasiado sucio, inclusive para el viejo Emil —replicó Nicolás, poniéndose de pie y encogiéndose de hombros—. Sin embargo, no me sorprendería que uno de sus emisarios viniera y me mostrara esas fotografías, para tratar de obligarme a hacer algún tipo de concesión.

—¿Concesión?

—Algo así como retirar mi candidatura, a estas alturas de las elecciones.

—¡No debemos dejar que eso suceda! Ganaremos, a menos que esto salga a la luz. Le necesitamos en el Parlamento.

—No pienses más en este asunto, Tristan. Gracias por decírmelo y recuerda lo que debes hacer de ahora en adelante.

—Decírselo solo a usted.

—¡Buen hombre! Ahora, estoy a punto de hacer unos arreglos para mañana por la noche y quiero que accedas a la petición de aquel hombre.

—Pero ya la rechacé.

—¿Acaso no es posible que hayas cambiado de parecer? ¿Puedes decirle que ahora piensas que esto es algo inofensivo y que necesitas unos cuantos dólares más?

—Tal vez. Si así lo desea usted.

—Te diré qué hacer, pero primero tengo que encargarme de algo.

VEINTISÉIS

¿UNA LLAMADA DE SHARON, la esposa de Jeff? Algo tenía que andar mal. Camilo le devolvió la llamada tan pronto como llegó a su habitación, donde podía tener privacidad.

—Otra vez Jeff está hablando de irse.

—¿Irse? ¿Irse a dónde?

—A cualquier parte fuera de aquí.

—Bueno, ¿tiene un comprador para el negocio? Papá no puede . . .

—Camilo, no está hablando de dejar Tucson o el negocio. Está hablando de abandonarme a mí, a nosotros.

—Él no lo haría. ¿Con los niños y todo? Mejor dicho, Jeff no te abandonaría, ¿verdad? ¿Por qué lo iba a hacer?

—Ya lo hizo antes, Camilo. Tú lo recuerdas.

—Sí, pero eso fue algo diferente. Aún no tenían hijos y los dos eran jóvenes. En ese entonces aún no sabía cómo ser un esposo.

—Tú sabes por qué se fue.

—Sí, pero ahora eres diferente, ¿verdad, Sharon?

—¿Menos molestosa, eso es lo que quieres decir?

—Creo que sí.

—Espero que sí, pero desde que tu mamá falleció, Jeff ha estado muy inquieto. Nunca le he obligado a ir a la iglesia conmigo y he tratado de no acosarle al respecto. Sin embargo, él siente la tensión. Yo voy y, desde luego, me llevo a los niños conmigo. Él debe sentirse mal por no ir, especialmente cuando no tiene nada más que hacer, ni excusa alguna. No juega golf, ni a los bolos, ni póquer; ni siquiera puedo decirte si tiene

amigos. Cuando no está trabajando, lo único que le gusta hacer es sentarse, leer el periódico y mirar televisión. De verdad, eso no me molesta. Además, aunque desearía que regresara a Dios y a la iglesia, sé muy bien que esa es su decisión. No quiero perderlo, ¿puedes hablar con él, Camilo?

—¿Yo?

—¿Quién más?

—¿Sharon, recuerdas que yo soy el hermano menor? Tal vez él esté orgulloso de mí, pero él no quiere que yo sepa eso. Dudo que me tenga algo de admiración. Por otro lado, nunca he salido con la misma mujer más de tres veces seguidas y, menos aún, he estado casado alguna vez. ¿Quién soy yo para aconsejarle en cuanto al matrimonio?

Camilo podía oír a Sharon respirando y sabía que ella sabía que él tenía la razón, pero su cuñada no tenía más opciones. Seguramente el padre de Camilo no estaría en condiciones de confrontar a Jeff.

—De paso, ¿cómo está papá?

—Ah, él está constantemente desanimado. Poco a poco fue dejando el negocio, especialmente durante los últimos meses de vida de tu mamá. Necesita ocuparse en algo, por lo que Jeff y yo le hemos estado insistiendo que tiene que regresar al negocio. No tendríamos que estar insistiéndole, ya que habíamos pensado que él iba a regresar a ayudarnos en el taller, a supervisar los asuntos mecánicos, cosas por estilo.

—¿Pero no ha sido así?

—No, para nada. Jeff tuvo que dejar de conducir el camión porque cuando él estaba ausente, tu papá pensaba que él debía hacerse cargo. Entonces todo volvía a ser de la manera que era antes, cuando él estaba a cargo, y todos quedaban frustrados.

—Lo lamento mucho.

—Pero ese no es el asunto, Camilo. No puedo perder a Jeff. A pesar de lo frustrante que a veces puede ser, le amo y quiero que esté con nosotros. Los niños le necesitan. Él es un buen padre.

—¿Has hablado con alguien más acerca de esto?

—No.

—Entonces él se va a dar cuenta de que tú me lo contaste.

—Eso no importa.

—Hablaré con él, Sharon, pero no soy muy optimista.

—Usaré mi mejor traje —aseveró León Fortunato con mucho entusiasmo por su nueva misión.

—No, has esto solamente por teléfono —dijo Nicolás—. No puedes arriesgarte a que te vean con ella.

—Desde luego.

—Y apresúrate. Esto pudiera ser crucial.

León llamó a Luciana Tismaneanu, la hija mayor de edad de Emil, quien

—según las páginas noticiosas, acerca de la gente de la alta sociedad— estaba comprometida y contraería matrimonio poco después de las elecciones parlamentarias.

León se presentó y preguntó a Luciana si es que ella sabía acerca de la relación entre su padre y el señor Carpatia.

—Solo que los dos están como candidatos para la misma posición, señor. Sé que mutuamente se han dicho cosas ofensivas, pero mi padre me asegura que es solo asunto de política y que no guarda ningún rencor personal.

—Lo que me acaba de decir es maravilloso, señorita Tismaneanu. Le aseguro que el señor Carpatia tampoco le guarda ningún rencor personal. De hecho, el señor Carpatia tiene una gran admiración por su padre y le considera como a un amigo.

—¿Un amigo? No sabía que se conocieran tan bien.

—Así es y están llegando a conocerse cada vez mejor —continuó León—. Tanto así, que el señor Carpatia sabe que el cumpleaños de su padre está a la vuelta de la esquina.

—Sí, es dentro de una semana —aseveró Luciana—. Estamos planeando una reunión familiar privada.

—Qué maravilloso. Ahora bien, me pregunto si podría consultarle, confidencialmente, acerca de algo.

—Bueno, creo que sí.

—El señor Carpatia está decidido a llevar esta elección con la más alta calidad moral, haciendo un llamado para una moratoria en cuanto a las declaraciones difamatorias.

—Eso le parecerá muy bien a mi padre y estoy segura de que aceptará con mucho gusto.

—El señor Carpatia desea continuar su amistad con su padre, completamente aparte de los resultados de la elección.

—Supongo que no le sorprenderá, señor Fortunato, que las encuestas muestran que la victoria es casi imposible para mi padre. Desde luego que él aún tiene esperanzas y está planeando anunciar algunas nuevas iniciativas, pero él es una persona realista y pragmática. No obstante, está decepcionado, creo yo, porque de verdad pensó que un período más en el Parlamento le ayudaría a candidatizarse para la casa alta y eventualmente para la presidencia.

—Eso me parece muy interesante, señorita Tismaneanu, porque, en honor a la verdad, la única preocupación que el señor Carpatia tiene en cuanto a ganar esta elección es que eso fuera a perjudicar a su padre en cuanto a su candidatura para jefe de estado.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea telefónica.

—¿Está hablando en serio? —preguntó, por fin, la señorita Tismaneanu—. ¿El señor Carpatia piensa que mi padre puede llegar a ser presidente?

—Le sorprendería darse cuenta de la mucha estima que el señor Carpatia tiene por su padre.

—Eso *sí* que me sorprende.

—Prepárese para otra sorpresa. Estamos conscientes de que lo que estoy a punto de proponerle puede parecer como un sucio juego político, pero le aseguro que ese no es el caso. Al señor Carpatia le gustaría organizar y darle una recepción de cumpleaños de sorpresa a su padre. Sería una pequeña reunión aquí en su residencia, solo para su familia y sus colaboradores más cercanos y unos cuantos invitados de nuestra parte. El señor Carpatia se compromete a mantener esto en

secreto absoluto, a fin de no obtener ninguna ventaja política, ni ningún beneficio ante los medios de comunicación. Solamente desea hacer esto como una muestra de su admiración hacia un oponente tan digno.

—Estoy sumamente sorprendida —dijo ella—, como lo estará también mi padre.

—El asunto es —continuó León— que nos será bastante difícil poder sorprenderle, ¿verdad?

—Muy difícil.

—Razón por la cual la he llamado. El señor Carpatia le agradecería mucho si usted pudiera reunirse con él en privado, lo antes posible, para planear dicha recepción y la mejor estrategia para traer a su padre hasta aquí sin que se entere de la sorpresa.

—¿Nicolás Carpatia quiere reunirse conmigo?

—Seguro que sí. Esta reunión se llevará a cabo de la manera que más le convenga a usted. Desde luego, tendrá que ser algo sumamente confidencial y él mandará a alguien para que la recoja y para que la lleve de regreso a su residencia.

—Vivo en el centro de la ciudad, en el apartamento en el que mi novio y yo viviremos luego de casarnos.

—No hay ningún problema. ¿Entonces está dispuesta y disponible? Estamos hablando de reunirse dentro de los próximos días, a altas horas de la noche.

La segunda vez que Patty Durán pidió a Raimundo que le diera un aventón, él sugirió que desde ese momento en adelante contará con él para llevarla a su apartamento.

—¿Está seguro, Capitán? Es mucho pedir.

—No me incomoda. No vives muy lejos y estoy seguro que tu compañera de apartamento estará agradecida de no tener que venir a recogerte.

—Es cierto. Ella está fuera de la ciudad por unos días y mi carro está dañado otra vez.

Raimundo no estaba seguro si ella le estaba diciendo todo

esto para explicarle lo difícil de su situación, o si Patty solo quería que él supiera que estaba sola en el apartamento. Él no iba a sugerir nada, pero tenía que admitir que se hubiera sentido halagado si ella le hubiera pedido que suba a su apartamento. Se dijo a sí mismo que no aceptaría, pero se decepcionó cuando ella no se lo pidió.

Para tranquilizar su conciencia, le contó a Irene acerca de la oferta que él le había hecho a Patty.

—Eso es muy amable de tu parte —respondió Irene—, con tal de que ella no esté enamorada de ti.

—Ese sería un gran día —dijo él sarcásticamente—. Tengo casi suficiente edad para ser su padre. Además, ¿acaso te molestaría tanto si ella *estuviera* enamorada de mí?

—Claro que sí —contestó Irene riéndose—, pero no me sorprendería. No puedo ser la única mujer con buen gusto en todo el estado de Illinois.

Tal comentario conmovió profundamente a Raimundo. A pesar de todos los malos momentos que la había hecho pasar, de cuán frío él se había vuelto, de cuán formal el matrimonio de ellos era . . . ella aún decía cosas amables acerca de él. Él hubiera deseado merecerlas.

Camilo estaba hablando por teléfono con Jeff.

—¿Así que Sharon te lo contó, ah?

—Sí.

—¿Y qué? ¿De entre todos los que conocemos, quiere que seas tú quien me haga desistir de mi decisión?

—Eso te muestra cuán desesperada está, Jeff. ¿Recuerdas cuando la abandonaste, la última vez que no supiste cómo comportarte?

—Ya lo sé. La abandoné y luego le di motivo para que no me aceptara de regreso.

—Pero lo hizo, ¿y por qué?

—Ya lo sé, Camilo. Ella fue una persona mucho mejor de lo que fui yo. Probablemente aún lo es.

—Entonces no seas estúpido. ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué quieres irte?

—Porque ella hace todo bien, hombre. En cambio yo odio mi trabajo, odio lo que papá está haciendo. No te odio, pero debería hacerlo.

—Entonces ódiame.

—No te odio, Camilo, pero no me gusta que te metas en asuntos de mi matrimonio tampoco.

—¿Crees que a mí me gusta hacerlo? Ella me llamó, Jeff.

—Creo que de todas maneras no me iré. No sé cómo se lo explicaría a los niños.

—Eso es fácil. Solo diles que su mamá es una persona mejor que tú y que tú eres un idiota que no sabe apreciarla.

—Está bien, Camilo, ya es suficiente. Ya te dije que probablemente no me iré.

—Bueno, ¿entonces pudieras hacerme un favor? Si te quedas, dile que fue gracias a mí. Me ayudaría a ganármela otra vez.

—¿Por qué tienes que ganártela otra vez? ¿Acaso también a ti te ha dicho que estás perdido y necesitas ser salvo?

—No con esas mismas palabras —replicó Camilo.

—No —dijo Jeff—, pero entendemos bien lo que quiere decirnos, ¿verdad? ¿Te das cuenta cuán difícil es vivir con una santa?

—Ni me lo imagino, especialmente cuando tú eres lo contrario.

Más o menos treinta personas asistieron a la fiesta sorpresa para Emil Tismaneanu. Para Nicolás fue obvio que el hombre estaba sumamente sorprendido. Parecía estar fingiendo una sonrisa de gratitud para sus familiares, todos quienes —de una manera u otra— habían tomado parte en este ardid. Sin embargo, Emil, con su mirada le decía algo completamente diferente a Nicolás.

—Necesito hablarte por un minuto, cuando te sea

conveniente —dijo Tismaneanu cuando, por fin, pudieron apartarse por un momento de los demás.

—¿Aún en esta noche? —Nicolás le preguntó.

—Si fuera posible.

—¿Quieres que nos retiremos un momento a mi oficina, ahora mismo?

—Déjame que les avise —dijo Emil, y fue a hablar brevemente con su esposa, luego con el jefe de su personal y después con un hombre, quien parecía ser uno de sus guardaespaldas. Este hombre le entregó un sobre y Emil regresó junto a Carpatia.

—¿Estás listo? Ven conmigo.

En su oficina, Carpatia se sentó al derredor de una pequeña mesa de conferencias, directamente frente a su rival.

—Espero que esta sorpresa haya sido de tu agrado, Emil —comentó Nicolás.

—Ah, por favor, dejémonos de *bălegar*, Carpatia. No te tengo confianza en absoluto.

—Te aseguro que la prensa no sabe nada de esto y planeo mantenerlo así. No sacaría provecho de esto para sacarte una ventaja política.

—¿Entonces que pretendes? Tienes que tener algún buen motivo para hacer esto.

—Solo tu presencia y tu amistad.

—Me causas repugnancia.

—Emil, por favor. Estoy ofreciéndote una tregua.

—Bien, entonces déjame que te muestre lo que yo tengo que ofrecerte —contestó Tismaneanu, pasando a Nicolás el sobre por encima de la mesa.

Nicolás lo abrió con muchas ansias.

—¡Ah, miren esto! —Carpatia exclamó, con una expresión de gran entusiasmo—. Parece que se trata de mi residencia, mi carro y mi chofer. Pero ¿quién es esa señorita? Se me hace familiar. Atractiva, ¿no te parece?

Tismaneanu permaneció sentado, mirando a Nicolás fría y seriamente.

—Dime, Emil, ¿no crees que ella es más que *atrăgător*? —Carpatia continuó, volteando la fotografía para que Tismaneanu la pudiera ver.

—No me sorprende que traigas mujeres atractivas, Carpatia. Sin embargo, a los electores sí les sorprenderá —replicó su rival, sin mirar la fotografía.

—¿Los electores? —Nicolás repitió, fingiendo una mirada de curiosidad—. No entiendo, Emil. ¿Qué estás tratando de decirme?

—Estoy diciéndote que si no retiras tu candidatura dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, enviaré esta fotografía a los medios de comunicación.

—Pero, Emil, seguramente sabes que yo también tengo la misma fotografía. La entrada a mi residencia está muy bien vigilada por las cámaras de seguridad, durante las veinticuatro horas del día.

—¿Y qué importa eso?

—¿Creo que tal vez mi fotografía es más clara? Tal vez la mía revelará con más claridad quién es esa señorita. ¿No te parece que se trata de una dama conocida?

Nicolás tamborileó sus dedos sobre la fotografía y Tismaneanu por fin la miró. Carpatia gozó al ver el gradual cambio de expresión en el rostro de su enemigo, cuando este reconoció a la joven de la fotografía. Se puso de pie, pálido y temblando.

—Te voy a matar, Carpatia —aseveró Tismaneanu.

Nicolás se puso de pie y se dio la vuelta para presionar dos botones sobre la pared. El uno, silenciosamente, llamó a sus guardias de seguridad. El otro dejó oír, en alta fidelidad, la grabación desde una diminuta grabadora de la amenaza que Emil Tismaneanu acababa de hacerle.

—Alguien *va* a sorprendernos al retirarse de estas elecciones —dijo Nicolás—. ¿Me pregunto cuál de los dos será?

Emil se le abalanzó, en el preciso instante en el que los guardaespaldas de Nicolás entraban estrepitosamente por la puerta, para quitarle de encima a su rival.

VEINTISIETE

DE VERDAD, CAMILO, no sabía cuán seriamente estaba tomando su relación con Janet. Había salido con ella unas seis veces consecutivas y se dio cuenta que pensaba en ella con frecuencia. ¿Acaso estaba enamorado? ¿Cómo lo sabría? Tal vez estaba muy entusiasmado con ella, ya que era muy divertida, chistosa, atractiva y, desde luego, muy inteligente. Lo mejor de todo era que ella parecía estar genuinamente interesada en lo que él pensaba, en sus planes y en sus metas.

Había cometido solo un error con ella, el cual él mismo lo atribuyó a su ingenuidad. Esperaba que ella también pensara lo mismo. Los dos habían tenido una cita por su cumpleaños y el regalo que él le había dado —un collar de jade— había hecho que ella dijera que era hermoso, pero que no podía aceptarlo.

—¿Por qué no?

—Es demasiado para la etapa en la que estamos en nuestra relación. Apenas estamos llegando a conocernos mejor. De veras, no me sentiría cómoda aceptándolo o llevándolo puesto.

—¿En serio?

—Lo lamento.

Él se encogió de hombros, lo tomó de vuelta y se sintió muy incómodo durante el resto de la noche. El siguiente fin de semana, Janet aceptó una cita con él para el viernes por la noche, pero no para el sábado por la noche, porque ya tenía otra cita. Camilo no entendió porque tal situación le impactó del modo que lo hizo. Había pensado que si él estaba saliendo solamente con ella, Janet también debería estar saliendo solo con él.

Camilo consultó con sus amigos, quienes le aconsejaron que ya era hora de que dejara en claro cuáles eran sus verdaderas intenciones con ella.

—Eso es todo lo que ella está esperando, Camilo —le dijo uno de ellos—. Ella espera que hagas algún tipo de compromiso con ella.

Camilo le recordó a su amigo acerca del incidente con el collar.

—Sin embargo, ustedes han salido juntos varias veces desde que eso sucedió. Dile cuáles son tus intenciones. Averigua qué está ella pensando.

Ese pareció un buen consejo, así que la noche del viernes él le preguntó si estaría libre el domingo por la tarde. La manera en la que ella le miró y le sonrió cuando le dijo que sí, le dio el ánimo que necesitaba y se dedicó a practicar lo que le iba a decir.

—Pensé que pudiéramos disfrutar de un picnic en el parque —dijo él.

—Me parece perfecto —dijo ella.

El domingo por la mañana, Camilo estaba inusualmente nervioso. Aunque Janet había ofrecido preparar la comida para el picnic, él insistió en comprarla ya preparada. Los dos disfrutaron de una larga caminata por el bosque y extendieron una cobija en un claro donde se sentaron, hablaron y comieron.

—Me gusta pasar tiempo contigo —dijo él.

—A mí también me gusta pasar tiempo contigo —replicó ella.

—De hecho —continuó Camilo—, he estado pensando que me gustaría sugerir que llevemos nuestra relación a otro nivel.

—¿Qué quieres decir? —Janet le preguntó sonriendo.

—Que los dos salgamos exclusivamente el uno con el otro. Que tratemos de establecer una relación más firme. Que lo intentemos y veamos que resulta de eso.

—Mm.

—¿Fue ese un sí o un no, Janet?

—Fue un «mm», Camilo —dijo ella aún sonriendo.

—¿Qué significa?

—Significa que estoy pensando.

Él entendió bien que debía permanecer en silencio. Sin embargo, transcurrió una hora entera hasta que ella, finalmente, volvió a tocar el tema. Ya habían recogido la cobija, limpiado el área y se disponían a regresar al carro. Ella le tomó de la mano pero, de alguna manera, él supo que ese gesto no implicaba ningún tipo de mensaje encubierto. Al contrario, tuvo la sensación de que Janet lo estaba haciendo para atenuar lo que iba a decirle a continuación.

—Voy a tener que decir que no, Camilo, lo lamento.

—¿En serio? ¿Por qué? ¿Estoy haciendo algo mal? ¿Estás interesada en otro?

—La verdad es la que la respuesta a tus preguntas es «no». Me gusta mi libertad y me gusta poder conocer a otros jóvenes, pero ninguno de ellos siquiera se compara a ti.

—Eso me halaga . . . ¿Entonces por qué no?

Pusieron las cosas en el carro, luego Janet se reclinó sobre este y tomó a Camilo de las manos.

—Algún día quiero ser el primer amor en la vida de alguien —dijo ella.

—¿Pero no de la mía?

—Eso me gustaría, Camilo, pero no va a suceder.

—¿Cómo lo sabes? Es por eso que estoy sugiriendo que intentemos llevar una relación más seria.

—Escúchame, no espero que estés locamente enamorado de mí, pero . . . —continuó ella sacudiendo la cabeza.

—He sido honesto contigo, Janet. Todavía no puedo afirmar que estoy enamorado, solo quiero ver si eso sucede si tomamos más tiempo para conocernos mejor.

—Estoy diciéndote que no, Camilo.

—Así que has decidido que nunca podremos enamorarnos.

—Yo podría hacerlo, pero tú no.

—¿Estás tomando esa decisión en mi lugar?

—Te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo —dijo ella entre dientes. Camilo comenzó a separarse, pero ella siguió sosteniéndole de las manos—. Escúchame, Camilo. Tú eres una persona maravillosa, con mucho talento y tienes un gran potencial, pero ya estás enamorado.

—¿Qué dijiste?

—Estás enamorado de tu carrera profesional.

—Pero aún no tengo una carrera.

—Claro que la tienes. Tú has llegado más lejos que cualquier otra persona que conozco en Princeton. Ya estás trabajando para el *Global*. En pocos meses te darán tu trabajo a tiempo completo y tu carrera estará marchando sobre ruedas. No obstante, este solo será el primer paso que te llevará a mejores y más grandes cosas. Probablemente terminarás siendo uno de esos corresponsales internacionales de televisión, reportando desde Tel Aviv, Bonn, Roma, . . . de todas partes del mundo.

—Eso me gustaría mucho —comentó Camilo, inclinando ligeramente la cabeza.

—Pero a mí no.

—¿A ti no te gustaría?

—No, Camilo. Desearía tener un espejo para que te vieras la expresión que pones cuando hablas acerca del periodismo. Me sorprendería si alguna vez llegas a amar otra cosa tanto como amas tu profesión. Tu mirada se pierde a lo lejos y tienes un brillo en la mirada. Te deshaces en elogios cuando hablas de tu carrera. Cualquier mujer que termine siendo tu esposa tendrá que competir toda su vida en contra de ese amor por tu carrera que te consume.

—¿Es así de grave?

—Así de grave. Ni siquiera me atrevería a intentar hacerte desistir de ello. Ya desearía que alguien o algo me absorbiera de semejante modo.

—No crees que puedo cambiar, que puedo hacer una introspección y que puedo tratar de . . .

—Ese es el problema, Camilo. No quiero que lo hagas. Tu

dedicación a esta carrera te da un gozo inmensurable, por lo que no quisiera hacerte daño pidiéndote que me hagas tu prioridad número uno. Por otro lado, tú también pudieras hacerme daño al tratar de concentrarte en mí mientras te dedicas a cultivar el verdadero amor de tu vida.

Camilo quitó sus manos de entre las de ella y las puso en sus bolsillos.

—¡Qué impresionante! De verdad me ayudaría tener a alguien como tú en mi vida —aseveró él.

—Ya lo sé, pero no voy a ser yo quien esté contigo. Espero que me entiendas y espero no haberte lastimado.

—Creo que te entiendo. Gracias . . . creo . . .

—De todas maneras, gracias por la proposición —concluyó ella, tomando el rostro de él entre sus manos y besándole ligeramente en los labios.

Irene estaba fascinada con el desarrollo de Cloé. Rubia y con ojos verdes, de pronto su hija había adquirido largos brazos y piernas. Usaba frenos en los dientes y anteojos que pronto serían reemplazados por lentes de contacto y más tarde por una operación de rayos láser. Además, ahora Cloé hablaba por teléfono con sus amigas todo el tiempo y protegía firme y celosamente su privacidad. Usualmente, el momento que Irene se acercaba, dejaba de hablar, regañaba a su madre, susurraba, se daba la vuelta y se alejaba.

Desde luego que esto era algo muy frustrante para Irene, quien se sentía aún más excluida que antes. No obstante, esta situación le parecía entretenida: este potro lleno de vitalidad, todo anguloso y torpe, súbitamente se preocupaba por estar a la moda. No importaba lo que Cloé se pusiera, de todas maneras lucía como un animal recién nacido, tratando de acomodar sus patas debajo de sí mismo. Sin embargo, al parecer, tal apariencia no disuadía a los jovencitos de ver el potencial de su hija.

De eso hablaba Cloé constantemente con sus amigas. Irene había escuchado lo suficiente como para darse cuenta.

También resultaba extraña el súbito cambio de Cloé acerca de asistir a la iglesia. Naturalmente, Irene tenía sus sospechas. Raimundo había dejado de asistir por completo, a excepción de un esporádico domingo —fuera de la estación de golf—, cuando no había podido hacer los arreglos necesarios para tener que trabajar. En cambio Cloé se levantaba temprano cada domingo, se probaba varios trajes y pasaba una desmesurada cantidad de tiempo en el baño y, cuando por fin salía de este, estaba muy ansiosa por ir a la iglesia.

Usaba la ropa y los adornos de última moda. Irene hacía todo lo que podía por mantenerse seria al ver a esta desgarbada preadolescente tratando de lucir atildada y moderna.

El momento en que la actitud de Cloé cambió —yendo de una continua serie de quejas en cuanto a la iglesia, hasta comenzar a asistir a la escuela dominical, al culto y las actividades de los jóvenes— Irene supo que algo se traía entre manos. Como era de esperarse, ese «algo» resultó ser un «alguien», Bobby.

Cada vez que se mencionaba el nombre de ese jovencito, Cloé enrojecía. Cuando él comenzó a sentarse junto a ella durante el culto de la mañana, Irene notó la mirada soñadora de los dos. Ah, el primer amor, o por lo menos, la primera decepción. Era algo divertido de ver y muy fácil de darse cuenta por qué se atraían mutuamente. En el cabello de él había dos mechones, el uno más alborotado que el otro. Bobby era más bajo de estatura que Cloé y también usaba anteojos y frenos en los dientes.

Cuando estaban juntos, los dos se quedaban muy callados. No podían disimular el hecho de que sus dedos se tocaban bajo el himnario y que jugaban con los pies durante el tiempo de oración. Irene quiso advertir a Cloé acerca de los jovencitos, pero estos dos no estaban saliendo juntos. Probablemente, apenas se dirigían la palabra.

Bobby parecía bastante inocente y cuando Irene se dio

cuenta que procedía de una familia que venía asistiendo a la iglesia desde hace mucho tiempo, se tranquilizó. Cualquier cosa o cualquier persona que hiciera que su hija fuera a la iglesia cada domingo, era bienvenida.

Nicolás nunca había visto a Ricardo Planchet tan asustado. El hombre lucía pálido, sus ojos estaban desorbitados y tenía los labios apretados. Había insistido en tener una reunión con los miembros principales de Carpatian Trading: Nicolás, León, Viv y él mismo.

—Recibí una amenaza —dijo Planchet—. Todos recibimos una amenaza.

—¿De parte de quién? —Nicolás le preguntó calmadamente.

—No me dio su nombre, pero era obvio a quién representaba.

—Empieza desde el principio —dijo Carpatia.

—Está bien, bueno, como saben, en la media tarde me gusta disfrutar de un aperitivo.

—En El Marinero, sí lo sabemos.

—Bueno, aparentemente, alguien me ha visto en ese sitio.

—Solo te ha visto todo Bucarest, un día u otro —continuó Nicolás.

—Cuando estuve en el bar, un hombre se me acercó y me preguntó si podía ir un momento a su mesa. Le pregunté si yo le conocía, me contestó que no, pero que él sí me conocía a mí y me dijo que solo tomaría un minuto de mi tiempo. No hace falta decir que me despertó la curiosidad. Llevé mi bebida hasta su mesa, la cual estaba en un rincón. El hombre no parecía un maleante, al contrario, tenía un aspecto y una voz agradables.

—Dinos lo más importante, por favor, Ricardo —demandó Nicolás.

—Lo siento. El hombre se inclinó hacia delante y me susurró: «Tú, tu jefe, sus otros dos colaboradores más cercanos y

sus seres queridos corren peligro». Desde luego que estoy resumiéndolo de la mejor manera, pero . . .

—No esperaba que recordaras cada palabra, Ricardo.

—Gracias, Nicolás, pero nunca olvidaré lo más importante de todo lo que me dijo. Le pregunté qué clase de peligro corríamos, y me respondió: «sus propias vidas corren peligro». Dijo: «sus *propias* vidas», como si estuviera leyéndolo de una obra de Shakespeare. Le pregunté por qué decía semejante cosa y me dijo: «Creo que entiendes lo que quiero decir».

—Nicolás, tú hubieras estado orgulloso de mí. Insistí en que no entendía lo que me estaba diciendo, así que tendría que darme su mensaje en términos más claros.

—Buen trabajo —comentó Nicolás, esforzándose para no reírse.

—Bueno, el hombre se explicó mejor. Dijo: «a menos que pueda asegurarle a mi jefe que no tiene que retirar su candidatura, uno de ustedes o uno de sus seres queridos va a morir. Tienen veinticuatro horas».

—Dime —dijo Nicolás— que el hombre fue tan estúpido como para decirte que volverá a reunirse contigo en el mismo sitio. Lo aniquilaré ahí mismo si lo hace.

—No. Me dio instrucciones específicas para ti.

—¿Para mí?

—Durante tu próximo discurso, que si no me equivocó está planeado para mañana, tienes que decir algo . . .

—¿Qué cosa?

— . . . algo acerca de tu «estimado rival», y tienes que usar esas exactas palabras. Tienes que admitir que apoyarías su candidatura para la presidencia y, que de hecho, estás ansioso que llegue el día en que puedas hacerlo. Luego tienes que indicar que estás considerando la posibilidad, solo considerando la posibilidad, de retirar tu candidatura y que se lo anunciarás al público dentro de un día o dos.

—Retirar mi candidatura cuando solo quedan unos días —repitió Nicolás con una amplia sonrisa.

—Solo que estás considerando esa posibilidad.

—¿Estás loco, Ricardo? Si menciono a la prensa o al público, aunque sea la mera posibilidad de que estoy pensando hacer algo así, sería el fin de mi candidatura. ¿Quién votaría por un tipo así de indeciso?

—Exactamente —afirmó León—. De todas maneras, no tenemos miedo de Emil Tismaneanu ni de sus maleantes.

—¿Miedo? —Nicolás repitió—. Devolveré agresión por agresión.

—Yo sí les tengo miedo —dijo Viv—. No estoy ansiosa de estar en peligro.

—Entonces pasa desapercibida por un tiempo, Viv. En cuanto a ti, Ricardo, si yo fuera tú, después de mi discurso de mañana, no regresaría a El Marinero.

—¿Qué quieres decir?

—Si tienes necesidad de preguntarme eso, Ricardo, no debieras ir a ningún lado durante los próximos días.

—Bien, ¿entonces debo asumir que no vas a seguir sus instrucciones?

—¿Quieres decir que no voy a permitir que mi rival determine lo que yo tengo que decir? No, Ricardo. No voy a seguir sus instrucciones. De hecho, voy a seguir las mías, las cuales expliqué muy claramente a Emil cuando estuvo aquí.

—¿Entonces la situación es grave? —Ricardo dijo, luciendo, de pronto, muy perturbado.

—¡Sí! —León respondió, lleno de ánimo.

VEINTIOCHO

RAIMUNDO NUNCA HABÍA RECIBIDO un regaño, por así decirlo, por lo que pensó que esta llamada para que se presentara en la oficina de Earl Halliday, se debía a algo diferente. Sintió un gran alivio al ver la gran sonrisa de Earl.

—No sé si esto se debe a la gran publicidad que recibiste cuando lograste evitar ese accidente en Los Ángeles, o si es por que perteneciste a la ROTC —dijo Earl—, pero los altos funcionarios de la CIA y del Departamento de Defensa quieren hablar contigo.

—¿Crees que tenga algo que ver con el hecho de que estoy en la lista de reserva para el Fuerza Aérea Uno y para el Fuerza Aérea Dos?

—No tengo idea, pero puedes estar seguro de que ellos saben de eso. Probablemente, tienen también un record detallado de cada amonestación por cada infracción de tránsito que has recibido y de cuántas veces te pillaron con goma de mascar en la escuela.

—¿Acaso los niños todavía son castigados por eso, Earl?

—¿Qué sé yo? Con eso puedes darte cuenta de mi edad. En fin, estoy cambiando tu siguiente vuelo, para que vueles al aeropuerto Reagan y para que tengas suficiente tiempo para reunirte con esos tipos. Fueron muy claros en cuanto a que esto es algo secreto, confidencial y todo lo demás. No obstante, Raimundo, tienes que prometerme que recordarás cada palabra que te digan.

—Sí, casi se me olvida cuánto te gustan los juegos llenos de intrigas y suspenso.

—¿A ti no te gustan?

—Claro que sí, pero quién sabe de qué se trata todo esto.

—Yo no lo sé —dijo Earl.

—Déjame ver la lista de la tripulación para la ruta original.

Earl la obtuvo de la computadora, Raimundo la echó un vistazo. Tendría que llamar a Patty para que hiciera otros arreglos para llegar a su apartamento.

Estaba programado que Nicolás diera su próximo discurso ante la concentración de Mundo Unido en la Universidad de Rumania en Bucarest. Por alguna razón, los estudiantes de esa institución —en particular aquellos que pertenecían a clubes liberales— habían decidido abandonar a su candidato predilecto, Emil Tismaneanu, aduciendo que este era demasiado tradicional. Tenían que saber que Carpatia era tan materialista y capitalista como Tismaneanu, pero Nicolás era también joven —casi de la misma edad de ellos— y tenía más atractivo y un nivel de energía que ningún otro político conocido había sido capaz de igualar.

Además, Carpatia, casi nunca hablaba de negocios y de comercio. Hablaba de los pobres, de los oprimidos, de los desposeídos. Hablaba de abrir Rumania al resto del mundo —un mensaje que recibiría gran acogida en esta concentración por la globalización.

Nicolás subió al estrado en medio de aplausos entusiastas, por lo que asumió que los estudiantes y los profesores habían visto las encuestas más recientes, según las cuales llevaba la delantera por casi diez puntos. Dudó de la sinceridad de esta audiencia, se preguntó si, de haber sido él quien iba perdiendo, lo hubieran recibido de esta manera. ¿Habrían estado tan entusiasmados si hubieran creído que tenían ante ellos al perdedor?

Nicolás se sintió muy animado y se concentró en su mensaje. Dijo lo que la multitud de estudiosos quería oír. Habló elocuentemente acerca de la globalización y de la necesidad

de dejar de poner tanto énfasis en las fronteras nacionales. Una y otra vez fue interrumpido con grandes ovaciones y aplausos.

—En este asunto, mi rival y yo no estamos de acuerdo —dijo Nicolás—. ¿Estimo a mi oponente? No, no lo estimo.

Un fuerte aplauso.

—No obstante, diré que Emil Tismaneanu es un amigo personal cercano y espero que seguirá siéndolo mucho después de que lo derrote. ¡Lo derrotaré con vuestra ayuda! ¿Les sorprende que él y yo seamos amigos? ¿Les sorprenderá saber que recientemente di en mi residencia una cena en su honor? Me pregunto si me devolverá el favor cuando yo esté buscando un lugar para celebrar mi victoria.

—Me permito bromear a mi amigo porque no estamos de acuerdo en asuntos fundamentales. ¿Es mi oponente, un hombre sincero? Sí, sí lo es. ¿Ama a su país? Claro que sí, pero ahí radica el problema. Él nos encerrará, fortalecerá nuestras fronteras, nos impedirá que avancemos en la globalización. Existe una razón por la cual Emil Tismaneanu es un hombre de negocios tan exitoso: porque no le gusta compartir la riqueza.

Nicolás lo había logrado: no solo que había usado las palabras claves, descritas en la amenaza que había recibido, sino que también había usado los términos opuestos. Además, había roto su promesa de no usar la fiesta sorpresa para obtener una ventaja política. Aún así, Nicolás tenía algo más que decir, una vez que había clavado la daga, ahora tenía que retorcerla.

—Dejaré que mi no tan estimado oponente explique por qué su campaña está debilitándose y por qué no me sorprendería, en lo más mínimo, si optara por retirar su candidatura, aún cuando ya estamos tan cerca de las elecciones. De hecho, recientemente me habló de este asunto y uno de sus representantes discutió, con uno de mis colaboradores, apenas ayer la posibilidad de que él se retire. No sé lo que ustedes piensen, pero yo preferiría tener en el Parlamento a un hombre

comprometido a servirnos a largo plazo, un hombre que sabe lo que cree, un hombre que no sea tan indeciso en cuanto a su futuro. Ese es solo mi criterio personal. No soy yo quien está viendo que las encuestas muestran una causa perdida.

Nicolás dejó el estrado en medio de un aplauso ensordecedor y de una ovación unánime, dejando, además a Emil Tismaneanu en una posición comprometedora.

—¿Elecciones estudiantiles a estas alturas del año escolar? —Irene preguntó.

—Son para el próximo año escolar —respondió Cloé, sonriendo, a pesar de los complicados frenos que usaba—, pero las están haciendo ahora. Estoy como candidata para presidenta del séptimo grado.

—¿En serio? ¿Qué posibilidades de ganar crees tener?

—Tú no crees que yo pueda ganar —replicó Cloé, visiblemente abatida.

—No dije eso. Claro que tú puedes ganar. Solo me pregunto cuán segura de poder ganar estás.

—Totalmente segura, mamá. De hecho, el único estudiante que presentará por seguro su candidatura, es un jugador de fútbol americano, que es la versión masculina de la «rubia boba».

—Ten cuidado con lo que dices, tú también eres rubia.

—No estaba hablando en un sentido literal, mamá. Él tiene cabello café, pero solo entiende de deportes, de principio a fin.

—¿Es muy popular?

—Claro que sí, pero este no es un concurso de popularidad. Se trata de asuntos de importancia.

—No trates de engañarte a ti misma. Toda elección es un concurso de popularidad.

—¡Mamá! ¿Por qué tienes que ser siempre tan pesimista?

—Ah no, no estoy siendo pesimista. Solo quiero que seas práctica, realista.

—No crees que soy popular.

—Sé que debes serlo.

—¿Entonces, por qué dijiste todo eso? ¡Tú no me conoces bien!

Nicolás se sentó en el amplio asiento trasero del inmenso vehículo todo terreno de León Fortunato. Mientras su chofer se dirigía hacia la calle, León sonreía.

—¿Te gustó mi discurso? —Carpatia preguntó.

—Me encantó. Ahí tiene Tismaneanu la respuesta a sus bravuconas tácticas. Si aún le quedaba alguna duda, ahora ya no le quedará ninguna.

—Solo espero haberle provocado para que algo a lo que yo tenga que responder —dijo Nicolás, inclinando la cabeza hacia atrás.

—De eso no me cabe duda —aseveró León.

Después de un día lleno de presentaciones, conferencias de prensa y reuniones, por fin, estaban regresando a casa, cuando León recibió una llamada.

—Cálmate, Viv. ¿Qué sabemos con toda seguridad?

—Dame ese teléfono, León —demandó Nicolás, quitándoselo de las manos a Fortunato—. ¿Cuál es el problema, Viv?

—Dijiste que Ricardo debería pasar desapercibido y después de lo que oí esta mañana en las noticias, me pareció que fue un consejo sabio.

—¿Y qué pasa con eso?

—Rechazó la bebida que le ofrecí aquí y está saliendo.

—Seguramente no pretenderá ir a El Marinero.

—No. Dijo algo acerca de la *Biserică Strană*.

—¡La Banca de Iglesia! ¿Acaso no se da cuenta dónde está ubicado ese lugar?

—¿Dónde está ubicado?

—En el barrio de Tismaneanu. Ricardo debe estar tratando de suicidarse. Llámale y dile que regrese de inmediato a la mansión. Necesito verle.

—Me da mucha pena oír eso, capitán —dijo Patty—. Iba a agradecerle por ser tan amable conmigo últimamente, ofreciéndole una cena tardía en mi apartamento.

Raimundo no supo qué decir. Ya que eso no se iba a dar de todas maneras, pensó que podía decir cualquier cosa sin temer las repercusiones.

—¡Ah! El que sale perdiendo soy yo. Bueno, tal vez en otra ocasión, pero desde luego que la cena es totalmente innecesaria.

—Ya lo sé.

—Me da mucho gusto llevarte a tu casa —dijo Raimundo.

—El gusto es mío.

En el momento en el que el chofer de León estaba entrando a la mansión de Carpatia, Nicolás recibió otra llamada de Viv.

—Ricardo no está contestando su teléfono —dijo ella—. Nicolás, estoy asustada.

—Mejor no te preocupes por las cosas que no podemos controlar. Creo que tú misma me enseñaste eso, tía Viv.

—¿Por qué tiene Ricardo que salir todos los días? ¿Por qué no puede disfrutar de alguna de las bebidas de tu bar?

—Exactamente. Él es un hombre inteligente, un hombre espiritual, pero no tiene ni una gota de sentido común.

—Alguien está entrando a la mansión en este preciso momento.

—Somos nosotros, Viv.

—Desearía tanto que él llegara detrás de ti. ¿Regresará pronto, verdad?

—Esperemos que así sea —dijo Nicolás, pero en realidad deseaba que sucediera lo peor. Ansiaba con todas sus fuerzas, tener una razón para tomar represalias. Además, si tuviera que escoger a uno de sus colaboradores más cercanos, para usarlo como carne de cañón, ese sería Ricardo. Fortunato era irremplazable. Viv era débil, pero de verdad se preocupaba

por su bienestar. Ricardo siempre había sido un adulador y siempre lo sería.

—Sigue marcando su número telefónico, Viv —le dijo Nicolás después de que entraron y vio cuán consternada estaba. Por lo menos eso la mantendría ocupada.

Sin embargo, cada vez que llamaba y Planchet no contestaba, ella se veía más y más desconsolada.

—Voy a llamar al bar ese —dijo.

—Pon la llamada en altoparlante —sugirió León—. Tal vez tengamos que ir allá.

—Aló, nuestro local está cerrado —se escuchó luego de unos timbrazos.

—¿Cerrado? Pero . . .

—Tuvimos un incidente. Esta es ahora la escena de un crimen.

—¿Qué pasó? ¿Quién fue . . . ?

Clic.

VEINTINUEVE

RAIMUNDO TENÍA POCA EXPERIENCIA —aparte de su reunión con el presidente de Pan-Con— en cuanto a reuniones de alto nivel, especialmente en Washington, pero le pareció que podría adaptarse rápidamente a la hospitalidad de la que estaba siendo objeto.

Su contacto con la CIA le preguntó si quería volar en un jet militar, o en primera clase de un avión comercial, o si prefería su usual vuelo gratuito en Pan-Con.

—Bueno, Pan-Con ha hecho los arreglos necesarios para que yo mismo vuele, junto a unas cuantas decenas de invitados más, pero creo que ellos no están invitados a nuestra reunión.

Su interlocutor no le respondió ni se rió. Está bien, no tiene sentido del humor.

—En serio, han arreglado mi horario de tal manera que mi escala me dé el tiempo suficiente para asistir a la reunión con ustedes.

—Entonces usted vendrá vestido con el uniforme de Pan-Con.

—Correcto, pero puedo traer otro traje si le parece que eso sería más apropiado.

—Su uniforme estará bien, capitán. Aquí también tendremos personal militar, así que usted no desentonará en absoluto.

Raimundo estuvo tentado a decir otra cosa chistosa, pero se cohibió. Por otro lado, no estaba seguro de que su austero uniforme de Pan-Con luciría tan bien como los uniformes de

los militares de alto rango, especialmente comparado con aquellos que llevaban suficientes condecoraciones como para haber alcanzado ese nivel tan importante.

—Dos hombres, de unos treinta años de edad, quienes lucirán casi como gemelos, con cabello corto oscuro, estarán esperándole al final de la pasarela de llegada. Ellos no tendrán ningún tipo de rótulo, ni nada por el estilo, pero tienen su fotografía y lo reconocerán.

—Entonces creo que no será necesario que intercambiemos códigos secretos —dijo Raimundo, haciendo una mueca de vergüenza al recibir como respuesta otro silencio absoluto.

—No, pero si eso le decepciona, capitán —dijo, por fin, su interlocutor, con un poco de sentido del humor—, puedo pedirle a uno de ellos que le diga que él tiene el yo-yo, entonces usted podrá responder «yo tengo la cuerda».

—¡No! —Raimundo exclamó, soltando una carcajada—. No obstante, me alegra saber que usted ha tratado antes con tipos inexpertos como yo.

—Todos los días —respondió el hombre—, pero estoy seguro que usted sabe que la gente con la que va a reunirse no tiene interés, ni el tiempo para dedicarse a cosas insustanciales.

—Entendido, y le agradezco por tenerme paciencia. Ya no tengo nada más que decir.

—No se preocupe, capitán. No lo veré cuando venga, pero le deseo lo mejor y gracias por su tiempo.

Nicolás agradeció que las ventanas del carro todo terreno de León estuvieran teñidas de negro, así que no se podía ver hacia dentro. El chofer de León condujo a toda velocidad hasta el bar La Banca de Iglesia, pero los detuvieron a una cuadra y media de distancia del lugar, debido a todos los vehículos oficiales de emergencia. Nicolás se escondió cuando León bajó su ventana y preguntó a los transeúntes qué estaba sucediendo.

—Se rumorea que hubo un asesinato al estilo pandillero —dijo un hombre.

—¿En serio?

—Sí, un tipo recibió seis balazos con una calibre .22 detrás de la cabeza. Así de fácil y rápido, muerto de una sola. Desde luego que la pistola desechable aún está allí y nadie vio nada. Hasta ahí llegará este caso.

—¿Tiene idea quién fue la víctima?

—No, pero alguien dijo que están a punto de sacar el cadáver —respondió el curioso, sacudiendo la cabeza.

—Sube la ventana, León —susurró Nicolás—. Camina hasta allá y ve si puedes confirmar de quién se trata.

—¿Y no tienes idea qué es lo que quieren? —Irene preguntó a Raimundo, muy intrigada de que lo hayan citado para ir a Washington.

—Ni me lo imagino, pero creo que Earl está en lo cierto. Él piensa que se trata de algo relacionado con el terrorismo y de cómo este afecta los vuelos, a los pilotos, a los aeropuertos y cosas por el estilo.

—Bueno, toma fotografías y recuerda todo lo que te digan —dijo ella.

—Mm, no creo que eso esté permitido en las oficinas principales de la CIA. En fin, ¿no te parece que eso sería demasiado turístico?

—A mí no me importaría ir de turista.

—¿Quisieras ir conmigo, Irene? Eso me encantaría.

—¿Estás hablando en serio? —Irene preguntó. Lo que él acabó de decir la conmovió, ya que al parecer lo dijo con toda sinceridad.

—Desde luego que no podrás entrar a la reunión, pero tal vez te dejarán tomar un tour por las oficinas. De lo contrario, en Washington hay muchísimas otras cosas que ver. El centro de la ciudad está a menos de dieciséis kilómetros de distancia.

—No me tientes.

—Deberías ir conmigo.

—Pero, Raimundo, ¿cuánto tiempo pasaría junto a ti? Tú pilotearás de ida y de regreso y cuando estemos allí, estarás en una reunión a la que no puedo asistir. Iría solo de estorbo. De todas maneras, le prometí a Jackie que iría a una reunión con ella.

—¿A qué reunión? ¿Dónde?

—En Nueva Esperanza —Irene respondió suavemente. No quería hacerlo enojar, pero aparentemente ya lo había hecho. La actitud de Raimundo cambió totalmente. Primero había querido que ella fuera con él a Washington y ahora quería mortificarla nuevamente en cuanto a la otra iglesia.

—Bien, ¿y para qué es esa reunión?

—Para planear la EBV.

—¿EBV? ¿Qué es eso?

—Escuela bíblica vacacional. Se parece a la escuela dominical, solo que se lleva a cabo todos los días durante una semana en el verano. Es para niños de todas las edades. Quiero que Raimundito asista.

—En Nueva Esperanza, por supuesto.

«Obviamente quiso decir ella, nuestra iglesia no organizaría nada así, pero se cohibió y solo asintió.

—Quieres que hagamos más cosas juntos y aquí se te presenta una oportunidad, pero la rechazas —dijo Raimundo, dando un suspiro y sacudiendo la cabeza—. Prefieres ir a Nueva Esperanza a planear un campamento bíblico de verano.

—Escuela bíblica vacacional.

—Como quieras llamarlo.

—Raim, si solo visitaras Nueva Esperanza, nuevamente te gustaría ir a la iglesia —ella insistió, no quería discutir, solo quería hacerle entender cuán sincera era.

—Lo dudo —replicó él.

—Por fin me he dado cuenta cuál es la diferencia entre Nueva Esperanza y nuestra iglesia.

—¿Así? ¿Cuál es, Irene?

—La verdad.

—¿La verdad?

—Exactamente. Nuestra iglesia se la pasa «bailando» alrededor de la verdad. Cantamos, leemos unos cuantos versículos, el pastor Bohrer ni siquiera predica, nunca nos enseña, sino más bien se dedica a compartir sus ideas. Es como un ritual. Escucharle es como leer esos libros para inspiración, llenos de verdades parciales pero que en su mayor parte contienen historias inventadas acerca de gatitos perdidos desde hace mucho tiempo que regresan a casa, de huérfanos enseñado a algún cascarrabias una lección acerca de la vida, de una anciana . . .

—Ya, ya lo entiendo.

No obstante, Irene tenía deseos de continuar hablando, se sentía segura de sí misma, estaba cansada de abandonar el tema cuando Raimundo pretendía estar aburrido. Durante algún momento de la conversación, había abandonado la nueva resolución que había hecho.

—Te puedo decir que, según lo que estoy aprendiendo de Jackie, que Nueva Esperanza enseña y predica acerca de la verdad. La pura verdad. La verdad que es difícil de aceptar. Si la Biblia lo dice, ellos buscan y encuentran su significado. ¿Sabes lo que la Biblia dice acerca de la verdad?

—No, no lo sé, pero creo que estás a punto de decírmelo.

—Juan 8:32 dice, «Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres». ¿Sabes quién dijo eso?

—No lo sé. Déjame adivinar. Ya que dijiste que eso estaba en el libro de Juan, voy a aventurarme a decir que fue Juan.

—No. Fue Jesús.

—Bueno, ahí lo tienes. A propósito, ¿cómo conoces ese versículo?

—Conozco muchos versículos.

—Estás mal, Irene.

—No. Estoy muy bien. En el libro de los Salmos, David dice que él ha guardado la palabra de Dios en su corazón, para no pecar. Eso es lo que yo quiero hacer. Por eso trato de memorizar muchos versículos.

—Oh, por favor. Bueno, que te vaya bien, pero no trates de meterme en eso.

—¿Sabes una cosa, Raim? —Irene continuó, sentándose sobre el brazo del sillón—. Puedo aceptar el que discutamos acerca de este tema, pero lo que acabaste de decir me dolió. El que me hayas dicho que no trate de incluirte en esto, mi hirió más profundamente de lo que debiste haber pensado que lo haría.

—Bueno, en eso tienes razón, Irene —dijo Raimundo, luego de haberse quedado atónito—. De ningún modo quise lastimarte. No estaba pensando cómo tú te sentirías, sino más bien cómo yo me siento. El asunto es que no quiero participar en tu religión. Si eso te hiere, lo lamento.

—¿Sabes lo que me da tanta lástima? Que te conoces muy bien pero, aún así, no quieres hacer nada al respecto.

—¿Me conozco muy bien?

—Tú mismo lo acabas de decir; no estabas pensando en mí sino en ti.

Cuando Raimundo salió de la habitación sin decir ni una sola palabra más, Irene cerró lentamente los ojos. Pensó que si él nunca aceptaba la verdad, sería su culpa. Se dijo que ella lo arruinó todo por no saber mantener la boca cerrada.

Cuando el vehículo todo terreno estaba seguro otra vez y León estaba viniendo a toda prisa a través de la congestionada calle, Nicolás se sentó nuevamente y miró hacia la taberna.

—Claro que sí —le dijo al chofer—, ahora el personal médico de emergencia está sacando una camilla sobre ruedas. Mira a toda esa gente abriéndose paso a empellones para poder ver algo.

—Sí —contestó el chofer—. Casi igual a lo que nosotros estamos haciendo.

En ese momento, León regresó corriendo al carro, se subió y tomó asiento jadeando por el esfuerzo que había hecho.

—¡Ayayay! —Fortunato exclamó—. El rostro y la cabeza del cuerpo estaban cubiertos, pero definitivamente era Planchet.

—¿En serio? —Nicolás preguntó, haciendo una señal para que el chofer cerrara la ventana a prueba de sonido entre el asiento delantero y el de atrás.

—Lo siento —dijo León mientras el chofer les conducía fuera del lugar.

—No te lamentes —replicó Nicolás—. Esta es toda la provocación que necesito.

—Pero Ricardo era tu amigo —Fortunato añadió.

—Ni tanto. Escúchame, León, tú puedes hacer el trabajo que Ricardo hacía, pero aún de mejor manera. Él acaba de hacerme el favor más grande que jamás pudo haberme hecho.

—Eres un hombre frío, Nicolás Carpatia —comentó León, con gran sorpresa—. Creo que eres aún más desalmado y despiadado que yo.

Nicolás le dio una amplia sonrisa y León sacudió la mano.

Tal como se lo habían dicho, Raimundo encontró a los dos miembros de la CIA esperándole al final de la pasarela de llegada en el Aeropuerto Internacional Reagan. Los dos hombres lucían sombríos, pero fueron amables y cordiales. Le preguntaron si quería ir a dar una vuelta o si necesitaba algo antes de ir a las oficinas principales.

—Si no les importa, preferiría ir a la reunión.

—Nos han asignado para que le demos un tour de las oficinas, para cuando terminemos de hacerlo, todos estarán reunidos. La reunión se va a realizar en el auditorio.

—¿En serio? ¿Cuántos asistirán?

—Bueno, no todos los seiscientos cincuenta asientos estarán ocupados —contestó uno de ellos riendo—. No, habrá menos de diez personas. Creo que solo quieren asegurarse de que la reunión pase tan desapercibida como sea posible.

—¿Tienen que preocuparse de eso hasta en la misma CIA?

—Usted no tiene ni idea.

—Nicolás, no puedes estar hablando en serio —dijo León. Se encontraban en la oficina de la mansión de Carpatia—. No se venga la muerte de un soldado raso, matando al general.

—¿No se lo hace?

—No.

—Tal vez tú no lo hagas, pero yo sí. Nunca he seguido procedimientos comunes y corrientes, León. Ahora bien, ¿tienes acceso al personal que necesito o no?

—Desde luego que sí. Es solo que tengo que pensar acerca de este asunto. ¿Ni siquiera le has avisado a la señorita Ivins que su viejo amigo y mentor está muerto y ya quieres asesinar a un líder político?

—¿Acaso importa el orden en que se hagan estas cosas? Si crees que es tan importante que le avisemos a tía Viv lo que sucedió, hazla venir.

Los dos miembros de la CIA llegaron al complejo en el que se encontraban las oficinas de esta y desde el carro comenzaron a darle el tour. Le mencionaron a Raimundo acerca de las casi doscientos sesenta hectáreas de terreno y de los casi ochocientos mil metros cuadrados de espacio ocupados en los edificios. Le llevaron del edificio original de cemento armado prefabricado hasta el más nuevo anexo de vidrio y acero —construido hace varias décadas— y le mostraron las torres gemelas de seis pisos de altura y el edificio principal de cuatro pisos de altura.

Lo que más le impresionó a Raimundo fue que todo el complejo se asemejaba a unos predios universitarios. También le pareció interesante ver, por fin, el inmenso sello de la CIA grabado en el piso del vestíbulo principal.

Sin embargo, lo más impactante fue algo que le hizo detenerse y fijar su mirada. Se dio cuenta que los dos hombres se estaban mirando entre ellos, pero Raimundo no podía quitar su mirada de la inscripción en la pared. Si alguna vez había

tenido la sensación de que alguien estaba tratando de decirle algo, era ahora.

La inscripción decía: «"Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres." Juan VIII: XXXII».

TREINTA

VIV ESTABA TEMBLANDO cuando tomó asiento.

—Algo le ha sucedido a Ricardo —dijo ella—, sé que así es. ¿Qué más iba yo a pensar, cuando al llegar ustedes vinieron directamente hasta aquí?

—Supones bien, tía Viv —aseveró Nicolás—. Lo asesinaron.

—¡Ay, no! Ay no, no, no.

—No te preocupes, Viv. Tomaremos venganza y al más alto nivel.

—¡No, no, no!

—No me estás escuchando, tiíta. Haremos que Tismaneanu se arrepienta por esto y nos aseguraremos la elección.

—¿Acaso no tienes corazón? —Viv dijo, frunciéndole el ceño—. ¿Acaso lo que quiera que tengas planeado hará que regrese mi querido amigo, mi maestro?

—¿Acaso no eres una adulta? —Nicolás le preguntó, después de dar una mirada a León y de volverse a mirarla otra vez—. ¿Cuándo has oído que alguien haya regresado de entre los muertos? Ricardo Planchet no regresará jamás. Mientras más pronto aceptes esa realidad, será mejor. Ahora debemos sacar el máximo de provecho a la situación y lo mejor será el resultado que obtendremos de lo que esto nos ha dado carta blanca para hacer.

—¿Es eso en lo único que piensas, Nicolás? ¿Qué es lo que más provecho te dará?

—¿En qué más piensa una persona? —Nicolás respondió

sin inmutarse—. Lo que me da más provecho, será lo que dé más provecho a Rumania y a Europa y al mundo.

—¡Tu ego no conoce límites! —dijo ella, llorando desconsoladamente.

—Ten cuidado, tía Viv. Recuerda con quién estás hablando.

Ella se sentó sacudiendo la cabeza.

—Di algo, León —dijo Nicolás—. Yo no puedo consolar a una mujer loca.

—¡No soy una loca! ¡Estoy sufriendo! ¿No puedes entenderlo?

León se puso de pie y se acercó hacia ella, se arrodilló y le puso una mano en el hombro.

—Siento muchísimo la muerte de Ricardo, señorita Ivins. Él fue un verdadero amigo y un empleado leal y sé cuanto se estimaban ustedes dos. Nada de lo que yo diga o haga puede enmendar lo que sucedió, pero tenga por seguro que esto también me preocupa y me duele mucho.

Nicolás se quedó atónito al ver el cambio en la actitud de Viv. Ella se limpió la cara y comenzó a asentir.

—Muchísimas gracias, señor Fortunato, por sus palabras tan gentiles —susurró ella—. Desde luego que voy a querer estar a cargo del funeral del señor Planchet. Obviamente, invitaré a sus muchos amigos y familiares.

—Claro que sí —León se dio vuelta para ver a Nicolás—. Pienso que la señorita Ivins es la persona indicada para encargarse de la ceremonia, señor Carpatia. ¿No le parece?

—¿Mm . . . ? —Nicolás murmuró, levantando la mirada de las notas que había estado tomando—. Espera un momento « . . . tenga por seguro que esto también me preocupa y me duele mucho». Muy bien dicho, León. Muy bien. Bien, entonces, ¿qué me estabas diciendo?

—Estoy sugiriendo que aceptes el ofrecimiento de la señorita Ivins para hacerse cargo del funeral del señor Planchet.

—Ah, bueno, claro que sí. Además, Viv, para demostrarte mi preocupación y darte mis condolencias, creo que

te sentirás mucho mejor una vez que Emil Tismaneanu esté muerto.

Viv se puso de pie, miró fijamente a Nicolás, y salió de la habitación.

Cuando ella se había ido, él se encogió de hombros.

—León, en este mundo hay gente a la que simplemente no se puede complacer.

Los dos miembros de la CIA guiaron a Raimundo a través de varias esculturas y otras piezas de arte en el edificio principal, en los jardines y en otro par de pisos más. Finalmente, lo llevaron por un túnel hasta el auditorio —en forma de un domo— el cual estaba conectado al edificio original.

—¿Qué son esos grandes anillos de yeso? —Raimundo preguntó, levantando la mirada hacia la parte superior del interior del domo.

—En parte sirven para el sonido y en parte por estética —respondió uno de ellos, impresionando a Raimundo con la acústica—. Pero mire esto.

Uno de ellos oprimió un botón y una pantalla para proyección emergió del piso.

—La dejaremos ahí —dijo él—, ya que el coordinador de la reunión quiere usarla hoy día.

Una puerta lateral se abrió y tres hombres, usando trajes, y tres más, luciendo uniformes militares, entraron. El coordinador de la reunión se presentó como Jack Graham y rápidamente presentó a los demás; pronto Raimundo se sintió perdido entre tantos nombres y sus cargos oficiales. Solamente Graham trabajaba para la CIA. Dos de los asistentes pertenecían al Departamento de Defensa y los tres con uniformes eran de varias ramas de servicio a órdenes de los Jefes de Estado Mayor Conjunto.

Todos saludaron formalmente a Raimundo, diciendo su nombre, dándole la mano y agradeciéndole por haber venido. Graham llevó a todos hacia las dos primeras filas de asientos;

él se puso frente a ellos, con sus rodillas sobre uno de los asientos de la primera fila. Raimundo se dio cuenta que los dos hombres que le habían recibido al comienzo habían desaparecido.

—Tenemos un problema —Graham dijo para comenzar— y, capitán Steele, esperamos que usted pueda darnos una guía. Entendemos que su experiencia militar es limitada y que usted no es un experto en armas o en antiterrorismo.

—Eso es correcto —replicó Raimundo.

—Usted está aquí como representante de cada piloto comercial de este país. No esperamos que nos dé consejos de su experiencia técnica, sino que más bien queremos que nos asista dándonos su opinión acerca de cuál sería la posible reacción de sus colegas ante nuestro dilema. Un viejo problema ha vuelto a surgir y pudiera ser un desastre si no hacemos algo al respecto.

—¿Puedo darte un consejo, Nicolás? —León le preguntó.

—¿Acaso no lo haces siempre?

—Sí, pero no quiero ser demasiado crítico y, ciertamente, no quiero ofenderte. Simplemente quiero que seas el mejor líder que puedas ser. «He enganchado mi vagón a tu estrella».

—¿Qué dijiste?

—Emerson.

—¿Quién? ¿El poeta?

—Olvídalo. Solo quiero decir que quiero servirte por mucho tiempo y de la mejor manera posible, Nicolás. Tus intentos para pretender ser humilde están mejorando mucho y te he visto arrasar multitudes con tu nueva técnica.

—No es fácil, León. Como bien sabes, . . .

—Sí, ya sé que tienes muy poco por lo cual debas ser humilde, pero tu falta de compasión y empatía son casi inhumanas.

—Tal vez no soy humano. ¿Has considerado esa posibilidad?

—De hecho, sí la he considerado, pero la verdad es que tu fuiste el producto de semen y óvulo, naciste de una mujer fertilizada por un hombre.

—Dos hombres.

—Muy bien. Digamos que fuiste el primero, pero no el último, de una generación híbrida. Entonces, se puede decir que tú sí eres completamente humano.

—¿Y eso qué importa?

—Así que debes actuar como tal. Le dices a tu tía que uno de sus mejores amigos murió horriblemente asesinado, tal como ella lo había temido, y luego te sorprendes al ver su reacción de estupor y dolor . . . eso simplemente no es comportamiento humano. ¿Acaso no sentiste compasión por ella?

—No.

—Por lo menos eres honesto.

—O por lo menos directo. Tú me hiciste la pregunta.

—Sí la hice y ahora te estoy diciendo que por lo menos tienes que asumir una actitud de empatía, la habilidad de ponerse en el lugar de otra persona y percibir lo que esta siente.

—¿Acaso no me viste tomando notas?

—Sí, ¿por qué lo estabas haciendo, Nicolás?

—No ignoro del todo la situación, León. Reconozco que, con esa pequeña actuación tuya, lograste un gran resultado y no me importa decirte que pienso imitarla la próxima vez.

—No fue una actuación.

—¿No fue una actuación? ¿Acaso verdaderamente te preocupaste por una mujer a la que apenas conoces? ¿Por una mujer que preferiría que tú no estuvieras aquí, ni que fueras mi consejero de confianza?

—Sí y además puedo tenerle empatía en ese sentido. Al principio tuve celos y resentimiento en contra de Ricardo, pero más tarde fue evidente que tú no le apreciabas tanto que se diga, así que yo ya no me preocupé más por el asunto.

—¿No sientes lo mismo en contra de tía Viv?

—¿Celos de ella? ¿Inseguro debido a su presencia? No. Ella es una mujer. Tú, obviamente, relegas a las mujeres a un segundo plano, una rara cualidad que admiro hoy en día. Ella contribuye con sus únicas cualidades sólidas y sus dones y, por mi parte, estoy feliz de no tener que contribuir de la misma manera.

—Te gusta ser mi asesor principal.

—Exactamente.

—¿Lo ves? —Nicolás añadió—. Como te dije, no ignoro del todo la situación. Ahora, ¿hemos ya terminado con esta pequeña lección acerca de la vida? ¿Podemos proseguir con los planes para definir la suerte de mi rival?

—Usted está aquí, capitán Steele, porque algunos de nosotros hemos estado muy impresionados con la manera en la que realiza su trabajo, inclusive cuando está bajo mucha presión, en medio de una crisis, o ante la prensa. Díganos si nos equivocamos, pero nos gustaría pensar que usted tiene la habilidad de mantener algo en secreto y de ser discreto.

—Me permito estar de acuerdo con su juicio.

—Nuestro problema es que nuevamente han surgido los misiles portátiles en el mercado contrabandistas.

—Los mismos que son capaces de derribar a un avión comercial —añadió Raimundo—, especialmente durante el despegue o el aterrizaje.

—Exactamente. Acaba de responder como si ya hubiera estado pensando en el asunto.

—De hecho, esto es algo de lo que se habla entre nosotros, los pilotos. Todos estamos nerviosos al respecto. A pesar del agente de seguridad aérea que de vez en cuando nos acompaña a bordo y de las medidas de seguridad implementadas: puertas de doble ancho, sofisticados sistemas de cerraduras y nuevos procedimientos secretos; todos sabemos que nuestra seguridad ya no está garantizada.

—¿Diría usted que un misil disparado personalmente,

desde el suelo hacia el aire, está entre las máximas preocupaciones de un piloto?

—Bueno, por un lado —respondió Raimundo, inclinando la cabeza hacia un lado—, según lo que sabemos, nunca se ha dado un ataque de tal naturaleza en nuestro espacio aéreo. A menos que ustedes sepan algo que yo no sepa.

—Hemos sospechados que se han dado unos pocos de estos ataques, pero sin tener una evidencia fidedigna, no habría sido sabio alarmar al público.

—O a los pilotos —añadió Raimundo.

—Precisamente. El problema, capitán, es que hemos sabido de más de este tipo de armas emergiendo en los centros de contrabando comúnmente sospechosos alrededor del mundo. Unas pocas han sido vendidas a compradores encubiertos y un número limitado ha sido confiscado en redadas y operaciones policiales. Sin embargo, estamos preocupados acerca de una proliferación aún mayor. Las meras cantidades acerca de las cuales tenemos conocimiento hacen que el control de estas armas sea inalcanzable y un ataque o ataques casi inevitables.

—No estaba preparado para escuchar algo semejante hoy día —dijo Raimundo sacudiendo la cabeza—. Me atrevo a decir que mi perspectiva será diferente cuando esté en la cabina, de regreso a casa. Si se están preguntando si esto causará un impacto en la forma de pensar de los pilotos, están en lo cierto. No obstante, no creo que me hayan traído hasta aquí solo para confirmar algo tan obvio.

—No —dijo Graham—. Lo que realmente nos gustaría es que nos dé su parecer en cuanto a algunas de nuestras ideas estratégicas, o maneras en las que esperamos poder contrarrestar el peligro que estas armas representan. Queremos ver qué piensa usted acerca de su costo y de su complejidad y que nos diga, de la mejor manera que pueda, cuál piensa que sería la reacción de sus colegas.

—Sí —dijo otro de los militares—. Preferiríamos presentar a los demás pilotos, el problema y la solución al mismo

tiempo. La solución no es barata. Tampoco le costaría ni un centavo al piloto.

—Excepto que si las tarifas para los pasajeros suben, específicamente para contrarrestar dicho costo, el cual me imagino llegará a los billones, entonces mis colegas y yo no recibiríamos los aumentos apropiados durante un buen tiempo.

Los hombres asintieron.

—Eso, sin mencionar —Raimundo continuó— que si la solución que ustedes proponen tiene algo que ver con adaptar armas, de algún modo, a los aviones comerciales, entonces dejaremos de ser comerciales, ¿verdad? Otra vez seríamos pilotos militares, piloteando aviones de combate que serían pesados y lentos.

—Acaba de leer nuestras mentes, capitán, pero francamente no tenemos otra alternativa. Como usted sabe, desde hacia un tiempo, Israel ya ha equipado ciertos aviones civiles con sistemas de alerta de misiles. Jordania es ahora el líder en esa tecnología.

—Además —replicó Raimundo asintiendo—, algunos de esos pilotos también tienen la capacidad de disparar bengalas u otros dispositivos incendiarios, para tratar de desviar de su blanco a un misil teledirigido de calor, ¿verdad?

Los hombres se miraron entre sí y Raimundo tuvo la esperanza de detectar algo favorable por haber sabido algo al respecto.

—El mayor problema —dijo uno de ellos—, es que tendremos que equipar con dichos sistemas a todos y cada uno de los más de ocho mil aviones de este país. Eso nos costaría alrededor de quince billones de dólares, aparte de los más de dos billones anuales para mantener un sistema que hemos comprobado que funcionará con los B-52, pero . .

—¿Entonces ustedes quieren saber lo que mis compañeros y compañeras pilotos pensarán de la seguridad y de la ética del asunto?

TREINTA Y UNO

JACK GRAHAM sacó un aparato de su bolsillo y lo apuntó hacia la pantalla gigante detrás de él. Enseguida se vio la imagen de un joven del Medio Oriente, de rostro lampiño, usando botas de combate, pantalones cortos caqui de soldado, una camisa holgada militar y un turbante.

Parecía tener unos veinte años de edad, tenía la piel oscura, ojos negros y su cabello negro sobresalía por debajo del turbante. Raimundo pensó que los ojos del joven eran muy expresivos. Se podía ver que este era un hombre inteligente, conocedor y serio.

—Abdula Ababneh —dijo Jack Graham—. Un piloto jordano de combate y amigo de los Estados Unidos. Enemigo de los terroristas. Ababneh es prácticamente un recién casado, se casó hace menos de tres años, tiene dos hijos: un niño pequeño y una bebé. Es musulmán.

—Estudió en la Universidad Mu'tah en Karak, la sección militar. Es un experto en municiones y armas. Tiene un coeficiente intelectual sumamente alto. Cuando digo que es amigo de los Estado Unidos, me refiero a que lo es en todo el sentido de la palabra. Ha estudiado fielmente nuestro país y le gusta tanto que insiste en hablar en inglés casi todo el tiempo. Sus compañeros le apodaron «Smith» porque, según ellos dicen y a pesar de su marcado acento, él es más estadounidense que jordano. Le encantó su sobrenombre y ahora lo usa siempre.

—Capitán Steele, nos gustaría que lo conozca. Valoramos los vínculos con países que tienen nuestra misma perspectiva en cuanto a las amenazas terroristas y están dispuestos a cooperar en nuestra lucha en contra de ellas. Tenemos suficientes

diplomáticos y contactos a altos niveles militares y del gobierno. Lo que nos gustaría es una relación informal basada en un interés común, tal como la aviación. ¿Estaría dispuesto a hacerlo?

Raimundo no supo qué pensar. ¿Si estaría dispuesto a hacer qué? ¿Reunirse con un piloto de combate jordano? Desde luego, ¿por qué no? Pero, ¿cuándo y dónde lo haría? ¿Con qué propósito? Les hizo todas estas preguntas.

—Le enviaremos a Jordania. Los dos pasarán uno o dos días conociéndose, compartiendo estrategias e ideas y luego regresara para reunirse con nosotros para darnos su reporte y para recibir más instrucciones.

—Díganme otra vez —insistió Raimundo—, ¿por qué quieren que sea yo quien lo haga?

Con el diminuto rostro jordano por encima de ellos, Graham se sentó frente a Raimundo.

—Ababneh, o mejor dicho Smith, tiene muchas ideas que ofrecer, según dicen sus superiores. Sabe mucho, considera cada detalle y es claramente el mejor piloto que tienen. El problema es que es muy reservado y, aparentemente, demasiado tímido. Se desenvuelve mejor tratando a una persona de manera individual y cuando ha llegado a confiar en la misma. Entonces se convierte en una fuente de información.

—Le han puesto en situaciones incómodas con dignatarios, diplomáticos y funcionarios de ese tipo. Smith se intimida. No queremos que usted finja ni pretenda, solo queremos ver si usted puede convertirse en su amigo. Sin embargo, hay que tener presente que su misión tomará algún tiempo y que el terrorismo no opera según nuestro calendario. Si este hombre tiene tantas ideas e información para ofrecer, tal como lo creemos, necesitamos comenzar a sacárselas. ¿Está usted dispuesto? Si la respuesta es afirmativa, ¿cuándo puede ir?

Dos días antes de las elecciones parlamentarias rumanas, Emil Tismaneanu, su esposa, su chofer y uno de sus guardaes-

paldas murieron cuando su automóvil explotó en el instante en que lo iban poner en marcha.

Nicolás estaba de pie en su oficina, mirando las noticias del suceso en su televisión enmarcada en la pared.

—¡Sí! —Nicolás gritó, sacudiendo sus puños frente a sí y temblando de la emoción.

Los teléfonos comenzaron a sonar, así que corrió a darse una ducha y a ponerse su traje más conservador y más costoso. Media hora después, la gente de la prensa invadió la entrada de su mansión y Nicolás dio instrucciones a León Fortunato para que les informara que, dentro de diez minutos, haría una declaración pero que no respondería ninguna pregunta.

Exactamente diez minutos más tarde, Nicolás apareció y se dirigió hasta una tarima improvisada en la que había cerca de una docena de micrófonos. Dirigió su mirada hacia una multitud de cámaras. Con una expresión sombría y con su garganta emitiendo un tono de sufrimiento, se inclinó hacia los micrófonos.

—Tengo un mensaje para la gente de Rumania y específicamente para los ciudadanos de Bucarest. Hoy día, nuestra nación ha sufrido una gran pérdida y yo he perdido un querido amigo. Naturalmente, hago un llamado para que nuestro gobierno y cada agencia que corresponda monten una exhaustiva investigación y que juzgue a los cobardes que perpetraron este despreciable crimen.

—Esta ha sido una campaña sumamente difícil, ya que aunque Emil y yo . . . —en este momento, Carpatia hizo una pausa y se mordió el labio, aparentando tener dificultad para continuar— . . . no estábamos de acuerdo en los asuntos políticos más triviales, nosotros éramos como hermanos. Muchos de ustedes no saben que mutuamente nos prometimos darnos apoyo total, sin importar quien ganara, y hubiéramos laborado juntos para el bien del pueblo. . . . El ganador lo hubiera hecho desde la Cámara del Parlamento y el perdedor hubiera hecho su labor entre bastidores.

—Aunque las recientes encuestas mostraban que yo llevaba la delantera, fui muy sincero en mi promesa de apoyar a mi «estimado rival», si alguna vez llegaba a presentar su candidatura para la presidencia —al buen entendedor pocas palabras.

—Y ahora, aunque no tengo la capacidad oficial para llevar a cabo lo siguiente, insto al gobierno de Rumania a que posponga esta elección, a fin de dar tiempo suficiente para que un representante de las opiniones de Emil organice una campaña. Si esto fuera imposible, prometo aquí y ahora, en honor a mi querido amigo, que retiraré mi candidatura para permitir que el pueblo elija a su propio representante.

—Debido a mi gran dolor, he perdido el ímpetu necesario para continuar con mi campaña. Así que si esta elección no puede ser pospuesta, como consecuencia, retiro mi candidatura y animo al pueblo a que nombre a sus propios candidatos. Prometo que reconoceré la voluntad del pueblo.

—Con su debido respeto, he solicitado que en esta ocasión no se me hagan preguntas y pido, además, que la prensa y el público en general me concedan una breve temporada de duelo por la pérdida que acabo de sufrir. Gracias.

Irene estaba furiosa, pero también estaba decidida a no hacerlo evidente. Quería gritar, tirar cosas, exigir que Raimundo cambiara su decisión.

—Esa es la primera vez que has tenido tantos días libres en dos años e ibas a llevarnos a Disney World.

—Ya lo sé, Irene. Sin embargo, cuando te piden que hagas algo por tu país, no te parece que es deber de uno . . .

—Tu deber está aquí, con estos niños. Te necesitamos, Raim. Necesitamos pasar tiempo contigo. ¿Acaso no te das cuenta que la familia se está resquebrajando del mismo modo en que la relación entre tú y yo lo ha hecho? Yo también necesito este tiempo. Seguramente debe haber otra gente que pueda llevar a cabo esta misión.

—Tal vez la haya, pero ellos me escogieron a mí y eso es un honor.

—Es un honor para *ti*, Raimundo, pero si de verdad creen que eres indispensable para esta misión, déjales que se pongan de acuerdo con Pan-Con para que vayas en otro momento. No deberías ir en tus días de vacaciones.

—Les dije que iría y les dije cuando lo haría.

Cuando Nicolás regresó, León estaba esperándole en su oficina. Carpatia aún llevaba en su rostro la expresión fingida de dolor y la mantuvo hasta después de que entró y cerró la puerta. Entonces los dos se abrazaron, chocaron sus manos y se rieron a hurtadillas.

—¡Eso! —León dijo, sacudiendo la cabeza—. Eso fue genial.

—¿Piensas que les convencí?

—¿Si les convenciste? ¡Casi me convenciste a *mí*! —Los dos se echaron a reír otra vez—. Veamos las noticias —añadió León.

En cada canal, los expertos hablaban acerca de la tragedia y de la conmovedora respuesta por parte del favorito en las elecciones. Desde ya, los más experimentados periodistas decían en sus redacciones que la elección no debería ser pospuesta, que Carpatia no debería retirar su candidatura y que el país lo necesitaba más que nunca.

—León, envía de inmediato ese comunicado de prensa —ordenó Nicolás—. Reafirma que estoy resuelto en mi decisión de retirarme. No estoy eludiendo mis obligaciones, sino que estoy de duelo y que me someto a la voluntad del pueblo.

Nicolás se sentó en el suelo, cambiando canales, absorbiendo cada elogio y halago. Mientras tanto, León estaba sentado en el escritorio de Nicolás, redactando y transmitiendo la respuesta a los medios de prensa. A Nicolás le hizo gracia ver a Fortunato —cuando terminó su tarea— venir a sentarse junto a él en el suelo, su ancho cuerpo esforzándose por acomodarse dentro de su traje.

Los dos permanecieron sentados, mirando las noticias hasta que fueron interrumpidos por un toque urgente de la puerta.

—¿Nicolás? —Viv dijo desde el otro lado de la puerta—. Tengo que hablar contigo.

Nicolás miró a León y asintió y este se puso de pie con dificultad y abrió la puerta.

—Luciana Tismaneanu viene para acá —dijo Viv, mirando a Nicolás e ignorando a Fortunato—, insiste en hablar contigo.

—Bien—, replicó Carpatia—. León, esta será la verdadera prueba. Asegúrate de que esté sola y hazla pasar por los detectores de metal que están escondidos en los pilares del pórtico sur. Si viene con su prometido, hazlo esperar afuera. Dile que no estoy en condiciones de ver a nadie más, especialmente a alguien a quien no conozco. Ah, León, si solo pudiera ganármela . . .

—¿Han estado esperando con muchas ansias nuestras vacaciones, niños? —Raimundo preguntó durante la cena.

—Claro que sí —contestó Cloé—. No he ido a Disney World desde que tenía la edad de Raimundito.

—¡Disney! ¡Mickey! —Raimundito gritó.

Cuando Raimundo les dio la noticia de que no irían, fue evidente que Raimundito no entendió. Irene interrumpió, dándole una alternativa, prometiéndole que le llevaría al parque de diversiones del vecindario, donde le encantaba ir en el trencito y en el carrusel. Pronto, el pequeño estuvo balbuceando acerca de eso. Por su lado, Raimundo estudiaba a Cloé, tratando de ver su verdadera reacción.

—Quería ir, pero esto es chévere —replicó ella, encogiéndose de hombros—. ¿El gobierno quiere que vayas en esa misión?

—El inconveniente es —añadió él, asintiendo—, que esto es confidencial. Así que nadie puede enterarse.

—¿No puedo contárselo a mis amigos? ¿Qué debo decirles en cuanto a que no vamos a Disney?

—Échame la culpa a mí —dijo Raimundo—, pero no les des ningún detalle. Diles que mi horario de trabajo cambió, que me obligaron a trabajar, que no se pudo hacer nada al respecto.

Nicolás Carpatia, luciendo el mismo traje elegante que había usado frente a las cámaras, se sentó en su escritorio, con su rostro entre sus manos. La chaqueta de su traje estaba acomodada sobre el espaldar de su silla, se había aflojado su corbata y tenía desabotonado el primer botón de su camisa.

En el momento en que hicieron pasar a Luciana Tismaneanu, él se puso de pie rápidamente, se quitó las lágrimas del rostro y se limpió las manos en sus pantalones. Se acercó un tanto tambaleante hacia la joven mujer.

—¡Ah, señorita Tismaneanu! Siento muchísimo la muerte de su padre. Reciba mis más profundas . . .

—Puede dejar su *piesă de teatru* —replicó ella, erigiéndose y rechazando su abrazo.

—¡Ah, señorita! —Nicolás exclamó, vertiendo aún más lágrimas—. Este no es un acto teatral ni de histrionismo. Estoy destrozado y solo puedo imaginarme su dolor. Emil fue un gran hombre y, me imagino, un gran padre.

—Mis padres no fueron perfectos, señor Carpatia, pero fueron mis padres y nos quisimos mucho.

—Por favor, tome asiento. Por favor.

—Mi prometido está esperándome afuera. No le quitaré mucho tiempo.

—Tome el tiempo que necesite, mi estimada señorita. No tengo ninguna otra prioridad.

—Dígame que no es verdad, señor —dijo ella después de sentarse—. Dígame que usted no me usó, que no me fotografió solamente para vengarse de mi padre.

—¿De qué está hablando? —Nicolás replicó, pretendiendo lo mejor que pudo, no saber nada del asunto.

—La gente de mi padre me dice que usted me engañó, con el pretexto de planear la fiesta sorpresa para mi padre, y que me trajo hasta aquí solo para mostrarle una fotografía mía visitándole a usted a altas horas de la noche. Las implicaciones son abominables y . . .

—¡Nunca! Nunca, nunca, nunca. La verdad es, señorita Tismaneanu, y si usted no hubiera tocado el tema, yo jamás se lo hubiera mencionado, que fue su padre quien me mostró a *mí* una fotografía suya. La fotografía fue tomada por la gente de él mismo. Ellos estaban tratando de perjudicar mi reputación, alegando que tengo damas que me visitan cada noche. Obviamente, eso no es verdad. Así que la noche que ellos eligieron para intentar obtener su «evidencia», no se dieron cuenta que yo tenía una visitante legítima, que era usted.

—No le creo.

—Luciana, escúcheme. ¿Para qué iba yo a necesitar una fotografía suya? Mis cámaras de seguridad funcionan durante las veinticuatro horas del día. Además, el momento en que su padre vio que se trataba de usted en la fotografía, él ya sabía por qué había venido a visitarme. Quienquiera que esté poniendo estas sospechas en su mente no es un amigo. ¿Por qué no pueden dejarle que simplemente lleve su duelo, sin hacerla enojar y sin empujarla para que culpe a quienes somos inocentes?

—Luciana —continuó Nicolás— si yo hubiera cometido este crimen, si yo estuviera implicado en esta tragedia, ¿por qué estaría retirando mi candidatura? ¿Qué hubiera yo ganado con semejante atrocidad? Estoy profundamente herido, en primer lugar por la pérdida de mi amigo, su padre, y en segundo lugar, porque alguien ha tratado de engañarla.

TREINTA Y DOS

RAIMUNDO ESTABA CERCA de alcanzar la antigüedad requerida para pilotear rutas internacionales para Pan-Con, así que disfrutó mucho cuando le llevaron a Jordania a bordo de un transportador supersónico de la Fuerza Aérea Estadounidense. Al atravesar el océano a una velocidad increíble, se imaginó piloteando un 747 desde un continente a otro.

Le pareció propicio que, cuando él llegó, Abdula «Smith» Ababneh, estuviera ausente cumpliendo una misión, ya que necesitaba dormir para recuperarse del desfase de horario debido al largo viaje. Se hospedó, gracias a la cortesía del gobierno estadounidense, en el lujoso hotel Cuatro Estaciones. Tuvo tiempo para caminar por los alrededores de Amman, la ciudad capital, y de familiarizarse un poco con esta. También visitó el Anfiteatro Romano y La Citadel, pero desistió de visitar la Destilería Águila. Eso solo le haría que tuviera sed de cosas que no debía beber. Raimundo se había dado cuenta que cuando estaba libre bebía con menos recato que cuando estaba trabajando, así que consideró este viaje como parte de su trabajo.

Tenía casi por seguro que lo estaban observando muy de cerca, y hasta que lo estaban siguiendo. Los agentes federales debieron haber estado muy impresionados con su record personal y experiencia profesional para haberle confiado una misión diplomática de este calibre, pero también estarían dispuestos a asegurarse que su comportamiento fuera intachable y que les hiciera quedar bien.

Raimundo tuvo la sensación —además de estar cerca de

alcanzar esas rutas internacionales— que en su mayor parte ya había logrado llegar a la cima de su carrera profesional. Era un gran aliciente el haber atraído la atención gubernamental y también haber sido incluido en la extensa nómina de pilotos de reserva para el presidente y el vicepresidente. Necesitaba nuevas metas y sueños, así que no los iba a echar a perder solo por el alcohol.

Raimundo tenía que reunirse con Abdula y los supervisores de este, durante la hora del almuerzo, en la Base Aérea de Al Matar en Amman-Marka. Desde su hotel le llevaron a dicho sitio en un jeep de la Fuerza Aérea Jordana, con un conductor que entendía poco inglés. Raimundo no entendió por qué habían enviado un hombre que no hablaba inglés para ayudar a un estadounidense. Se dedicó a evaluar todo, tratando de deducir si sus anfitriones estaban contentos de que estuviera visitándoles, o si —de una manera pasiva-agresiva como esta— estaban tratando de darle a entender que no era bienvenido, o de que le consideraban sospechoso. Pensó que lo peor que podía suceder era que los jordanos se sintieran, de cualquier forma, forzados a hospedarle.

Sin embargo, sus temores pronto fueron disipados cuando Raimundo fue guiado hasta una pequeño comedor privado, junto a los demás pilotos de la base aérea. Ahí, cinco hombres se pusieron de inmediato de pie, sonriéndole y al parecer ansiosos de conocerle. Por su fotografía, reconoció a Abdula, y cuando le presentaron a cada uno de los hombres —en orden de rango—, Abdula fue el último.

Se hizo evidente, no obstante, que Abdula era el favorito entre ellos. Cuando él tomaba la palabra o cuando alguien decía algo acerca de él, los demás le daban miradas radiantes. Parecía que él era el corazón de la fiesta y el centro de atención, por lo que Raimundo llegó a dudar que su reputación de hombre tímido y de pocas palabras, era cierta.

Con Raimundo ahí presente, Abdula fue reservado. Los hombres hablaban un inglés aceptable y tenían muchas preguntas para Raimundo, muchas de ellas de carácter personal.

El oficial en comando hizo hincapié en las similitudes entre Raimundo y Smith.

—¿Supongo que ya sabe por qué le llamamos «señor Smith»?

—Me lo han dicho.

—Todos se rieron y Abdula, si Raimundo interpretaba correctamente el cambio en su rostro moreno, pareció enrojecerse.

—Es porque le fascina tanto los Estados Unidos que quiere ser estadounidense. Algunos de nosotros creemos que sí lo es y que está aquí disfrazado.

—Así que tienen su propio espía yanqui, ¿ah? —replicó Raimundo y los hombres se rieron.

—Sí, e igual que usted, él también se casó con una mujer de la cual no es merecedor. Además, ustedes dos tienen un hijo y una hija.

—Él será su guía y su intérprete —aseveró el comandante, luego de pedir a Raimundo que se sentara junto a Abdula.

—Pero todos ustedes hablan bien el inglés —dijo Raimundo.

—Mis disculpas. Lo que quise decir es que él le explicará nuestras costumbres y tradiciones. Me parece que esta es su primera visita a Jordania.

—Correcto.

—Entonces Abdula es el indicado para informarle acerca de lo que sucede. Es nuestra costumbre servirnos nuestra comida principal al mediodía, la cual, según entiendo es diferente de la costumbre en su país.

—Es verdad. Nosotros nos servimos nuestra comida principal al fin de la tarde.

—Le hemos preparado un festín. De hecho, hemos traído muchos ayudantes para cocinar y para que nos ayuden a servir.

—Es un honor —dijo Raimundo.

—El placer es nuestro.

Los ojos de Abdula parecieron tomar un brillo inusitado y por fin se atrevió a decir algo.

—Mi misión es llevarte a dar unas cuantas vueltas y piruetas en un F-16, inmediatamente después de que hayas terminado de comer.

—Yo me senté con su prometido hasta que ella regresó —dijo León—. Ella parecía estar menos perturbada que cuando llegó. ¿Piensas que la convenciste?

—No lo sé —contestó Nicolás—. Francamente no me importa. Quiero decir que, obviamente, me gustaría que no se sintiera con toda libertad para hablar mal de mí a mis espaldas, pero ella no representa amenaza alguna. Nadie la escucharía. La verían como a una hija herida, como a la hija que está sufriendo, como a la novia que naturalmente tiene que posponer su boda hasta un momento apropiado después del funeral. Yo debería asistir a las dos ceremonias, ¿no te parece?

—¿Al funeral y a la boda? Desde luego que al primero, pero para la boda necesitarás una invitación y, a menos que te la ganes, no veo como conseguirás una.

—Ves, León, tienes una visión limitada.

—¿Qué dices? ¿Por qué? ¿Acaso piensas que ella te invitará?

—¡No! Eso me sorprendería muchísimo, pero ¿qué harían ella o su gente si me aparezco en medio de la ceremonia? ¿Acaso me echarían? ¿Me escoltarían hasta afuera? Eso causaría un escándalo. Le llevaré un bonito regalo, disfrutaré de la fiesta y brindaré en honor a la novia y al novio.

—No sé de dónde sacas estos planes, pero eres único —comentó Fortunato, dándole una mirada llena de aparente admiración.

—Disfrutaremos de *mansaf* —dijo Abdula—. No solamente es mi plato favorito, es el favorito de casi todos. Eso comprueba que tengo sangre jordana, pero por favor llámame Smith.

La comida comenzó con unos aperitivos, los cuales Abdula dijo se llamaban *Mazza*. Estos consistieron de una variedad de bocadillos fríos y calientes, que solos pudieron haber sido servidos como el plato principal. Luego les pasaron ensaladas y montones de pan, el cual podía ser servido solo o remojado en una de las muchas salsas. Solamente el aroma satisfizo a Raimundo, pero Abdula le aseguró que apenas habían comenzado.

Cuando trajeron el plato principal, Raimundo vio una gran cantidad de arroz, como nunca antes la había visto. Lo sirvieron en tazones cargados y calientes. El *mansaf* resultó ser carne de cordero, sazonada con hierbas y especerías suaves, cocinado en yogurt y acompañado con arroz. Raimundo se había preguntado si la comida aquí le parecería demasiado exótica, pero esto nunca lo olvidaría.

Se había llenado solo con el pan y el arroz ya resultó ser demasiado. Aún faltaban por servirse los postres y cuando él finalmente acabó con estos —incluyendo *baklava* y *katayeff*— el fuerte aroma del café emanó de la cocina.

—Aquí hay otro aroma que no detecto en el café estadounidense —afirmó Raimundo.

—Son las semillas de cardamomo. Te gustarán —explicó Abdula con una sonrisa.

El café fue vertido desde unas teteras de cobre con asas largas. Raimundo se sorprendió al ver que solo unas cuantas gotas caían en cada taza. Cometió el error de bebérselo de un solo sorbo. Los hombres se rieron cuando lo digirió todo y se despertó. Cada vez que se lo tomaba, le volvían a llenar la taza, pero pronto se dio cuenta que los demás —cuando ya habían bebido lo suficiente— volteaban la taza de lado a lado. Raimundo no sabía si era el cardamomo o la cafeína, pero algo le había puesto bastante alerta.

Raimundo sintió un «agradable dolor» y sabía que sus anfitriones debían sentir lo mismo. Todos se sentaron, reclinándose y tocándose sus estómagos mientras continuaban charlando. Todos, excepto Abdula, el más pequeño y delgado

de ellos, quien también había comido bastante, pero no tanto como lo habían hecho Raimundo y los demás.

Mientras limpiaban la mesa, se oyó por toda la base un grito fuerte y lastimero procedente de los altoparlantes. De inmediato, los hombres se pusieron de pie.

—Llegó el momento para el *Saalah* del mediodía —dijo Abdula—. Desde luego que no esperan que tú participes y a mí me han dado permiso para que te lo explique.

—¿El *Saalah*? —Raimundo le preguntó.

—Nuestro ritual de oración. Lo hacemos cinco veces al día y cuando podemos, primero nos bañamos y luego vamos a una mezquita. La gente que tiene ocupaciones inusuales, como nosotros por ejemplo, está en libertad de realizar el ritual en cualquier sitio que sea posible.

Los hombres fueron deprisa al baño, luego regresaron y de una esquina sacaron unas alfombrillas, sobre las que se arrodillaron ante una ventana, mirando en dirección a la Meca.

—Lo que acaba de oír, capitán Steele, fue el *ezan*, el cual es dado por el *muecín*, ordenándonos a que oremos.

—Suena como una canción larga —dijo Raimundo—. ¿Qué dice?

—Él dice cuatro veces: «Alá es el más grande». Luego dice dos veces: «Doy testimonio de que no hay otro dios más que Alá». Entonces añade dos veces: «Doy testimonio de que Mahoma es el mensajero de Alá». Luego dice dos veces: «Vengan a la oración». Después añade dos veces: «Vengan al bien». Finalmente, dice dos veces: «Alá es el más grande».

—Además, en la llamada de antes del amanecer, el *muecín* añade dos veces: «La oración es mejor que dormir» —luego Abdula añadió susurrando—, francamente, capitán, a veces no estoy seguro que eso sea cierto.

Mientras Raimundo observaba, los hombres se pusieron de pie sobre sus alfombrillas, con las manos sobre sus orejas; luego pusieron la mano derecha sobre la izquierda y las dos sobre el pechos. Entonces hicieron una reverencia, pusieron sus manos sobre sus rodillas y otra vez se pusieron de pie.

Después se postraron totalmente en el suelo, se sentaron y repitieron el ritual. Durante todo este proceso, los hombres murmuraron frases de alabanza a Alá. Finalmente, sentándose nuevamente, se saludaron unos a otros.

—Algunos dicen —explicó Abdula— que este, «Paz a ti y la misericordia de Alá», es un saludo de un musulmán a otro, pero otros dicen que cada uno está hablando a un ángel en cada hombro, el mismo que anota sus buenas y malas obras.

Raimundo no supo por qué, pero esto le pareció demasiado ritualista y deprimente. De varias maneras le recordó de sus propios intentos débiles por practicar su religión: la obligación de ir a la iglesia cuando podía y la culpabilidad que sentía cuando hallaba excusas para no hacerlo.

—Este ritual establecido es tan rígido que en nuestra religión no hay manera de escapar de él —comentó Abdula, confirmando así las sospechas de Raimundo—. El practicante devoto lo hace cinco veces al día, limpiándose a sí mismo y yendo a la mezquita cada vez que le es posible, para así alabar junto a los demás de la congregación.

—¿Y cada vez se bañan antes de realizar el ritual?

—Se llama ablución —respondió Abdula asintiendo— y cada vez que es posible incluye el lavado de la cara, de las manos y a veces del cuerpo entero.

—¿En serio?

—Ah, sí. Si uno está en estado de impureza ceremonial, el libro santo le requiere que se dé un baño completo

—¿Qué pasa si uno no tiene agua a su disposición?

—Entonces uno debe usar arena y tierra.

—¿Y esto se debe hacer cinco veces al día?

—Y eso no es todo —dijo Abdula asintiendo—. Hay muchos más rituales y oraciones, pero el requisito mínimo es cinco veces al día. Hay la oración de temprano por la mañana, la cual puede hacerse entre el amanecer y dos horas más tarde. La oración del mediodía, la cual puede ser hecha en cualquier momento después de que el sol comienza a bajar. La tercera oración comienza enseguida después de la media

tarde. Los calendarios contienen el horario para cada oración, pero de no ser así, uno debe hacer uso de su mejor juicio al respecto.

—La oración de la puesta del sol comienza después de que el sol se ha puesto y se extiende hasta que su brillo en el horizonte desaparece. Entonces, la oración de la noche continúa hasta antes del amanecer.

—¿Cuál es el objetivo de todo esto, si no te ofendo con mi pregunta?

—El musulmán devoto cree que así está haciendo que su día entero sea espiritual, de comienzo a fin y entre las horas restantes —contestó Abdula, encogiéndose de hombros—. Así combina su religión con su vida y cree que esta cimentando sus valores morales sobre una base sólida. Cree que está haciendo de su vida entera un ejercicio espiritual.

—¿Qué crees tú Abdula? ¿Tienes que compensar por no haber hecho esta oración?

—Por favor, prefiero que me llames Smith. Sí, si yo fuera devoto, ahora estaría en deuda de una doble oración —dijo él susurrando—, pero me da vergüenza admitir que no soy tan piadoso. Solo la ablución está llena de tantos requisitos y también de muchas maneras en las que puede ser anulada. Si acaso te preguntas si temo por mi alma mortal . . . sí. Fui criado como musulmán y estoy impregnado de toda la tradición, pero conforme van pasando los años, un dios impersonal y exigente me atrae cada vez menos.

Eso, pensó Raimundo, era algo de lo que él y Abdula iban a tener que hablar mucho. Aunque era algo muy aparte del asunto de su misión, este era uno de los temas universales con los que él podía identificarse. Según su manera de pensar, no importaba cual fuera la religión, pero las muchas demandas le quitaban a esta todo su atractivo.

TREINTA Y TRES

CAMILO WILLIAMS se encontraba sentado en la oficina del decano de Princeton. Se sentía avergonzado y se repetía a sí mismo que esta sería la última vez que se sentiría de esta manera. Se había sentido avergonzado cuando la joven —de la cual había esperado enamorarse— le rechazó. Se había sentido avergonzado cuando su hermano le había regañado por haber llegado retrasado al funeral de su propia madre.

Sin embargo, Desi Burton había estado tratando de darle ánimo y de levantarle la moral, recordándole quién era y todos los dones y habilidades que poseía.

—Hombre, mantén la cabeza en alto. Tú ya eres alguien. Necesitas seguridad para hacer lo que haces y hacerlo bien. Créeme, cuando estoy en la Bolsa en Londres, estaría perdido si me dejara llevar por lo que los británicos piensan de nosotros los galeses, pero yo sé tanto como ellos y voy a competir hombro a hombro con ellos. Tú puedes mostrar respeto y consideración por los más antiguos en el *Global*, pero anda allá con seguridad y confianza en ti mismo.

Ese no era ahora el problema de Camilo. Al descuidar sus estudios, él mismo se había metido en esta crisis. Si bien era cierto, aún podía graduarse aunque no hiciera nada más, pero sus calificaciones bajarían notablemente y no podría —como Desi decía— mantener la cabeza en alto.

—Señor Williams, si se duerme en los laureles y se concentra en sus actividades fuera de esta universidad, no le recomendaré para todos los premios y reconocimientos que

debiera recibir en su graduación —dijo el decano—. Todos sus profesores están preocupados porque está atrasado en sus proyectos finales de estudio independiente. Es verdad que eso no le impedirá que conserve su nuevo gran empleo —de paso, felicitaciones— y tal vez sea algo insignificante cuando se convierta en un afamado periodista. Pero, ¿quién sabe? Tal vez algún día usted regresará acá como el Ex Alumno del Año y dará su discurso en una ceremonia de graduación. Quizás hasta reciba un doctorado honorario. ¿Cómo se sentiría si tuviera que admitir que descuidó sus estudios durantes sus últimas semanas en esta institución?

—No muy bien.

—Desde luego que no. No quiero redundar en esto, se lo digo mientras redundo un poco más, pero imagínese que ya ha estado trabajando durante unos años en el *Global* y que gracias a su prodigioso talento le ofrecen otro empleo aún mejor. ¿Acaso abandonaría todo en el *Global*? ¿Acaso les daría su renuncia y les enviaría sus trabajos por correo hasta que sea su último día allí? Claro que no. Tenga un poco de orgullo propio, señor Williams. Haga que yo me sienta orgulloso de usted. Haga que esta institución se sienta orgullosa de usted. Hágase orgulloso de usted mismo. ¿Lo hará?

Afortunadamente, Abdula había estado bromeando acerca de ir a hacer acrobacias aéreas al mediodía, enseguida después de terminar de comer.

A Raimundo le encantó observar a los hombres más jóvenes dentro y al derredor de estos aviones de varios millones de dólares. Abdula abría y cerraba compuertas, encendía interruptores y chequeaba posiciones, como si él mismo hubiera fabricado la aeronave. Este era un hombre que parecía haber nacido para pilotear estos aviones.

No hicieron ninguna pirueta, pero Abdula parecía gozar al hacer que el F-16 para dos personas fuera a toda velocidad, mientras mostraba a Raimundo su país desde el aire. Para ser

un hombre callado, era sorprendente lo mucho que hablaba al señalar las llanuras orientales del Río Jordán, el Valle de la Gran Grieta al oeste y el lago Tiberio, «el cual tú conoces como Mar de Galilea». Le indicó un área que, según dijo, estaba a más de doscientos metros bajo el nivel del mar y, desde luego, el Mar Muerto, a unos cuatrocientos metros bajo el nivel del mar siendo, por lo tanto, el punto más bajo de la Tierra.

Abdula también sobrevoló la Universidad Aérea Rey Hussein en Mafraq y la Base Aérea de Muwaffaq Salti, «para que no tengas que decir que viniste hasta acá y que ni siquiera las viste desde el aire».

Después, aterrizaron y pasaron un tiempo en la sala de descanso de los pilotos. Hablaron de todo, menos de lo que Raimundo había venido a tratar. Entonces se oyó la breve llamada, resonando otra vez en los altoparlantes, convocando a los fieles para la oración.

Abdula la ignoró a propósito.

—¿Qué productos crees que son los que han hecho que Jordania sea conocida alrededor del mundo? —preguntó él.

—Arena, calor, aceite de olivo, derivados del petróleo —contestó Raimundo—. Claro que solo estoy adivinando.

—Adivinas igual que todos los occidentales. Ellos asumen que todos nosotros somos beduinos, que usamos sandalias y que vivimos en tiendas de campaña. ¿Te sorprendería saber que también exportamos jabón, cigarrillos, fosfato, papel, vidrio, medicinas y hasta telas?

—Sí eso me sorprendería.

—Lo sabía. Amo a los Estados Unidos, pero también soy celoso de la reputación de mi propio país.

—Eso es digno de admiración, pero háblame acerca del asunto musulmán, Smith. Tú eres musulmán, pero no eres, ¿cómo dijiste? ¿Devoto?

—Piadoso.

—¿Acaso eso significa que crees, pero que no aceptas los requisitos?

—Supongo que sí —replicó Abdula—. Me conozco demasiado bien. Hago demasiadas cosas que me impiden ser un verdadero musulmán. El costo por abandonar mi religión es muy alto, así que dejo que la gente crea lo que quiera de mí. Si estoy aquí en el momento de las oraciones, entonces me arrodillo mirando hacia la Meca. No lo considero algo de mucha importancia.

—¿Qué haces cuando lo puedes evitar?

—Lo evito.

—Te pareces a mí —Raimundo no sabía por qué se sintió en plena libertad de hablar acerca de asuntos tan personales con un perfecto extraño. No obstante, aquí se encontraba, a miles de kilómetros de su casa, divulgando sus secretos.

—También hay que mencionar el asunto de cómo yo . . . ¿cuál es la palabra que ustedes usan? . . . *Suplo* mi salario.

—¿Cómo lo haces?

—Antes que nada, no estamos aquí para reportarnos mutuamente a nuestros supervisores, ¿verdad?

—No en cuanto a este asunto —afirmó Raimundo—. De ninguna manera.

—Compro y vendo, digamos que fuera de los medios comunes de comercio.

—¿Eres contrabandista? —Raimundo le preguntó, alzando una ceja.

—Eso lo hace sonar romántico —replicó Abdula cruzando los brazos y sonriendo tímidamente—. La verdad es que ese es un trabajo intenso y peligroso.

—Es ilegal.

—Obviamente —dijo Abdula—. Y mucho más para un miembro de la fuerza aérea. A pesar de eso, muchos de mis clientes son mis propios colegas. ¿De paso, hay algo que necesites o que quieras comprar?

—Tal vez. ¿Qué tienes?

—¿Te preguntaste, Raimundo, por qué pude recitar rápidamente los muchos productos que tenemos aquí?

—La verdad es que . . . —replicó Raimundo asintiendo.

—No te he visto fumar desde que llegaste. ¿No eres fumador?

Raimundo sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —dijo Abdula—, pero antes lo era y probé cigarrillos de todas partes del mundo. Ninguno se compara a los nuestros. Estos serán muy buenos regalos para tus amigos fumadores.

—¿Cuánto cuestan?

—Más o menos el triple de lo que pagas en los Estados Unidos, pero claro que allá no puedes conseguir los nuestros.

—¿Tendré problemas al llevarlos a mi país?

—Son de contrabando. ¿Te registrarán el equipaje al abordar o al llegar?

—No lo hicieron cuando vine.

—Entonces, lo más probable es que no lo harán cuando regreses. Pero si lo hacen, les dices que te los dieron como regalo. Me protegerás al no decir que fui yo quien te los dio.

Raimundo pensó que mentir no era peor que comprar cosas de contrabando. Además, ¿qué otros regalos exóticos podría encontrar a través de este contacto? Una vez que comenzara a volar a Europa, Jordania le quedaría cerca. Abdula Smith podría ser un contacto valioso.

Mientras tanto, más les valía que hablaran de lo que tenían que hablar, para que este viaje valga la pena.

No solamente que Nicolás Carpatia nunca fue considerado como sospechoso en el asesinato de Emil Tismaneanu, sino que también se convirtió en el objeto de la simpatía del pueblo, debido a la pérdida de su querido amigo. Cuando surgieron leves sospechas en su contra, las disipó al cumplir su promesa de retirar su candidatura, llegando al punto de pagar el costo correspondiente y de entregar el papeleo requerido para hacer de eso algo oficial.

Además, Nicolás impulsó la investigación del asesinato donando una gran suma. Tan grande fue su donación que el

equipo encargado del asunto llegó a ser conocido como la Comisión Carpatia. A pesar de la mirada fría y fija de la hija de Tismaneanu y de la mirada llena de duda del novio de esta, Carpatia no solamente asistió al funeral, sino que también habló brevemente —«brillantemente», de acuerdo a la prensa— en honor a la memoria de su antiguo rival. Lo hizo de tal manera que los editoriales de toda Europa lo elogiaron y le pusieron como ejemplo para los políticos del futuro.

Al día siguiente del funeral, Carpatia fue elegido para la casa baja del parlamento rumano, alcanzando más del ochenta por ciento de los votos como candidato inscrito por el pueblo, puesto que al no constar su nombre en la papeleta de votaciones, la gente misma lo había escrito. Sus rivales resultaron ser docenas de diletantes cuyos amigos les habían postulado solo por bromear.

León Fortunato se atribuyó la idea de que la gente misma escribiera el nombre de Nicolás en la papeleta, ya que había empleado a docenas de lacayos para esparcir tal concepto entre los reporteros, comentaristas y columnistas —muchos de los cuales alegaban que tal idea había sido suya. El apoyo por la misma había sido casi unánime en Bucarest y las encuestas lo reflejaron de inmediato.

Con la muerte de Tismaneanu y el retiro de la candidatura de Carpatia, las encuestas habían quedado distorsionadas y sin opción alguna. Sin embargo, para cuando llegó la elección, estas predijeron con exactitud que Nicolás ganaría con una mayoría devastadora, aún más allá de la que había tenido cuando los dos candidatos todavía constaban en la papeleta de votaciones.

Cuando la elección oficial terminó, un Carpatia servil, con la mirada hacia abajo, se paró frente a los micrófonos de prensa y con voz temblorosa anunció:

—Dije que retiraría mi candidatura, no dije que me retiraría del servicio público. Estoy abrumado y lleno de humildad, por lo tanto accedo a los deseos del pueblo y prometo que daré lo mejor de mí en honor a la memoria de mi amigo.

Varios días después, el más reciente miembro del Parlamento fue un invitado sin invitación en la boda de Luciana Tismaneanu. León organizó una llegada simple y casi desapercibida.

—Nada de bombos y platillos —dijo Fortunato—. Simplemente nos dejan en la entrada lateral y nos escabullimos hasta la banca de atrás. Nada de escoltas, ni de sirenas.

—¿Pero si tendremos mucha publicidad, verdad? —Nicolás preguntó.

—Desde luego que sí. De lo contrario, ¿cuál sería el propósito de todo esto?

Cuando el chofer de León llegó a la pequeña calle a un costado de la iglesia, se encontraron con que esta estaba invadida por reporteros y fotógrafos, cada uno de los cuales había creído ganarle a los otros con la primicia de esta noticia. Alguien se había encargado de «confiar» a cada uno de ellos el secreto de que la tercera, o cuarta copia del itinerario de Carpatia, detallando la hora y el lugar de su llegada, era algo de lo que nadie más estaba enterado.

Carpatia hizo una gran representación teatral de simplemente tratar de entrar a toda prisa a la *biserică*, solo con el propósito de detenerse en la puerta ante los miembros de los medios de comunicación presentes.

—Damas y caballeros, con el debido respeto, les aseguro que este no es el momento, ni el lugar para esto —dijo Nicolás tristemente y dando un suspiro—. Por favor, permítanme que simplemente celebre con la hija de mi difunto amigo y que no represente distracción alguna en este día tan especial para ella.

Semejante demostración de humildad fue publicada en cada periódico y anunciada en cada estación de televisión. Además, fue adornada con otra porción agradable de la noticia: «Fuentes privadas nos dicen que el regalo de bodas que el señor Carpatia presentó fue un fondo económico que costeará la totalidad de la educación de los hijos de la nueva pareja. Aunque la novia heredará los vastos intereses de los

negocios de su difunto padre, se especula que, debido a problemas de carácter legal y a que las ganancias han decaído, esto no sería beneficioso para ella. No sabemos todavía cuál es la respuesta de la novia ante tanta generosidad por parte del señor Carpatia».

A Raimundo le dio mucho gusto conocer a la delicada esposa de Abdula, Yasmine, y a sus hijos, un niño pequeño y una bebé. También le dio mucho gusto poder disfrutar de otra deliciosa comida —aunque fue un festín menos recargado— en la casa de su nuevo amigo.

A Raimundo le intrigó mucho la interacción formal entre Abdula y su esposa. Ella era callada y servicial, se encargaba de los quehaceres domésticos y de los detalles de la preparación de la comida. Pareció caer presa del pánico cuando Raimundo le ofreció su ayuda, pero Abdula la tranquilizó al levantar la mano y al sacudir la cabeza, dando así a entender a Raimundo que al ayudarla estaría rompiendo algún código secreto de la cultura doméstica.

Aunque Abdula también parecía quererles muchísimo, solo Yasmine se ocupó de los niños. Cuando terminaron la comida y los niños ya estaban durmiendo en sus camas, Yasmine desapareció mientras los dos hombres se sentaron a hablar.

—Tu esposa es encantadora —dijo Raimundo.

—Estoy preocupado por ella —replicó Abdula—. Al principio, cuando le dejé notar, al ignorar los llamados a oración y cosas por el estilo, que yo no era un musulmán tan devoto como le había hecho creer, vi en su rostro tristeza y confusión. No obstante, lo que me preocupó aún más fue el hecho de que ella pronto siguió mi ejemplo.

—¿Han hablado al respecto?

—Solamente un poco —contestó Abdula, indicando una espacio mínimo entre sus dedos índice y pulgar—. Está aterrada de solo pensar que Alá pudiera estar decepcionado o

enojado con ella, pero de todas maneras está de acuerdo conmigo en que nuestra religión se ha vuelto bastante impersonal y rígida. Aunque ella no es lo que yo llamaría una mujer moderna, y menos aún una feminista, no se siente honrada, ni respetada dentro del sistema del Islam.

Raimundo regresó a casa haciendo escala en Washington D.C., donde tuvo que dar su reporte a sus contactos de la CIA y del Departamento de Defensa.

—Supimos que ustedes dos se cayeron muy bien —afirmó Jack Graham.

—Eso es correcto. Él es un joven impresionante.

Las ideas de Abdula para la defensa en contra de los ataques terroristas eran, como era de entenderse, de carácter militar: enseñar a los pilotos maniobras evasivas, equipar a los aviones con armas de defensa e incrementar las medidas de seguridad tanto en la cabina de los pilotos como en la de los pasajeros —todo lo cual, obviamente, aumentaría los ya proyectados gastos astronómicos que venían con esta nueva amenaza. Sin embargo, Graham y sus asociados le aseguraron a Raimundo que ellos aún estaban convencidos de que la conexión con Jordania —y con Abdula en particular— valía la pena y el esfuerzo que requería.

Para Raimundo, en lo personal, ciertamente sí había valido la pena. Después de que había visto todos los productos de contrabando que Abdula ofrecía, Raimundo había añadido ya cientos de dólares en tesoros árabes a su equipaje. Según él sabía, ni los superiores de Abdula, ni los suyos propios tenían conocimiento alguno acerca de esto. Raimundo iba a tener mucho cuidado de no revender nada de su botín en los Estados Unidos, de modo que si le interrogaban al respecto, él «honestamente» pudiera decir que todos esos artículos eran para regalos.

Algunas de las cosas de contrabando —aunque, obviamente, Raimundo no las describió como tales— fueron recibidas con mucho entusiasmo por su propia familia. Irene

parecía estar encantada con cierta cantidad de terciopelo. Raimundito estaba deleitándose con una colección de animalitos hechos de madera de olivo. Además, Raimundo se quedó atónito al ver la reacción de Cloé ante una alfombra bordada, la cual de inmediato la usó en su habitación.

—No tenía idea que te iba a gustar tanto, Cloé —le dijo él, sentándose en su cama.

—Es hermosa —replicó ella, sentada en el escritorio de su computadora—. Además, me la diste tú.

—Tu madre me contó acerca de la elección —añadió él—. Lo lamento.

—Los estudiantes querían un atleta bobo y ya tienen uno —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Por lo menos no perdí por muchos votos.

—No te dejes desanimar solo por una derrota.

—Eso es casi lo que el director dijo en su carta dirigida a todos los perdedores. Dijo algo así como que el perder una batalla no significa que hayamos perdido la guerra.

—Ya habrá más elecciones.

—Ya he tenido suficiente con la política —dijo Cloé a la vez que sacudía la cabeza—. No podría aguantar otra decepción como esta. Lo peor de todo es que mamá tenía razón. Resultó ser una competencia de popularidad y yo no soy popular.

—¿Qué te pasa? —Raimundo le dijo—. Tú misma dijiste que no perdiste por muchos votos.

—Sí pero fueron suficientes para perder. Además, ¿sabes una cosa, papá?, en nuestra promoción hay más niñas que niños. Admitámoslo: vivimos en una sociedad dominada por los hombres. Hasta las niñas votan por los niños.

Raimundo se quedó atónito con el contraste entre su inteligente y elocuente hija y Yasmine Ababneh. ¿Acaso estaba criando una activista o una feminista? Tuvo la sensación de que algún día Cloé le haría sentirse orgulloso.

TREINTA Y CUATRO

CAMILO WILLIAMS se esforzó más en sus estudios, terminó bien en Princeton y se graduó con honores, premios y reconocimientos. Llegó a Boston como cuando el equipo nacional de fútbol regresa al país, después de haber ganado la Copa Mundial. De inmediato se ganó enemigos entre el personal del *Global*.

Afortunadamente, de acuerdo a Dizzy Rowland, los altos ejecutivos consideraban esto como:

—En gran parte debido a los celos. Cualquier cosa que interrumpe el status quo, representa una amenaza para los más veteranos. Además, cuando un joven llega y hace un buen trabajo, causa una ola de envidia. No obstante, Camilo, te aconsejo que trates de pasar desapercibido. Que dejes que otros te elogien y te den uno que otro cumplido. No critiques a tus colegas, ni les des sugerencias. Solo has tu trabajo y deja que los lectores te evalúen.

Ese era un buen consejo, pero difícil de poner en práctica. Camilo se alarmó al ver la pereza de algunos de los otros periodistas. Holgazaneaban, hacían trampa, usaban fuentes secundarias. Pasaban el día entero sin hacer nada, luego entrevistaban a alguien a último minuto y trataban de hacer de eso una noticia principal. Camilo no podía entender tales actitudes. Él amaba su trabajo, leía todo lo que llegaba a sus manos, buscaba historias. Usaba el teléfono y la computadora; manejaba y caminaba largas distancias, cubriendo cada rincón de Back Bay. Tenía sus trabajos regulares, pero —por lo menos pasando un día— también entregaba una historia

de interés humano, un reportaje y aún unos cuantos artículos de perspectiva. Es decir, en pocas palabras, estaba trabajando a tiempo completo, cumpliendo con sus tareas regulares y también estaba haciendo el trabajo de un escritor colaborador con un sin fin de ideas.

—Estás haciendo mucho más del trabajo requerido —dijo Dizzy—. Si lo prefieres, puedes hacer los trabajos extras en tu tiempo libre y podemos pagarte la tarifa para un escritor autónomo.

—No me importa hacerlo durante mis horas de trabajo, a menos que usted considere que eso causa un problema —replicó Camilo.

—Hasta ahora no ha sido ningún problema.

—Además, he visto las tarifas que los periódicos pagan a los escritores autónomos. Por lo tanto, prefiero usar mi tiempo libre para escribir para alguien más.

Camilo así lo hizo. Prácticamente no tenía amigos, a excepción de una joven a la que conoció cerca de los buzones de su edificio. Los dos habían ido a cenar y a ver una película unas cuantas veces, pero dos veces él llegó tarde y una vez tuvo que cancelar su cita. Camilo se dijo que no debería haber estado sorprendido, pero lo estuvo, cuando ella finalmente le dio el mismo sermón que recibió de su amiga en Princeton. Estaba enamorado de su carrera y no tenía tiempo para una relación y cualquier mujer que quisiera estar con él tendría que competir, por el resto de su vida, con su primer amor: su profesión.

Camilo dejó que la situación le deprimiera por un medio día, hasta que por cosas del azar, se encontró con un jinete en un bar. Se trataba de un joven mejicano que tenía la esperanza de llegar a competir en Suffolk Downs, el hipódromo de caballos pura sangre en el este de Boston, más o menos un kilómetro y medio más allá del Aeropuerto Logan.

Enrique Reyes, procedente de la Ciudad de Méjico, había llegado a ser un jinete conocido en los hipódromos de su país y se había aventurado a venir al norte a tratar de conquistar

las pistas estadounidenses. Le había ido muy bien en los hipódromos de los estados del sur, pero había decidido que le iría mucho mejor si lograba sobresalir en las pista de Nueva York. Boston estaba de paso, así que se había quedado para tratar de llamar la atención de los propietarios y entrenadores de Nueva York.

Hasta aquí las cosas habían sido difíciles para el jinete, por esa razón Camilo se veía reflejado en él. Algo en los ojos de Enrique le dijo que no se daría por vencido, así que Camilo decidió escribir una crónica acerca de una semana en la vida de un jinete. Camilo no consultó a sus supervisores; solo entregó su trabajo y luego se dedicó a escribir la serie de su historia en su tiempo libre.

Camilo sabía que algo sucedía cuando Dizzy Rowland pidió verle fuera de la oficina, fuera de horas de trabajo.

—Me están criticando por no dirigirme a ti a través de tu jefe inmediato —dijo Rowland—. Y, francamente, eso es un buen consejo. Te digo que evites hacer que los demás te tengan envidia y, no obstante, yo mismo contribuyo al problema, dejando que me vean contigo durante el día.

Cuando por fin se reunieron, Rowland fue directo al grano.

—Déjame decirte lo que más me gustó de tu trabajo acerca del jinete: la infusión de ti mismo en la historia.

—¿En serio? Estaba preocupado acerca de eso. No es una columna y no quise ser inoportuno.

—¿Inoportuno? Relataste que fuiste al hipódromo en la Línea Azul del tren. Eso fue genial. Así es como nuestros lectores llegan hasta allá, Camilo. Hubiera sido fácil para ti ir en tu carro y dejar que el *Global* te reembolse por el kilometraje y por el estacionamiento, pero no lo hiciste. Tu manera de describir a los pasajeros en el tren: cómo algunos compartían sus conocimientos claves, mientras que otros celosamente se guardaban los suyos y continuaban leyendo sus tarjetas . . . gran, gran trabajo.

—Gracias —Camilo mencionó Rowland lo de su plan de escribir la crónica acerca de una semana en la vida del jinete.

—Estoy ansioso por verla y si el resto de la historia es tan buena como la primera parte, tal vez se la mostraré a mi amigo de *Sports Illustrated.*

—¿En serio?

—Desde luego.

—Bueno, le digo que será aún mejor. Está quedando bien y parece que resultará ser algo especial . . . si me permite que se lo diga yo mismo.

Camilo tuvo que cargar con la culpa de saber que su carrera se benefició de una propicia tragedia, que hizo que su nombre fuera conocido en el ámbito nacional. Rowland continuaba diciéndole que, en primer lugar, habían sido sus instintos, su habilidad y su energía los que le habían puesto en semejante posición. Sin embargo, Camilo no pudo ser consolado durante semanas enteras. Temía que su prestigio periodístico se había beneficiado del dolor de otro.

La crónica, de una semana de duración, de Camilo se hizo popular de inmediato y el amigo de Dizzy Rowland de *Sports Illustrated* también estuvo impresionado con su trabajo. Aunque este, al principio no quiso publicar la crónica en su revista, hizo una cita para reunirse con Camilo en Nueva York para tratar acerca de otro trabajo. No obstante, antes de que Camilo pudiera ir a esa reunión, una tragedia sucedió en el hipódromo y las vidas de Enrique y de Camilo cambiaron de la noche a la mañana.

Enrique había tenido una buena semana y estaba listo para ganar más competencias de las que había ganado en cualquier semana previa de la estación. En una carrera a media tarde, Enrique iba en tercer lugar a lo largo de la baranda, montado en una potra prometedora. El favorito iba a la cabeza pero, como Enrique le contaría a Camilo más tarde, él sintió que el caballo estaba fatigado. Pensó que aún podía ganar la carrera si lograba pasar al segundo y se mantenía junto a la baranda.

Al dar la vuelta en el carril de afuera, el segundo caballo

aceleró su paso y lanzó su rienda directamente en la cara de la potra de Enrique. Esta se estrelló en contra de la baranda y lanzó a Enrique, dando vueltas de campana laterales hacia el interior. El pie de Enrique se quedó brevemente atorado en la baranda y aunque él cayó sobre su cabeza y perdió el conocimiento, el único daño serio que sufrió fue el de su pierna. El mismo que fue tan grave como para impedirle continuar ejerciendo su profesión.

La historia de Camilo comenzó tratando acerca de los sueños y esperanzas de un jinete inmigrante y se convirtió en la trágica historia acerca de lo que sucede cuando una pierna y unos sueños son rotos. La pierna de Enrique tuvo que ser amputada justo debajo de la cadera y, a pesar de que hizo firmes declaraciones acerca de volver a competir con una prótesis, eso nunca sucedería.

El «Fondo para Enrique», iniciado por el *Global*, logró recolectar cientos de miles de dólares —no lo suficiente como para cubrir los costos reales de su curación, pero sí como para ayudarle a regresar a la Ciudad de Méjico, donde él eventualmente pudo establecer un centro para el entrenamiento de jinetes jóvenes.

Sports Illustrated asignó a Camilo una redacción nueva acerca de la misma historia y publicó una versión resumida de esta en la revista *Time*. Súbitamente, Camilo llegó a ser conocido por todas las revistas semanales y por otras revistas bastante solventes. Así, Camilo comenzó a ganar tanto dinero —y tanta fama— en sus horas libres como lo hacía en sus horas de trabajo.

Camilo había estado trabajando en el *Global* menos de un año, cuando le dijeron que su historia acerca de Enrique Reyes había sido nominada para el Premio Pulitzer, como distinguido ejemplo de un reportaje local de una noticia de última hora —esta era la segunda nominación de esta clase que recibía. El *Global* obtuvo también nominaciones en otras categorías, incluyendo una para el periódico mismo en la categoría de servicio público —la única categoría que no

otorgaba un premio monetario. Los ganadores en las otras categoría recibirían premios en efectivo, mientras que el periódico que ganara en la categoría de servicio público, recibiría una medalla de oro.

Al fin del mes de mayo, Camilo viajó a Nueva York con Dizzy Rowland y una media docena de otros empleados del *Global* para asistir al almuerzo del Premio Pulitzer, en la hermosa y antigua Low Library en los predios de la Columbia University en Morningside Heights. Ese año, Camilo fue el único reportero en ganar un premio para el *Global*, haciéndose acreedor a quince mil dólares. También, el *Global* ganó la medalla de oro al Servicio Público, gracias a su serie sobre asuntos de seguridad en el Aeropuerto Logan.

En el trayecto de regreso a Boston, Dizzy Rowland charló en privado con Camilo.

—Estoy seguro, hijo, de que te has dado cuenta que eres el empleado más joven y más célebre que el *Global* jamás ha tenido. Ahora es cuando tienes que esforzarte más, tienes que hacerte otra vez el compromiso de trabajar de tal manera que los resultados que produzcas sean siempre excelentes. Precisamente, eso fue lo que te hizo llegar a donde ahora estás.

Camilo asintió, preguntándose qué quería decir su jefe. Ciertamente esperaba no haber dado la impresión de haber creído que ya había alcanzado la cima de su profesión y de haberse tomado libertades de un hombre privilegiado.

—Si aún no lo has hecho, pronto comenzarás a recibir ofertas de muchos otros medios escritos de comunicación. Muchos te harán ofertas bastante tentadoras. No queremos que te vayas. Quiero ofrecerte una columna que se publica tres veces a la semana, la cual también haremos que se publique en varios otros medios. Tu salario se duplicará y hasta se triplicará casi de inmediato. Además, estarás en plena libertad de trabajar en cualquier historia o reportaje que te interese.

Camilo, aún titubeando debido a que mucho de esto se

debía a la tragedia que le había sobrevenido a Enrique Reyes, simplemente dijo:

—Acepto, señor Rowland, y gracias.

No le dijo a su jefe que ya había recibido ofertas de varios propietarios de periódicos, quienes querían proponerle nuevas y emocionantes oportunidades, incluyendo significativos aumentos. No obstante, se sintió comprometido con el *Global*, ya que había sido el primer periódico en reconocer su potencial.

Además, había solo una revista para la que quería trabajar: *Semanario Global*, pero todavía no había recibido una oferta de ellos.

TRES AÑOS MÁS TARDE

TREINTA Y CINCO

AHORA QUE SUS HIJOS PASABAN la mayor parte del día en la escuela, Irene y Jackie tenían más tiempo libre y, varias veces a la semana, disfrutaban haciendo cosas juntas. A las dos les gustaban las antigüedades e iban de compras a sitios donde podían encontrarlas. Un día, Irene, encontró algo que la intrigó.

Estaban en un mercado de pulgas en las afueras de la ciudad, en un almacén casi abandonado, cuando Irene encontró un montón de pinturas apoyadas sobre la pared. Despreocupadamente, comenzó a revisarlas una por una, dándose cuenta que simplemente eran copias baratas de pinturas famosas en marcos llamativos; por lo que su costo de veinte dólares, probablemente cubriría el valor solo del marco.

Vio la *Monalisa*, *El Infierno* de Dante, *El Retrato de la Madre del Pintor* de Whistler, algunas pinturas de Picasso, dos de Vincent van Gogh y hasta de Rembrandt. Luciendo casi fuera de lugar —pero, no obstante, cautivantes— estaban la *Cabeza de Cristo* y el *Cristo a la Puerta del Corazón* de Warner Sallman.

Esta última llamó la atención de Irene, tanto así que se detuvo para estudiarla. Se sorprendió cuando Jackie dijo algo detrás de ella, ya que había estado sumida en su análisis de la

pintura. Jackie hizo un comentario acerca del marco de mal gusto, pero Irene ya había decidido comprarla.

—Reemplazaré el marco recargado de tantos adornos —afirmó Irene—, pero háblame acerca de la pintura.

Más tarde, cuando Irene cargaba su barato tesoro al carro, sintió una extraña sensación de emoción. Sabía exactamente en que lugar la iba a colocar, aunque Raimundo iba a quedarse horrorizado. Eso no sería tan malo ya que también era la casa de ella. Además, si él le prohibía ir a la iglesia que ella quería, no podía impedirle que decorara de la manera que ella quisiera.

Aún le quedaba más de una hora antes de tener que ir a recoger a Raimundito, así que se detuvo en un almacén de marcos y cambió el marco de metal muy delgado pintado a soplete de color oro, por uno a mitad de precio de madera oscura muy sencilla. Regresó a casa a toda prisa y colgó el cuadro sobre el sillón. Se detuvo a admirarla por un rato y luego fue a la escuela.

Ahora, ya cerca de los cuarenta años de edad y con suficientes años de experiencia en la Pan-Con, Raimundo estaba por fin cubriendo las rutas internacionales que tanto había ansiado. El único inconveniente era que su entretenimiento —el cual no se había convertido en nada adúltero . . . todavía—, Patty Durán, todavía trabajaba en las rutas domésticas. Él sabía que la meta de ella también era la de trabajar en las rutas internacionales, para así poder volar con él ocasionalmente. No obstante, ella solo tenía unos veinte y tantos años.

La parte difícil de pilotear las rutas internacionales, obviamente, era el desfase de horario y la fatiga causada por cruzar tantos husos horarios. El reglamento requería que Raimundo durmiera por ocho horas dentro de las veinticuatro horas previas al término de su misión de vuelo. Se dio cuenta que eso era un tanto complicado. Los vuelos eran intensos, eran un trabajo mentalmente extenuante, pero disfrutaba la varie-

dad en su vida. Así que cuando tenía un tiempo para descansar, no lo desperdiciaba en el cuarto de un hotel. Salía a dar vueltas, iba a conocer lugares, a visitar a sus varios contactos —muchos de los cuales le habían sido presentados por Abdula Smith. Raimundo tenía contactos contrabandistas por toda Europa y en el Medio Oriente, por lo que también tenía un pequeño negocio por su cuenta en los Estados Unidos.

Además del intrigante aspecto de criar hijos y de tratar de permanecer siendo cordial en un matrimonio que se había tornado aburrido, el contrabandear proveía a Raimundo de la única actividad emocionante en su vida. Cuando volaba extrañaba a sus hijos, a veces hasta extrañaba a Irene. Aún así, tenía que admitir que le gustaba más cuando salía que cuando regresaba. Tenía más cosas que hacer cuando se iba de viaje.

Raimundo estaba en la cima de su carrera profesional, de vez en cuando aún asesoraba al gobierno, y disfrutaba las miradas que la gente le daba cuando caminaba por los aeropuertos, vistiendo su uniforme azul y estirando tan alto como podía su cuerpo de más de dos metros de altura. Había logrado todas sus metas, aunque le encantaría por fin pilotear el 747 del presidente, por lo menos una vez.

Estaba lloviendo cuando Irene condujo hasta la entrada de su casa con Raimundito, quien ahora ya tenía ocho años. Él estuvo decepcionado por no poder ir a jugar afuera, especialmente porque su mamá no le dejaba jugar en la computadora o mirar televisión hasta después de la cena. Irene le dio un refrigerio y luego le encontró vagando por la casa, buscando algo que hacer.

Unos minutos más tarde, la llamó desde la sala.

Irene le encontró montado sobre el espaldar del sillón, como si estuviera montando a caballo.

—¿Qué te he dicho acerca de montarte en el sillón? —Irene le reclamó.

—No importa porque de todas maneras necesitamos uno nuevo —dijo Raimundito, sonriendo ampliamente y con su cabeza a unos centímetros de la nueva pintura—. ¿Qué es esto?

—¿A quién se parece?

—A Jesús. Parece que está en la casa de alguien, ¿pero de quién? ¿En la de Zaqueo? Pensé que Jesús le había encontrado trepado en un árbol.

Una cosa que se podía decir acerca de la asistencia de Raimundito a la escuela dominical cada semana, aún en la no tan ideal iglesia de Irene, era que él había escuchado cada historia bíblica, por lo que se las sabía todas.

—No me sé esta historia —añadió Raimundito.

—Esta imagen no es de una historia bíblica —explicó ella—. Más bien es simbólica. ¿Sabes lo que eso quiere decir?

Él sacudió la cabeza.

—*Simbólica* quiere decir que es algo que representa otra cosa.

—Entonces, ¿qué representa esta pintura?

—Esa puerta que Jesús está tocando, es la puerta del corazón de una persona. Jesús quiere venir a nuestros corazones, a nuestras vidas.

—No hay una perilla —dijo Raimundito luego de quedarse mirando fijamente al cuadro.

—¿Mm . . . ?

—¿Cómo va a abrir la puerta cuando no hay perilla?

—¿Cómo crees que lo va a hacer, Raimundito?

—Hay una perilla en el interior, así que alguien va a tener que abrirle la puerta y dejarle entrar.

—Muy bien. Jesús no entraría a la fuerza a nuestras vidas. Nosotros tenemos que decidir si le invitamos a pasar o no. Espérame un minuto, quiero leerte algo.

Irene fue deprisa a su habitación y bajó con su bien marcada Biblia. Abrió en el libro de Apocalipsis 3:20 y dijo:

—Raimundito, escucha lo que Jesús dice: «Mira, yo estoy llamando a la puerta; si alguien oye mi voz y abre la puerta,

entraré en su casa y cenaremos juntos». ¿Sabes una cosa Raimundito? Yo invité a Jesús para que entrara en mi corazón.

—¿Estaba tocando a la puerta?

—Pienso que sí —dijo ella riéndose quedamente.

Irene estuvo bastante tentada a presionar un poco a Raimundito. Quiso preguntarle si él también quería tener a Jesús en su corazón. Sin embargo, ella se cohibió de hacerlo ya que él estaba en una edad en la que hubiera saltado de un puente si ella se lo hubiera pedido.

—Entonces, ¿Jesús está en tu corazón, mamá?

—Como te dije, es algo simbólico. Esa es una manera de decirlo, pero significa que su Espíritu Santo vive en mí. Desde luego que no tengo a Jesús mismo dentro de mi cuerpo.

—¿Cómo le hiciste entrar en tu corazón?

—Solo oré y le dije que eso era lo que quería que hiciera.

—¿Cómo sabes que entró en tu corazón? ¿Puedes sentirlo?

—En cierto modo, sí. Sé que él está conmigo todo el tiempo.

¡Arre! Mamá, ¿quieres tú ser el villano y yo seré el sheriff? Te corres hacia la cocina y yo trato de dispararte desde mi caballo.

Irene quiso decir que no. Quiso preguntar a Raimundito cómo podía tener un lapso de atención tan corto. ¿Cómo era posible que él no entendiera cuán importante era esto? ¿Acaso no entendía que esto era todo y que sus juegos imaginarios eran nada en comparación? Hubiera preferido decirle que no podía jugar con él porque estaba ocupada y luego dejarle a solas para que pudiera pensar acerca de lo que acababan de hablar. ¿Acaso lo haría? Ella pensó que él más bien usaría la pintura de Sallman como su blanco.

—Está bien —replicó ella—, pero tienes solo dos balas.

Irene saltó del sillón y estaba a punto de dar la vuelta una esquina, cuando escuchó al sorprendido niño hacer el sonido de un disparo.

—¡Fallaste! —Irene gritó y él hizo otra vez el mismo sonido. Ella hizo una gran escena teatral, pretendiendo estar herida.

Se pegó en contra de la pared, se resbaló hasta llegar al piso—. ¡Estoy herida de muerte! —añadió ella—. Voy a morir.

Raimundito se rió, se bajó del sillón y corrió hacia ella.

—Te di —dijo él—. ¡Qué bueno que tienes a Jesús en tu corazón!

Manteniéndose alejado del «trabajo sucio», Nicolás Carpatia tuvo éxito en destruir lo poco que quedaba del negocio del difunto Emil Tismaneanu. Dejó que León Fortunato y Jonatán Stonagal hicieran sus trucos entre bastidores. Stonagal se aseguró que Tecnologías Tismaneanu no pudiera cumplir con sus pagos a Tecnologías Corona en Louisiana, así que de pronto, Carpatian Trading tomó la ventaja en los dos productos innovadores de Corona.

Las ventas se multiplicaron exponencialmente y, dentro de poco tiempo, Nicolás pudo pagar su deuda a Stonagal. Convirtiéndose así en el hombre de negocios más rico y exitoso de Europa. La revista *Forbes* ya le incluía entre el diez por ciento de las personas más ricas del mundo entero. Stonagal le hacía bromas acerca de que algún día le quitaría a él de su puesto como el más rico del mundo. Carpatia se rió con ganas al oír tal cosa, ya que solo poseía menos del cinco por ciento de lo que Stonagal tenía. Sin embargo, en su interior, a Nicolás la broma no le agradó en absoluto.

Sobrepasar las riquezas de Stonagal, era solo una de sus muchas metas. De hecho, teniendo la visita del ser del mundo de los espíritus aún muy fresca en su memoria, Nicolás siempre consideró que prácticamente tenía derecho a poseer el mundo entero. Además, él no solamente quería ser el dueño del mundo entero, quería gobernarlo.

Cloé llegó temprano a casa después de sus actividades extra curriculares y como de costumbre se fue directamente a su habitación.

Irene tocó suavemente a su puerta.

—¡Estoy ocupada! —Cloé gritó.

—¿Haciendo qué? —Irene preguntó—. Acabas de llegar. ¿Acaso una madre no se merece un saludo?

—¡Hola, mamá! ¡Adiós, mamá!

—Cloé, por favor. ¿Acaso no puedo ver a mi propia hija por un ratito al fin del día?

—Estoy hablando por teléfono.

—Quiero hablar contigo cuando termines. Estaré en la cocina.

—¡Está bien!

Camilo Williams había estado trabajando para el *Semanario Global* poco menos de un año y ya tenía un sobrenombre: «Macho». Debido a que continuamente estaba luchando en contra del tradicionalismo y del protocolo. A pesar de ser el reportero más joven, Camilo no tenía miedo de tratar de ganarles aún a sus mismos colegas con una primicia.

—¿Acaso piensas que esto es un periódico, donde todos estamos en contra de todos? —dijo uno de ellos en una reunión —. La cosa no funciona así en Nueva York, hijito. Aquí todos trabajamos juntos.

—Con todo respeto, llamarme «hijito» no me parece ser una manera de trabajar todos juntos. La realidad es que tú también tienes que darte prisa, porque si no lo haces te ganaré. No me malinterpreten, estoy más interesado en ganarles a las otras revistas, pero si tú también te quedas atrás, ¿de quién es la culpa?

—Está bien, gente —dijo Esteban Plank, el principal editor ejecutivo, levantando una mano —. Dediquémonos a trabajar. Hemos seleccionado al presidente Fitzhugh como el Hombre del Año y quiero que Williams esté a cargo de la redacción de la pieza de portada.

—¡Tiene que estar bromeando! Él solo tiene unos veinticinco años y ya le está asignando . . .

—Veintiséis —interrumpió Camilo.

—Bueno, me equivoqué por un año. Él es todavía muy joven para . . .

—Parece que a menudo te equivocas en tus asuntos —replicó Camilo.

—Está bien, «Macho» —dijo Plank, haciendo reír a los demás y el sobrenombre se le quedó a Camilo—. Muy bien, a todos, ya basta de pelear. Tenemos que trabajar juntos en esto. No espero que «Macho», quiero decir, Camilo haga solo todo el reportaje, así que suplamos su entrevista personal con todo lo que podamos obtener.

—¿Entrevista personal? Nunca hemos entrevistado personalmente a un presidente actual.

—Bueno, no me expliqué bien —dijo Plank—. Desde luego que yo también estaré allí, al igual que lo estará Bailey.

—¿Stanton Bailey estará allí? —Camilo preguntó.

—¿Y quién más? —dijo alguien—. Él es el propietario.

—Yo sé quién es él —interrumpió Camilo—, pero de todas maneras me sorprende.

—¿Usted y Bailey estarán allí y «Macho» es quien hará la entrevista?

—Ya es suficiente —dijo Plank, sonrojándose—. Todavía soy el jefe aquí, así que dejen de criticar mis decisiones si es que quieren conservar sus empleos —unos cuantos dieron unas risitas burlonas—. ¿Piensan que estoy bromeando? Solo provóquenme un poco más.

Silencio total.

—Así está mejor. «Macho» se ha ganado este trabajo y ustedes no tienen que estar de acuerdo con eso. La verdad es que algunos de ustedes *no* se lo ganaron. Si lo hubieran hecho, ustedes estarían yendo a la Casa Blanca. Pueden decir todo lo que quieran acerca de que el más joven en esta sala obtuvo la noticia de la portada, pero si les gustaría obtener un trabajo similar, más les vale que se despierten, se sacudan y comiencen a trabajar en serio.

Más tarde, en la oficina de Plank, él le dijo:

—«Macho», tienes suerte de que me caes bien. Estás enloqueciendo a esta gente.

—Eso parece, pero no entiendo por qué. Pensé que el ser reportero significaba que uno tenía que trabajar duro. Este es el único trabajo que siempre quise y no quiero solo conservarlo, sino que quiero además sobresalir en él.

—Ya lo estás haciendo, «Macho».

—¿De ahora en adelante me va a llamar por ese sobrenombre?

—No lo sé. Probablemente sí porque me gusta. En fin, no te molestes con los demás. La mejor venganza es tener éxito. ¿De verdad quieres fastidiarles? Continúa ganándoles, pero no les digas ni una palabra al respecto. No te pavonees ante ellos y eso les frustrará infinitamente.

—¿Y eso está bien con usted?

—Tal vez hará que trabajen más duro.

TREINTA Y SEIS

IRENE ESPERÓ A CLOÉ hasta que no pudo contenerse más y se enojó. Finalmente, marchó hacía el segundo piso a demandar una audiencia con su hija. Cloé había obtenido su licencia de conducir hace unos cuantos meses y esa sensación de tener más libertad e independencia pareció empeorar la relación con su mamá.

Cloé conducía sola de ida y de venida de la iglesia; llegaba retrasada y salía temprano. Además, especialmente cuando Raimundo no estaba, ella no respetaba su horario de regreso a casa y llegaba unos veinte o treinta minutos más tarde. Si cometía una ofensa más, Irene iba a amenazarle con quitarle las llaves del carro y no dejarle salir.

Sin embargo, cuando llegó al segundo piso, escuchó una conversación entre Cloé y Raimundito.

—No abras mi puerta sin primero tocar, Raimundito.

—Lo siento. Solo quería decirte algo.

—¿Qué?

—Tengo a Jesús en mi corazón.

—¿Qué dijiste?

—Oré y le pedí a Jesús que entrara a mi corazón.

Irene se detuvo, conteniendo la respiración.

—Bueno, creo que eso es bueno, ¿verdad?

—Claro que es bueno —replicó Raimundito—. ¿Qué crees? ¿Tienes tú a Jesús en tu corazón?

Irene tuvo que exhalar y darse un mareo al tratar de permanecer callada.

—No, yo no lo tengo, Raimundito. Pero me alegro de que tú sí lo tengas.

—¿De veras?

—Bien por ti —dijo Cloé.

Qué amable, pensó Irene. Cloé pudo haber sido fría, grosera y pudo haber retado a Raimundito. Ella se había comportado muchísimas veces de esa manera con su hermanito. ¿Sería posible que Cloé se hubiera dado cuenta de la importancia de este asunto? ¿Acaso, simplemente, no sabía cómo responder?

—Tú también deberías tener a Jesús en tu corazón, Cloé —dijo Raimundito—. Entonces Él estará contigo todo el tiempo y cuando mueras irás al cielo.

—Eso es bueno.

—Entonces ¿lo harás?

—Lo pensaré, ¿te parece?

—Tienes que pensar rápido, porque . . .

—No me molestes más o de lo contrario no lo pensaré, ¿entiendes?

—Pero me preocupa que . . .

—No te preocupes por mí.

—Nos vemos.

Raimundito salió corriendo y fue saltando hacia abajo, saludando a gritos a su mamá mientras lo hacía. Irene llegó a la puerta de Cloé justo cuando la estaba cerrando. Ella vio a su mamá, la miró directamente a los ojos y cerró la puerta.

—¡Cloé! —Irene exclamó.

—¿Qué?

—Necesito hablarte por un minuto.

—¡Estoy ocupada!

—¡No, no lo estás! Abre esta puerta o no irás a ninguna parte esta noche.

Cloé abrió la puerta y se dirigió hacia su cama, dando las espaldas a Irene.

—¿Qué? —Cloé dijo.

—¿No puedes escucharme solo por un minuto?

—¡Sí! ¿Qué quieres?

—Solo quiero decirte que te agradezco la manera como reaccionaste con Raimundito.

—¿Estuviste escuchando?

—No lo hice intencionalmente. Venía a verte cuando le oí hablando contigo.

—Esta bien, ¿y qué pasa con eso?

—Te agradezco que no te hayas burlado de él.

—Bueno, debí hacerlo. ¿Con qué ahora le estás lavando el cerebro?

—No le estoy lavando el cerebro, Cloé. Son mis creencias y son también las de Raimundito.

—Bien, pero no son las mías. Además, él es demasiado pequeño para saber lo que cree. ¿Qué pasa contigo, mamá, por qué estás forzando a un niño de ocho años para que crea tal cosa?

—¿Recuerdas con quién estás hablando, jovencita?

—¿Lo recuerdas tú?

Irene recordó a Cloé que tenía que respetar su horario de regresar a casa y le advirtió que si no lo hacía sería castigada.

Cloé permaneció en silencio y solo asintió. Tal vez entendió que su mamá aún tenía las de ganar: las llaves del carro. Además, esta noche, quería ir con sus amigas a la biblioteca.

—Esta noche, tu padre regresará tarde, así que querrás que le diga que tú regresaste a tiempo.

—Bien.

Pocas cosas emocionaban más a Nicolás que leer acerca de él mismo en los periódicos, o escuchar noticias de él en la televisión. Normalmente las encuestas de popularidad se limitaban a mencionar a los máximos líderes del país, pero él se había vuelto tan popular entre el pueblo y entre sus colegas —aliados políticos y también entre sus enemigos— que las organizaciones encargadas de conducir las encuestas habían expandido su campo de investigación para incluirle.

Mientras que el presidente y el primer ministro estaban casi empatados con un poco más del cincuenta por ciento del puntaje de popularidad, se determinó que Carpatia era popular en casi el setenta por ciento de la población. Eso lo logró, desde luego, ganándose el favor aún de sus oponentes. Ahora su plan era convencer a todos de que él era el mejor líder de todos.

En su campaña para un segundo término en la casa baja, él había usado su estrategia pacifista. Lo hizo en el momento más propicio, ya que los rumanos estaban cansados de tantas escaramuzas y guerras civiles, las cuales provocaban la muerte de muchos de sus hombres y mujeres jóvenes, eso sin mencionar las amenazas de invasión por parte de Bulgaria y de Ucrania. León Fortunato le había asesorado a preparar una sólida presentación a favor del pacifismo y procedió de tal manera que cautivó la imaginación de las multitudes.

En las semanas previas a la elección su oponente había cometido el error de adoptar la posición contraria e insistió en debatir con Carpatia. La semana anterior a la elección, las encuestas mostraban que Nicolás llevaba la delantera y su ventaja era tan grande que aún los miembros del otro partido hicieron un llamado público para que su nuevo candidato se retirara de la campaña. A pesar de una protesta por parte de los fieles al partido, demandando saber quién, entonces, llevaría el estandarte de sus valores, las encuestas mostraban que Carpatia ganaría con el mayor margen en la historia de las elecciones —solo unos cuantos puntos menos de los que había logrado cuando ganó luego de la muerte de Emil Tismaneanu.

El rival de Carpatia no se retiró, pero desistió en cuanto a lo del debate, retiró todo anuncio publicitario —para evitar seguir endeudándose en su campaña— y virtualmente desapareció de las noticias. Se rumoreó que votaría como ausente y ni siquiera estaría en Bucarest el día de las elecciones. Eso resultó ser verdad cuando no estuvo disponible para hacer algún comentario luego de ser derrotado por Carpatia, con

una derrota tal que corroboró las predicciones hechas por las encuestas.

Los expertos aseguraban que Carpatia podía haber presentado su candidatura para líder máximo de la nación y que hubiera ganado sin ningún problema. Además, sugirieron que ese debería ser su próximo paso.

Irene estaba sentada a las 11:30 p.m., una hora después de la hora en que Cloé debería haber vuelto a casa y media hora antes de que Raimundo regresara. Ella había llamado cuatro veces al celular de su hija —la última vez había sido a las 11:20—, amenazando que llamaría a la policía si Cloé no le devolvía la llamada en diez minutos. Irene estaba frenética, orando y a punto de llamar a la policía cuando el teléfono timbró y el identificador de llamadas mostró que era Cloé.

—¿Dónde estás?

—Acabo de hacer que cambien una de las llantas, mamá. Lo lamento. Después de esto iré directamente a casa.

—¿Por qué no me llamaste?

—Lo lamento. Estaba muy ocupada tratando de encontrar a alguien que me ayudara y dejé mi teléfono en el carro. No volverá a suceder. Estoy bien.

Irene, de ninguna manera, iba a poder dormir. Solo quería abrazar a su hija. Cloé la hacía enfurecer y, debido a que notó que tenía un poco de dificultad para hablar, Irene no le creyó todo lo que le dijo. A pesar de todo, Cloé aún era su hija por lo que Irene sintió un tremendo alivio cuando supo que se encontraba bien. Además, sería bueno estar despierta cuando Raimundo regresara.

Irene estaba satisfecha con su decisión de no hacer partícipe a Raimundo de esta crisis hasta que llegara a casa. Ella sabía que él ya debería haber aterrizado y, probablemente, ya estaría saliendo del O'Hare y viniendo a casa. Además, no tenía sentido molestarle y causarle preocupación alguna cuando

nada podía hacer. Cuando vio que un carro llegó a la entrada de la casa, un poco rápido, pensó que era él. No se trataba de Raimundo, él no acostumbraba a conducir tan rápido en la entrada, pero sí le gustaba irse rápido a dormir después de haber tenido un viaje tan largo y de haber regresado tan tarde.

Irene dio un salto cuando escuchó un golpe seco y el golpe de algo estrellándose en contra de algo más, incluyendo el ruido que hace el vidrio al romperse. Corrió hacia afuera y encontró a Cloé, saliendo a duras penas de su carro y diciendo maledicencias. Acababa de golpear la luz delantera derecha del carro en contra de la esquina del garaje. Le salía sangre de la boca, debido a que se había golpeado los labios en contra del volante.

—¿Ni siquiera estabas usando el cinturón de seguridad? —Irene preguntó y la abrazó—. ¡Cloé!

—¡Gracias por preocuparte de que yo esté bien! —Cloé escupió, pasó corriendo al lado de Irene y entró en la casa.

Irene percibió el olor a alcohol en el aliento de su hija.

—¡Cloé!

Había dejado el carro encendido y en marcha. Irene quiso seguirla para probarle que estaba más preocupada por ella que por su carro, pero no podía dejar el vehículo así. Irene, cuidadosamente, puso el carro en reversa y lo estacionó en el garaje.

Irene decidió que sería mejor intentar hablar con Cloé, pero cuando comenzó a subir las gradas, escuchó:

—¡No subas! ¡Estoy bien! ¡Déjame sola!

—¿Qué estás haciendo en cuanto a tu boca?

—No te preocupes, no mancharé de sangre tu preciosa alfombra.

—No estoy preocupada por la alfombra, cariño. Estoy preocupada por ti.

—¡Ya te dije que estoy bien! ¡Déjame sola!

—Cloé, ¿estuviste bebiendo? ¿Manejaste en estado de embriaguez?

Irene no supo con certeza si fue la puerta del baño, o la de la habitación de Cloé, pero algo hizo un impacto tan fuerte que sacudió la casa y despertó a Raimundito.

—¿Qué está pasando? —Raimundito preguntó desde arriba.

—Nada —susurró Irene desde el descanso de las gradas—. Todo está bien ahora. Regresa a la cama.

Irene fue afuera otra vez. Raimundo llegó mientras se encontraba barriendo los trozos de vidrio. Ella le saludó con un beso, pero no pudo ocultar su temor y su rabia y, desde luego, él vio los daños ocasionados.

—Está bien —dijo él—, estoy listo para lo que tengas que decirme.

Como de costumbre, Abdula Ababneh se levantó temprano y comenzó a alistarse par ir al campo de aviación. Yasmine estaba preparando el desayuno. Los niños estaban durmiendo, pero algo no andaba bien. Yasmine no mantenía contacto visual con Abdula.

—¿Estás bien? —Abdula le preguntó.

—Estoy bien —contestó ella tranquilamente.

—¿Necesitas hablar conmigo acerca de algo? ¿De algo que he hecho o que no he hecho? ¿De algo que se me ha olvidado?

—No —dijo ella, pero él se quedó atónito al darse cuenta de que ella parecía tan triste y abatida como nunca antes la había visto.

—Si necesitamos hablar, puedo llamar a mi trabajo e ir un poco más tarde —aseveró él.

—Tal vez más tarde —replicó ella—, no en este momento.

—¿Entonces hay algo?

—Hay algo, pero no estoy preparada para discutirlo.

—¿Estoy en problemas?

—No, Abdula —dijo ella, con una sonrisa, a pesar de que sus ojos todavía mostraban algo de terror—. No es algo así.

—¿Estás tú en problemas, entonces? —Abdula preguntó,

con la intención de hacerla sonreír, pero al verla dudar, sintió como si le hubieran dado una puñalada en la boca del estómago.

—Más tarde, por favor —insistió ella, sacudiendo la cabeza.

—¿Cuándo?

—Cuando esté lista.

—¿Esta noche?

—Cuando esté lista, Abdula —dijo ella, dejando de cocinar y mirándole de frente—. Por favor, ya deja de presionarme.

—Solo quiero saber lo que pasa para ayudar.

—Ya lo sé.

—Llámame si necesitas que venga.

Súbitamente, ella comenzó a llorar, pero cuando él se le acercó, ella le hizo señas de que no lo hiciera.

—Por favor, solo come y vete.

—No fue mi intención hacerte llorar —aseveró él.

—Francamente —añadió ella—, me conmueve que te preocupes tanto.

TREINTA Y SIETE

ESTO ERA LO ÚLTIMO que Raimundo había esperado encontrar después de un largo día de trabajo. Antes de poder emprender el largo vuelo de regreso a casa y debido al tráfico y a las condiciones del clima, el gran avión que había estado piloteando había sido detenido, durante más de una hora, en la pista del aeropuerto Heathrow en Londres. Por esta razón, tanto los pasajeros como la tripulación se habían vuelto irritables.

Una cosa era segura: Cloé era su hija. Sí, aún más de lo que era hija de Irene. ¿Quién sabía el por qué de esto? ¿Acaso era por la relación entre padre e hija? ¿Por sus temperamentos? ¿Por competencia? Según lo que Irene le contó, se veía claramente que solo Raimundo iba a poder hablar con ella y ni siquiera eso era algo garantizado.

—Vete a dormir, Irene.

—No me dormiré hasta que me digas cómo te fue.

—Si aún estás despierta cuando termine, te lo contaré.

—Créeme, aún estaré despierta.

Subieron juntos y Raimundo se dirigió hacia el baño de Cloé, donde se quedó parado frente a la puerta cerrada.

—Ya llegué —dijo él.

—Buenas noches, papá —replicó ella, con una voz que denotaba resignación.

—¿Podemos hablar cuando estés lista?

—Sí. Espérame en mi habitación.

Raimundo se recostó sobre la cama de su hija, lo cual fue un error pues casi se quedó dormido. Él sabía que ella tenía temor de hacerle frente, así que no quería que le encontrara

durmiendo. Se sentó y miró alrededor de la habitación. Estaba inmaculada, de la misma manera que a él le gustaba vivir. Las paredes estaban cubiertas con condecoraciones académicas y premios por su servicio social y por sus actividades extracurriculares.

—¿Ya estás casi lista, cariño? —Raimundo preguntó, acercándose otra vez al baño.

—No puedo hacer que este labio deje de sangrar —contestó ella.

—Te traeré algo de hielo.

Cuando él regresó arriba, Cloé estaba sentada sobre su cama, cubriéndose la boca con una toallita ensangrentada. Raimundo se sentó junto a ella y le dio una pequeña bolsa de plástico llena de hielo aplastado.

—Gracias. Perdóname, papá.

—¿Por qué?

—Por lo del garaje y lo del carro.

—¿Y qué pasa con haberle mentido a tu madre?

—¡No le mentí! Solo que no contesté mi teléfono.

—Dijiste que habías tenido una llanta baja. La llanta de emergencia ni siquiera ha sido movida.

—Ah, sí, eso. Está bien, perdóname también por haberle mentido a mamá.

—Tendrás que decírselo tú misma.

Cloé frunció el ceño y asintió.

—¿Hay algo más por lo que debo perdonarte?

—Creo que eso es todo —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—¿Así que esta noche estabas donde dijiste?

—Estuve en la biblioteca —dijo ella asintiendo—. Tengo un par de libros para probarlo.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Todo el tiempo.

—Estás a punto de hacerme enojar —aseveró Raimundo, sacudiendo la cabeza y poniéndose de pie rápidamente.

—¿*Qué*?

—¿Crees que no sé que la biblioteca cierra a las nueve? ¿Acaso piensas que no puedo percibir el olor a alcohol en tu aliento, a pesar de todo el líquido de enjuague dental que has usado? ¿Y piensas que no sé que, cuando estás sobria, manejas mejor que como para estrellarte en contra del garaje?

Eso fue suficiente para asustar a Cloé.

—Perdóname, papá, por todo eso.

—¿Qué estuviste bebiendo y dónde lo obtuviste?

—Papá, no me obligues a meter en problemas a alguien más. Estuve en la casa de Sherry y ella sacó el licor de la refrigeradora y del bar de su papá.

—¿Estás enferma o solo embriagada?

—Solo mareada, creo. Creo que lo sabré dentro de un rato, ¿verdad?

—Te aseguro que no estás en tus cabales. ¿Quieres el sermón ahora o en la mañana?

—Quiero primero el castigo.

—¿Estás segura?

Ella asintió miserablemente.

—Vas a pedirle perdón a tu madre y lo harás con toda sinceridad. Le diste un susto mortal.

—Ya lo sé.

—Ella te ama con todo su corazón. ¿También sabes eso, verdad?

—Lo demuestra de una manera muy extraña, papá.

—Pero sabes que te ama, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Vas a pagar por las reparaciones del carro y del garaje y no podrás usar ninguno de los otros dos carros. Mientras tu carro está en el taller, no tendrás carro. Además de eso, no podrás salir de la casa por las próximas dos semanas.

—De una vez dame el sermón también —dijo Cloé—, para que así pueda dejar todo esto en el pasado y pueda comenzar de nuevo.

Eso es lo mismo que yo hubiera dicho, pensó Raimundo.

—Muy bien. Déjame que te diga lo que más me decepciona

de ti, Cloé. Este comportamiento no es digno de ti. Eres muy lista y no solamente en el aspecto académico. También lo eres en cuanto a la vida y, además, eres muy inteligente. Si comienzas a hacer esta clase de tonterías verás como bajan tus calificaciones, por lo que perderás oportunidades de obtener becas y de ser aceptada en buenas universidades. Tú quieres llegar a ser una persona profesional, una mujer con éxito por sus propios logros. Bien, este también es tu propio logro y es algo desastroso. ¿Es esto lo que quieres?

Ella sacudió la cabeza.

—No hagas algo por lo que tengas que arrepentirte el resto de tu vida. ¿Puedes imaginarte si hubieras chocado a otro carro por manejar embriagada? ¿O si atropellabas a un transeúnte? ¿O si matabas a alguien?

—No seas tan dramático, papá.

—No trates de engañarte a ti misma, Cloé. Ese tipo de cosas suceden todos los días. Nunca podrías perdonarte a ti misma y tu vida cambiaría para siempre.

—No quiero que te decepciones de mí, papá —aseveró Cloé, llorando desconsoladamente y con el labio hinchado—. Quiero que me respetes.

—¿No es fácil hacerlo esta noche, verdad?

Ella sacudió la cabeza. Él la abrazó, meciéndola mientras ella lloraba.

—¿Puedes hacerme un favor? —Raimundo preguntó.

—¿Qué? —Cloé dijo, retirándose un poco.

—Has primero lo más difícil.

—¿Qué?

—Tu madre aún está despierta y necesita hablar contigo.

—¡Ah, no, papá! ¡No esta noche! ¿Qué tal mañana?

Raimundo solo la miró y ella caminó fatigosamente hacia el dormitorio de sus padres.

Irene se preguntaba por qué se estarían demorando tanto. Tenía que admitir que tenía celos de que Cloé hablara con

Raimundo, pero nunca con ella —por lo menos no en un tono civilizado.

Cuando la puerta se abrió y entró la luz baja del pasillo, por la silueta, ella se dio cuenta de que se trataba de Cloé y no de Raimundo. Irene se sentó rápidamente y abrazó a su sollozante hija.

—Perdóname —avanzó a decir Cloé—, no volverá a suceder.

—Solo siento alivio de que no te hayas lastimado más —dijo Irene.

—Te mentí, mamá. Estuve en la biblioteca solamente el tiempo suficiente como para sacar dos libros y luego fuimos a la casa de Sherry y todos estuvimos bebiendo. No tuve una llanta baja e ignoré tus llamadas telefónicas porque pensé que sería mejor hacer algo de tiempo. No debí haber estado conduciendo y también perdóname por lo del garaje y por lo del carro.

—¿Cómo está tu boca?

—Estará mejor en la mañana. ¿Entonces me perdonas?

—Desde luego que sí, cariño. Te amo.

—Gracias, mamá. Yo también te amo.

—Mm . . . También me debes otra disculpa.

—¿Por qué?

—Por la manera en la que me hablaste hoy acerca de Raimundito.

—Estoy cansada —replicó Cloé con un suspiro—. Mejor no hablemos de esto ahora.

—¿Entonces no me vas a pedir una disculpa?

—Perdóname si te hable de una manera irrespetuosa, pero tengo que decirte, mamá, en eso no estamos de acuerdo. Raimundito es demasiado pequeño como para que tú estés tratando de forzarle a creer en tu religión.

—Buenas noches, Cloé.

Abdula Ababneh estuvo preocupado durante todo el día —lo cual no es bueno cuando uno tiene que pilotear aviones de combate. Él enseñaba y entrenaba a pilotos y piloteaba en

vuelos de prueba. Sin embargo, en todo lo que podía pensar era en Yasmine. Se sentía responsable por ella y por una buena razón.

Ella siempre había sido una mujer muy dulce y cariñosa. También era una buena madre y una buena esposa. Él quería que ella, por lo menos, estuviera feliz; tan feliz como fuera posible que una mujer lo fuera dentro de la cultura de ellos. Sabía con certeza que la vida era más difícil para las mujeres que para los hombres.

Abdula siempre había podido darse cuenta cuando algo perturbaba a Yasmine. Aunque ella era de naturaleza reservada, algo en su presencia, en su comportamiento cambiaba cuando algo la molestaba. Ella había actuado de esta manera cuando se había dado cuenta, por primera vez, que él no era tan devoto en sus prácticas religiosas como lo había sido cuando recién se conocieron.

Desde luego que ella no sabía que él nunca había sido tan devoto como había pretendido serlo. Abdula tuvo que pretender para impresionar a sus propios padres, quienes eran verdaderos creyentes musulmanes. También quiso impresionar a Yasmine, para que se casara con él.

No obstante, cuando ella le había preguntado qué le sucedía, por qué él había cambiado, Abdula se había sorprendido con la respuesta de su esposa. Obviamente, él había temido que ella se alarmara, que se decepcionara, que se preocupara. De hecho, había sucedido lo contrario. Durante un buen tiempo, Yasmine no había hablado directamente del tema. Entonces, eventualmente, ella había admitido que, cuando él estaba ausente, tampoco había estado cumpliendo con fidelidad sus oraciones.

—No sabía lo que tú pensarías, Abdula. ¿Qué hubieras pensado si yo me hubiera negado a orar contigo en los momentos indicados?

Eso le hizo pensar. Una cosa era tomar esa clase de decisiones por su propia cuenta. Además, tal vez hubiera resultado algo similar si él hubiera decidido que ella también podía ser

más flexible en cuanto a su vida religiosa. Pero el hecho de que ella lo hubiera decido por sí sola . . . , bueno, él no supo qué hubiera pensado, dicho, o hecho si lo hubiera sabido.

—¿Te sientes culpable? —él le había preguntado

—A veces, pero ahora ya no tanto como al principio. En un comienzo me pregunté si Alá me odiaría, si me echaría o me mataría. ¿Sentiste lo mismo Abdula?

—Sí, al principio. Pero ahora hasta me pregunto si existe —había dicho él, asintiendo y sonriendo.

—Ten cuidado.

—Ya lo sé. Pero si él es un dios tan exigente y tan estricto, ¿por qué permite que su gente se aleje de él de esta manera?

—¿Le extrañas, Abdula?

—¿Si le extraño? No. Nunca llegué a conocerlo. ¿Y tú?

Ella había sonreído tímidamente y había sacudido la cabeza.

Desde que habían tenido esa conversación, hace un par de años atrás, no habían vuelto a tocar el tema. Ninguno de los dos oraba, excepto en público —cuando tenían que hacerlo—, porque de lo contrario los demás se hubieran horrorizado. No obstante, en su casa, no practicaban la religión, ni siquiera se la estaban inculcando a sus hijos. Asistían a la mezquita solamente cuanto era necesario como para no despertar sospechas.

¿Pero, qué podría estar molestando a Yasmine ahora? ¿Acaso podía haber algo tan nefasto como, en esencia, perder la religión de uno? Todo lo que Abdula quería hacer, era ir a su casa y ver si ella estaba lista para hablar acerca de lo que la estaba molestando. Por otro lado, también tenía temor de saberlo.

TREINTA Y OCHO

MACHO WILLIAMS —hasta él había aceptado el sobrenombre— nunca había estado en la Casa Blanca. Así que ahora que se encontraba sentado en la Oficina Presidencial, junto a su jefe, al jefe de su jefe, a un fotógrafo y —como no hace falta ni mencionar— al presidente Gerald Fitzhugh y su esposa, Wilma, Macho tenía que hacer un esfuerzo para no perder la calma. Dentro de sí, se sentía como un niño, ansioso por salir de allí y de contarles a todos sus amigos —con todo detalle— en dónde y con quién había estado.

Sin embargo, como era obvio, esto no se trataba de él, sino de un presidente electo para un segundo término, quién, además, había sido también escogido por segunda vez como el Hombre del Año del *Semanario Global*; así que Macho podía guardarse su entusiasmo para más tarde. Por ahora, tenía que lucir, hablar y actuar de una manera profesional. No quería que este trabajo fuera el más importante que lograra en su carrera. Más adelante, anhelaba conseguir trabajos internacionales y hasta tenía esperanzas de conseguir más noticias de primera plana.

Macho no tenía ni la mitad de la edad del presidente, aún así su simpatía se hizo evidente en el momento en que conoció al dignatario y a su esposa, la Primera Dama. Macho mantuvo el contacto visual, escuchó, no habló acerca de sí mismo y hasta fue capaz de identificarse con ellos y de mostrar interés cuando le contaron acerca de su hogar y de sus hijos. Fue evidente que la señora Fitzhugh se comunicaba bien con Macho, lo cual debió ser obvio también para el presidente.

Gerald Fitzhugh, de inmediato, abandonó su aire formal, cruzó las piernas, comenzó a hacer más gestos y fue más divertido de lo normal. En cierto momento, hasta se puso de pie y se sacó la chaqueta de su traje. Su esposa le susurró que tal vez esa no era una buena idea, ya que el fotógrafo de la revista estaba fotografiando cada momento.

—Ah, no te preocupes, Wilma —dijo él—. De todas maneras no puedo ser elegido presidente otra vez.

Camilo había esperado que el presidente se comportara de una manera vulgar y hasta grosera, ya que esa era la reputación que tenía. A menudo, Fitzhugh había sido comparado a Lyndon Johnson cuando este era joven. Tal vez se debió a que su esposa estaba presente, pero el presidente no dijo más que una leve maledicencia durante todo la reunión. Sus explosiones temperamentales habían llegado a ser bien conocidas entre su personal, pero Macho pensó que el presidente era solamente un hombre robusto, jovial y eufórico.

El estilo de Macho no era el de venir con una concebida lista de preguntas a la que tenía que mirar de continuo. Más bien prefería enumerar, en cinco tarjetas pequeñas, cinco áreas acerca de las cuales quería que el presidente hablara. Esperaba no tener que referirse a estas, a menos que se le olvidaran por completo los temas. Además, planeaba basarse en las respuestas de Fitzhugh para formularle las preguntas subsiguientes. Eso sería menos formal y se parecería más a una conversación que a una entrevista, lo cual le permitiría a Camilo mantener su atención, en lugar de tener que estar volviendo su mirada a su libreta de apuntes. Sus colegas le habían dado muy buenos consejos, sugiriéndole preguntas difíciles y aún más difíciles a continuación, basándose en las ya esperadas respuestas.

Cada vez que Fitzhugh daba una respuesta típica, Macho le presionaba, con mucho respeto pero con mucha firmeza, obligándole a que explicara mejor al público sus respuestas. Macho pensaba que esa era la tarea más noble de un periodista.

Discutieron el comercio internacional, la defensa, el presu-

puesto, el área del cuidado de la salud y del Seguro Social. Finalmente, Macho hasta indagó algo referente a su estilo personal.

—¿Es verdad que usted es un gritón? —Macho le preguntó— ¿Es usted un hombre con un fuerte temperamento?

—Soy culpable de eso —respondió Fitzhugh sin titubear y echando una mirada a su esposa—. Desde luego que no puedo serlo con ella en privado. No puedo echarla, ¿me entiendes? Pero, sí, me he estado esforzando por no serlo tanto con mi gente. Tenemos mucho que hacer y no tengo mucha paciencia. Aún tengo que mejorar en esa área. ¿Lo haré? Mm . . . lo dudo.

Casi una hora más tarde, el jefe de personal de Fitzhugh entró e indicó que les quedaba poco tiempo. El presidente se puso de pie, se puso otra vez la chaqueta de su traje, dio su mano a Macho y la sacudió vigorosamente.

—¿Crees que no sé cuán joven eres, hijo?

—¿Perdón?

—Tengo gente que investiga todas estas cosas, claro que eso no es una sorpresa para ti. Así que sé tu edad, tu trasfondo y tu experiencia. Tengo que decirte que disfruté mucho de esta hora, tanto como no lo había hecho ninguna de las veces que he estado frente a un periodista desde que fui nombrado presidente.

—Bien . . . gracias, señor.

—Él está siendo bastante sincero —añadió la señora Fitzhugh—. Rara vez le veo tan relajado como ahora. Confío en que no te aprovecharás de eso.

—¿Aprovecharme de eso?

—Gerald te dijo mucho más de lo que su gente hubiera sugerido que lo hiciera.

—Bueno, señora, todo consta por escrito.

—Ya lo sé —aseveró ella—. Solamente espero que esto no haya sido una emboscada. Hemos tenido gente que ha venido hasta acá, pretendiendo ser aliados y luego se van y escriben cosas horrorosas.

—Bueno, no puedo aseverar que soy un aliado, pero tampoco les he tendido una emboscada. Este será meramente un artículo acerca del Hombre del Año, dándole al presidente la oportunidad de expresarse libremente; y creo que lo hizo muy bien.

Esto era como para volverle loco, pero Yasmine decidió esperar hasta después de la cena y hasta después de que los niños estuvieran durmiendo para hablar seriamente con Abdula. Eso solo hizo que este se frustrara y se preocupara más. Además, tal situación hizo que comiera mucho y muy rápido, lo cual era algo inusual para él. Luego, mientras ella limpiaba la cocina y ponía a los niños en la cama, él se sentó a estudiarla, escudriñando su cara tensa y triste, tratando de encontrar algún indicio de lo que estaba a punto de decirle.

Finalmente, los dos se sentaron frente a una ventana abierta. Abdula esperaba que pasara aún una leve brisa, o cualquiera otra cosa que moviera el aire dentro de la casa, donde la temperatura permanecía muy alta y pesada.

Permanecieron sentados por una largo rato, durante el cual Abdula continuó esperando y Yasmine continuó suspirando como si estuviera a punto de hablar, para luego quedarse otra vez en silencio. Abdula pensó que se iba a volver loco.

—¿Qué te pasa, Yasmine? Dímelo de una vez —dijo él sin poder soportar más el suspenso.

—Conocí a alguien —dijo ella quedamente.

—¿Conociste a alguien? —repitió él, quedándose congelado y luego poniéndose de pie—. ¿Acaso tienes otro hombre?

—Siéntate Abdula. No es otro hombre.

—¿Crees que eso mejora la situación? ¿Conociste a alguien más y es una mujer?

—Siéntate. No es lo que te imaginas. No tienes que preocuparte de mi lealtad hacia ti. No obstante, yo estoy preocu-

pada de la tuya hacia mí después de que escuches lo que te voy a decir.

—¿Después de que escuche qué cosa? —Abdula preguntó a la vez que tomó asiento—. ¡Por favor, dímelo!

—Hace más o menos tres semanas atrás estuve en el mercado cerca del aeropuerto, cuando llegaron los turistas. Tuvieron una escala más larga de lo esperado, así que alguien les había sugerido que probaran algo de la cultura y les envió al bazar.

—Así que conociste a uno de ellos.

—Elle Lindquist —dijo Yasmine asintiendo—, una mujer de unos sesenta años de edad. Casada, aunque su esposo no estaba con ella. Los dos son misioneros en los Emiratos Árabes Unidos. Él la estaba esperando allá. Ella había regresado a los Estados Unidos a visitar a sus familiares.

—¿Qué clase de misioneros? ¿De la CIA, petroleros, católicos, o qué?

—Ella dijo que era cristiana evangélica.

—¿Hablaste con ella tanto como para saber eso?

—Fue una de las primeras cosas que me dijo, Abdula. Ella era maravillosa y muy amable, pero yo no supe cómo interpretarlo. A menudo, cuando un extraño se te acerca en público es porque quiere algo de ti: dinero, tu tiempo o algo así.

—¿Qué quería ella?

—Elle solamente quería llegar a conocerme. Dijo que, de alguna forma, yo le llamé la atención y que tenía curiosidad por aprender más acerca de nuestra vida y costumbres. Las diferencias y las similitudes entre nuestro país y los EAU parecían fascinarla.

—Continua.

—Casi de inmediato, después de asegurarse de que yo disponía de tiempo para hablar con ella, me preguntó acerca de mi religión. Abdula, tengo que admitir que yo también, no sé por qué, de inmediato me sentí bastante atraída hacia Elle. Dijo: «asumo que eres musulmana».

—Yo le dije: «Asumes bien».

—Elle dijo que había estudiado nuestra religión y me pidió que le verificara unos datos. Me preguntó todo lo relacionado a la mezquita, a los ritos y a las oraciones. Le dije que, al parecer, había tenido buenas fuentes de información para realizar sus estudios. Luego me preguntó cómo sentía que el Islam me beneficiaba.

Yasmine miró de frente a Abdula, con una expresión de entendimiento. Este había sido el mismo asunto acerca del cual ella había venido hablando desde hacia mucho tiempo.

—¿Qué le dijiste?

—No supe qué decirle, Abdula. ¿Qué pude haberle dicho? Planeé decirle una mentira. Quise decirle que me sentía contenta, satisfecha y obediente y que ansiaba recibir recompensas eternas algún día.

—¿Y qué le dijiste entonces?

—No pude hablar. Cada vez que abría mi boca, tenía que tragarme mis lágrimas.

—¿Tus lágrimas?

—Elle me estaba mirando con tanta curiosidad, amor y simpatía que sentí un fuerte impulso por decirle la verdad. Abdula, no entendía lo que me estaba pasando. Solamente la había conocido por unos pocos minutos y allí estaba yo, parada en medio del público, tratando de hablar y siendo solo capaz de llorar.

—¿Qué hizo ella?

—Me tocó. Ya sabes cuán inusual eso es aquí. Me llevó a un pequeño café donde nos sentamos afuera. Se disculpó por haberme hecho llorar y me dijo que no tenía que darle una respuesta, que podía tranquilizarme y que, si no me importaba, ella continuaría hablando por un rato. No solamente que no importó, sino que nuevamente estuve impresionada con su sensibilidad. Eso era justo lo que yo quería y necesitaba. Asentí y nos sentamos a tomar café, mientras ella me hablaba de sí misma.

—Los estadounidenses son un poco raros en ese sentido,

¿no te parece? —Abdula afirmó—. Raimundo Steele me cuenta cosas que no le dice a su esposa y lo ha venido haciendo desde el día en que nos conocimos.

—Me contó la historia de su vida, cómo había crecido siendo la hija de misioneros en Sudamérica. Luego, cuando era adolescente, había regresado a los Estados Unidos donde conoció a su esposo en un colegio bíblico. Entonces, los dos habían sentido el llamado de Dios a ser misioneros en esta parte del mundo.

—¿El llamado de Dios?

—Eso es lo que dijo. Finalmente, yo me había calmado y estaba en condiciones de hablar. Le pregunté qué era lo que Dios le había llamado a hacer aquí. Ella me contesto: «a decirle a la gente la verdad acerca de Dios. Que Él les ama y que se preocupa por ellos y que quiere que le conozcan y que Él quiere conocerles».

—Ese Dios es diferente al que yo conozco —afirmó Abdula.

—Eso es exactamente lo que yo pensé —dijo Yasmine—. Elle miró su reloj y dijo que tenía que regresar al aeropuerto. Entonces me preguntó si no me importaba si me decía rápidamente unas cuantas cosas. Le dije que para mí sería un honor escuchar más de lo que tenía que decirme, así que fue hablando mientras caminábamos. Me dijo que ella servía a un Dios de amor que no demandaba ritos ni obligaciones y que no buscaba motivos para castigar a sus hijos. Dijo que ella era su hija, Abdula. ¿Alguna vez te has sentido como un hijo de Dios?

Abdula sacudió la cabeza. ¿Hasta dónde llegaría todo esto? Una cosa era ser un musulmán perezoso, otra muy diferente era la de cambiarse de religión.

—Yo tampoco me he sentido así —siguió Yasmine—. Elle me preguntó si podía orar por mí y cuando le dije que sí, inclinó su cabeza allí mismo y le habló a Dios. Me sentí tan avergonzada, no obstante, ella hablaba con Él como si le conociera y como si Él fuera su amigo. Parecía que ella

simplemente aceptaba que Dios la amaba, la aceptaba y se preocupaba por ella. Me sentí profundamente conmovida.

—Todavía lo estás. Puedo darme cuenta de eso.

—Entonces tuvo que irse, Abdula, pero yo no quería dejarla ir. Caminé con ella hasta el aeropuerto y ella continuó hablando durante todo el camino. Yo tenía hambre y sed de algo como lo que ella tenía. Me prometió que me mandaría correos electrónicos y que se mantendría en contacto. Y lo ha hecho. Nos escribimos mutuamente cada día, con frecuencia hasta varias veces al día. Ella me está enseñando y mostrando cosas de la Biblia, guiándome hacia el único Dios verdadero que ama a todos, aun cuando hayan pecado.

—¿Has pecado, Yasmine? ¿Es eso lo que estás tratando de decirme?

—Estoy aprendiendo que todos somos pecadores. Todos estamos separados de la gloria de Dios. Sin embargo, Él ha provisto el camino para regresar a Él. Dios nos perdonará y lavará nuestros pecados. Es la historia de amor más bella que jamás he escuchado.

—¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Tu reacción.

—¿Mi reacción ante qué cosa? ¿Te estás convirtiendo a otra religión?

—Quiero hacerlo con todo mi corazón, Abdula, pero no sé lo que eso significaría para ti, para nosotros. Que tu esposa, la madre de tus hijos, abandone la religión de su infancia, trayendo así la deshonra para los dos lados de la familia y haciendo que muchos piensen que merezco la muerte . . . esta no es una decisión simple.

—¿Pero qué clase de decisión es? ¿Cuáles serían los requisitos que tendrías que cumplir? ¿Cómo se enteraría la gente?

Yasmine se puso de pie y se dirigió hacia la ventana, luego se dio la vuelta para mirar de frente a su esposo.

—No hay tal cosa como un cristiano secreto —dijo ella—. Yo no pudiera pretender ser algo que no soy, de la manera que tú y yo hemos practicado el Islam durante

años. Parte de ser cristiana es abandonar la vida pasada y tomar la nueva.

Yo no pudiera ser una creyente en Cristo sin decírselo a la gente.

—¡Los musulmanes también creen en Cristo! ¡Tú puedes ser las dos cosas!

TREINTA Y NUEVE

TODOS EN EL *SEMANARIO GLOBAL* habían estado llamando «Macho» a Camilo desde hace varias semanas, así que le tomó por sorpresa cuando Esteban Plank le llamó por el intercomunicador y dijo:

—¿Camilo, tienes un momento disponible?

Macho también se sorprendió de encontrar a Juan Ortiz en la oficina de Plank, con una expresión como si prefiriera estar en cualquier otra parte del planeta. Ortiz era el jefe del departamento de políticas internacionales del *Semanario Global.*

—No tengo nada personal en contra de ti, Williams —dijo Ortiz quien fue el primero en hablar.

—A ver, espera un minuto —interrumpió Plank—. Juan vino con una inquietud, Macho, y tú conoces mi forma de hacer las cosas. Él estaba cuestionando mi decisión de promoverte de escritor general a escritor principal. Así que me pareció que si alguien en su posición tenía un problema contigo, sería mejor que te lo dijera de frente.

—Pero no es un problema con él, Esteban —afirmó Juan—. Como tú bien dices, es un problema con tu decisión.

—Pero mi decisión esta relacionada a Macho. Y ahora que ya es un escritor principal, quiero que lo uses para hacer tu trabajo. Si tienes un problema con él, hagámoslo frente ahora mismo.

—Ni siquiera se trata de tu edad, Camilo —añadió Ortiz—. He trabajado antes con gente joven.

—Oí que usted también fue joven una vez —replicó Macho.

Plank se rió, pero Ortiz no lo hizo.

—Fui joven y, tal como tú, no tenía la experiencia suficiente. Eres un buen escritor. No se necesita ser un genio para darse cuenta de eso. No obstante, las historias internacionales son complejas y un escritor tiene que tener mucha experiencia y trasfondo en esto para que siquiera intente . . .

—Tengo mucha experiencia con gente, señor Ortiz. Cientos de historias, entrevistas, artículos, perfiles biográficos, reportajes.

—¿Acerca de temas internacionales?

—La gente es gente, señor. ¿Acaso sus historias no son universales?

—Claro que sí, pero hay diferencias en cultura, trasfondo, protocolo . . . en un sin fin de cosas.

—Estoy de acuerdo. Así que ¿dónde voy a obtener este tipo de experiencia?

—Bueno, no aquí. Antes de venir al *Semanario Global* debiste haber tenido mucha experiencia en asuntos globales y una vez aquí debiste haber tenido algún tipo de práctica, viajando con un experimentado escritor, haciendo reportajes para él o ella.

—Como lo hizo usted.

—Exactamente.

—Estoy dispuesto a hacer eso.

—¿En serio?

—Desde luego y para mí será un honor servir bajo sus órdenes, señor Ortiz. ¿Está trabajando en algo en lo que yo le pueda ayudar?

—¿No te molesta el hecho de que yo no esté tan impresionado contigo, como el jefe parece estarlo? —Ortiz le preguntó, un tanto aturdido—. ¿No te importa que yo piense que te han promovido demasiado pronto?

—Probablemente yo hubiera pensado lo mismo si hubiera estado aquí tanto tiempo como usted. No obstante, ¿solamente tengo unos dos años menos de los que usted tenía cuando llegó a ser escritor principal, verdad?

—Creo que eso es verdad.

—De hecho, ¿no fue usted el más joven antes que yo?

—Creo que eso también es verdad.

—¿Tienes un problema con eso, Juan? —Plank le preguntó.

—De ninguna manera. Yo comencé enseguida después de terminar la universidad, como asistente editorial. Seguí trabajando duro y seguí ascendiendo hasta donde estoy ahora.

Esteban se volvió para mirar a Macho.

—Juan parece tener memoria selectiva. No recuerda, como yo, que él tuvo que soportar todo lo que tú estás soportando cuando Stanton Bailey, quien tenía mi puesto en ese entonces, le convirtió en un joven escritor principal.

—Joven —dijo Juan—, pero con mucha experiencia.

—Entonces, ¿está dispuesto a supervisarme, señor Ortiz? ¿Le parece bien eso, Esteban?

—¿Dirías que eres fácil de enseñar y que quieres aprender? —Juan le preguntó, cruzando las piernas y reclinándose.

—Esta fue mi idea, ¿verdad?

—Mía también —añadió Esteban—. Yo estaba a punto de sugerir lo mismo.

—Yo no seré tu jefe directo —dijo Juan—, pero deberás seguir mis direcciones e instrucciones.

—Seguro que sí y será un honor para mí.

—No será fácil.

—No esperaba que lo fuera.

—Y deja de estar de acuerdo en todo conmigo.

—Perdón. ¡Quiero decir, no estaba haciéndolo! . . . ¿Qué fue lo que dije?

Abdula "Smith" Ababneh tuvo dificultad para conciliar el sueño. Su mente era una enredadera de cosas. Una cosa era cierta: él había sido el causante de todo esto. Él tenía la culpa de que Yasmine estuviera a punto de abandonar su religión y de convertirse al cristianismo. No la podía convencer de que simplemente adopte un respeto por Jesús dentro

de los preceptos de su propia fe. Para ella el concepto que el Islam tenía de Jesús no era válido, ya que no le ponían en el mismo nivel que Mahoma y menos aún iban a pensar que Jesús era igual a Alá.

Para Yasmine, Jesús era el Hijo de Dios, era Dios, divino, trascendente y el Salvador de la humanidad. Abdula hubiera podido aceptar tal cosa —especialmente dado que sus propia práctica religiosa era tan flexible—, a no ser por el hecho de que no había manera fácil para que ella hiciera lo que pretendía. De acuerdo a lo que ella había entendido, la verdadera conversión tenía que hacerse conocer públicamente. No podía ser musulmana y cristiana a la vez. Adoptar la fe cristiana implicaba que ella debía hablar a otros acerca de su nueva creencia.

Noche tras noche, Abdula se daba las vueltas. Lo que resultaba extraño era que una parte de él envidiaba a Yasmine. Para comenzar, ella tenía una amiga, una persona en quien confiar y quien realmente se preocupaba por ella y por su alma. Elle Lindquist le escribía todos los días, con frecuencia hasta varias veces al día. Como si eso fuera poco, a veces hasta la llamaba por teléfono.

—¿No te sientes presionada? —Abdula le había preguntado.

—No, ni en lo más mínimo —Yasmine había contestado—. Me siento amada. Abdula. estoy aprendiendo muchísimo y todo tiene sentido para mí. El haber encontrado, sin darme cuenta, lo que he estado buscando toda mi vida, me da la sensación de que estoy haciendo lo correcto y de que esto es verdad.

Después de varios días de haber estado sufriendo tremendamente por la situación, Abdula oró a Alá al respecto. Nunca antes había orado por nada específico, a no ser que hubiera estado en medio de algún peligro. De otro modo, sus oraciones siempre habían consistido solo de alabanzas para Alá y Mahoma. Durante años había realizado mecánicamente las cinco oraciones diarias, hasta que un día había comen-

zado a dejar de hacerlas. Ahora, súbitamente sentía que estaba volviéndose devoto. Si había algo que le acarrearía problemas con un dios —de cuya existencia aún no estaba seguro—, era el perder a su esposa a causa de otra religión.

Abdula ahora creía firmemente que Alá le había contestado. En lo profundo de su corazón y de su alma, Abdula se convenció de que tenía la respuesta para Yasmine. El problema fue que esperó demasiado tiempo para decírsela. Meditó en ello durante unos pocos días, tratando de encontrar las palabras más persuasivas. La noche cuando, por fin, había reunido el valor suficiente para decírselo, ella se le adelantó.

—Tengo noticias para ti —le dijo ella mientras estaba recostada en la cama junto a él—. Finalmente he tomado mi decisión. Oré una oración a través de la cual la señora Lindquist me guió y le dije a Dios que yo sabía que estaba separada de Él debido a mi pecado y que necesitaba su perdón. Le dije que necesitaba un Salvador. Recibí a su Hijo, Jesucristo. La señora Lindquist dice que ahora ya soy nacida de nuevo.

—¿Hiciste eso sin decírmelo? —Abdula le preguntó, cerrando los ojos y frotándose la cara con las manos.

—Te lo dije, Abdula. Hemos estado hablando de ello desde hace mucho tiempo atrás y ahora ha sucedido y te lo dije.

—Pero no me consultaste. No obtuviste mi permiso.

—¿Tu *permiso*? —Yasmine repitió—. ¿Crees que soy una niña o una posesión?

—Sí, en cierta manera tú eres mi posesión y tengo que decirte lo siguiente: no permitiré que hagas esto.

—No quiero desafiarte, Abdula, pero esta decisión no fue fácil —dijo ella casi susurrando—. Esta es mi vida y esta es la manera en que quiero criar a nuestros hijos.

Hace algún tiempo Abdula había escuchado la expresión que hace referencia a la sangre de uno cuando se congela. Ahora ya sabía lo que significaba. Un escalofrío le corrió por el cuerpo y una nueva determinación comenzó a darse en lo profundo de su ser. La culpa lo invadió por haber sido un

musulmán tan malo e inconsistente, al punto de perder a su esposa. ¿Acaso estaba a punto de perder a sus hijos también? No podía dejar que eso suceda. Simplemente no podía dejar que eso pasara. No podría seguir viviendo.

—Mis hijos son musulmanes, Yasmine —dijo él—. Ellos se criarán bajo los preceptos del Islam.

Yasmine se levantó, se puso su bata y salió de la habitación. Él la siguió y los dos se sentaron frente a frente en la sala.

—Abdula, mi oración más profunda es que no peleemos por esto. Tú no eres más musulmán de lo que Elle Lindquist y su esposo lo son. Para ti, esa se ha convertido en una religión de conveniencia. Tú no crees en Alá, ni en Mahoma. Si lo hicieras, cumplirías con todos los requisitos y obligaciones hacia ellos y no solamente cuando otros te están observando.

—Tuve un desliz en mi fe —replicó él— y te pido que me perdones por eso. He sido un mal ejemplo para ti, he sido un mal esposo, pero esto me ha despertado. Estoy dispuesto a practicar fielmente mi religión. Creo que no hay otro dios más que Alá y que Mahoma es su profeta. Jesús es compatible con eso. Se lo encuentra en las sagradas escrituras.

—Jesús es mucho más importante que tus sagradas escrituras —dijo Yasmine— y Él mismo dijo que era el camino, la verdad y la vida y que nadie podía venir a Dios sino por Él. Si no crees eso no digas que Jesús es compatible con el Islam.

Tan listo y tan técnicamente astuto como lo era, Abdula nunca había creído haber igualado la inteligencia de su esposa. No podía discutir con ella. No podía persuadirla.

—Esta misma noche iba a hablar contigo acerca de este mismo tema —aseveró él—. Iba a pedirte que me perdonaras por haber sido un mal ejemplo e iba a pedirte que me dieras un poco de tiempo para enderezar mis caminos. Pospón tu decisión y regresa a los preceptos de nuestra religión. Allí encontrarás la verdad, la felicidad y el contentamiento.

Yasmine bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—¿Qué? —Abdula le preguntó.

—Los dos hemos pasado por nuestras etapas de devoción —respondió ella—. Ha habido épocas en nuestras vidas en las cuales nadie hubiera podido cuestionar nuestra fe. ¿Te trajo eso contentamiento o felicidad? —Yasmine no esperó para recibir una respuesta—. A mí tampoco. Abdula, ya he encontrado lo que necesitaba. Verdaderamente he venido a Dios. No tengo que ganarme su misericordia, ni su gracia. No puedo hacerlo y eso es algo bueno.

—¿No tienes que hacer nada si eres cristiana? ¿Acaso no tienes que orar y alabar y hacer obras de caridad?

—Desde luego que sí, pero no para ganarme el favor de Dios, sino como respuesta a los dones que Él me ha dado.

—¿Los dones?

—Vida eterna. Perdón.

—¿No tienes miedo de la ira de Alá?

—Si tuviera miedo de Alá —respondió Yasmine con un suspiro—, hubiera permanecido como esclava de las demandas del Islam y tú también lo hubieras hecho. ¿Por qué le temes ahora tan de repente?

Esa sí que era una buena pregunta. Abdula sí temía a Alá. Temía que su dios existiera y que se preocupara por sus seguidores. Temía que ahora lo viera como un infiel, como un fracaso, como un tunante.

Lo peor de todo —si acaso podía haber algo peor— era que Abdula tomó como una amenaza a su propia hombría el hecho de que su esposa ya no era razonable. Ella nunca había sido tan obstinada, ni terca, ni tan insolente con él. En cambio ahora le contradecía en todo lo que él decía.

Abdula quería ser razonable, escuchar, oírla de verdad, discutir estos temas profundos, pero ¿cómo podía tolerar semejante rebelión por parte de su propia esposa? ¿Acaso él no podía opinar? ¿Acaso él no podía influenciarla? ¿Podía competir con este pretendiente divino? ¿Cómo se había Yasmine atrevido a tomar tal decisión —la que según su propia admisión— no era nada simple, sin siquiera consultarle, ni prevenirle?

Claro que habían hablado al respecto pero, de alguna manera, Abdula no había logrado entender que Yasmine estaba tan convencida. La atracción y la seducción de una mujer mayor —tan segura de su vida y de su fe—, aparentemente habían sido irresistibles para ella.

Los dos podían permanecer sentados discutiendo el asunto hasta el amanecer, pero a fin de cuentas Abdula no podía aceptar tal cosa, no podía permitirla, no podía aguantarla.

—Debes decirle a la señora Lindquist que actuaste apresuradamente. Dile que cambiaste de opinión. Dile que oraste al respecto y que hablaste con tu esposo y que te has dado cuenta de que cometiste un error. Dile que seguirás siendo musulmana y que te someterás a los preceptos del Islam. Dile que no puedes hacerle esto a tu esposo, ni a tus hijos. Dile que no serás cristiana.

CUARENTA

NICOLÁS CARPATIA se había convertido en el perfecto político, diplomático, estadista y en un incitador internacional. Encontraba pretextos para viajar, estableciendo alianzas con jefes de estado quienes nunca hubieran concedido una audiencia a un miembro de la casa baja del parlamento rumano, a no ser porque él era muy persuasivo. Además, en su propio país, se había convertido en el hombre más popular, admirado, respetado y elogiado aún por sus propios rivales.

Carpatia era un hombre de paz, como una paloma. Era proponente del desarme, lo cual despertó la curiosidad de sus colegas en Europa y en la mayor parte del mundo. Aún no había visitado los Estados Unidos, pero ciertamente estaba haciéndose conocer en todas las demás naciones. La inteligencia de Nicolás, su perspicacia para los negocios y todos sus logros, de alguna manera, parecían ser conocidos por todos —sin que él hiciera propaganda, ni alarde de los mismos. También, la manera en la que, aparentemente, esquivaba los elogios que le daban, hacía que la gente lo elogiara aún más. La verdad era que mientras más alabanzas recibía, más las necesitaba y, a menudo, casi hasta se desmayaba debido a tanta emoción que esto le causaba.

Nicolás había aprendido bien el arte de pretender ser humilde. Su meta era la de evitar servir en la cámara alta del senado, para así presentar directamente su candidatura para presidente de Rumania al finalizar su actual segundo término. Los expertos afirmaban desde ya que él era el favorito para tal puesto.

Irene estaba preocupada de que Raimundito, debido que estaba muy entusiasmado con su nueva fe, no recibiría todo lo que necesitaba a menos que cambiara de iglesia y comenzara asistir a Nueva Esperanza. Raimundo se mantenía fervientemente opuesto a tal cosa y Cloé, otra vez, estaba tratando de dejar de ir del todo a la iglesia.

Irene se dedicó a volver a escribir todo lo que estaba aprendiendo de Jackie, usando un vocabulario que Raimundito pudiera entender. De ese modo, no solamente que él obtenía una buena enseñanza bíblica, sino que también ella se mantenía al día en sus conocimientos. Cualquier cosa que antes Irene no había estudiado con atención, o acerca de la cual no estaba muy segura, ahora la consultaba detalladamente con Jackie. Irene quería entender todo completamente para poder enseñárselo a su hijo.

La creciente sensibilidad de Raimundito en cuanto a la situación de su papá y de su hermana, causaba a Irene un gran dolor en su corazón. Oraba por ellos todos los días y frecuentemente preguntaba a Irene qué era lo que ellos no entendían.

—Es tan simple —decía él—. Todo lo que quiero es que ellos también tengan lo que nosotros tenemos.

Camilo «Macho» Williams creía que ya casi se había ganado a Juan Ortiz. No obstante, aún detectaba resentimiento, algo de irritación y, sin lugar a dudas, una marcada diferencia generacional. Juan era un hombre de familia y, aunque su ética de trabajo parecía ser buena durante el día, naturalmente encontraba la manera de irse a su casa a una hora razonable. Macho pensaba que Juan nunca había llegado a amar el trabajo de la manera que él lo hacía. Esta sería la razón por la que Juan constantemente estaba sacudiendo la cabeza y criticando el hecho de que Macho estuviera dispuesto a trabajar durante dieciséis horas en un día.

Viajar a otros países fue una nueva experiencia para Macho. También disfrutaba al ir a visitar las diversas oficinas del *Semanario Global*, en las ciudades más grandes de otros estados, y al conocer a los jefes de los departamentos. Entre sus favoritos estaba Lucinda Washington, una robusta mujer de raza negra, quien administraba la oficina de Chicago. Debido a que le habían asignado una historia en esa ciudad, Macho pasó tres días entrando y saliendo de esas oficinas, durante ese tiempo se dio cuenta que Lucinda tomó un verdadero interés por él.

—Tienes que saber —le dijo ella—, que yo no voy a llamarte por ese horrible sobrenombre.

—¿En serio? ¿Por qué? Ya me ha llegado a gustar.

—¿Macho? ¿Macho? En primer lugar, en mi comunidad no es un término aceptable.

—Nunca pensé en eso, discúlpame.

—Además, sé por qué te lo pusieron. Los de Nueva York me dicen que siempre estás luchando en contra del tradicionalismo. Bueno, déjame decirte que a mí, eso me parece bien. Si yo misma no hubiera luchado en contra del tradicionalismo aún estuviera trabajando en la oficina de correo. Sé siempre respetuoso y has bien tu trabajo y la gente te pondrá atención aunque estés en contra de lo tradicional. La gente que me enoja es la que siempre se queja y dice tener una mejor idea, pero de todas maneras no hace su trabajo. Has tu trabajo a tu manera, pero trabaja; esa es mi filosofía.

—La mía también —aseveró Macho—. Entonces, puedes llamarme lo que tú quieras.

—Así lo haré, Camilo.

Algún día, Macho tendría que preguntar a Lucinda acerca de todos los artefactos que ella tenía en su oficina. Entre la fotografía de ella con su esposo y la de sus hijos, tenía un retrato de Jesús. En la pared, un corazón de metal, lleno de adornos, decía: «Dios es Amor».

En su trabajo, él antes había conocido personas de fe —como había llegado a llamarlas— pero la mayoría eran personas pasivas y muy reservadas. Era casi como si supieran que eran parte de la minoría y no querían ser tildados de extraños. Bueno, a pesar de su devoción y creencias religiosas, Lucinda Washington no era una mujer extraña. Tenía la reputación de ser una reportera y escritora muy buena, y ahora la gente disfrutaba mucho trabajando para ella. Luchaba para que los de Nueva York dieran cabida a sus empleados en las publicaciones de la revista y los altos ejecutivos la respetaban de todas maneras.

A Macho le gustaba la manera como ella le miraba, era como si pudiera sentirlo en su propia alma. Pensó que ella le veía como una madre ve a su hijo, por lo que su desconcierto y sus expectativas hacían que él trabajara aún mejor.

Cuando Cloé Steele estuvo en su penúltimo año de la escuela secundaria, obtuvo tan buenos resultados en sus exámenes para la universidad que a diario recibía cartas de invitación de varias universidades de todo el país. Estaba a punto de terminar entre los cinco mejores estudiantes de su promoción y tenía aún la posibilidad de llegar a ser la segunda.

Irene estaba contenta y orgullosa, pero su alegría se vio arruinada por el cambio que observó en su hija. Cloé había heredado las mejores características de Raimundo y eso estaba bien. Sin embargo, también había heredado las peores, lo cual causaría muchos problemas.

Por el lado positivo, ella era curiosa, estudiosa, muy trabajadora y, desde luego, muy inteligente. Si hubiera querido, hubiera podido hacer sus tareas en el trayecto a la escuela y aún así hubiera obtenido buenas calificaciones. No obstante, Cloé estudiaba con ahínco. Cada día, después de la cena, tenía un tiempo establecido para hacer sus tareas escolares. A esa hora exacta, Irene sabía con seguridad que su hija estaba siempre estudiando en su escritorio.

Cloé se premiaba, o se castigaba a sí misma, regulando su tiempo para divertirse. Si había terminado lo que había planeado, en el tiempo en el que había determinado, salía con sus amigas. Si no lo hacía, se quedaba en casa y no salía hasta terminar sus tareas. Irene estaba agradecida que ella y Raimundo nunca más habían tenido otro incidente con Cloé bebiendo o regresando demasiado tarde a casa. En ese sentido se había convertido en una hija ejemplar.

En el aspecto negativo, Cloé parecía pensar que ella era el centro de atención, que no debía su obediencia a nadie y que ella sabía más que todos a su alrededor —especialmente más que su mamá. Creía solamente en lo que podía ver y tocar. Creía que Dios era un buen concepto, pero que este en realidad no existía como persona.

—Si quieres tratarlo como una personalidad real, alabarlo, vivir tu vida para Él, estudiarlo y todo lo demás, está bien conmigo —Cloé dijo a Irene una noche—. Sin embargo, yo no lo haré. Debo insistir en que me trates como una persona completamente moral y funcional y que dejes de obligarme a ir y sentarme en algún lugar, en el que debo comportarme bien, aunque en realidad no creo ni una palabra de lo que dicen.

—No crees en Dios.

—No quiero decirlo de ese modo, mamá. En el mejor de los casos soy agnóstica. Soy bastante honesta y puedo decir que no sé si Dios existe. Me inclino más hacia el ateísmo, pero tampoco estoy dispuesta a dar mi vida por eso. Sin embargo, pretender que alabo, escucho y estudio algo que en mi vida tiene menos importancia que otras disciplinas que sí me interesan, bueno, eso sería no ser intelectualmente honesta.

—En ese caso, te agradecería que accedas a mis deseos y, hasta que te vayas a la universidad . . .

—Mamá, no comiences con eso otra vez. No voy a ir a la iglesia contigo. Solamente iré si Raimundito está participando en algún programa especial o algo así, pero nada más.

—Cloé, aún no tienes edad como para decirme a dónde irás o no . . .

—Mamá, siéntate y escúchame, está vez estoy hablando en serio.

Aunque no quería hacerlo, Irene se sentó. Por lo menos Cloé estaba siendo cordial.

—La verdad es que *sí* tengo edad suficiente para decirte lo que no haré. ¿Qué harás para obligarme a ir, si no quiero hacerlo?

—Puedo pedirle a tu papá que físicamente te obligue a ir.

—No digas ridiculeces. ¿Acaso papá va a cargarme hasta el carro y de ahí hasta la iglesia?

—Puedo castigarte para que no salgas de la casa. Puedo quitarte tu carro.

—Mamá, te agradezco que me dejes usar el carro, pero si me lo quitas me las arreglaré de otro modo.

—No pagaremos tus estudios universitarios.

—¡Mamá! ¿Dónde has estado? ¿No has leído las cartas de invitación que he recibido? He recibido ofertas de becas completas por parte de las universidades a las que quiero ir.

—Irás a una que esté cerca de nosotros, ¿verdad?

—De ninguna manera. Creo que iré a Stanford en California.

—Cloé, tú no irás a una universidad que está a unos tres mil doscientos kilómetros de aquí.

—Sí, de hecho creo que lo haré.

—Hablaremos de esto cuando llegue tu padre.

—Papá está de acuerdo conmigo. Mamá, ya date por vencida.

Una mañana, Nicolás se dio cuenta que los retos y obligaciones de su vida como un magnate de los negocios se había vuelto rutinaria y, lo que era peor, molestosa. Lo que usualmente le motivaba, animaba y alentaba, ahora le molestaba.

Fácilmente hubiera podido retirarse de los negocios y dejar que alguien los administrara bajo sus órdenes. Si León no

fuera su jefe de operaciones, ciertamente pudiera encontrar a otro para que lo fuera. Pocos días después de que se dio cuenta que su vida le aburría, Nicolás pudo sentir que tal sentimiento se iba haciendo cada vez mayor. Los negocios le aburrían, le estorbaban y le impacientaban.

Nicolás quería hacer algo más con su vida. Pensaba que era hora de llevar a cabo lo que fuera necesario para que pudiera tomar lo que le pertenecía. Se había arrodillado y había alabado a su señor y maestro a cambio de recibir los reinos del mundo. ¿Acaso había algún otro requisito que cumplir? Él era el hombre más inteligente, el que hablaba más idiomas, el más educado, el mejor orador del mundo. Era hora de que Nicolás Carpatia hiciera su debut en el mundo.

Pasaba más de medio día en su oficina, leyendo muchas revistas y viendo las noticias internacionales. Sabía todo acerca de todo y de todos. Si hubiera estado en la misma habitación con el más desconocido de los emires o sultanes del mundo, Nicolás hubiera podido conversar con este como si se tratara de su mejor amigo. Él hubiera sabido el nombre su esposa o esposas, los nombres de sus hijos e hijas, los nombres de los miembros de su gabinete, de sus consejeros, de sus enemigos. Hubiera sabido sus puntos fuertes y sus debilidades, sus temores y sus sueños. Nicolás creía que él era el hombre más conocedor de mundo entero.

Él y León habían estado hablando acerca de la estrategia que usarían para evitar presentar su candidatura para el senado y para presentar su candidatura para la presidencia, directamente después de haber servido durante dos términos en la Casa de Diputados. Esta no sería una misión fácil y, a pesar de los planes que se les ocurría, nada en realidad resonaba en la mente de Nicolás como algo seguro. No podía tomar ningún riesgo. Su cambio de posición al pacifismo había sido hecho en el momento propicio y su reputación y su índice de aprobación eran mejores que nunca. Ahora lo que necesitaba era el «plato fuerte».

Dentro de más o menos un año, Raimundo Steele se dio cuenta que su vida y su carrera profesional habían llegado, al mismo tiempo, a lo más alto y a lo más bajo. Había logrado todo lo que se había propuesto con Pan-Con. Lo único a lo que pudiera aspirar era un puesto de gerencia, pero esto no le llamaba la atención en lo más mínimo.

Ahora piloteaba los mejores aviones de la compañía y podía escoger sus rutas y hasta su propio horario. Raimundo había tenido que mediar en la última discusión entre Irene y Cloé, la cual había dado como resultado el que su hija dejara de asistir por completo a la iglesia y a la escuela dominical. Además, desde entonces, Irene se había vuelto aún más fría que antes.

Raimundo no entendía cuál era el problema que Irene tenía con su hija. Cloé era una hija ideal, hasta sus amigos hubieran dicho que su hija era un tesoro. Además, recientemente les había dado a conocer sus intenciones de aceptar una beca académica completa de la Universidad Stanford. Aunque él ni siquiera podía imaginársela tan lejos, ya que le parecía que solo el mes pasado había sido una niña pequeña, también estaba orgullosísimo de ella.

Raimundo tenía las mismas expectativas y esperanzas en cuanto a Raimundito, por quien ahora más bien estaba preocupado. ¿Acaso su mamá le estaba mimando demasiado? No actuaba como un niño mimado, pero el problema era que estaba demasiado adentrado en la religión de Irene. Eso no podía ser algo bueno. ¿Qué otro niño, especialmente de su edad, estaba aún tan enamorado de la iglesia? Algo tenía que cambiar al respecto. Cloé había logrado que no la hiciera ir todo el tiempo a la iglesia, pero ahora Raimundo tenía que aguantar los regaños de Irene y los ruegos de Raimundito. Además, cada vez se le hacía más difícil hallar excusas para no ir y promesas, que más tarde pudiera cumplir, con las que pretendía substituir su asistencia.

Lo único interesante en la vida de Raimundo seguía siendo

Patty Durán. Ella, finalmente, había sido promovida a las rutas internacionales y, de vez en cuando, viajaba con él a Inglaterra y otros lugares del este. Su meta era llegar a ser azafata principal y obtener la experiencia necesaria para poder escoger sus rutas. Patty le había dejado en claro que escogería las rutas de él, si eso no le molestaba.

Raimundo, por su parte, le había asegurado que eso era lo que él también deseaba.

Eso era algo irónico, pues aunque decir semejante cosa le había dado una gran emoción, también representaba mucho más de lo que había sucedido entre los dos. Por ejemplo, Raimundo ni siquiera había tocado a la joven.

Él había sido muy atento, esperando que su mirada, su gestos y el tono de su voz le dieran a entender algo más. Aún así, Patty era la que iniciaba el contacto físico en esta relación. Ella era quien le ponía, suavemente, la mano en el hombro cuando pasaba cerca de la mampara. Cuando le llevaba el café a la cabina, ella le ponía la mano en la espalda. Le tocaba la mano cuando hablaban durante sus esporádicas cenas o mientras le agradecía por los frecuentes aventones hasta su apartamento.

Raimundo nunca había entrado al apartamento de Patty y rara vez se veían los dos a solas. Sin embargo, con su vida yendo de la manera que iba y con su crisis de media vida yendo a un paso alarmante, Raimundo ahora se permitía pensar en todo lo que podía suceder entre los dos. Trataba de convencerse de que si algo interesante sucedía en su vida, como por ejemplo: si llegaba a pilotear el avión del presidente o el del vicepresidente, o si la CIA o el Departamento de Defensa le galardonaba públicamente por su clandestina —pero limitada— asesoría, entonces todo se arreglaría en su vida.

Se decía que entonces dejaría de fantasear acerca de la hermosa y joven azafata y, de alguna manera, haría un gran esfuerzo por avanzar —aunque sea como un autómata— en su aburrida vida matrimonial.

CUARENTA Y UNO

ABDULA «SMITH» ABABNEH había cometido el error más grande de su vida y estaba a punto de exacerbarlo. Había tratado de convencer a Yasmine, amenazándola de que le quitaría a los niños si es que persistía en lo de su conversión al cristianismo. Ella se había llevado a los niños, lo había abandonado y había declarado públicamente su fe.

Abdula, para evitarse más vergüenzas, había pedido el divorcio, pero cuando ella le respondió solicitando la custodia total de los hijos, su vida comenzó a desmoronarse. Él dejó de pagar las mensualidades de su casa, por lo que terminó perdiéndola. Se fue a vivir en la base aérea, abandonó por completo cualquier vestigio de lealtad al Islam y hasta se dedicó a beber.

También su carácter moral se fue por los suelos y cuando Yasmine pudo probar que él había cometido adulterio antes de que el divorcio hubiera sido finiquitado, obtuvo la custodia legal de los niños sin ningún problema. Abdula logró recuperarse lo suficiente como para conservar su trabajo en la Real Fuerza Aérea Jordana, pero en realidad quería suicidarse.

Se había convertido en un individuo solitario y lleno de remordimientos y hacía lo posible por pasar las horas de un día típico sin pensar en quitarse la vida. En medio de su ira y depresión escribía a Yasmine cartas cáusticas e inconexas, amenazándole con quitarle a los niños —aunque sabía muy bien que ella era la única persona que podía prodigarles del mejor cuidado, si algún rato tuvieran que escoger entre los dos.

Yasmine, con su estilo firme y aún cariñoso, escribía a

Abdula cartas largas y sinceras, explicándole su fe y el plan de salvación. Las primeras dos veces que ella hizo esto, él las rompió en pedacitos y se los envió de vuelta por correo. La próxima vez la guardó en una cajita de recuerdos. Yasmine le escribió una media docena más de veces, rogándole que leyera la Biblia, que buscara un consejero, que orara y que se entregara a Cristo. Él dejó de contestarle pero siguió guardando sus cartas, lo cual fue algo bueno ya que ella, aparentemente, se cansó de no recibir respuesta alguna y dejó de escribirle.

Al parecer, Nicolás Carpatia notaba cosas que otras personas, con excepción de León Fortunato, no lo hacían.

Algo raro era el hecho de que a Nicolás no le importaba León, aparte de lo que este pudiera hacer por él. Nicolás no le consideraba un amigo. Tal vez un confidente, pero no un amigo. Los dos no socializaban aparte de las actividades de su trabajo, aunque parecía estar claro que León sí quería hacerlo. No obstante, Nicolás pensaba que Fortunato era algo pegajoso y, aunque disfrutaba —hasta cierto punto— ser adulado, era más bien adicto a la aprobación de las multitudes, no a las adulaciones de un solo hombre.

Sin embargo, de vez en cuando, León sorprendía y deleitaba a Nicolás. Como cuando los dos recibieron el mismo mensaje desde el mundo de los espíritus. Nicolás había leído un artículo, no muy claro, acerca de un botánico israelí, un hombre ya mayor llamado Jaime Rosenzweig, quien estaba trabajando en la creación de una substancia que —según él creía— haría que la arena del desierto floreciera como si fuera un invernadero.

La primera vez, Nicolás pasó el artículo sin ponerle mayor atención, pero la segunda vez lo leyó con más interés y luego se olvidó de él. Más tarde, este le volvió a la memoria y comenzó a despertarle la curiosidad. Todo el tiempo, a la gente se le ocurría toda clase de ideas extrañas y muy pocas

se hacían realidad. No obstante, . . . si esta idea era legítima, si tenía cualquier validez, podría ser aún más grande de lo que el mismo botanista se pudiera haber imaginado.

¿Qué tal si era verdad? ¿Qué tal si este hombre era capaz de llevar a cabo su proyecto? La nación del Medio Oriente que lograra producir semejante milagro dominaría toda la región, se haría rica y causaría un tremendo caos en la distribución de poder entre los países. ¡Era solo de imaginarse lo que semejante cosa conseguiría para Rumania!

Nicolás llegó a obsesionarse con tal idea. ¿Por qué este hombre, un profesor ya viejo, habría anunciado que estaba trabajando en este proyecto? ¿Acaso no tenía temor de la competencia?¿Qué tal si otros científicos más jóvenes e inteligentes —algunos de los cuales quizás habrían estado trabajando en lo mismo durante años— se le adelantaban?

Nicolás se dedicó a pensar en el problema. ¿Qué se requeriría? ¿Qué se necesitaría? Una noche, cuando apenas comenzaba a oscurecer, lo consultó con su espíritu guía y oró al respecto.

A veces estas conexiones con el mundo de los espíritus parecían ser conversaciones normales, pero esta noche tuvo la sensación de haberse comunicado con un espíritu airado. La mente de Nicolás fue invadida con una bulla tremenda: con silbidos, con chisporroteos y con expresiones de ira. En lo profundo de su ser, Nicolás sintió que el espíritu le estaba diciendo: «Mira hacia el Norte de dónde vienen el poder y la fuerza que emanan de mí».

—Pero este botánico —Nicolás insistió silenciosamente—, ¿es su proyecto de importancia? ¿Es eso algo que yo debiera tratar de alcanzar?

—Hasta la muerte.

—No entiendo.

—Él es uno de los escogidos del enemigo. Es digno de ser odiado.

—¿Estoy dispuesto a odiarle, pero debo tratar de robarle su idea?

—Es demasiado tarde —Nicolás escuchó más ruido y obscenidades, como si le hubiera recordado a su espíritu guía de algo tan desagradable, que este ni siquiera quería hablar acerca de eso.

—¿De veras es demasiado tarde?

—Gánatelo siendo agradable, atento, encantador y hasta pretendiendo ser inocente como un niño.

—No entiendo.

—Obtén su proyecto. Tómalo, con engaños si es necesario, o yo se lo quitaré por la fuerza con mis legiones del Norte.

—¿Entonces estoy en lo correcto, este proyecto es digno de obtenerse?

—Es invalorable.

A Nicolás siempre le causaba frustración cuando no podía convencer al espíritu para que continúe con la conversación. Perdió su conexión con el mundo de los espíritus y se enfureció. Regresó deprisa a su oficina y escribió algunas notas: el nombre del botánico, la universidad en la que estaba, su pueblo natal, ideas para contactarle. Al día siguiente ordenaría a León que se hiciera cargo.

No obstante, ni siquiera tuvo que esperar hasta el día siguiente. Viv Ivins le llamó por el intercomunicador.

—León está esperándote en la otra línea.

—¿Qué quiere? Estoy ocupado.

—Quiere venir a verte.

—¿Esta misma noche?

—Ahora mismo.

—Dile que venga.

León llegó dentro de veinte minutos trayendo una revista enrollada en su mano. La abrió frente a Nicolás.

—Esto me dejó atónito —dijo Fortunato— y creo que es algo de lo deberías estar al tanto.

Se trataba del artículo acerca de Jaime Rosenzweig y su posible fórmula.

—Ya estoy enterado de eso —replicó Nicolás.

—Mi espíritu me dice que ya es demasiado tarde para pira-

tearlo—dijo León—. La diplomacia es nuestra única esperanza.

Sea cualquier cosa que León fuera o no fuera, Nicolás confiaba en los instintos de este o, por lo menos, confiaba el acceso que el hombre tenía a los espíritus. Especialmente cuando los de él confirmaban lo que decían los suyos propios.

Macho Williams había estado trabajando para el *Semanario Global* durante casi cuatro años. Ya había escrito más de treinta historias de portada, incluyendo tres artículos acerca del Hombre del Año. Quería conseguir la cuarta, así que fue a la próxima reunión de personal preparado para presentar su nominación: el doctor Jaime Rosenzweig de Israel, el humilde ingeniero químico que prefería ser conocido como botánico.

Macho estaba seguro que sus colegas querrían nominar a algún estadounidense, a alguien popular o una estrella política de alguna clase. No obstante, Rosenzweig era la única opción lógica, por lo menos de acuerdo a lo que Macho pensaba. Así que sintió un gran alivio cuando Esteban Plank dio inicio a la reunión diciendo: «¿Alguien quiere nominar a algún estúpido? ¿Alguien quiere tener la osadía de nominar a otro que no sea el ganador del Premio Nobel de química?»

Nadie discutió el asunto, pero Macho no iba a tomar ningún riesgo.

—Esteban —dijo Macho—, no estoy tratando de obtener este trabajo, pero tú sabes que el hombre me conoce y tiene confianza en mí.

Las usuales quejas se suscitaron cuando cada uno trató de ser el escritor escogido para esta historia. Criticaron a Esteban por siempre tratar de favorecer a Macho y Esteban les recordó que la decisión era suya. A fin de cuentas, la historia fue asignada a Macho. Después de todo, él había estado a cargo de la historia cuando Rosenzweig ganó el Premio Nobel.

En Israel, Macho se hospedó en un complejo militar y se reunió con Rosenzweig en el mismo kibutz en las afueras de Haifa, donde le había entrevistado el año anterior. Macho había encontrado al pequeño y delgado hombre, cuyo cabello ya había comenzado a asemejarse al de Einstein, protegido por sistemas de seguridad tan complejos como los que usaban para los jefes de estado. Este era un hombre afable, sonriente y de hablar sincero, a quien se le honraba alrededor del mundo y quien era tratado como realeza en su propio país.

Desde luego que Rosenzweig mismo era un hombre fascinante, pero era su fórmula la que había revolucionado toda Israel y había cambiado la faz del Medio Oriente. La irrigación no era nada nuevo; tal como el profesor retirado decía: «Todo lo que eso consigue es mojar la arena». En cambio su fórmula, agregada al agua, fertilizaba la arena. Macho no era un científico, pero sabía que la fórmula de Rosenzweig había convertido a Israel, de la noche a la mañana, en la nación más rica del mundo. Cada centímetro cuadrado disponible de tierra florecía con granos y flores, incluyendo productos agrícolas nunca antes concebidos en Israel. Bañada en dinero y recursos, la nación hizo la paz con sus países vecinos. El libre comercio y el libre paso permitieron a todos los que amaban este país que lo visitaran. Sin embargo, nadie más tenía acceso a la fórmula.

Líderes mundiales venían a ver a Rosenzweig. Solo diez días antes de que Macho viniera a visitarlo, una delegación rusa había venido, obviamente imaginándose lo que un permiso para usar tal fórmula haría si se la aplicaba en su vasta tundra.

Rusia se había convertido en un gigante amenazador con una economía devastada y una tecnología obsoleta. Todo lo que esa nación tenía era poderío militar; había invertido cada recurso disponible en armamento.

—Déjame decirte algo, mi amigo —Rosenzweig dijo a Macho—. Los rusos no se fueron contentos con mi respuesta. No rechacé su pedido de una vez por todas. Solo les dije que

los derechos sobre la fórmula, técnicamente, pertenecían al estado de Israel y que yo no iba a tratar de persuadir al gobierno en lo que decidieran hacer en cuanto a ellos. Les dije que el gobierno decidiría lo que decidiría, en el momento que quisiera y que era posible que decidiera no compartir la fórmula con nadie.

Los rusos me dijeron que ya habían tratado, por medios diplomáticos, de obtener una licencia para la fórmula y que habían tenido que venir ante mí luego de que dichos medios habían fracasado. Les pedí que supieran disculpar el hecho de que hubieran venido hasta la persona equivocada, invirtiendo tanto tiempo y dinero para hacerlo.

—¿Quién más le ha visitado? —Macho le preguntó.

—¡Ah, muchos! Muchos, casi todos. Confieso que ha sido un gusto haber escuchado sus elogios y alabanzas. Este ha sido un aspecto muy interesante. La visita que más me llamó la atención fue la del mismísimo vicepresidente de los Estados Unidos. Él quería honrarme, llevarme hasta el presidente, hacer un desfile en mi honor, conferirme un título honorario, todo eso. Como buen diplomático no me dijo directamente que yo le quedaría debiendo algo, pero le hubiera quedado debiendo todo, ¿no es así? Se habló mucho acerca de la gran amistad que los Estados Unidos había brindado a Israel durante muchas décadas. Eso es verdad, ¿no es así? ¿Cómo iba yo a argumentar tal cosa?

—Pero pretendí ver todos esos reconocimientos y amabilidades como si se trataran de algo para beneficio propio y, humildemente, los rechacé porque como ves, mi joven amigo, yo *soy* muy humilde, ¿no es así? —Rosenzweig se rió y contó a Macho varias historias más acerca de otros dignatarios que habían venido a visitarle y habían intentado convencerle con zalamerías.

—¿Fue *alguno* de ellos sincero? —Macho le preguntó—. ¿Alguno de ellos le impresionó más que los demás?

—¡Sí! Uno procedente del más desconcertante y sorprendente rincón del mundo: Rumania. No sé si fue enviado o si

vino por cuenta propia, pero sospecho que fue lo segundo porque creo que fue el oficial de rango más bajo que he recibido desde que recibí el premio. Esa fue una de las razones por la que quise verle. Él mismo, personalmente, pidió una audiencia. No procedió a través de los típicos medios políticos y demás protocolo.

—¿Quién fue?

—Nicolás Carpatia.

—¿Carpatia? ¿Tal como el . . . ?

—Sí, como el nombre de las Montañas Carpatia. Debes admitir que es un nombre melodioso. Me pareció muy agradable y humilde. ¡Igual a mí!

—No he escuchado acerca de él.

—¡Ya lo harás! ¡Ya lo harás!

—Porque él es . . .

—Impresionante, eso es todo lo que puedo decir.

Más tarde durante la entrevista, Rosenzweig dijo acerca de Carpatia:

—Creo que su meta es el desarme mundial, en lo cual nosotros los israelíes hemos llegado a desconfiar. Desde luego que él primero debe lograr el desarme de su propio país. De paso, este hombre tiene más o menos tu edad. Es rubio, de ojos azules, como los primeros romanos que vinieron de Roma, antes de que los mongoles se mezclaran con su raza.

—¿Qué es lo que le gustó tanto acerca de él?

—Déjame enumerarte las razones —dijo Rosenzweig—. Sabía mi idioma tan bien como el suyo. También habla inglés y me dicen que también habla varios otros idiomas. Muy bien educado, pero también auto educado. Me cayó bien como ser humano. Es muy inteligente, honesto y abierto.

—¿Qué quiso de usted?

—Eso fue lo que más me gustó. Debido a que me pareció tan abierto y honesto, le hice esa pregunta directamente. Insistió en que le llamara Nicolás, así que le pregunté: «Nicolás, ¿qué quieres de mí?» ¿Sabes lo que respondió, mi joven amigo? Dijo: «Doctor Rosenzweig, solo quiero su buena

voluntad». ¿Qué podía yo decir? Le dije: «Nicolás, tú la tienes». Como sabes, yo mismo soy un tanto pacifista, no de una manera irrealista. No le dije eso, solamente le dije que tenía mi buena voluntad, la cual tú también la tienes.

—Sospecho que eso es algo que usted no da tan fácilmente.

—Por eso me caes bien y por eso te la doy. Algún día debes conocer a Carpatia. Los dos se caerán bien. Las metas y sueños de él tal vez nunca se realicen, ni siquiera en su propio país, pero es hombre de grandes ideales. Si hace su aparición en el escenario del mundo, ya escucharás acerca de él. Además, como tú también estás emergiendo en tu propio ámbito, lo más probable es que él también escuche acerca de ti, o que hasta te llegue a conocer personalmente; ¿no es así?

—Espero que así sea.

CUARENTA Y DOS

EN STANFORD, Cloé se había enamorado de un estudiante de último año y creía que este era el amor de su vida. Ricky era alto, en la escuela secundaria había sido una estrella del baloncesto y había tratado de ingresar a Stanford por ese medio, pero había fallado. Se destacaba en los juegos internos de la universidad, estaba estudiando negocios y también era un muy buen orador.

Ricky se graduó antes de los de su promoción, estuvo de gira en Europa por tres meses, envió a Cloé un recuerdo barato de Suiza y desapareció de la vida de ella. Las cartas de Cloé no tuvieron respuesta alguna y la decepción que ella sufrió fue catastrófica y completa cuando una estudiante —conocida de los dos—, regresó de la boda de Ricky, trayendo fotografías y diciendo, con muchísima emoción, cuan maravillosa era la novia y cuan bien le caería esta a Cloé si solo llegara a conocerla.

Tal decepción sentimental tuvo un efecto interesante en Cloé. Se dedicó con ahínco a su tarea de ser la mejor estudiante que pudiera y dejó de confiar en la gente, especialmente en los hombres. Su papá era el único hombre al que ella respetaba, pero aún él tenía poco más que sus condolencias para ofrecerle por su pérdida amorosa.

—No trataré de arreglar esta situación Cloé —le dijo Raimundo en el momento de la cena, durante una de las cuatro visitas al año que él le hizo en el primer año—. Solo te digo que le caería a golpes a Ricky si él estuviera aquí parado.

Cloé hizo que su papá le prometiera que nunca le daría a

Ricky la satisfacción de pensar que la había afectado de semejante manera.

—Obviamente, yo no era tan importante para él, como él lo era para mí. Pero pronto me olvidaré de él, lo importante es que no se entere acerca de la manera en que todo esto me afectó.

Ese fue el fin del asunto, excepto por la forma en que ayudó a formar el carácter y el futuro de Cloé.

Enteramente cansado de su negocio, aburrido con la política y sintiéndose como un fracaso con respecto a su intento de ganarse a Jaime Rosenzweig, Nicolás Carpatia desahogaba su frustración en contra de todos los que le rodeaban. Era cortante y sarcástico, en particular con Viv y León. Con sus empleados era grosero, gritándoles hasta por la mínima percepción de falta de respeto o error.

Caminaba alrededor de su complejo, gritando a sus guardias de seguridad, primero porque le seguían muy de cerca y luego porque se alejaban mucho de él. Se enojaba con su espíritu guía, exigiendo saber cuando recibiría su próximo trabajo, cuando se realizaría todo a lo que tenía derecho y cuando tomaría el lugar que le correspondía como líder del mundo.

Cuando no recibió respuesta alguna del mundo de los espíritus se enfureció y pensó que él solo, sin ayuda de nadie, tendría que hacer algo. Pensó que crearía una estrategia para dar paso al secuestro más sofisticado de todos los tiempos y así demandaría la fórmula fertilizante como rescate por el mismísimo Rosenzweig.

Finalmente, sus absurdas ideas habían llamado la atención de los espíritus:

—Paciencia, escogido —le dijeron—. El momento de la retribución ya ha sido establecido.

Macho Williams disfrutó de una relajante cena tardía con Jaime Rosenzweig. Estaban a casi dos kilómetros del kibutz y

cerca del complejo militar donde Macho se hospedaría antes de su vuelo de madrugada de regreso a los Estados Unidos.

Rosenzweig estaba agotado, su marcado acento se hacía cada vez más difícil de entender conforme seguía disfrutando del vino y sus párpados se tornaban pesados.

—Debo dejar que descanse —dijo Macho.

—Creo que tienes razón, pero esto me ha dado mucho ánimo. Debes venir a visitarme cuando no tengamos que hacer ningún trabajo.

—¿Cuándo sería eso? —Macho le preguntó riéndose—. Yo estoy siempre ocupado y aunque usted tiene más del doble de mi edad, está aún más ocupado que yo.

—Tendremos que hacer un esfuerzo por encontrar el momento apropiado y ponerlo en nuestras agendas. Solo será un tiempo para relajarnos y descansar.

Macho no podía ni imaginarse un tiempo así, pero si lo hubiera tenido, el doctor Rosenzweig hubiera sido el mejor compañero.

El chofer de Rosenzweig llevó a Macho al complejo militar, donde este pasó por el centro de comando en su camino de regreso a su muy cómoda habitación. Ya era pasada la medianoche y Camilo estaba fascinado al ver la cuidadosa atención que el personal de la sección de estrategias ponía a las brillantes pantallas de las computadoras. Al comienzo de la semana se había reunido con los supervisores, quienes le habían otorgado acceso total a los técnicos que vigilaban el cielo durante la noche.

Al parecer, Israel estaba en tan buenos términos con las naciones vecinas, que no existía amenaza alguna de un serio peligro. Sin embargo, estos orgullosos soldados hablaban elocuentemente acerca de su tarea de defender y proteger. Muchos de ellos saludaban a Macho, asintiendo o agitando levemente la mano, cuando pasaba de cerca; dos de los supervisores hasta le llamaban por su nombre.

Debido a su costumbre de planificar y de sistematizar todo, Macho casi nunca dormía bien cuando sabía que tenía que

levantarse temprano. En esta ocasión estaba tan ansioso por regresar a casa que preparó todo de manera que solo tuviera que levantarse, ducharse, afeitarse e irse. Solía llevar poco equipaje, así que con cuidado empacó su maleta de cuero y alistó su ropa para el día siguiente.

Antes de desvestirse para meterse en la cama, se puso de pie frente a la ventana y se quedó mirando fijamente hacia el cielo lleno de estrellas. No se sentía mareado, sino alterado. Sabía que iba a tener dificultad en quedarse dormido. En momentos como estos era cuando deseaba poder disfrutar del vino como lo hacia el viejo Rosenzweig. Eso, ciertamente, le ayudaría a quedarse dormido de inmediato.

Tal vez leer un libro, a estas altas horas de la noche le ayudaría a dormir. En el preciso instante en que estaba alejándose de la ventana para ir a sacar un libro o una revista de su maleta, el estridente ruido de las sirenas sacudió el lugar. ¿Habría un incendio? ¿Algo estaba funcionando mal? Macho asumió que a través de los altoparlantes indicarían a los ocupantes lo que deberían hacer, o a dónde deberían ir. Sintió alivio de que aún estaba vestido. Se puso su chaqueta de cuero y entonces algo nuevo en el cielo le atrajo nuevamente hacia la ventana.

Al parecer, misiles aire-tierra habían sido lanzados. ¿Acaso Israel estaba siendo atacada? ¿Sería posible? Sonidos aéreos ahogaban hasta las estruendosas sirenas. Al ver que los cielos se alumbraban como si fuera el mediodía, Macho se dio cuenta de que este era un ataque real, una verdadera batalla aérea. ¿Pero con quién? ¿Y por qué?

Salió corriendo de su habitación y corrió hacia abajo del pasillo y se dirigió al centro de comando. «¡Quédese en su habitación, visitante!», escuchó más de una vez mientras corría entre hombres y mujeres con los rostros demudados y en medio proceso de vestirse. Muchos habían salido de sus aposentos tratando de ponerse sus uniformes y sus gorras.

El caos ya reinaba en el cuarto de control y todo esto había comenzado hace menos de un minuto. Los oficiales de mando

se amontaban al derredor de las pantallas, dando órdenes de fuego-rápido a los técnicos. Un hombre que estaba usando unos auriculares gigantescos gritó:

—Uno de nuestros aviones de combate ha identificado bombarderos rusos MiG.

—¡Bombarderos ICBM! —se escuchó desde otra esquina.

—¿Misiles balísticos intercontinentales en contra de la pequeña Israel? ¿De los rusos? —Macho repitió muy dando vueltas desesperadamente.

De pronto nadie permaneció sentado. Aún los mismos expertos estaban de pie frente a sus teclados, como si estuvieran mirando fijamente a algo que no querían ver. Cada pantalla parecía estar alumbrada e invadida con parpadeos y puntos de luces.

—¡Esto es como Pearl Harbor!

—¡Estamos siendo aniquilados!

—¡Cientos de bombarderos MiG, casi encima de nosotros!

—¡Son muchísimos más que nosotros! ¡No tenemos esperanza alguna!

Enseguida, las explosiones comenzaron. Algunas secciones del edificio quedaron a oscuras al igual que algunas pantallas. Parecía que algunas de las bombas habían caído justo afuera de las ventanas. Esta no era una deslumbrante demostración, diseñada para obligar a Israel a rendirse. No había un mensaje para las víctimas. Al no tener una explicación del por qué estas máquinas de guerra habían cruzado sus fronteras y la habían atacado, la nación de Israel estaba siendo forzada a defenderse, sabiendo muy bien que la primera ráfaga causaría su virtual desaparición de la faz de la tierra.

El cielo estaba siendo alumbrado por bolas de fuego anaranjadas y amarillas, las mismas que no lograrían detener el ataque de los rusos, ante el cual no había manera de defenderse. A Macho le pareció que cada oficial de mando esperaba terminar de sufrir dentro de pocos segundos cuando la descarga llegara a tierra y cubriera la nación.

Macho sabía que el fin estaba cerca. No había manera de

escapar. De hecho algunos miembros del personal dejaron sus puestos y salieron gritando y sus comandantes no trataron de detenerles. Aún los oficiales superiores se tiraban bajo las mesas y los escritorios y se tapaban los oídos.

Mientras la noche brillaba como el día y las espantosas y ensordecedoras explosiones continuaban, el edificio temblaba, se sacudía y retumbaba.

Los primeros misiles israelíes habían destruido aviones de combates rusos, causando que estos misiles ICBM explotaran a tal altura que solo causaban daño de fuego en la tierra. Los aviones rusos de guerra, en cambio, se estrellaban en contra del suelo, abriendo cráteres y mandando sus restos en llamas por el aire. No obstante, el radar mostraba claramente que los rusos habían enviado casi todos los aviones que tenían, dejando casi nada en reserva. Miles de aviones se lanzaban en picada sobre las ciudades más pobladas de la pequeña Israel.

El instinto de sobrevivencia de Macho estaba en plena acción. Se agazapó debajo de una consola y se sorprendió de que le dieran ganas de llorar. Esta no era la manera como se imaginaba que sonara o se viera la guerra. Se había imaginado, que cuando esta sucediera, él estaría viendo la acción desde un lugar seguro, grabando todo el drama en su mente.

Camilo Williams sabía, sin lugar a dudas, que iba a morir y se preguntó por qué nunca se había casado. Se preguntó si quedarían restos de su cuerpo para que su padre, o su hermano los identificaran. ¿Acaso Dios existía? ¿Sería la muerte el fin de todo?

EPÍLOGO

Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos con el Señor siempre.
1ª Tesalonicenses 4:16-17

La serie
CUENTA REGRESIVA DEL RAPTO
ANTES DE QUE FUERAN DEJADOS ATRÁS®

El surgimiento —Nace el anticristo
El régimen —La maldad avanza
El rapto —Cristo regresa

La serie
DEJADOS ATRÁS®

Dejados atrás® —Una novela de los postreros días de la tierra
El comando tribulación —El drama continuo de los dejados atrás
Nicolás —El surgimiento del anticristo
Cosecha de almas —El mundo toma partido
Apolión —El destructor es desencadenado
Asesinos —Misión: Jerusalén, Blanco: El anticristo
El poseído —La bestia toma posesión
La marca —La bestia controla al mundo
El sacrilegio —El anticristo toma el trono
El remanente —Al borde del armagedón
Armagedón —La batalla cósmica de todos los tiempos
El regreso glorioso —Los últimos días

---

www.dejadosatras.com
www.editorialunilit.com

ACERCA DE LOS AUTORES

Jerry B. Jenkins (www.jerryjenkins.com) es el escritor de la serie *Dejados atrás*. Es dueño de *Jerry B. Jenkins Christian Writers Guild* (www.ChristianWritersGuild.com), una organización dedicada a aconsejar e instruir a quienes aspiran a ser autores. También es propietario de *Jenkins Entertainment*, una compañía cinematográfica (www.Jenkins-Entertainment.com.) El señor Jenkins fue vicepresidente de publicaciones del Instituto Bíblico Moody de Chicago, también sirvió por varios años como editor de la revista *Moody* y es ahora escritor colaborador a distancia de *Moody*.

Sus escritos han aparecido en publicaciones variadas, tales como las revistas: *Time*, *Reader's Digest*, *Parade*, *Guideposts*; así como también en revistas para las aerolíneas y en docenas de otras publicaciones periódicas. Las biografías escritas por el señor Jenkins incluyen libros con Billy Graham, Hank Aaron, Bill Gaither, Luis Palau, Walter Payton, Orel Hershiser y Nolan Ryan, entre otros. Sus libros aparecen regularmente en las listas de mayores éxitos de ventas del *New York Times*, *USA Today*, *Wall Street Journal* y *Publishers Weekly*.

El señor Jenkins tiene dos títulos honoris causa de doctorado: uno de *Bethel College* en Indiana y el otro de *Trinity International University*. Jerry y su esposa, Dianna, viven en Colorado y tienen tres hijos adultos y tres nietos.

El **Dr. Tim LaHaye** (www.timlahaye.com), quien originalmente concibió la idea de escribir una novela de ficción acerca del relato del rapto y de la tribulación, es un reconocido autor, ministro y un renombrado conferenciante, erudito en el estudio

de las profecías bíblicas. También es el fundador de *Tim LaHaye Ministries* y del *Pre-Trib Research Center.*

Además, recientemente fue uno de los fundadores de *Tim LaHaye School of Prophecy* en *Liberty University.* El Dr. LaHaye diserta en muchas de las principales conferencias de profecías bíblicas en los Estados Unidos de América y Canadá, países en los cuales sus libros sobre dicho tema gozan también de mucha popularidad.

El Dr. LaHaye obtuvo su doctorado en ministerio del *Western Theological Seminary* y tiene además un título honoris causa de doctorado en literatura de *Liberty University.* Por veinticinco años fue pastor de una de las iglesias más sobresalientes del país en San Diego, la misma que creció hasta requerir de tres locales diferentes. Durante ese tiempo también fundó dos escuelas cristianas acreditadas, un sistema cristiano de diez escuelas y el *Christian Heritage College.*

Existen, por lo menos, trece millones de ejemplares de los cincuenta libros de no ficción del Dr. LaHaye, los cuales han sido publicados en más de treinta y siete idiomas. También el Dr. LaHaye ha escrito libros en una amplia variedad de temas tales como: La vida familiar, temperamentos y profecías bíblicas. Su actual obra de ficción, la serie *Dejados atrás*, escrita con Jerry B. Jenkins, continúa apareciendo en las listas de éxitos de ventas de *Christian Booksellers Association*, *Publishers Weekly*, *Wall Street Journal*, *USA Today* y del *New York Times*. La segunda serie de novelas proféticas de ficción del Dr. LaHaye consiste de *Babylon Rising* y de *The Secret on Ararat*, los mismos que también llegaron a ser parte de la lista de éxitos de ventas del *New York Times*. A estos libros, pronto se sumará también *Europa Challenge*. Esta serie de cuatro tomos de acción y suspenso, a diferencia de *Dejados atrás*, no comienza con el rapto, sino que más bien pudiera llevarse a cabo en los momentos actuales y llegar hasta el tiempo del rapto.

El Dr. LaHaye tiene cuatro hijos adultos y nueve nietos. Entre sus pasatiempos favoritos caben destacar: Esquiar sobre la nieve, esquí acuático, trotar, ir en motocicleta, jugar golf e ir de vacaciones con su familia.

La influencia de Nicolás Carpatia, el dinámico y brillante multimillonario rumano, se acrecenta gracias a sus éxitos en los negocios y en la política.

León Fortunato, quien describe a sí mismo como un forjador de grandes hombres, viene a trabajar junto a Carpatia durante sus años más formativos.

Raimundo Steele ha subido a capitán de Pan-Con Airlines, y ahora la CIA y el Departamento de Defensa le buscan como asesor.

Irene Steele lucha por crecer en su nueva fe, cuidadosa de no ofender a su esposo, quien está molesto con su alto grado de devoción.

Camilo Williams se convierte en un periodista muy reconocido.

Abdula Ababneh, de la Fuerza Aérea de Jordania, se deleita en su rol como asesor de seguridad para los Estados Unidos a través de Raimundo Steele.

Seis vidas destinadas a cruzarse en el momento histórico más crucial . . .



El Dr. Tim LaHaye, quien es el creador de la serie *Dejados atrás*, es pastor, educador, y un renombrado erudito en el estudio de las profecías bíblicas. Además es autor de más de cincuenta libros, los cuales han sido publicados en más de treinta y siete idiomas. El Dr. LaHaye y su esposa, Beverly, viven en el sur de California.

Jerry B. Jenkins es el escritor de la serie *Dejados atrás*, y también es el autor de más de ciento cincuenta libros, los mismos que consistentemente figuran en las listas de mayores éxitos editoriales del *New York Times*. El señor Jenkins y su esposa, Dianna, viven en Colorado Springs.

TYNDALE FICCIÓN

www.tyndaleficcion.com

ISBN-10: 1-4143-1014-5
ISBN-13: 978-1-4143-1014-5
Ficción/Futurístico

